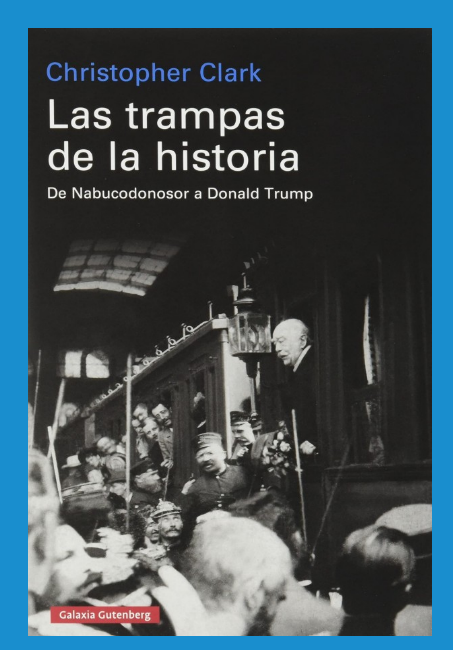
Christopher Clark

Las trampas de la historia

De Nabucodonosor a Donald Trump



Galaxia Gutenberg



Christopher Clark es catedrático de Historia en la Universidad de Cambridge. Es autor del bestseller *Sonámbulos. Cómo Europa fue a la guerra en 1914* (Galaxia Gutenberg, 2014) y de *Tiempo y poder. Visiones de la historia* (Galaxia Gutenberg, 2019). Entre sus otros libros cabe destacar *Kaiser Wilhelm II: A Life in Power* (2000) y *El reino de hierro. Auge y caída de Prusia, 1600-1947* (2006). Vive en Cambridge, Reino Unido.

Sonámbulos de Christopher Clark se ha convertido en uno de los libros de historia más influyentes de este siglo: un replanteamiento radical de los orígenes de la Primera Guerra Mundial que ha tenido un gran impacto en cómo vemos el pasado y el presente.

Para los muchos lectores que disfrutaron de la capacidad narrativa, el estilo y la originalidad de la escritura de Clark, *Las trampas de la historia* será un pozo de sorpresas. Al reunir muchos de los principales ensayos del autor, plantea una serie de preguntas sobre cómo pensamos acerca del pasado, y cuáles son el valor y las trampas de la historia como disciplina.

El libro incluye una serie de escritos sobre temas alemanes: desde estudios sobre el káiser Guillermo II y el estadista Otto von Bismarck hasta la dolorosa historia del general Blaskowitz, un militar prusiano que se acomodó a los horrores del Tercer Reich. Hay un ensayo fascinante sobre los intentos de convertir a los judíos al cristianismo, además de análisis varios, desde el Brexit y la presidencia de Donald Trump hasta el sentido de las batallas. Quizás la pieza más importante del libro es «El sueño de Nabucodonosor», una reflexión sobre la naturaleza del poder político a lo largo de los tiempos que se convertirá en una lectura esencial para todo aquel que esté interesado en el significado de la historia.

Christopher Clark

Las trampas de la historia

De Nabucodonosor a Donald Trump

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de María Cifuentes

Título de la edición original: *Prisoners of Time. Prussians, Germans and Other Humans*
Traducción del inglés: Alejandro Pradera Sánchez

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: febrero de 2022

Imagen de portada:
Salida de Otto von Bismarck en la estación de tren
Lehrter Bahnhof tras su destitución como canciller.
Se dirige a su mansión en Friedrichsruh, 29 de marzo de 1890

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-19075-10-9

A mi amigo Richard Sanger, poeta
y dramaturgo de Toronto

LA BOLA DE NIEVE

Era el coche del profesor de Historia
Echando humo en el cruce.
Yo volvía a casa andando por la nieve
Con un grupo de amigos, y la señal de STOP
Aún se tambaleaba por un bolazo en todo el centro,
Recargué rápido y disparé –

Oh, cómo se elevaba el mundo entero
Durante un momento breve y dichoso,
Se elevaba más de lo que le convenía…
Después vinieron Sarajevo, la guerra, las trincheras,
Al archiduque le habían dicho que no fuera
Pero el muy idiota quiso ir.

El coche volvió a arrancar. Salimos corriendo,
Dejando un pequeño alboroto
Armado en su retrovisor
Y a él atando cabos,
Su barril de pólvora de segunda mano,
Mi bola de nieve cargada con el peso de los acontecimientos.

RICHARD SANGER

Índice

Prefacio

Desde el presente hacia el pasado

En la Nueva Orleáns de principios del siglo XIX, los meses en que la fiebre amarilla azotó la ciudad vinieron en llamarse «el tiempo muerto». La gente que podía permitírselo abandonó la ciudad. Se veían muertos por doquier, en los parques, en carretones abiertos, o flotando a la deriva por el Misisipí. La enfermedad conocida como COVID-19 es menos letal que la fiebre amarilla, que, en un año malo, podía llegar a matar hasta a un 10 % de la población. En 2020, los cadáveres se amontonaban en menores cantidades y fuera de la vista, a menos que uno trabajara en un hospital, en un tanatorio o en un crematorio.

Pero la expresión «tiempo muerto» sí refleja en cierta medida la época de la pandemia de 2020. La gran desaceleración de todo nos daba la sensación de que se había invertido la lógica interna de la modernidad. Se cancelaban los vuelos, los discursos, los congresos, las ceremonias y las reuniones. El tiempo dejaba de correr como un río de aguas bravas. Se remansaba alrededor de todos los quehaceres. El futuro se volvía borroso. Para un catedrático avezado, confinado en su casa, era un buen momento para escribir un libro donde recopilar algunos ensayos. Por otra parte, para los jóvenes del mundo académico, no había exámenes finales, ni concesiones de licenciaturas, ni celebraciones con sus amigos y familiares. Los umbrales que se habían esforzado en traspasar, los ritos de paso que señalan la transición de una fase de la vida a la siguiente, se habían desvanecido. Para ellos era como si alguien hubiera desconectado el futuro.

Para poder reunir mis reflexiones y transmitirle al mundo en general que los historiadores seguíamos pensando, aunque a su alrededor el mundo

estuviera desconectándose, inicié una serie de conversaciones en formato de podcast con algunos de mis colegas, con la intención de analizar cómo el hecho de meditar sobre el pasado puede ayudarnos a reflexionar sobre nuestras actuales dificultades. Aquellos debates, emitidos bajo el título *La historia de ahora mismo*, generaron ideas sugerentes y contradictorias.

El terror sin paliativos que provocaron los anteriores contactos con las enfermedades epidémicas fue un tema de gran interés. Jane Stevens Crawshaw y John Henderson informaban de que en Venecia y Florencia, durante la Modernidad, el miedo se consideraba una amenaza por derecho propio porque se creía que potenciaba la vulnerabilidad al contagio. Las autoridades de salud pública intentaban contrarrestar ese miedo por el procedimiento de tratar a la población de una forma sosegada y compasiva. Pero también se producía el problema contrario. Cuando unos inspectores de sanidad que pasaban por allí descubrieron a una pandilla de jóvenes florentinos divirtiéndose despreocupadamente en medio de una epidemia de peste durante el siglo XVI, fueron a un cementerio cercano, se llevaron el cadáver de una joven que había muerto recientemente, y lo arrojaron en medio de los juerguistas, gritando: «¡Ella también quiere bailar!».

Samantha Williams, Romola Davenport y Leigh Shaw-Taylor observaban que uno de los rasgos más llamativos de la pandemia de COVID-19 era que, aunque nuestra capacidad de acumular y transmitir conocimientos científicos era incomparablemente mayor que la de nuestros predecesores, en la práctica nuestra capacidad de combatir y tratar la enfermedad (por lo menos hasta la aparición de una vacuna fiable) no estaba igual de desarrollada, con la consecuencia de que tendíamos a recurrir a las técnicas que ya se emplearon en las ciudades medievales y modernas: las cuarentenas, los confinamientos, el distanciamiento social, las mascarillas y el cierre de los establecimientos públicos, como las tiendas, los mercados y las iglesias. Entonces, como ahora, las autoridades políticas tuvieron que hacer equilibrios entre la amenaza para la vida humana y la amenaza para los ingresos y la vitalidad económica. En las ciudades comerciales como Nueva Orleáns, Estambul, Bombay y Hamburgo, se trataba de un ejercicio de equilibrismo imposible.

Peter Baldwin me decía que las medidas que adoptan las autoridades políticas para afrontar el reto de las enfermedades contagiosas siempre afectan al meollo del contrato social entre gobernantes y gobernados. Cuando el peligro era evidente y las políticas eran plausibles y transparentes, la conformidad social con las medidas contra la epidemia solía ser elevada. Pero allí donde escaseaba la confianza en las autoridades, el esfuerzo por acabar con los contagios mediante ordenanzas que limitaban los movimientos y la actividad económica podían desencadenar protestas y tumultos, como ocurre hoy en día en Estados Unidos, o, como observaba Shruti Kapila, durante la epidemia de peste de Bombay a finales del siglo XIX, cuando las medidas promulgadas por los británicos desencadenaron una sublevación que culminó con el asesinato del comisario municipal para la peste y su ayudante. «La peste es más misericordiosa con nosotros», escribía el nacionalista indio Bal Gangadhar Tilak, «que sus prototipos humanos que actualmente mandan en la ciudad.»

La costumbre de atribuirle un significado moral a las epidemias es tan antigua como los registros por escrito de sus efectos. En el Pentateuco, a menudo las enfermedades se presentan como la voluntad de Dios. «Porque ahora», dice el Dios del Éxodo (9: 15), «yo extenderé mi mano para herirte a ti y a tu pueblo de plaga, y serás quitado de la tierra.» Eso implicaba que las epidemias debían de ser señales de la desaprobación divina, lo que exigía actos propiciatorios por parte de la humanidad. Chris Briggs me contaba que las ciudades europeas de la Edad Media y la Modernidad a menudo complementaban sus medidas de salud pública con ordenanzas que prohibían la prostitución, las apuestas, los juegos de cartas y la frivolidad en general, alegando que dichas actividades suponían una provocación a una divinidad ya de por sí enfadada. La costumbre ha subsistido: basta con pensar en Mike Lindell, el empresario y magnate de los accesorios de cama, y presidente de la empresa My Pillow, que compareció junto a Donald Trump en una rueda de prensa en la Casa Blanca y pronunció un estrambótico monólogo en el que afirmó que la actual pandemia de COVID-19 era la forma en que Dios castigaba a un país, Estados Unidos, que «le había

dado la espalda a Dios». Los estadounidenses tenían que volver a leer «el Libro» con sus familias.

Por supuesto, siempre ha existido un punto de vista alternativo. En su crónica de la epidemia de peste en la antigua Atenas, el historiador Tucídides señalaba con sorna que los devotos y los impíos morían por igual a causa de la enfermedad. En el Libro de Job, como me recordaba Jonathan Lamb, la enfermedad no es un castigo, sino una consecuencia de una sombría apuesta entre Dios y Satán. Por envidia de la lealtad de Job a Dios, Satán tienta a la divinidad y le pide que le permita poner a prueba a ese hombre tan virtuoso por el procedimiento de azotar con la enfermedad y la muerte primero a su ganado, después a su esposa y a sus hijos, y por último al propio Job, que pasa por todos esos horrores en un estado de enorme confusión, pues no alcanza a comprender por qué le están atormentando. La necesidad de una comprensión moral sigue siendo intensa. Incluso en un entorno relativamente secularizado como el Occidente de hoy en día, mucha gente intenta mitigar la falta de sentido del sufrimiento y de la muerte por el procedimiento de especular esperanzadamente con la idea de que la pandemia nos hará más receptivos a la fragilidad ecológica de nuestro mundo y más sensibles a los lazos de solidaridad e interdependencia que nos unen a nuestros conciudadanos.

Resulta fácil imaginar que las enfermedades contagiosas se propagan uniformemente por las poblaciones humanas, como bolas de billar rodando por una mesa. Pero, en realidad, su trayectoria es sumamente desigual porque casi siempre se ve condicionada por las estructuras de la desigualdad social. Nükhet Varlik señalaba que, en las ciudades de Europa y del Imperio otomano de la Modernidad, los ricos podían huir de las ciudades atestadas de gente a sus refugios en el campo, donde el contagio era menos probable. En Cambridge, en tiempos de la Modernidad, durante los años de la peste, las tasas de mortalidad más altas se registraban en los barrios de las afueras, entre Jesus College y Barnwell, donde vivían los sirvientes de los colegios universitarios y los trabajadores pobres. Kathryn Olivarius me contaba que, en Nueva Orleáns, los inmigrantes recién llegados, sobre todo irlandeses y alemanes, tendían a morir en mayor

número a causa de la fiebre amarilla porque vivían en las habitaciones más baratas de las atestadas casas de alquiler, donde la tasa de contagio era muy alta. Sarah Pearsall informaba de que, en la América colonial, las enfermedades epidémicas mataban más deprisa entre las poblaciones que ya estaban inmunodeprimidas a causa de la desnutrición. Pearsall observaba que en el siglo XVIII los nativos norteamericanos manifestaban una mayor vulnerabilidad a la viruela debido a que su traslado forzoso ya había degradado sus estándares nutricionales.

Hoy en día, en Estados Unidos y en muchos otros países, se ven indicios de una acusada variación de las tasas de mortalidad, que se correlacionan con los ingresos y con los niveles de salud comunitaria. Incluso en las zonas más prósperas del mundo, la pandemia ha intensificado la conciencia social. De repente, la atención que se presta a los cuidadores, a las enfermeras, a los trabajadores sociales, al personal de primeros auxilios y a los repartidores –conciudadanos nuestros cuya labor normalmente no está demasiado bien remunerada– ahora se ha intensificado visiblemente. La gente empezó a conocer a sus vecinos, llevaba comida, compras y medicinas a los hombres y mujeres vulnerables confinados en sus hogares, y salía a la puerta de su casa para aplaudir a los trabajadores sanitarios (por lo menos hasta que el Gobierno empezó a decirles que lo hicieran, porque a partir de ahí el entusiasmo disminuyó). Aquí también vemos paralelismos con el pasado. Incluso durante los brotes de peste bubónica, una enfermedad inmisericorde y terrorífica, con una letalidad mucho mayor que la COVID-19, las comunidades medievales inglesas mostraron un alto nivel de solidaridad social. En Venecia y en Florencia, las autoridades promulgaron sofisticadas medidas –pagos por las bajas temporales a los trabajadores, reparto gratuito de alimentos (incluyendo un litro de vino diario), congelación de impuestos y alquileres, e iniciativas para que la gente volviera a trabajar una vez pasada la enfermedad. La epidemia de viruela de la América colonial provocó admirables proezas en materia de cuidados, sobre todo por parte de las mujeres, que a menudo acogían y criaban a los hijos de sus vecinos, amigos y parientes fallecidos. Lejos de romper los lazos de solidaridad social y desatar la anarquía, la experiencia de una

enfermedad epidémica intensificó la cohesión social y reforzó las normas éticas.

Se da la circunstancia de que, durante el confinamiento, yo estaba leyendo *Französische Zustände* (*Lo que pasa en Francia, 1831-1832*), de Heinrich Heine, una serie de artículos que escribió durante su estancia en París en 1832. En mitad de un texto redactado en abril de aquel año, me encontré el siguiente paréntesis, insertado unos años después:

> En aquella época a menudo me sentía turbado, sobre todo por los terribles gritos de mi vecino, que falleció de cólera. En general, tengo que señalar que en aquella época las condiciones tuvieron un desagradable impacto en las páginas que siguen […] Resulta muy turbador cuando el sonido de la muerte afilando su guadaña resuena demasiado perceptiblemente en los oídos.

Heine había visto personas arrastrando por las calles el cadáver mutilado de un hombre que había sido linchado por una multitud porque se descubrió que llevaba encima una sustancia blanca en polvo, que creyeron que era una toxina para contagiar el cólera (en realidad el polvo resultó ser alcanfor, que algunos pensaban que protegía contra la enfermedad). Había visto sacos blancos llenos de cadáveres amontonados en el espacioso vestíbulo de un edificio público, y vio cómo los encargados de custodiar los cuerpos contaban los sacos cuando se los entregaban a los enterradores para que los cargaran en los carros. Heine recordaba que dos niños pequeños con rostros sombríos se pusieron a su lado y le preguntaron en qué saco estaba su padre. Un año después, el sufrimiento y el miedo ya se habían olvidado. Aquel mismo vestíbulo estaba lleno de «alegres niños pequeños franceses dando brincos, de la cháchara de hermosas muchachas francesas que reían y coqueteaban cuando iban de compras». Los meses del cólera habían sido una «época de terror», aún más pavorosa que el Terror político de 1793. El cólera era un «verdugo encapuchado que recorría París con una invisible guillotina portátil». Y, sin embargo, aparentemente su paso no dejó rastro en la frívola vitalidad de la ciudad.

Empecé a pensar en el lugar que ocupan las catástrofes epidémicas en la historia. Existen muchos estudios maravillosos sobre el impacto de las enfermedades epidémicas: el memorable *Death in Hamburg* («Muerte en

Hamburgo»), de Richard Evans, sobre las crisis del cólera del siglo XIX, *El jinete pálido* de Laura Spinney, sobre la epidemia de «gripe española» de 1918-1919, *Pox Americana* («Viruela americana»), de Elizabeth Fenn, y el estudio de Kathryn Olivarius sobre la fiebre amarilla en la Nueva Orleáns de antes de la guerra de Secesión, por citar solo unos pocos. Pero resultaba llamativo el escaso rastro que habían dejado en las narraciones históricas oficiales y en la memoria colectiva incluso los encuentros más terroríficos con los patógenos más mortíferos.

En una de nuestras conversaciones del podcast, Gary Gerstle comentó que llevaba toda su vida adulta pensando en el impacto de las guerras en la gobernanza de Estados Unidos, pero que nunca había escrito una sola palabra sobre la epidemia de gripe de 1918-1919 que mató a más estadounidenses que la Primera Guerra Mundial. Hoy en día, ¿cuántos estadounidenses recuerdan que durante las guerras de Independencia de Estados Unidos murieron de viruela más compatriotas que a raíz de los conflictos armados?

Aparentemente, aquello era un problema específico de la historia moderna –como me recordaba Miri Rubin, la peste negra fue uno de los temas centrales de los estudios medievales, y los primeros modernos también eran conscientes de la importancia de las enfermedades epidémicas. Gabriela Ramos señalaba que la conquista de América por los españoles pudo no ocurrir como ocurrió de no ser por los «aliados invisibles» en forma de enfermedades endémicas de la España peninsular, pero desconocidas en México y en la América andina, cuyos habitantes, inmunológicamente ajenos a aquellos patógenos, fueron prácticamente borrados del mapa por ellos. Las enfermedades epidémicas únicamente parecen haber quedado relegadas a los márgenes de la visibilidad en la era moderna. Sara Pearsall planteaba que eso tenía que ver con el género: argumentaba que, dado que durante las crisis epidémicas la mayor parte de los cuidados recaía en las mujeres, el tema perdió el derecho a la atención de los historiadores varones. Al comentar la cuasiinvisibilidad de la epidemia de gripe en muchas crónicas de la contribución de Estados Unidos a la Primera Guerra Mundial, Gary Gerstle sugería que una historiografía

orientada a la lucha y el destino de los Estados-nación estaba más en sintonía con el tipo de sufrimientos y sacrificios que se producen en los campos de batalla que con los que tienen lugar en los pabellones de los hospitales cuando la mortalidad se dispara.

Y tal vez, como apuntaba Laura Spinney, hay algo inherente a las características de una epidemia que se resiste a nuestros esfuerzos por incorporarla a las narraciones grandiosas. Los historiadores, y los seres humanos en general, somos adictos a la acción humana, nos encantan las historias en las que las personas provocan los cambios o reaccionan a ellos. Piensan en términos de largas cadenas de causalidad. Pero una epidemia se produce cuando un agente no humano irrumpe sin avisar en la población humana. Sujit Sivasundaram sugería que una narración centrada en los seres humanos nunca podrá dar sentido a un fenómeno como la COVID-19, cuyo patógeno, que no es un ser viviente, cruzó la frontera entre el mundo animal y el mundo humano. Lo que hacía falta era una forma diferente de contar la historia, que diera cabida no solo a las perturbaciones ocasionadas por los seres humanos, sino también a la acción animada de los pangolines y de las civetas, y a la energía inanimada de los sistemas atmosféricos y del entorno físico.

En su mayoría, los seres humanos han preferido los relatos sobre enfermedades que hacen hincapié en su origen divino (es un azote de Dios o de los dioses) o en su causalidad humana. En el siglo XIV, los judíos fueron sospechosos de envenenar los pozos; en Milán, en el siglo XVI, las sospechas se centraron en los *untori*, los «untadores» de la peste, extranjeros procedentes de otras ciudades italianas que supuestamente embadurnaban los altares de las iglesias con una pasta pestífera; en París, en el siglo XIX, las turbamultas se abalanzaban sobre los hombres sospechosos de ser «fabricantes de venenos». El presidente de Estados Unidos hablaba de un «virus chino» y bromeaba ante sus partidarios sobre la «Kung-Flu»,[*] al tiempo que las teorías que plantean que la COVID-19 fue urdida en los laboratorios por científicos chinos, estadounidenses o rusos, se extendían por Internet. Una de las teorías de la conspiración más virulentas en todo el mundo afirmaba que el virus de la COVID-19 se propagaba a través de las

antenas de telefonía 5G. Una curiosa variante, muy difundida en Brasil, Pakistán, Nigeria y Argentina, sugería que Bill Gates había urdido personalmente la pandemia actual a fin de implantar microchips en los seres humanos junto con las vacunas, para poder «controlarlos» a través de las redes telefónicas 5G.

¡Hemos aprendido tanto y hemos aprendido tan poco! Al ver al presidente Donald Trump dando bandazos un día tras otro ante las cámaras mientras recomendaba al público terapias sin testar, como un charlatán de feria del Antiguo Oeste, contradiciendo a sus propios expertos, e intentando echarle la culpa de la virulencia de la enfermedad a la deficiente gobernanza de los gobernadores y alcaldes del Partido Demócrata, yo me acordaba de Guillermo II, el último káiser de Alemania, y el más incompetente. Los dos jefes de Estado me parecían asombrosamente parecidos. Ambos hacían gala de una tendencia a hablar sin ton ni son sobre cualquier obsesión que tuvieran en la cabeza en un momento dado. Los dos tenían en común su corto plazo de atención, su extrema irritabilidad, su tendencia a divagar y a decir incoherencias cuando se sentían presionados, sus problemas de gestión de la ira, su actitud intimidatoria y acosadora, su frialdad y su falta de empatía, su mayúscula fanfarronería, sus demenciales planes, sus sarcasmos al margen, y sus chistes subidos de tono. Fue Guillermo II el que le dijo a un grupo de asesores: «Ninguno de ustedes tiene idea de nada. Solo yo sé algo», pero a nadie le sorprendía escuchar esas mismas palabras en boca de Donald Trump. Ambos tachaban de anarquistas y de alborotadores a los manifestantes de sus respectivos países, y ambos insistían en adoptar estrictas medidas represivas contra ellos. A ambos les obsesionaban los escenarios de suma cero en los conflictos, donde la victoria de un país tenía que suponer la derrota de otro. Al igual que Trump, el káiser era absolutamente incapaz de aprender de sus propios errores.

Todo el mundo vio las tensas expresiones en los rostros de los expertos y los funcionarios que acompañaban al presidente cuando este se apartaba del texto que le habían preparado y se descolgaba con todo tipo de especulaciones narcisistas que parecían estar completamente desconectadas

de la realidad. En 1907, una caricatura de Rudolf Wilke publicada en la revista satírica *Simplicissimus* plasmaba exactamente ese mismo fenómeno, bajo el título «Durante un discurso del káiser». Un grupo de generales escucha un discurso que se desarrolla en tres fases. Durante la primera, «Un excelente comienzo», los caballeros observan, tranquilos y atentos. Después llega «La parte espinosa» –el káiser se va por las ramas, los generales se acarician las barbas, se ajustan los monóculos y otean con incomodidad la decoración. Y por fin llega «El final: ¡¡hurra – hurra – hurra!!». El discurso se ha acabado, para gran alivio de todos.

El propósito de estas reflexiones no es mejorar la imagen de Guillermo II, porque no lo logran. Es más bien que se diría que el extraordinario espectáculo de la presidencia de Trump ha modificado el marco de referencia. Hubo un tiempo en que el káiser parecía ser un desastre exclusivamente alemán. Su actitud prepotente, su pose vacua, su semblante absurdamente afectado en los eventos públicos, su impulsividad, su ensimismamiento, todas esas cosas parecían ser síntomas de un malestar típicamente alemán. En un brillante estudio de la corte del káiser, John Röhl describía elocuentemente el «bizantinismo» del séquito del monarca, la adulación y la exagerada deferencia hacia la «Persona Suprema». Aquí parece quedar de manifiesto todo lo que estaba mal en Alemania. La presidencia de Trump no ha anulado esa narración, sino que la ha alterado. Todos recordamos la vergüenza ajena que sentimos al ver aquella reunión televisada en la sala del Consejo de ministros de la Casa Blanca en junio de 2017, en la que los ministros recién nombrados por Trump rivalizaban por superarse unos a otros en sus efusivas manifestaciones de elogio y fidelidad al presidente. Nadie *eligió* a Guillermo II –le vino impuesto a los alemanes por la inflexible lógica de la herencia dinástica. La presidencia de Trump ha demostrado que incluso una democracia poderosa y segura de sí misma, radicada en unos valores liberales, puede engendrar monstruosidades atávicas.

Aún está por ver lo que aprenderemos de esta pandemia. Mientras escribo estas líneas, aún no está claro lo rápida y plenamente que se recuperarán de esta crisis las economías de todo el mundo. El encuentro con

una pandemia no es algo nuevo, pero las medidas promulgadas para contrarrestar su propagación sí lo son. Como comentaba Adam Tooze en uno de nuestros podcasts, la velocidad y el volumen de la paralización económica carecen absolutamente de precedentes. Las crisis de 1929 y de 2007-2008 fueron distintas entre sí, pero ambas se desencadenaron a raíz del mal funcionamiento endógeno del sistema mundial. Por el contrario, esta crisis pandémica es un shock exógeno, una paralización ultrarrápida de la economía real por orden de los gobiernos. La velocidad de la paralización fue importante, porque provocó que los interesados prácticamente no tuvieran tiempo para adaptar su conducta a unas condiciones cambiantes. Queda por ver si es posible volver a poner en marcha una economía parcialmente paralizada y estimularla para que vuelva a hacer una vida normal. Nunca habíamos estado en una situación como esta.

He escogido los ensayos que forman este libro porque abordan algunos temas que han influido en mi trabajo desde mis tiempos de estudiante de Historia Europea contemporánea: la religión, el poder político y la conciencia del tiempo. La historia de la religión siempre me ha interesado porque las tradiciones religiosas sitúan el quehacer humano en el marco más amplio posible. El poder político relaciona la cultura, la economía y la personalidad con las decisiones que afectan a una gran cantidad de gente. Y el estudio del tiempo, considerado no como el cristalino plasma por el que discurre la historia, sino como algo construido y configurado por las narraciones, religiosas y seculares, siempre me ha interesado, ya que pone de manifiesto una de las maneras más profundas de que disponen quienes ostentan el poder para manipular nuestra conciencia, nuestro sentido de la historia. La mayoría de los ensayos son fruto de reiteradas revisiones y reescrituras. Todos ellos son *ensayos*, en el sentido de que son cadenas de pensamiento exploratorias, no ejercicios herméticos de argumentación histórica. Algunos de ellos proceden de conferencias públicas, otros de reseñas de libros. Solo dos de ellos («Desde Prusia con amor» y «Vida y muerte del general de ejército Blaskowitz») incluyen notas bibliográficas, ya que se basan exhaustivamente en fuentes archivísticas. He incluido dos breves piezas en las que analizo el trabajo de dos colegas, a fin de

demostrar que el trabajo de los demás esclarece nuestro camino, como historiadores y también como personas. No he intentado «actualizar» ninguno de los ensayos –los lectores advertirán que el último, «Tiempos inciertos», aunque tiene un enfoque contemporáneo, data de esa remota época anterior a la COVID-19. Me daba la sensación de que, si lo actualizaba, perdería parte de su frescura. Los ensayos de este libro, al igual que el autor y que los protagonistas que aparecen en ellos, son cautivos del tiempo.

---

* *Flu* = gripe. *(N. del T.)*

El sueño de Nabucodonosor: reflexiones sobre el poder político

Me gustaría empezar estas reflexiones con el Libro de Daniel. El Capítulo 2 de dicho libro empieza con una escena en la que intervienen el rey Nabucodonosor II del Imperio neobabilónico, que reinó entre los años 605 a.C. y 562 a.C. –43 años en total. Hoy Nabucodonosor es conocido sobre todo por dos cosas: construir los Jardines Colgantes de Babilonia –una de las maravillas del mundo antiguo– y por asediar Jerusalén y destruir su templo, iniciando el denominado «cautiverio babilonio» de los habitantes de Judea.

El Capítulo 2 del Libro de Daniel rememora una madrugada del segundo año del reinado de Nabucodonosor, tras el saqueo de Jerusalén. El rey se despierta, turbado por un sueño. No encuentra descanso. Convoca a sus sabios, «los astrólogos, los magos y los caldeos». Acuden. Le piden que describa el sueño. Nabucodonosor no es capaz. «La cosa se me ha ido.» Aparentemente, el rey ha olvidado su sueño. En ese momento, el estado de ánimo de la sala se desploma. Los sabios (que ahora no se sienten tan sabios) intentan darle la noticia, con el mayor tacto posible, de que, entre sus habilidades transferibles, por impresionantes que sean, no figura la de adivinar los sueños de los reyes durmientes: «Lo que pide el rey es imposible, y no hay nadie que al rey pueda decírselo, a no ser los dioses, que no moran entre los hombres». En otras palabras: «Lo sentimos, jefe, eso está muy por encima de nuestra categoría salarial». Probablemente en ese momento los sabios están inquietos, y con razón, porque un instante después el rey dice: «Si no me mostráis el sueño y su interpretación, seréis descuartizados y vuestras casas convertidas en muladares». La conversación

prosigue, pero la idea central de la postura del rey ya está clara. Los sabios son un desperdicio de espacio. Este imperio ya está harto de expertos. En su ira, el rey manda ejecutar a todos los sabios de Babilonia.

La orden de ejecución que dicta el rey causa consternación. Entre los que se sienten conmocionados al enterarse de la noticia hay un joven cautivo judío, en realidad un prisionero de guerra, llamado Daniel –un hombre de noble cuna que había sobrevivido al asedio y la destrucción de la ciudad de Jerusalén. Daniel formaba parte de un grupo de jóvenes israelitas apuestos e inteligentes, de buenas familias, que habían sido traídos desde la ciudad derrotada para enseñarles la literatura y la lengua de Babilonia y para que prestaran servicio en la corte del monarca. De modo que Daniel también estaba entre esos «sabios» que se enfrentaban a la ejecución en caso de que se cumpliera el decreto del rey. El libro cuenta que Daniel habla con uno de los guardias del palacio. Le pregunta qué le pasa al rey. El guardia se lo explica. Daniel quiere saber si puede pasar un rato cara a cara con el monarca (a partir de aquí traduzco libremente del arameo). El guardia accede a organizar un encuentro. Daniel se reúne con sus compañeros de casa: Ananías, Misael y Azarías. «Tíos», les dice, «vamos a rezar a Dios para que nos inspire», «instándoles a pedir al Dios de los cielos que le revelase aquel misterio».



Figura 1. La angustia de un gobernante antaño poderoso: *Nabucodonosor*, de William Blake (c. 1795-1805) (Tate Gallery)

A la mañana siguiente Daniel va a ver al rey. Tenemos que suponer que al principio el rey se muestra escéptico: si colectivamente los sabios de Babilonia no han sido capaces de cumplir esa tarea, ¿qué espera conseguir Daniel? Pero, para asombro del rey, Daniel le describe el sueño, o, mejor dicho, le describe *un* sueño, un sueño que Daniel espera que el rey acepte como el suyo. Lo encuadra no solo como una alarmante experiencia nocturna, sino como una revelación profética: «En tu lecho, ¡oh rey! te vinieron pensamientos de lo que vendrá después de este tiempo, y el que revela los secretos te dio a conocer lo que sucederá». Y entonces le cuenta el sueño en sí: «Tú, oh rey, mirabas y estabas viendo una gran estatua. Era muy grande la estatua, y de un brillo extraordinario. Estaba en pie ante ti y su aspecto era terrible». La cabeza era de oro, tan brillante como el sol. Su pecho y sus brazos eran de plata. Su vientre y sus muslos eran de bronce. Los pies eran en parte de hierro y en parte de barro.

Pero ¿eso qué significa?, pregunta el rey. Solo cabe suponer que en ese momento Daniel sintió un tremendo alivio. Al fin y al cabo, no tenía forma de saber si el rey iba a aceptar el sueño que Daniel le había propuesto. Daniel inicia su exégesis del sueño que le ha metido al rey en la cabeza. «Tú [oh rey] eres la cabeza de oro.» Porque «el Dios de los cielos te ha dado el imperio, el poder, la fuerza y la gloria. Él ha puesto en tus manos a los hijos de los hombres, dondequiera que habitasen; a las bestias de los campos, a las aves del cielo, y te ha dado el dominio de todo». Hay que admitir que en ese momento Daniel está manejando la situación con brillantez. Halaga al rey, primero, al sugerir que él es el privilegiado receptor de unos misterios divulgados por el amo oculto de todos los secretos, y segundo, al darle a entender que esa autoridad es la que garantiza el poder del rey. El rey quiere saber más: ¿para qué son el pecho de plata, el vientre de bronce, los muslos de hierro, etcétera? Daniel se lo explica: después de la edad de oro de Nabucodonosor, cuyo esplendor nunca será superado, vendrá una era inferior, de simple plata, y más tarde una era aún menor, de mero bronce. Y posteriormente vendrá una auténtica porquería, una era de hierro y barro en la que los hombres lucharán entre sí y los reyes combatirán contra los reyes. «En tiempo de esos reyes, el Dios de los cielos suscitará un reino que no será destruido jamás.» En el sueño y en la exégesis de Daniel hay otros detalles en los que no voy a entrar aquí.

La reacción del rey a todo eso es verdaderamente extraordinaria: «Entonces el rey Nabucodonosor cayó sobre su rostro y se prosternó ante Daniel, y mandó que le ofreciesen sacrificios y perfumes». Se cancela la ejecución en masa de los sabios. En esta historia hay algunas complicaciones más: los cambios de humor de Nabucodonosor empeoran mucho –se pasa siete años en un estado de angustia mental, viviendo con las fieras en las cuevas y en los campos. A principios del siglo XIX, William Blake plasmó esa fase de la vida del rey en un grabado inolvidable, desnudo, sucio, y andando a gatas, mirando al espectador con los ojos desorbitados de un loco (Fig. 1). El Libro de Daniel, un texto estructurado de un modo muy excéntrico, recoge muchos otros sueños y visiones

diferentes, y Daniel se ve en apuros varias veces, la más famosa cuando tiene un sobrecogedor encuentro con unos leones en su guarida.

Sin embargo, si reflexionamos sobre la primera escena, en la que Daniel narra e interpreta el sueño, descubrimos una hermosa y sutil fábula sobre el poder. La historia nos cuenta que el hombre más poderoso del mundo es impotente frente a sus terrores nocturnos. Convoca a quienes ejercen el poder burocrático, a los expertos, a los custodios del saber privilegiado. Pero estos no consiguen idear una solución, y a consecuencia de ello pierden el derecho a su poder, e incluso, potencialmente, a sus vidas. Y en esta peligrosa y complicada escena entra un personaje que no tiene ningún tipo de poder: un joven extranjero sin derechos, un prisionero de guerra, un cautivo procedente de una ciudad saqueada. Aún no hay un veredicto sobre si realmente Dios le contó a Daniel el sueño del rey, o si era simplemente que el joven poseía la clarividencia humana necesaria para comprender la naturaleza del aprieto en que se encontraba el rey. Más adelante, en el Libro encontramos algunos versículos de agradecimiento a Dios por echarle una mano a Daniel. Pero se trata de una interpolación. La historia en sí sugiere algo distinto, a saber, que el joven entendió cómo había que interpretar la situación en que se encontraba el rey. ¿Qué podía temer un hombre tan poderoso como Nabucodonosor, además de su propia mortalidad? ¿Y qué mejor forma de reconciliarle con esa terrible certeza que establecer su eterna primacía sobre el resto de los quehaceres humanos? Al mismo tiempo, Daniel le transmitió al rey algo que él mismo había experimentado como hijo de una ciudad destruida, un poco de sabiduría, esto es, que el poder es *siempre temporal*. Y su recompensa por esa sabiduría es ver cómo el más grande rey del mundo se humilla ante él.

Es difícil exagerar la importancia del sueño de Nabucodonosor (de Daniel) para el asunto de este ensayo. Porque el coloso del sueño, que Daniel presenta como una profecía, se convirtió en una forma de imaginar la historia del mundo como la revelación de algo establecido de antemano, una narración sancionada por las profecías bíblicas. Hasta bien entrada la Modernidad, era muy habitual pensar en la historia mundial como una secuencia escatológica de hegemonías basadas en el sueño de Daniel,

empezando por los babilonios, siguiendo con los persas (con la adición opcional de los medos), los griegos y los romanos. Volveré sobre esta idea en breve.

El poder es a la vez el tema más ubicuo y más esquivo de la literatura histórica. Las cuestiones relacionadas con el poder son el meollo de la mayoría de narraciones históricas, pero en ellas raramente se formulan preguntas acerca de él o se analiza el concepto. Hay estudios que aspiran a clarificar las diferencias entre los distintos tipos de poder, pero normalmente son obra de los sociólogos o de los científicos políticos, no de los historiadores, y todavía no se ha llegado a un consenso sobre las definiciones. Incluso en los campos de la historia política o diplomática, que se interesan predominantemente por el ejercicio del poder, el término casi siempre se emplea como un significante transparente cuyo significado no requiere un esclarecimiento aparte. A diferencia de los términos «género» y «cultura», el «poder» nunca ha constituido el punto focal de ese tipo de formaciones subdisciplinares que podrían dar carta de naturaleza a un análisis concertado, teórico y comparativo, del problema del poder a lo largo de todo el espectro de la práctica histórica. Busquen ustedes «*power studies*»[*] en Internet y encontrarán páginas que se centran en el estudio estratégico y conceptual del poder aéreo y espacial, o en la protección del personal y de las infraestructuras del sector de la energía eléctrica[§] a través de una formación en materia de seguridad, o en la optimización del rendimiento de una red eléctrica.

¿A qué se debe? En parte, el motivo puede radicar en la naturaleza del poder en sí. Se trata, en palabras del historiador de la Edad Media Thomas N. Bisson, de una naturaleza «conceptualmente tan inmensa y tan inescrutablemente inflada, que uno tiende instintivamente a pluralizar la palabra». El poder no es una identidad de la que pueda decirse que es inherente a los grupos o a los individuos; más bien expresa un estado relacional de las cosas. Así pues, el poder no es ni una entidad substantiva, ni una institución, ni siquiera una posesión, sino más bien un atributo de las

relaciones en cuyo seno se ejerce. La constatación de ese rasgo del fenómeno fue lo que llevó a Michel Foucault, el teórico del poder más influyente de la posguerra, a negarse a tratarlo bajo un epígrafe aparte, y por el contrario a integrar sus reflexiones en su análisis de unos contextos y prácticas institucionales y disciplinarias específicas.

De ahí surge la dificultad del poder como objeto de una consideración histórica sinóptica, ya que las relaciones en cuyo seno se hace sentir son tan variadas como la totalidad del campo de las experiencias humanas. Como concepto puramente relacional, el poder es a menudo difícil de ubicar. Eso podría ayudar a explicar los sempiternos debates que se libran en el ámbito de la historia académica acerca del alcance del poder ejercido por los soberanos y regímenes específicos. Como mínimo, esos debates apuntan a una incertidumbre persistente sobre cómo y dónde surge y reside el poder en los sistemas complejos, y sobre si su ejercicio depende más de la coerción o del consentimiento de aquellos sobre los que supuestamente se ejerce dicho poder.

El agrupamiento de significados en y alrededor del término «poder» es una dificultad añadida. «Poder» e «influencia», aunque se utilizan de forma intercambiable, no son necesariamente sinónimos. Me acuerdo de que una vez, paseando por Cambridge, me encontré con un colega y me hicieron gracia las palabras estampadas en la camiseta de su hija de tres años: «Puede que sea pequeña, pero soy muy influyente». El teórico de relaciones internacionales Robert Keohane advertía ese mismo desequilibrio en lo que él denominaba «la gran influencia de los aliados pequeños». «Como un elefante uncido a una yunta de animales menores», decía Keohane, «Estados Unidos está atado por distintos acuerdos internacionales a toda una serie de aliados más pequeños y más débiles.» «Son los tejones, los ratones y las palomas de la política internacional, y en muchos casos han sido capaces de guiar al elefante.» Las fronteras entre el poder y la autoridad a menudo son difusas, a pesar de la larga tradición europea de las teorías sobre la relación entre la autoridad secular y eclesiástica en términos de la distinción entre *potestas* y *auctoritas*. Así pues, llegar a entender el

poder a menudo implica desenmarañar los distintos tipos de valores que pueden invocarse para respaldarlo.

Así pues, aquí no voy a intentar cartografiar cronológicamente la evolución de los «estudios sobre el poder» históricos (dado que no existen). No voy a categorizar las distintas maneras en que los historiadores han planteado o intentado definir el término. Por el contrario, me gustaría examinar muy brevemente algunas de las configuraciones en las que las operaciones del poder han captado la atención de los historiadores: las potencias y superpotencias del sistema internacional, el poder y el dominio personal, el poder de los Estados, la hiperconcentración del poder en los regímenes totalitarios del siglo XX, su lugar en los sistemas democráticos pluralistas, y su supuesta difusión en la era del «capitalismo tardío».

Las fuentes que utilizan los historiadores a menudo son en sí mismas productos del poder. Muchos de los archivos en los que trabajan los historiadores son los vestigios fosilizados de unas burocracias antaño poderosas, y los propios historiadores no son inmunes a las atracciones y las repulsiones del poder. Teniendo eso en cuenta, concluiré con unas breves reflexiones sobre las repercusiones del poder en la historiografía.

EL PODER DE LAS POTENCIAS

El Libro de Daniel sentó las bases de una forma de pensar la historia del mundo como la revelación de una secuencia profética de imperios. A la era de los babilonios le siguió la de los medos y los persas. Después vinieron los griegos y los romanos, cuyo reinado, a juicio de muchos europeos, había sobrevivido a la Antigüedad en la forma del Sacro Imperio Romano de la nación alemana. Esa plantilla temporal siguió siendo enormemente influyente hasta bien entrada la Modernidad, y todavía sigue ejerciendo una profunda influencia en el mundo de las páginas web de los milenaristas.[‡] El término «*rapture*» (éxtasis) designa una doctrina escatológica que postula que la historia del mundo se acabará con un periodo de siete años de tribulaciones, antes o después del cual los cristianos serán conducidos a los cielos para reunirse con Cristo.

En otras palabras, la profecía de Daniel imaginaba la historia del mundo, antes de que llegara siquiera a ocurrir, como una secuencia de poderes, como una secuencia de hegemonías. La fuerza de esa visión no empezó a debilitarse hasta que, durante el siglo XVII, el teórico político sajón Samuel von Pufendorf, junto con otros diversos eruditos, empezó a argumentar que la era de los romanos había concluido hacía mucho tiempo. Pufendorf negaba que el Sacro Imperio Romano fuera la continuación (ni en sentido profético ni en cualquier otro) del antiguo Imperio romano, y de esa forma desmentía el dominio de la revelación sobre la historia. Para Pufendorf, lo importante de la historia no era la secuencia diacrónica de los imperios, sino las relaciones sincrónicas entre ellos –que se manifestaban en las alianzas, los conflictos y las guerras. Pufendorf argumentaba que las relaciones entre las potencias eran intrínsecamente caóticas e impredecibles, dado que los intereses de todos los Estados territoriales variaban constantemente de acuerdo con los cambios en el equilibrio de poder entre ellos. La idea de que las potencias pugnaban entre sí para lograr la supremacía, o por lo menos la seguridad, en el marco de un sistema multiestatal competitivo, contribuyó a consolidar la «historia del hombre» como un discurso autónomo, diferenciado de la *historia divina* avalada por las profecías.

Una vez separada de la profecía, la historia de las potencias podía desplegarse bajo el epígrafe de las perturbaciones y los cambios. «La fragilidad y la inestabilidad son inseparables de los quehaceres de los hombres», escribía Federico II de Prusia en 1751. Y menos mal, pensaba el rey. Porque en caso de que no hubiera grandes trastornos, «no habría grandes acontecimientos». El arco de ascenso y declive que describían las grandes potencias de la historia mundial le recordaban al rey el movimiento regular de los planetas, que «tras recorrer el espacio del firmamento durante 10.000 años, se encuentran en el lugar desde el que partieron». Así pues, el estudio de las trayectorias de los grandes Estados era un estudio sobre la mutabilidad y la fugacidad del poder. La hegemonía de cualquier Estado siempre era temporal. Los poderosos imperios del antiguo Oriente Próximo y de Grecia y Roma ya no eran más que simples ruinas. El gran potentado

de hoy era el Ozymandias[**] de mañana. El soberano hegemónico de los Austrias durante el siglo XVI, con sus lingotes de oro y plata y sus ejércitos mercenarios, dio paso al Imperio holandés y su Edad de Oro; la hegemonía de Francia a finales del siglo XVII dio paso, tras largos y encarnizados conflictos, al Imperio británico del siglo XIX, una gigantesca empresa naval respaldada por el poderío industrial y por unos recursos financieros sin igual. Pero la hegemonía imperial británica también fue temporal; no sobrevivió a lo que Henry Luce denominó con acierto el «siglo de Estados Unidos».

La costumbre de imaginar la historia como una sucesión de imperios ha sido difícil de erradicar. Y de ahí surge una de las preguntas centrales que han planteado los científicos políticos estadounidenses: si Estados Unidos, cuya primacía relativa en términos de poderío militar aún no tiene precedentes en la historia mundial, logrará mantener su posición de liderazgo a medio y largo plazo. En este contexto ha habido un gran interés por algo denominado «poder blando», una forma de legitimidad generada por la vinculación del Estado dominante a una cultura universalista, a unos valores atractivos y a un compromiso liberal y/o multilateral con otros Estados y con las organizaciones transnacionales. El exsecretario de Estado estadounidense Joseph Nye ha argumentado que el poder blando es importante porque aspira a conferir legitimidad a la proyección del poderío militar en el extranjero.

La legitimidad es justamente lo que a menudo brilla por su ausencia cuando los Estados poderosos pretenden aplicar la fuerza más allá de sus fronteras, y la proyección de poder en un entorno donde la población local no la acepta es una empresa cuajada de dificultades. Es una lección que todas las generaciones modernas de la humanidad han tenido que volver a aprender desde cero. Incluso Estados Unidos, a pesar de su clara superioridad mundial en «poder duro», a veces no ha logrado alcanzar los objetivos que se había propuesto. El historiador Arthur Schlesinger recordaba que, en el apogeo de la guerra de Vietnam, al presidente Lyndon B. Johnson «le resultaba visceralmente inconcebible que el país que Walt Rostow no dejaba de decirle que era “la mayor potencia del mundo” no

fuera capaz de liquidar a una caterva de alborotadores nocturnos con pijamas negros». Incluso las conquistas militares –la aplicación más decisiva y conspicua del poder duro– tienden a debilitarse con el tiempo a menos que la mayoría de la población conquistada acabe identificándose con los valores de los nuevos gobernantes. La fuerza sigue siendo el árbitro del sistema internacional, pero la eficacia de su ejercicio en busca de soluciones duraderas puede depender, incluso en los escenarios sumamente asimétricos, de una paradójica mezcla de coerción y consentimiento. Y a la hora de lograr el consentimiento, el poder blando puede resultar esencial.

CONCENTRACIÓN Y DISPERSIÓN

No todo el poder es gubernamental, por supuesto. Pero el ascenso y/o declive de los gobiernos, y posteriormente de los ejecutivos del Estado como poseedores de un «monopolio de la violencia legítima» (Max Weber) ha sido uno de los principales relatos europeos sobre el poder. El poder puede concentrarse en los gobiernos, en los Estados y en las burocracias, pero también puede volver a dispersarse. En una crónica memorable de la aparición de la sociedad feudal, el medievalista francés Georges Duby describía cómo se disgregaron las estructuras de conjunto del Imperio carolingio en la forma de entidades cada vez más localizadas y centradas en las fortificaciones y en el poderío militar de los castellanos, unos hombres que controlaban castillos, caballos y armas. En ese proceso, el significado del poder cambió; su ejercicio se volvió menos público, y se asoció más estrechamente con las relaciones de propiedad. Asumió formas más agresivas y explotadoras.

Sin embargo, a ese periodo de fragmentación le siguieron, por lo menos según algunos expertos, el ascenso de nuevas formas de gobierno y la aparición de la exigencia del buen gobierno, donde la virtud y el poder están alineados, y donde el poder se somete a la autoridad de la justicia. La pintura alegórica sobre el buen gobierno (1338-1339) de Ambrogio Lorenzetti, la formulación más elocuente de ese ideal, plantea que el buen

gobierno establece el marco para una paz civil que a su vez fomenta la prosperidad y el bienestar de los súbditos.

De un mundo donde todo el poder se ejercía en forma de señorío, directo y personal, surgieron nuevas formas de gobierno impulsadas por la necesidad de contener los excesos de las modalidades explotadoras y violentas de dominio local. La insistencia en los derechos de los señores dio paso al «reconocimiento del interés colectivo», donde el gobierno pudo empezar a significar no solo la coerción y el castigo, sino también «el desempeño de un cargo, la rendición de cuentas, la competencia, la utilidad social». En Inglaterra, durante el siglo que va de *c.* 1160 a *c.* 1250, se vio cómo el Estado se hizo «posiblemente más poderoso que en cualquier otra época de la historia inglesa». Y ese giro de los acontecimientos allanó el camino para el «estado territorial institucionalizado» de finales de la Edad Media (Theodor Mayer), donde el poder del soberano abarcaba cada vez más la totalidad de la superficie de un territorio específico, un desarrollo apoyado por la creciente orientación «espacial» del discurso jurídico medieval posterior.

No hace falta que nos fijemos en los detalles de esos argumentos, ni en la polémica entre los eruditos sobre su veracidad. Desde nuestro punto de vista, es más importante la lógica subyacente del relato. El poder fluctúa constantemente, se dispersa, se hace local, y al hacerlo cambia de características. Después vuelve a concentrarse en un plano superior. Nunca se alcanza un estado estable; a largo plazo, todas las relaciones están sometidas a una renegociación y a la agitación social, y las guerras siempre pueden intervenir para reajustar el equilibrio. En Inglaterra, por ejemplo, como ha apuntado Christine Carpenter, las guerras civiles dinásticas conocidas como las guerras de las Rosas (1455-1485) provocaron un cambio estructural en las relaciones provinciales entre las pequeñas noblezas y las altas noblezas que volvieron a concentrar la autoridad en el Estado monárquico y prepararon el terreno para la era de la vigorosa realeza Tudor que vino a continuación.

Esos cambios vinieron acompañados por un interés cada vez más profundo por el contraste entre las formas de poder legítimas e ilegítimas. Quienes gobernaban ilegítimamente eran tachados de «tiranos»; en el discurso de los moralistas eclesiásticos medievales, los tiranos representaban «la antítesis del buen gobernante» (aunque John de Salisbury contribuyó a la confusión al postular que el tirano podía ser la forma en que Dios castigaba a los súbditos pecadores). La idea de un poder humano legítimo planteaba dificultades en un universo donde todo el poder provenía de Dios. «¿Quién no sabe», le decía el papa Gregorio VII en una carta al obispo Hermann de Metz, «que los reyes y los príncipes derivan su poder de unos hombres desconocedores de Dios que aspiraban a avasallar a sus semejantes mediante el orgullo, el pillaje, la traición, el asesinato, y por último mediante todo tipo de crímenes, por instigación del diablo, el príncipe de este mundo?» Viniendo de un papa en el punto álgido de su propia lucha de poder con un emperador alemán, ese era un argumento parcial, sin duda alguna. Pero aludía a una profunda veta del pensamiento medieval sobre el problema de la soberanía, una tradición que se remontaba hasta Agustín. Tomás de Aquino admitía que las relaciones de dominio eran un hecho social natural, teniendo en cuenta las propensiones de los seres humanos, pero él también, al igual que muchas de las autoridades eclesiásticas más influyentes, estaba convencido de que se trataba de una institución que tenía sus raíces en el pecado. Philippe Buc ha argumentado que a lo largo de los siglos XI y XII, al tiempo que se racionalizaban y consolidaban las estructuras del poder de los príncipes y de los gobiernos, en los comentarios bíblicos del norte de Francia se asistió a un renovado énfasis en los aspectos negativos de la *potestas* y la *dominatio*.

La distinción entre la fuerza coercitiva y la autoridad otorgada por derecho siguió siendo uno de los problemas que animaban el discurso político de la Modernidad. «Los príncipes a menudo carecen de poder, tienen […] derecho sin fuerza», escribía el teólogo puritano Thomas

Gataker en 1620. «Y los Usurpadores tiránicos tienen más poder de lo que es apropiado; tienen […] fuerza sin derecho.» La propia expectativa de que el poder tenga que «legitimarse» implica, como ha observado David Sabean, que en cierto sentido el poder siempre es arbitrario, que su ejercicio requiere una justificación o un enmascaramiento.

Resulta llamativo que Maquiavelo y Hobbes, los dos estudiosos del problema del poder secular más influyentes de la Modernidad, eludieran (o reformularan) en gran medida la cuestión de la legitimidad, el primero por el procedimiento de restringir la justificación del poder de los príncipes a la persecución de la gloria y al «mantenimiento de su Estado» por cualesquiera medios que les parecieran convenientes, y el segundo justificando la soberanía en términos prácticos como la mejor salvaguarda posible del orden público y la protección de la vida y la propiedad. Que el Leviatán de Thomas Hobbes, semejante, en su inmensidad, al monstruo implantado por Daniel en la mente de Nabucodonosor, que esa enorme «persona artificial» sea benévola o no, o que se ajuste o no a los estándares morales corrientes, es irrelevante para su función de garante del orden público. De esa forma, la justificación del ejercicio del poder soberano quedaba separado –emancipado, cabría decir– de las cuestiones relativas a la religiosidad o a la virtud personal del príncipe.

HEGEMONÍA DEL ESTADO

El «absolutismo» fue un concepto que ayudó a los historiadores a describir la transición desde las formas de poder sumamente mediadas y personales que predominaban en el mundo medieval hasta el poder supuestamente centralizado y concentrado de los Estados modernos. Se creía que los Estados centralizados modernos surgieron –por lo menos en el continente europeo– de una larga lucha por el poder entre los ejecutivos principescos y las élites provinciales. Ante la necesidad de afrontar los costes y las cargas cada vez mayores de la guerra con otros Estados, arrasaban todo lo que encontraban a su paso en su búsqueda de nuevos ingresos –y así el choque de poderes favoreció la concentración del poder, y viceversa. Los gobiernos

principescos de los siglos XVII y XVIII abolieron los órganos de representación corporativa (Estados, Cortes, Dietas), sustituyeron las milicias gestionadas y financiadas localmente por ejércitos permanentes, derogaron las jurisdicciones supraterritoriales, e impusieron nuevos impuestos y códigos jurídicos territoriales. Los ejecutivos principescos aumentaron: en 1717, el número de *officiers* de Luis XIV era diez veces mayor que en tiempos de Francisco I (1515-1547) para gobernar a una población que tan solo había crecido un poco. En el proceso, se llevó paulatinamente a las diversas provincias de las «monarquías compuestas» a una asociación más estrecha y homogénea.

La teoría política de la época brindaba un elocuente apoyo al engrandecimiento de los ejecutivos principescos. Para el jurista Pufendorf, el lector alemán de Hobbes más influyente, la legitimidad de los Estados derivaba de la necesidad de anticiparse al desorden a través de la concentración de la autoridad. Pero dado que, tanto en la paz como en la guerra, resultaba imposible llevar los asuntos de un Estado sin incurrir en gastos, el soberano tenía derecho a «obligar a los ciudadanos a título individual a contribuir con una cuantía de sus propios bienes acorde con lo que se considere que requiere la asunción de dichos gastos». Se trataba de una poderosa justificación de la extensión de la autoridad del Estado. Frente a la *libertas* de los Estados, Pufendorf hacía valer la *necessitas* del Estado.

Pero ¿hasta dónde llegó el proceso de consolidación? Incluso a finales del siglo XVIII, como reconocerán hoy en día la mayoría de los historiadores, los poderes de los Estados monárquicos seguían siendo todavía bastante limitados. Puede que los Estados hubieran dejado de reunirse en las asambleas territoriales, pero las noblezas, organizadas conforme a unas líneas corporativas, seguían llevando la voz cantante en las provincias. Los ejecutivos centrales crecían, desde luego, pero de todas formas seguían siendo pequeños. En 1715, los departamentos administrativos centrales del Estado francés contaban con no más de mil funcionarios, y para supervisar a una población de poco menos de veinte millones de personas, se disponía de un cuerpo de tan solo 2.000 policías.

Los reyes seguían necesitando el apoyo y los conocimientos de las élites provinciales, por no hablar de sus redes clientelares.

Si bien Pedro el Grande de Rusia atacó y socavó los privilegios de la nobleza rusa, Catalina la Grande invirtió las polaridades del proceso de construcción del Estado, pues optó, en cambio, por reforzar las noblezas como pilares de la autocracia. Algo análogo en términos generales ocurrió en Prusia entre los reinados del Gran Elector y del rey Federico II. Incluso después de que las sucesivas generaciones de monarcas de la Casa de Hohenzollern hubieran erosionado los cimientos del poder nobiliario provincial, la vida política del Reino de Prusia seguía caracterizándose por las redes corporativas residuales de la gobernanza aristocrática, lo que Wolfgang Neugebauer ha denominado «latencia corporativa».

Así pues, subsiste cierta incertidumbre acerca de cómo se repartía exactamente el poder, teniendo en cuenta que muy a menudo las relaciones de poder ocultaban relaciones de interdependencia. El problema penetró hasta el núcleo de los ejecutivos regios, pues incluso el monarca más poderoso dependía de quienes le asesoraban –de hecho, esa dependencia fue intensificándose a medida que el funcionamiento de un Estado en expansión iba volviéndose cada vez más complejo. Esa cuestión llamó la atención de Carl Schmitt, uno de los historiadores del siglo XX que más sutilmente ha analizado el funcionamiento del poder político.

La concentración del poder a través de los procesos de construcción del Estado –absolutista o de otro tipo– no es una obsesión exclusivamente europea. Un erudito ha sugerido que en China la estructura del Estado resistió a lo largo de los siglos porque las sucesivas generaciones de gobernantes lograron forjar una alianza con la nobleza terrateniente y guerrera de las regiones. Pero la relación entre el centro imperial y la periferia fue cambiando marcadamente a lo largo del tiempo. El Estado chino ejerció un control político limitado sobre los pueblos de etnia no Han de la periferia meridional del imperio. Bajo la dinastía Ming (1368-1644), el poder imperial se ejercía por mediación de un sistema de «jefes autóctonos» a los que se adjudicaba el control de las zonas no Han. Sin embargo, el emperador Yongzheng, que accedió al trono en 1722, decidió

prescindir de las jefaturas territoriales. Como ha afirmado Madeleine Zelin, «la imposición de unos jefes autóctonos entre el emperador y una parte del pueblo atentaba contra su visión del Estado como una entidad centralizada».

También en Japón podemos contar una historia de alternancia entre la concentración y la difusión que a grandes rasgos se asemeja mucho al relato europeo. A principios del siglo VIII se asistió a la consolidación de un «sistema de gobierno centralizado» que acabó con las jefaturas de los clanes independientes que anteriormente habían dominado las islas japonesas. Los diversos cultos locales de los antepasados que imperaban en las jefaturas fueron sustituidos por un protocolo territorial de un culto centrado en el estatus cuasidivino de la monarquía Yamato. Los nuevos códigos jurídicos de 705 y 757 afirmaban que la autoridad derivaba exclusivamente del «Soberano Celestial» de Kioto. No obstante, durante los siglos XIII y XIV, los poderosos jefes regionales desafiaron reiteradamente la autoridad de la corte y de su gobierno militar, el shogunato. A finales del siglo XV, las sublevaciones y las guerras entre clanes ya habían destruido la autoridad de la forma de gobierno centralizado: la corte era un «cascarón vacío».

Japón no se reunificó hasta 1603, bajo el shogun Ieyasu, de la Casa de Tokugawa, que consolidó los cimientos de «un nuevo tipo de gobierno mucho más poderoso que el que había existido en el pasado». Durante el shogunato Tokugawa, la administración Edo creó una formidable burocracia que englobaba a 17.000 funcionarios; fue el primer régimen de la historia de Japón que «trazó y mantuvo por su cuenta unas claras fronteras físicas».

El shogunato Tokugawa gobernaba a través de los potentados provinciales, denominados «daimyo», que poco a poco fueron adquiriendo una independencia cada vez mayor. Aquí también podemos advertir una dialéctica que nos resulta familiar: los daimyos empezaron siendo los beneficiarios de la supremacía Tokugawa y los instrumentos de la autoridad Tokugawa en las regiones. Pero con el tiempo empezaron a succionar poder del centro y a acumularlo en sus manos. A medida que los daimyos se hacían más independientes, esos magnates regionales empezaron a tratar sus territorios como «principados autónomos». Los primeros shogunes

Tokugawa habían ejercido un férreo control sobre los daimyo, pero a partir de finales del siglo XVII los daimyos empezaron a comportarse como pequeños shoguns, promulgando sus propios códigos jurídicos y sus divisas locales, recaudando impuestos, y estableciendo nuevos sistemas administrativos, al tiempo que mantenían solícitamente la ficción de su lealtad al shogunato. Algunos expertos han argumentado, paradójicamente, que esas crecientes limitaciones al gobierno del shogun son lo que explica la longevidad de la dinastía Tokugawa. El péndulo osciló en sentido contrario, hacia la «concentración», con la Restauración Meiji (1868), un golpe de Estado incruento contra el sistema Tokugawa que aspiraba a revertir el proceso de transferencia de competencias y a extender la autoridad central sobre los 280 dominios daimyo independientes. La reivindicación de legitimidad se consiguió mediante la afirmación de que el nuevo régimen iba a restablecer la centralidad y la autoridad (aunque no el poder político) del «Soberano Celestial» (el emperador). Como ocurrió tantas veces en la historia europea, una transferencia de poder se presentó bajo el manto de la continuidad con una antigua tradición.

El paradigma del poder del Estado como proyección de un campo de autoridad más o menos homogéneo sobre un territorio delimitado no puede universalizarse. Por ejemplo, se ha observado que, en México, la capacidad del Estado para ejercer el poder variaba con el paisaje: las colinas y las montañas se asociaban con «el salvajismo, la violencia y la libertad política», mientras que las llanuras tenían una connotación de «docilidad, pacificación y susceptibilidad a la represión». En los Estados del Sureste Asiático, los historiadores han señalado un marcado gradiente de poder y control decrecientes desde el centro hacia la periferia del territorio; las fronteras eran relativamente insignificantes, el poder del Estado se concentraba en la corte o en la capital. En el caso de Estados Unidos durante los siglos XVIII y XIX, la «tesis de la frontera» se basaba en el supuesto de que el poder del Estado no estaba nítidamente delineado en el espacio, sino que más bien decaía gradualmente a medida que disminuía la densidad de los asentamientos de la población blanca.

Por encima de todo, el «gran, pero incompleto drama» de la formación de los Estados africanos, como lo ha calificado un historiador, pone de manifiesto una pauta completamente distinta de la europea. A lo largo y ancho de la mayor parte del continente africano, la baja densidad de población suponía un obstáculo insalvable para la concentración del poder en grandes ejecutivos estatales. Hasta 1975 África no alcanzó unas densidades de población comparables a las de Europa en torno a 1500; en 1900 África representaba el 18 % de la superficie mundial, pero tan solo entre el 5 % y el 7 % de la población. Esas circunstancias entorpecían los procesos de construcción de Estados de distintas formas. En primer lugar, resultaba prohibitivamente caro imponer un control sobre áreas extensas. Ese era el caso, por ejemplo, del pueblo igbo, en lo que hoy es Nigeria, durante el siglo XIX, un pueblo organizado de una forma sumamente descentralizada porque, por un lado, la extensión de la autoridad por una región tan grande habría ocasionado unos gravosos costes, y por otro, porque ninguna otra autoridad de una región limítrofe disponía de los medios necesarios para imponer su autoridad sobre los igbo. Para estos, igual que para muchos otros africanos, no estaba nada claro que el Estado fuera una institución deseable ni necesaria. En segundo lugar, el clima y la geografía se combinaban para garantizar que la tierra como tal raramente fuera un bien altamente valorado –allí, la lucha por el acceso a determinados predios, tan característica de Europa y de Japón, era mucho menos importante. Por último, a falta de unas fronteras políticas bien custodiadas, cualquier comunidad a la que un Estado incipiente quisiera imponer su voluntad siempre podía «votar con los pies» por medio de las «migraciones de protesta». Como ha señalado Jeffrey Herbst, en muchas regiones de África «tradicionalmente la gente ha manifestado su descontento con la comunidad política existente por el procedimiento de migrar allí donde pueda vivir sin impedimentos por parte de sus antiguos gobernantes».

Una de las excepciones que confirma la regla era Etiopía, una región con una densidad de población relativamente alta. Tsegaye Tegenu ha sugerido que en la era del «absolutismo etíope» (1855-1913) se asistió al

«ascenso de un poder estatal centralizado» que acabó con otras formas de autoridad más antiguas y dispersas. Allí, como en muchas partes de Europa, fueron la magnitud, la frecuencia y la organización cada vez mayores de las campañas militares las que provocaron tensiones en los sistemas tradicionales de gestión de los recursos e impulsaron la aparición, primero, de un poder regional centralizado, y después de un Estado centralizado.

Buganda es otro buen ejemplo. Ubicado en la región de los Grandes Lagos, el Reino de Buganda, rico en recursos y densamente poblado, se desarrolló a comienzos del siglo XIX aproximadamente hasta convertirse en un poderoso Estado, donde la explotación intensiva de los recursos locales se integró con el control del comercio regional, todo ello apoyado por el poderío militar del Estado. Pero si bien Buganda era poderosa, no era necesariamente un Estado centralizado. Estudios recientes han señalado que, aunque la corte del *kabaka* (rey) establecía el nivel de los impuestos y supervisaba el empleo de mano de obra reclutada en proyectos de infraestructuras, el gobierno dependía de los poderosos caudillos de los clanes locales y de los jefes de los *ssaza* (departamentos) para implementar dichas políticas; el comercio, pese a ser crucial para la prosperidad del Estado, funcionaba en gran parte fuera del control de las autoridades centrales. Allí, como en los comienzos de la era Tokugawa en Japón, el centro era poderoso solo en la medida en que lograba cooptar a quienes ejercían el poder local sobre la gente y los recursos. Y en Buganda, igual que en el Japón de la era Tokugawa, los *batongole* (jefes militares) que crearon los *kabakas* para reforzar su poder, posteriormente evolucionaron hasta convertirse en rivales políticos capaces de organizar un desafío concertado a la autoridad central.

HIPERCONCENTRACIÓN

En 1934, un médico judío que vivía en la Alemania nazi tuvo un sueño alarmante. Soñó que estaba apaciblemente tumbado en el sofá de su apartamento leyendo un libro sobre el pintor del siglo XVI Matthias Grünewald cuando de repente las paredes de la habitación y del

apartamento desaparecieron. Horrorizado, miró a su alrededor y vio que las paredes de todos los demás apartamentos que se veían desde su edificio también desaparecían. Nada más darse cuenta, se oyó una voz metálica que bramaba por las calles a través de un altavoz: «de conformidad con el decreto del 17 de este mes sobre la prevención de las paredes…». Y ahí se acababa el sueño, porque el médico se despertó.

Este pequeño fragmento, sacado del más privado de todos los ámbitos de la existencia humana, transmite algo de lo que significaba experimentar el poder de un Estado terrorista que se arrogaba el derecho a verlo y saberlo todo acerca de las personas sometidas a su dominio. En su fábula distópica *1984*, George Orwell evocaba el mismo espectro de pesadilla de un Estado que todo lo ve en unos términos inquietantemente parecidos. Sentado en la celda de una comisaría llena de «sospechosos» aterrorizados, Winston Smith se tapa la cara con las manos. De inmediato, se escucha una voz gritando desde la pantalla de televisión que hay en la pared: «¡Smith! ¡6079 Smith W! ¡Descúbrase la cara! ¡Está prohibido taparse la cara en las celdas!».

El ascenso de los regímenes políticos que ambicionaban modelar y controlar la totalidad de la vida de la ciudadanía fue uno de los rasgos más extraordinarios del siglo XX. Para un fascista, escribía Benito Mussolini en 1932, todo estaba «dentro del Estado», y fuera del Estado no existía «nada humano ni espiritual». A ese respecto, afirmaba el Duce, el fascismo era «totalitario», y el Estado fascista, entendido como «síntesis y unidad de todos los valores», interpretaba, desarrollaba y dominaba la vida en su integridad. Los críticos liberales del régimen italiano vieron de inmediato el parecido familiar entre el sistema de Mussolini y el régimen comunista de la Unión Soviética. «Se puede diferenciar entra Rusia e Italia tan solo en un aspecto», escribía el activista político católico Luigi Sturzo en 1926, «a saber, que el bolchevismo es una dictadura comunista, o un fascismo de izquierdas; mientras que el fascismo es una dictadura conservadora, o un comunismo de derechas.»

Al observar los nuevos regímenes políticos europeos –estalinista, fascista y nacionalsocialista– desde el otro lado del Atlántico, los científicos

políticos estadounidenses constataban una forma de política cualitativamente nueva, un nuevo «modelo básico» de dictadura donde un partido extremista dominado por un líder todopoderoso tomaba el poder en nombre de una ideología que lo abarcaba todo y sustituía el sistema parlamentario existente por un reino de terror donde se fusionaban el partido y el Estado, y que sometía a todos los medios de comunicación al «control total del régimen». En los años cincuenta, los eruditos estadounidenses exiliados Carl Joachim Friedrich y Zbigniew Brzezinski desarrollaron una elocuente elaboración de ese análisis. Su modelo «totalitario» hacía hincapié en los rasgos estructurales genéricos que posibilitaban que ese tipo de regímenes lograra una concentración extrema del poder, como por ejemplo el despliegue del terror, la imposición de una ideología centrada en movilizar a la población contra unos enemigos reales o imaginarios, el control de todos los aspectos de la economía, y el control exclusivo de las comunicaciones.

El resultado era una impresionante concentración de poder en manos de un hombre, o, en el caso del comunismo posestalinista del Bloque Oriental, en una inmensa gerontocracia de guardianes políticos que venía en llamarse «el partido comunista». Esos regímenes aprovechaban todos los instrumentos de la modernidad administrativa y tecnológica, y al mismo tiempo suprimían la armadura de difusión del poder de la modernidad *política* –los parlamentos, los medios de comunicación de masas pluralistas, y la libertad de expresión y asociación.

Sin embargo, incluso en el caso de aquellos mundos distópicos, cabía plantearse preguntas interesantes sobre dónde residía el poder, y sobre la medida en que su ejercicio dependía de unas pautas de consentimiento o aquiescencia. Hoy casi todo el mundo reconoce que Italia era totalitaria únicamente en sus aspiraciones; la Iglesia católica, que nunca se integró ni fue plenamente absorbida por el régimen, siguió teniendo una presencia enormemente influyente: cuando el Gobierno inauguró su Mostra della Rivoluzione Fascista de 1932-1933, que fue un gran éxito de público, el papado respondió declarando un Año Santo en 1933-1934, que atrajo a Roma más visitantes que la exposición.

Seguía habiendo una monarquía italiana y una estructura estatal semiautónomas (como por ejemplo una Policía del Estado, cuyos agentes fueron los encargados de detener a Mussolini tras su destitución por el Gran Consejo Fascista –una situación impensable en la Alemania nazi). Los fascistas, como ha demostrado Richard Bosworth, desplegaron una cultura pública de culto al líder y de pompa nacionalista vanagloriosa, pero a pesar de todos sus esfuerzos nunca lograron remodelar ni las creencias, ni los recuerdos, ni las expectativas, ni las lealtades de la mayoría de sus súbditos. El movimiento fascista era difuso tanto en su pensamiento como en su estructura. Los poderosos jefes locales (denominados *ras*, un término copiado, curiosamente, de las jefaturas regionales de Etiopía) gobernaban las grandes ciudades, y los organismos locales del partido acabaron entremezclándose –como había ocurrido anteriormente con los recaudadores de impuestos y los *intendants* de los Estados potencialmente absolutistas– con una maraña de redes clientelares locales por todo el país que ya existían antes de la llegada del régimen y que sobrevivieron a su desaparición.

Puede que el fascismo sea un blanco fácil. El régimen nazi fue claramente mucho más mortífero en su proyección de la fuerza, tanto dentro como fuera del país. Pero incluso en este caso se han planteado preguntas acerca de si el poder sobre la población alemana que ejercía el régimen provenía más de la coerción (incluida la amenaza de violencia) o del consentimiento o la aquiescencia de sus ciudadanos. Algunos historiadores han destacado el papel que desempeñó la violencia terrorista, sobre todo en la primera fase de consolidación del régimen. Las torturas, los apaleamientos y los asesinatos contra los comunistas, contra los socialdemócratas más destacados y contra otras personas incómodas por parte de las SA durante los primeros seis meses de 1933 dejaron bien claro que aquel era un régimen que estaba dispuesto a proyectar su fuerza utilizando los medios más brutales que cabía imaginar. Por otra parte, como ha señalado Robert Gellately, los órganos de control policial interior (la Gestapo) eran numéricamente reducidos y la mayor parte de los alemanes los desconocía. Los chivatazos y las denuncias por parte de la población

resultaban cruciales para sus operaciones cotidianas. Gellately argumenta que para el grueso de la población la dimensión terrorista de la Alemania de Hitler «se construyó socialmente por lo que se transmitía a través del boca a boca, por lo que la gente leía en la prensa o escuchaba en la radio». Se tomaban medidas terroristas, pero eran «selectivas y concentradas»; Hitler nunca se propuso «enfrentarse a amplios sectores de su mundo social ni doblegarlos a su voluntad, como hizo Stalin». De ahí se deriva que el consentimiento, o por lo menos la aquiescencia, y no la aplicación directa del poder de coerción, estabilizaron el régimen. Gellately sugiere que un sector sustancial de la población alemana aceptó el nuevo régimen porque le gustaba lo que decía y hacía.

Incluso el estalinismo, que en términos de su letalidad interior superó a todos los demás Estados «totalitarios», es susceptible de cierto grado de matización en la cuestión del poder del régimen. Cuando el régimen procedió, con una violencia brutal, a aterrorizar a los *kulaks* que supuestamente se interponían en el camino a la socialización de la agricultura, enormes brigadas de voluntarios urbanos, muchos de ellos obreros fabriles de origen campesino, acudieron en tropel a las zonas rurales para ayudar en la «deskulakización». Los estudios más recientes del terror estalinista han destacado la selectividad de la violencia del régimen y las complejas sinergias entre la coerción patrocinada por el Estado y las presiones voluntaristas en el seno de la población. En algunas zonas, las denuncias de la población contribuyeron a concentrar las represalias terroristas contra grupos específicos de miembros del partido y de la policía. Eso no menoscaba en ningún sentido el sobrecogedor poder del régimen estalinista sobre sus súbditos; es simplemente un recordatorio de que incluso en los sistemas ultracoercitivos, las corrientes del poder fluyen conforme a unas pautas más complejas de lo que cabría esperar de un simple modelo vertical.

En el entorno de zona cero del campo de concentración nazi, donde los guardias armados podían apalear, mutilar o matar con impunidad a unos presos indefensos, el equilibrio entre coerción y consentimiento está claramente fuera de lugar. Pero incluso allí, como sugieren las memorias de

los supervivientes, había complejas jerarquías y diferenciales de poder –entre los «criminales» y los «políticos», entre los *Kapos* y los prisioneros corrientes, entre los presos con una cualificación valiosa y los que no poseían ninguna. Incluso en aquellos sistemas ultrarrestringidos –los campos de concentración, el *gulag*, la esclavitud– donde los seres humanos cautivos estaban reducidos a la *nuda vita* de una existencia sin derechos, surgían sigilosamente las gradaciones de poder.

Aparentemente, en la condición común de la subordinación no hay nada que impida que los subalternos dominen o traten con brutalidad a otros subalternos. Durante el siglo XVIII, los esclavos recién llegados al Caribe desde África eran tachados de «salvajes» por los esclavos negros nacidos en las islas, en un proceso de «microdiferenciación donde los miembros de los grupos oprimidos luchaban por conquistar un mínimo espacio de dignidad para sí mismos en el marco del dominio del hombre blanco».

En los sistemas sociales donde se empleaba a un gran número de esclavos para diversas funciones, surgían enormes diferenciales de poder. Un ejemplo llamativo es Ibadán, un Estado altamente militarizado de Yorubalandia, durante el siglo XIX (en lo que actualmente es Nigeria). Dicha república, fundada en la década de 1820, requería ingentes reservas de mano de obra y de personal militar, que excedían con mucho de lo que podían proporcionar los linajes guerreros de la región. Para cubrir esas necesidades se utilizaba un gran número de esclavos. Los esclavos, fáciles de coaccionar y de explotar, además, claro está, de baratos de mantener, prestaban servicio como soldados en los ejércitos privados de los caudillos, o como campesinos en las haciendas de los guerreros, o como comerciantes, porteadores, artesanos y servidores domésticos. Sin embargo, con el tiempo, las diferencias de estatus entre la población esclava se hicieron más profundas. Algunos esclavos asumían las tareas administrativas de los asentamientos de los poderosos caudillos, otros llegaron a ser diplomáticos o recaudadores de peaje, y a su vez esos esclavos privilegiados pudieron adquirir propiedades, e incluso comprar sus propios esclavos, sobre los que ejercían su poder por derecho propio. De hecho, los esclavos propietarios de esclavos eran famosos por su crueldad con sus pertenencias humanas, que a

menudo se quejaban de las palizas, la escasa alimentación, el exceso de trabajo y las violaciones. En este escenario podemos apreciar más claramente el significado de la observación de Michel Foucault en el sentido de que el individuo es a la vez «un efecto del poder» y «el elemento de su articulación»: «El individuo que el poder ha constituido es al mismo tiempo su vehículo».

EL PODER EN LAS SOCIEDADES PLURALISTAS

En 1969, tras la elección de Richard Nixon a la Casa Blanca, el presidente Lyndon B. Johnson le hizo a su sucesor la siguiente advertencia:

> Antes de llegar a ser presidente, crees que puedes hacer cualquier cosa. Crees que eres el dirigente más poderoso después de Dios. Pero cuando te sientas en ese sillón tan alto, como usted va a comprobar, señor presidente, no puedes contar con la gente. Descubrirá que tiene las manos atadas y que la gente echa pestes de usted. El cargo es algo parecido a lo que le pareció al muchacho de campo el espectáculo de la danza del vientre en la feria ambulante después de pagar sus veinticinco centavos y de entrar en la carpa: «No es exactamente como lo anunciaban».

¿Cómo se configura el poder político en una sociedad pluralista y democrática? ¿Los órganos representativos, las estructuras federales, los grupos de intereses y los controles constitucionales de una gran democracia nacional amortiguan y difuminan el poder del líder? ¿O el consenso popular manifestado por un éxito electoral posibilita una imponente concentración de poder en manos de un hombre o de una mujer? Uno de los rasgos de las sociedades democráticas, con sus parlamentos multicamerales y sus poderes judiciales fuertes, ha sido que el poder se renegocia constantemente; se concentra y se dispersa, o migra de un núcleo del sistema a otro.

Ningún cargo ilustra mejor la fluidez del poder y la dificultad de especificar sus ubicaciones y su cantidad en los sistemas políticos democráticos que la presidencia de los Estados Unidos de América. En 1866, cuando el ensayista y periodista político británico Walter Bagehot observaba la otra orilla del Atlántico, veía un sistema de «Gobierno presidencial» tan abrumador que amenazaba con debilitar el poder

legislativo. Sin embargo, cuando el jurista constitucional y futuro presidente Woodrow Wilson publicó un importante tratado sobre ese mismo sistema político casi veinte años después, lo calificaba de «Gobierno del Congreso».

La diferencia no era una consecuencia de unos puntos de vista teóricos divergentes (Wilson era un gran admirador de Bagehot), sino de unas circunstancias históricas cambiantes. Bagehot había escrito su pieza durante la guerra de Secesión, cuando el presidente Abraham Lincoln invocó el título constitucional de «comandante en jefe» para arrogarse la potestad de imponer un bloqueo, reclutar un ejército de voluntarios, ampliar las fuerzas terrestres y navales regulares, soslayar las libertades civiles, imponer el reclutamiento forzoso, y promulgar los dos decretos-ley conocidos como la «Proclamación de la Emancipación».

Por otra parte, cuando Wilson publicó su libro *Congressional Government*, Estados Unidos ya había dejado atrás la era de la Reconstrucción,[§§] y para entonces el Parlamento era el poder dominante. De hecho, en 1898, Wilson sugería que el presidente, en lo relativo a modificar la legislación, no estaba en una posición mejor que «cualquier otra persona influyente que decidiera enviar al Congreso una carta de información y recomendación». Y, sin embargo, cuando volvió a examinar el problema diez años después en un nuevo e importante estudio, Wilson asumía una argumentación distinta: decía que ahora los estadounidenses veían al presidente como la «fuerza unificadora de nuestro complejo sistema». Esa valoración llevaba el sello de la presidencia activista de Theodore Roosevelt (en el cargo entre 1901 y 1909), bajo la cual el presidente no solo ejercía su derecho constitucional de formular sus propuestas legislativas al Congreso, sino que también utilizaba el singular prestigio de su cargo para conseguir el apoyo del público a sus iniciativas. Por encima de todo, lo que ponían de manifiesto las nuevas potencialidades del cargo era el creciente papel de Estados Unidos en el mundo de los primeros años del siglo XX, dado que el control de la política exterior por parte del presidente parecía prácticamente absoluto. «Nuestro presidente», escribía Wilson, «debe ser de ahora en adelante uno de los grandes poderes del mundo, tanto si actúa con grandeza y sabiduría como si no.»

Así pues, cabría hablar de «ciclos» en la relación entre la Presidencia y el Parlamento, unos ciclos donde los periodos de predominio presidencial han ido alternándose con periodos de resurgimiento parlamentario. Por ejemplo, se produjo una reafirmación del poder del Congreso a raíz del caso Watergate, cuando los escándalos que rodeaban al presidente Nixon empañaron el prestigio del cargo y provocaron un clima de determinación para frustrar las iniciativas sospechosas de la Casa Blanca mediante la aplicación del «veto legislativo», una disposición legal que permite que una o ambas Cámaras del Congreso desaprueben o paralicen una acción del poder ejecutivo.

Sin embargo, esas oscilaciones se han producido con el telón de fondo de un incesante aumento del poder del cargo presidencial. Las guerras han tenido mucho que ver con esa consolidación de la autoridad, igual que ocurrió en los Estados absolutistas europeos durante los siglos XVII y XVIII. Durante la «Presidencia imperial» (Arthur M. Schlesinger) del siglo XX, se asistió a un aumento espectacular de los poderes de la Presidencia para hacer la guerra, y al consiguiente cambio en el equilibrio constitucional entre el Congreso y el presidente. El presidente Harry Truman intervino por iniciativa propia en la guerra civil de Corea, y dio orden de que las tropas se incorporaran a las hostilidades sin solicitar ni una declaración de guerra ni una resolución de apoyo del Congreso; durante la Crisis de los misiles de Cuba, el presidente John F. Kennedy deliberaba en un «aislamiento regio» con sus tres asesores más íntimos y no con el Comité Ejecutivo, oficialmente responsable en esos asuntos, e incluso autorizó a su hermano Robert a mantener negociaciones con la Unión Soviética sin conocimiento ni autorización del Congreso.

Aparentemente, estas y otras intervenciones del mismo tipo reafirman la idea de que hay dos presidencias bastante diferenciadas, una centrada en el escenario nacional y otra en los asuntos exteriores. Pero también en la arena nacional se ha producido un incesante engrandecimiento del cargo. Incluso el presidente Gerald Ford, un presidente relativamente modesto de la modalidad post-Watergate, utilizó su veto presidencial nada menos que en 69 ocasiones durante el tiempo que estuvo en el cargo, y en menos de una

quinta parte de esas ocasiones se desautorizó su veto. En cuanto al veto legislativo ejercido por el Congreso, fue abolido por una sentencia del Tribunal Supremo en 1983. El uso del veto presidencial sigue siendo motivo de discordia entre los poderes legislativo y ejecutivo. Algunos comentaristas políticos argumentaban, por ejemplo, que el despliegue o la reactivación de distintos poderes de veto por parte del presidente George Bush padre sobre asuntos bastante intrascendentes constituía un intento de «ejercer un gobierno como patrimonio exclusivo», de una forma soterrada, incluso en ámbitos que no tenían ninguna relación con la seguridad nacional.

Parece claro que en el marco del sistema estadounidense moderno los presidentes son los líderes; *cómo* lideran y de dónde procede el poder de liderar sigue siendo un asunto para el debate. Un análisis memorable del científico político Richard E. Neustadt sobre los presidentes posteriores a la Segunda Guerra Mundial argumentaba que, a pesar de la abundancia de poderes formales de que son investidos, los presidentes consiguen resultados no por el procedimiento de promulgar decretos-ley, sino de convencer a otros actores del sistema para que apoyen y compartan sus objetivos. «El *poder* presidencial», afirmaba Neustadt, «es el poder de convencer.» Otros han argumentado que la capacidad de persuasión del inquilino de la Casa Blanca (es decir, su capacidad de conseguir resultados en el Congreso y de obtener fallos favorables del poder judicial) en realidad obedece a otras variables, como su éxito electoral, sus alineamientos estratégicos en ambas Cámaras del Parlamento, la mayor o menor fuerza de la oposición, y la valoración del presidente en las encuestas de opinión. Sea cual sea la visión que prefiramos, todo se reduce a una misma cosa: el poder y el consentimiento están perpetuamente entrelazados –por lo menos en el ejercicio de la autoridad presidencial en el ámbito nacional.

No cabe duda de que la Presidencia es una institución sumamente peculiar, creada como parte de un singular intento de construir un nuevo tipo de orden político. Pero el poder resulta ser igualmente resbaladizo y ambiguo en todas las democracias modernas. Tras un periodo de concentración y crecimiento en tiempos de guerra, los poderes del Gobierno

británico se vieron cuestionados entre los años cincuenta y ochenta por un poder judicial cada vez más dispuesto a escrutar, e incluso a invalidar, las iniciativas del ejecutivo, y por una Cámara de los Comunes al que le estaban saliendo dientes nuevos gracias al Sistema de Comisiones Especiales y a la figura de los comisarios parlamentarios encargados de investigar los casos de «mala administración». En tiempos de Margaret Thatcher, y más tarde de Tony Blair, el sistema pasó por fases de «presidencialización» caracterizados por los altos niveles de activismo de la Presidencia del Gobierno y por su escasa deferencia para con el Parlamento. Y, sin embargo, al mismo tiempo, los poderes soberanos del ejecutivo británico fueron diluidos «desde fuera» por la incorporación, durante el mandato de Tony Blair, de la Convención Europea sobre Derechos Humanos y de la Carta Social Europea a la legislación británica. Algunos argumentarán que esos cambios diluyeron los poderes del ejecutivo, y al mismo tiempo potenciaron los de la judicatura. El cuestionamiento del secreto del poder ejecutivo en virtud de la Ley de Libertad de Información es otra novedad que podría desestabilizar uno de los puntales tradicionales del poder ejecutivo.

También en Francia, la naturaleza híbrida de la V República, donde coexisten elementos de un gobierno presidencial y de un gobierno parlamentario, posibilita que el poder se concentre y se disperse en distintas ubicaciones, dependiendo de las relaciones políticas entre el presidente y el primer ministro. David Bell ha sugerido que el poder del presidente francés no depende de sus prerrogativas formales, sino de su capacidad para «hacer de la Presidencia el punto de referencia en la política francesa»; en ese sentido, la Presidencia es un prodigio de «levitación política». En Alemania, a partir de 1949 la autoridad del presidente de la República Federal ha tendido a retroceder frente al creciente poder del canciller, pero eso fue una consecuencia de las contingencias históricas (sobre todo de la inesperada estabilidad de la vida partidista y parlamentaria a partir de 1949), no de una planificación constitucional. Uno de los rasgos de todos estos sistemas es que las relaciones entre los ejecutivos estatales y los demás centros de poder en los Estados pluralistas modernos –el poder

judicial, la administración, los parlamentos, los grupos de presión, los medios de comunicación– fluctúan constantemente.

Tal vez en ningún sitio la determinación de las relaciones de poder está más reñida que en el entorno multiestatal de la Unión Europea (UE). Las explicaciones «intergubernamentalistas» hacen hincapié en el control que ejerce el Estado miembro sobre el proceso de integración; según esa interpretación, el poder es ejercido principalmente por los Estados miembros, pero se reparte entre ellos. Por el contrario, los analistas «neofuncionalistas» de la UE destacan el papel de las instituciones supranacionales, sobre todo de la Comisión Europea y, más recientemente, del Parlamento Europeo. Los enfoques «institucionalistas» y «de redes» ponen el acento en el escaso potencial para la concentración de poder en un sistema tan complejo; el poder, argumentan, solo puede ejercerse cuando grandes coaliciones formadas por actores de distintos tipos (Estados miembros, instituciones supranacionales, alianzas sociales o «coaliciones de defensa» sobre determinados asuntos) confluyen para defender unos objetivos específicos. Así pues, las relaciones de poder se despliegan en el contexto de un «juego a muchos niveles» en el que intervienen muchos tipos diferentes de actores estatales y privados, y que está estructurado en torno a unas relaciones informales en forma de redes.

La oscilación en el equilibrio de poder entre unos organismos que compiten entre sí no se limita a la esfera del gobierno; se replica a lo largo y ancho de todos los ámbitos de la vida económica, social y política de los países capitalistas. Un estudio de Sally H. Clarke sobre la relación entre los consumidores y las grandes empresas del sector automovilístico en Estados Unidos durante el siglo XX ha revelado que, si bien hubo indudablemente intentos de los «tres grandes» fabricantes de automóviles (Chrysler, General Motors y Ford) de manipular a los consumidores, y esfuerzos de las asociaciones de consumidores para oponerse a los fabricantes, la evolución del mercado del automóvil no obedecía únicamente a ese pulso, sino a la intervención de una plétora de actores estatales y no estatales –los tribunales, el Ministerio de Justicia, las compañías aseguradoras, los organismos estatales de investigación, los departamentos de vehículos a

motor, el Consejo de la Reserva Federal, y muchos otros. Todos ellos contaban con la suficiente influencia como para contribuir a condicionar el resultado; ninguno de ellos tenía el poder para determinarlo por sí solo.

Esta iteración fractal de las relaciones de poder apunta a una mayor fragmentación y descentralización del poder en las sociedades democráticas modernas, cuyas consecuencias resultan difíciles de evaluar. En un diagnóstico lírico, a menudo perverso, del capitalismo tardío publicado en 1980 con el título *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*, los críticos posmarxistas franceses Gilles Deleuze y Félix Guattari fijaban su mirada en Estados Unidos y veían un nuevo tipo de orden social donde el poder no manaba de un único centro, ni estaba anclado en una única estructura nuclear. En lugar de los tropos en forma de árbol que contraponían el centro y la periferia, las raíces y las ramas, Deleuze y Guattari imaginaban las «mil mesetas» de la sociedad capitalista, un mundo de «multiplicidades, líneas, estratos y segmentaciones, líneas de fuga e intensidades». Formulaban la metáfora del orden social posmoderno como un «rizoma», una red capilar donde cada punto estaba conectado con todos los demás, una disposición donde los «centros de poder» eran «difusos, dispersos, reducidos, miniaturizados, perpetuamente desplazados».

Se trata de un libro bastante extraordinario. Yo antes pensaba que era ilegible. Después me di cuenta de que mi error era intentar leerlo. No *lea* ese libro a la manera convencional. Obsérvelo a través de una gasa. Cántelo o coréelo. Hojee sus capítulos al azar. Si usted lo aborda esperando el desarrollo lineal de un único argumento a través de una cadena de afirmaciones avaladas empíricamente, la cosa probablemente acabará mal. Es un libro cuyos capítulos se titulan, por ejemplo: «10000 a.C.: una geología de la moral». La página 47 contiene una maravillosa exhortación al lector: «admire la tortuga». Un párrafo de esa misma página comienza con la inocente afirmación: «Ahora estamos un poco perdidos». Pero si usted le dedica algo de tiempo a este libro, sin intentar «leerlo», puede que le resulte enriquecedor.

Es posible seguir el rastro de una línea de razonamiento análoga –en un registro menos exaltado– en la reflexión hegeliana de Francis Fukuyama

sobre el significado de las revoluciones europeas de 1989. En *El fin de la historia y el último hombre*, Fukuyama especulaba que la desaparición del comunismo autoritario podría ser el heraldo del triunfo definitivo del capitalismo liberal sobre sus distintos antecedentes, alternativas y adversarios. Según esa interpretación, el futuro era un próspero suburbio donde los diferenciales de poder más marcados prácticamente se habían desvanecido, y con ellos las energías revolucionarias que hasta entonces habían impulsado la historia y marcado su rumbo.

EL PODER EN NOSOTROS

El poder condiciona lo que tenemos y lo que sabemos de la historia. Por eso, el palacio de Sans Souci, en el norte de Haití, terminado en 1813 como residencia de Enrique I, el primer y único rey del país, hoy está en ruinas, mientras que su tocayo de Potsdam, la encantadora residencia de verano de Federico II de Prusia, construido en la década de 1740, resplandece como si lo hubieran levantado ayer. Incluso después de la abdicación del último rey de la Casa de Hohenzollern, el poder siguió estando muy cerca del Sans Souci prusiano. El alojamiento veraniego de Federico fue administrado como un palacio del Estado bajo la República de Weimar, y posteriormente bajo el Gobierno comunista de la República Democrática Alemana. Hoy, la fundación encargada de su conservación se administra en virtud de una ley estatal y se financia generosamente con fondos públicos. Sin embargo, el poder abandonó rápidamente el enorme edificio del primer y único rey haitiano. Su primer inquilino, el rey Enrique, un antiguo esclavo y héroe de la revolución que obligó a Francia a reconocer la independencia de Haití en 1804, se suicidó en 1820 cuando se enteró de que las fuerzas republicanas se aproximaban desde el sur. Su hijo Jacques-Victor, príncipe heredero de Haití, fue ajusticiado a golpe de bayoneta en el palacio diez días después. No hubo sucesión. El Gobierno republicano que gobernó a partir de entonces desde Puerto Príncipe no mostró el mínimo interés en conservar ese recuerdo de la malhadada monarquía de Haití. El palacio, muy deteriorado durante los primeros años por la guerra civil y la incuria, quedó

parcialmente destruido a raíz del terremoto de 1842, que borró del mapa la vecina localidad de Cabo Haitiano. Hoy sigue siendo una ruina, a pesar de su estatus (desde 1982) como Patrimonio de la Humanidad de la UNESCO. Como ha observado Michel-Rolph Trouillot, tanto si ha quedado grabado en piedra como si ha quedado registrado en papel, el relato histórico «conlleva una contribución desigual de unos grupos y unos individuos que rivalizan entre sí, y que tienen un acceso desigual a los medios para ese tipo de producción».

Los historiadores registran y adaptan esa asimetría de distintas formas. A algunos les atraen el espectáculo del poder y las ubicaciones sociales donde se ejerce –gabinetes, antesalas, cuarteles generales militares, ministerios y salas de juntas. Admiran el hábil empleo del poder, lo ungen con una retórica aprobatoria. Otros trabajan en contra del gradiente del poder, «de abajo a arriba» –esa fue la aspiración de gran parte de la historia social en las décadas de 1960 y 1970, que ponía en el centro a los individuos y a los grupos que anteriormente habían figurado como los anónimos objetos de unas políticas ideadas por los poderosos. En algunos relatos de ese tipo, lo que se vuelve anónimo es el poder, y los retratos pormenorizados de los dirigentes ceden el paso a unas élites y a unas clases gobernantes sin rostro. Pero algunos historiadores que se centran en los actores subalternos descubren que el poder se remansa en torno al objeto de contemplación: cuanto más saben de sus protagonistas, más poder parecen ejercer –por lo menos sobre sus propios destinos y sus entornos más cercanos. Descubren el ingenio, la estrategia, la determinación, la autonomía y la resistencia de las campesinas, de los trabajadores del metal soviéticos, de los habitantes de los bosques, de los esclavos, de las prostitutas. Escribir de esa manera puede llegar a parecer un acto de empoderamiento retrospectivo, o tal vez todo se debe a que los relatos requieren protagonistas, que a su vez exigen la condición de actores, y con ello una pequeña cuota de poder.

Sin duda, los motivos para tomar esas decisiones narrativas hay que buscarlos –dejando al margen las tendencias que empujan a la historiografía en una u otra dirección– en el reino de lo que Judith Butler denominaba la

«vida psíquica del poder». Estamos acostumbrados a pensar en el poder como algo que nos viene impuesto desde fuera. Pero ¿y si en realidad nosotros mismos «nos iniciamos a través de una sumisión primordial al poder» –al poder, por ejemplo, de nuestros progenitores? Si, apunta Butler, nosotros entendemos el poder como una fuerza de nuestra propia formación como *sujetos*, entonces «el poder no es simplemente algo a lo que nos oponemos, sino también algo de lo que dependemos para nuestra existencia y que albergamos y preservamos en los seres que somos».

En *El proceso*, su sombría parábola sobre los misterios del poder, Franz Kafka reflexionaba acerca de la imposibilidad de entender el poder en sus orígenes, de hacer visibles sus cimientos. La búsqueda que lleva a cabo «K», el desamparado protagonista, de una clarificación por parte de una fuente autorizada de cómo progresa el «caso» que se está instruyendo contra él, le lleva por los interminables pasillos de los edificios de la administración, hasta los cuartitos de las escobas, los sótanos, y hasta un cobertizo de una azotea lleno de herramientas polvorientas, pero nunca hasta la cámara central donde se deciden los destinos. De hecho, seguimos sin saber a ciencia cierta si existe tal cámara ni, en caso de que exista, si hay alguien dentro. Podríamos interpretarlo como una elucubración sobre el poder impersonal de la burocracia moderna, pero el ensayo *Kafka: hacia una literatura menor*, de Deleuze y Guattari, ofrecía una interpretación más interesante. Encontraban en la novela algo más visceral y fundamental: la intuición de Kafka, exhaustivamente explorada en su *Carta al padre*, de que el poder de su dominante padre era únicamente una manifestación diferida de la propia subordinación del padre a *su* padre. Quien ejercía el poder, primero había sido obligado a someterse a él. La «línea de fuga» que se extendía hacia atrás, de padre a padre y a otro padre, era un largo pasillo sumido en una sombra cada vez más profunda, en cuyo extremo resultaba imposible llevar a cabo un ajuste de cuentas definitivo con el poder.

---

* «Estudios sobre el poder», por analogía sobre las carreras universitarias interdisciplinares como «*gender studies*» o «*cultural studies*» a las que ha aludido el autor. *(N. del T.)*

§ En inglés, «energía eléctrica» se dice *electric power*, de ahí los resultados de una búsqueda en Internet como la que menciona el autor. *(N. del T.)*

‡ *Rapture websites*, en el original. *(N. del T.)*

** Nombre alternativo del faraón Ramsés el Grande en el soneto homónimo de P. B. Shelley sobre lo efímero del poder político absoluto. *(N. del T.)*

§§ El periodo (1865-1877) de desmantelamiento del ordenamiento jurídico de los estados confederados y de su economía esclavista. *(N. del T.)*

Los judíos y el final de los tiempos

Este es el texto de un discurso de inauguración que pronuncié en el Seminario de Estudios Judíos Avanzados de Oxford para un congreso titulado Los judíos, el liberalismo, el antisemitismo: la dialéctica de la inclusión (1780-1950).

Hace casi treinta años llegué a Berlín, donde tenía intención de estudiar un curso de doctorado en la Universidad Libre. Las cosas no salieron del todo como estaba previsto. El catedrático con el que pensaba trabajar desapareció de repente. Se planteó la pregunta de si mi modesta licenciatura australiana era una preparación idónea para los rigores de una investigación doctoral en Alemania. (Tras un colosal intercambio de correspondencia entre el Departamento de Exámenes y el decano de Humanidades de la Universidad Libre, por un lado, y la Conferencia Permanente de Ministros de Cultura de Bonn, por otro, la respuesta a aquella pregunta fue negativa, pero para entonces yo ya había recibido una oferta de la Universidad de Cambridge.) Ninguno de los catedráticos titulares del cuerpo docente parecía interesado en supervisarme, ni tan siquiera en conocerme. Los seminarios a los que asistí tenían un gran exceso de inscripciones. Durante los momentos aburridos, yo me entretenía leyendo las pintadas garabateadas en las paredes: «Fuego y llamas para este Estado», «Destruye lo que te destruye a ti», «Policía = SA/SS». A menudo las clases tenían que interrumpirse debido a las intervenciones hostiles, las huelgas estudiantiles, las manifestaciones y, en una ocasión, por la explosión de una bomba junto

al BMW de un catedrático en el aparcamiento contiguo al Instituto Friedrich Meinecke. Era un entorno adecuadamente apocalíptico como punto de partida de la línea de investigación que en última instancia dio lugar a la ponencia que presento esta tarde.

Al cabo de unos meses de dar vueltas buscando en vano un supervisor, fui adoptado por la figura más amable, más izquierdista y con menos estabilidad institucional de todo el panorama docente del campus del barrio berlinés de Dahlem en aquella época: Wolfgang Wippermann. Wolfgang y yo acordamos que mi trabajo consistiría en investigar la misión pietista entre los judíos que había operado desde Halle durante el siglo XVIII.

En 1728, un teólogo llamado Johann Heinrich Callenberg fundó el Institutum Judaicum, un instituto misionero profesional que estuvo evangelizando a los judíos hasta su cierre en la década de 1790. El Institutum era sumamente atípico. Sus misioneros, en su mayoría jóvenes teólogos sin empleo, que abundaban en aquella época, se formaban específicamente para trabajar entre los judíos. Recibían una formación superficial sobre la Biblia hebrea y sobre las tradiciones exegéticas de los rabinos. Aprendían yidis en el Seminario de Yidis de la Universidad de Halle, el primero que se fundó. Utilizaban un diccionario misionero especial editado específicamente por Callenberg para satisfacer las necesidades de los misioneros en su trabajo. Se suponía que el diccionario tenía que ayudar a los misioneros en activo a sortear las situaciones potencialmente incómodas. Por ejemplo, Callenberg traducía la expresión crucial «convertirse al cristianismo» con la expresión «reunirse bajo las alas de la *Schachina*» (es decir, la santa presencia de Dios), con la esperanza de evitar las connotaciones despectivas del término «*meschummad*», un hebraísmo de la lengua yidis para designar al «apóstata», cuya raíz era el verbo hebreo «ser destruido». Afortunadamente para mí, el Institutum también produjo un abundante archivo y un extraordinario boletín periódico de sus actividades, donde los diarios y las cartas de los misioneros se alternaban con homilías, cartas de los devotos seguidores de la misión, edificantes relatos de conversiones, y largas listas de donantes y sus donaciones.

Desde el principio, a los misioneros que se formaban allí se les enseñaba a ver a los judíos no solo como un grupo religioso, sino también como un grupo social que compartía determinados rasgos y experiencias formativas comunes. A ese respecto, el Institutum reflejaba la ética social del pietismo. Los pietistas –una corriente reformista del luteranismo alemán de finales del siglo XVII y principios del XVIII– estaban interesados en el progreso social. Cuando se fundó el Institutum Judaicum con el propósito de evangelizar a los judíos, operaba desde las dependencias de las Franckesche Stiftungen, un complejo de empresas que incluía un orfanato, varios colegios de gran prestigio, una serie de pequeñas fábricas, una editorial sumamente activa, y una próspera empresa farmacéutica que exportaba sus productos a lugares tan distantes como Rusia y el Imperio otomano. La ética social pietista contemplaba el trabajo como una vocación sagrada que tenía el poder de facilitar la regeneración espiritual. En el orfanato de Halle, la educación religiosa iba acompañada de la formación en una amplia gama de oficios. La ociosidad se veía como una amenaza existencial. Se menospreciaba la caridad a la antigua usanza: había que alentar a los pobres a ayudarse a sí mismos a través del trabajo.

El Institutum era un reflejo de esa peculiar ética social. Su director, Johann Heinrich Callenberg, opinaba que los objetivos de una *Judenmission* como Dios manda debían extenderse más allá de la mera educación en la doctrina cristiana. Debía aspirar a conseguir un cambio permanente en la vida y la conducta de los conversos. Así pues, el Institutum se hizo famoso por su trato inusitadamente riguroso a los solicitantes de bautismo. Se estableció la norma de complementar la educación doctrinal de los catecúmenos con consejos sobre cómo encontrar un empleo remunerado, a fin de que los judíos que se convirtieran «pudieran de esa forma verse libres del sufrimiento de una vida vagando sin rumbo». En otras palabras, los conversos de Callenberg debían ser rescatados no solo del error de su religión, sino también de un estilo de vida que se correspondía con la realidad de muchos pequeños vendedores ambulantes, que había acabado por considerarse una forma de vida intrínsecamente judía.

¿A qué obedecían aquellos esfuerzos? ¿Por qué alguien consideraba que valía la pena participar en una obra de ese tipo, o apoyarla económicamente, como aparentemente hacían con mucho gusto miles de donantes? Y la misión entre los judíos tampoco podía presumir de ser un gran éxito en términos numéricos. Conseguían muy buenos resultados con sus escasos conversos, pero los propios misioneros reconocían, en palabras de uno de ellos en el siglo XIX, que la misión en Israel era «una cosecha de lágrimas». Por decirlo en términos académicos del Reino Unido del siglo XXI, los misioneros obtenían una baja puntuación en «impacto». Así pues, ¿qué movía todo aquello?

La respuesta estaba en la esperanza de que, al facilitar la conversión de los judíos, la misión estaba acelerando el avance de un plan divino para la futura culminación de la historia del cristianismo en el mundo. El *locus classicus* era un pasaje de Philipp Jakob Spener, uno de los padres fundadores del pietismo alemán –un movimiento reformista dentro del luteranismo. Procede de un breve tratado titulado *Pia desideria. Herzliches Verlangen nach gottgefälliger Besserung der wahren evangelischen Kirchen* («Deseos piadosos. Anhelo sincero de una mejora grata a los ojos de Dios de la verdadera Iglesia evangélica»):

> Si examinamos las Sagradas Escrituras [escribía Philipp Jakob Spener en 1671], no nos cabe duda de que Dios ha prometido un mejor estado de la Iglesia en la Tierra. Tenemos, ante todo, la sincera profecía de san Pablo y el misterio que le fue revelado (Romanos, XI: 25, 26) de cómo Israel llegará a ser bienaventurado después de que la totalidad de los paganos esté cansada, de modo que una gran parte, cuando no todos, de los hasta ahora obstinados judíos se convertirán al Señor.

Estas palabras nos llevan directamente al meollo del asunto de esta conferencia: la relación extrañamente íntima entre los judíos y el final de los días. Lo que me llamó la atención de este pasaje cuando lo leí por primera vez era su intrincada lógica. La promesa de la mejora *cristiana* formaba parte de un misterio –incluso Pablo reconocía que era un misterio– relativo a la futura salvación de «una gran parte» de los judíos.

Spener escribió *Pia Desideria* cuando era un alto funcionario eclesiástico en Fráncfort. El libro se publicó originalmente como prefacio de su edición de un texto escrito por el espiritualista Johann Arndt. El principal interés del libro era el futuro profético de la Iglesia cristiana en la tierra y los fundamentos escriturarios de la expectativa de unos «tiempos mejores». Sin embargo, aunque el ensayo no se ocupaba de los judíos en sí, se aducían reiteradamente como prueba del argumento de Spener sobre el presente y el futuro de la Iglesia cristiana en la tierra. Spener calificaba la permanente «incapacidad» de los judíos de convertirse no como una consecuencia de su obstinación ni de su perversidad, sino de los males que afligían al cristianismo en aquellos tiempos. Sugería que, desde el punto de vista de los judíos, indudablemente debía resultar imposible creer que los cristianos vieran a Cristo como un Dios verdadero, teniendo en cuenta lo manifiestamente poco interesados que estaban en cumplir sus mandamientos. Naturalmente, eso les reafirmaba en su falta de fe. No era de extrañar que los judíos, en vista de la inmoralidad de la mayoría de los cristianos, llegaran a la conclusión de que Jesús debió ser una mala persona. Lo más característico del planteamiento de Spener era la relación que deducía en sus escritos entre el problema de la conversión y la cuestión de la reforma de la Iglesia. La persistencia de los judíos en su religión era una consecuencia de la mala conducta de los cristianos. Y así se establecía una causalidad curiosamente circular: el lamentable estado de las iglesias cristianas era la causa de la falta de fe de los judíos; mientras que, al mismo tiempo, la prometida restauración de los judíos era la única garantía de que las iglesias cristianas llegaran algún día a encontrar una salida al malestar que sufrían en aquellos tiempos.

Precisamente de ese nexo causal surgió el imperativo misionero que después animó el pietismo de Halle. A Spener le parecía que la cristiandad era moralmente responsable del destino de los judíos. Alertaba de que, en caso de que los cristianos no estuvieran a la altura de aquel desafío, ello acarrearía un «gran castigo» por nuestra «negligencia» espiritual. Por consiguiente, la evangelización de los judíos era una misión esencial de los cristianos. En distintos pasajes de sus obras teológicas y de su

correspondencia pastoral, Spener ofrecía algunas directrices sobre la mejor manera de lograrlo. Argumentaba, por ejemplo, que hacían falta unos textos muy especializados en materia de conversión si lo que se pretendía era introducir a los judíos en la verdad cristiana. Sugería que los predicadores que estuvieran pensando en aproximarse a los judíos con intención misionera se prepararan a conciencia leyendo a autores como Johann Christoph Wagenseil, famoso como teórico de la conversión de los judíos, pero también por su tendencioso compendio de los supuestos errores y blasfemias de los judíos, que llevaba el intimidante título *Tela Ignea Satanae* («Ardientes dardos de Satán», 1681). Spener reconocía la obligación por parte de todos los cristianos de dar testimonio de su fe a través de una conducta justa y cordial en su trato con los judíos, pero hacía hincapié en que era imprescindible un conocimiento especializado para la tarea concreta de la conversión. Era preciso animar a las universidades a que ofrecieran más formación en lenguas orientales.

Spener situaba la misión a Israel muy cerca del núcleo de la relación de los protestantes con Dios. La misión era urgente porque estaba en juego el honor de Dios. Era una cuestión de reparar el daño causado por la historia de la ingratitud humana para con la gracia y el favor de Dios. De esa manera, Spener hacía de la conversión de los judíos la clave de bóveda de la verdad cristiana revelada. «Si cae la palabra de Dios», escribía Spener, «la totalidad de la religión verdadera y correcta cae simultáneamente. Si esta cae, nadie puede alcanzar la gracia.»

La integración que hacía Spener de la profecía en un programa práctico de reforma de la Iglesia era por lo menos igual de llamativa que su atención a la dimensión sociológica de la problemática de la conversión. Para tener éxito, argumentaba, cualquier aproximación cristiana a los judíos tenía que ser sensible a la complicada situación social y económica de la minoría judía. No bastaba simplemente con hacer que los judíos entraran en contacto con la palabra de Dios. Por el contrario, había que meditar en la forma de eliminar los obstáculos sociales a una conversión masiva de los judíos:

> Si se pudiera llevar a los judíos a un estilo de vida totalmente diferente de la del comercio y la venta ambulante que hoy en día les da de comer [escribía Spener a principios de la década de 1680], yo estaría a favor de una medida como esa. Porque ese estilo de vida exige que la mente esté obsesionada con preocupaciones constantes, de modo que difícilmente pueden permitirse el sosiego necesario para examinarse a sí mismos.

Dado que el trabajo condicionaba, y al mismo tiempo reflejaba, la disposición espiritual de una persona, de ahí se derivaba que el trabajo realizado por los judíos desempeñaba un papel crucial a la hora de planificar la transición de una identidad social y religiosa judía a una identidad cristiana. Spener instaba a que, incluso después de su bautismo, era preciso encauzar a los conversos hacia «un cristianismo activo y un trabajo industrioso». Los individuos verdaderamente renacidos serían reconocibles por el cambio radical en su conducta social y ocupacional, y para los cristianos supondrían un modelo del poder transfigurador de la verdadera fe –y ahí vuelve a aparecer esa lógica circular: un planteamiento más tolerante, inteligente y conciliador por parte de los cristianos da lugar a conversiones auténticas, lo que a su vez volverá a poner a los cristianos bajo la influencia de un cristianismo verdadero y sincero.

La respuesta del público a *Pia Desideria* fue diversa. Los luteranos ortodoxos hostiles objetaron que se trataba de una doctrina nueva y arbitraria. Si había muchos ortodoxos que eran de esa opinión es posible que se debiera a que el propio Martín Lutero se había mostrado escéptico sobre las afirmaciones escatológicas que se hacían en la Epístola de Pablo a los Romanos, y a favor de ella:

> Este texto [afirmaba Lutero en sus *Lecciones sobre Romanos*] es la base de la opinión común de que, en el fin del mundo, los judíos retornarán a la fe. Sin embargo, el texto es tan críptico que, a menos que uno esté dispuesto a aceptar el criterio de los padres que hablan sobre el apóstol en ese sentido, nadie puede, o eso parece, sacar una clara convicción de él.

Lutero tenía algo de razón. El texto paulino estaba cuajado de ambigüedades y confusiones. ¿Quiénes eran la «parte de Israel» que se redimiría? ¿Y quiénes no se redimirían? Cuando Pablo hablaba de los judíos como la rama de olivo que se había desgajado del árbol original,

¿pretendía hacer hincapié en la ruptura, o en que subsistía la integridad de la alianza de los judíos con Dios? ¿La redención de los judíos de que hablaba Pablo tenía lugar en el futuro o en el pasado? Los primeros tratados sobre este texto tenían todos ellos dificultades para responder a estas preguntas. Orígenes denigraba la observancia de los judíos de su época, pero postulaba la salvación de los judíos en última instancia. Juan Crisóstomo se mostraba más escéptico. Argumentaba que la parábola del olivo de Romanos simplemente venía a subrayar el rechazo a Israel y la adopción de los gentiles, y no a asegurar a los judíos un lugar en el plan de Dios en un futuro. Ambrosiastro argumentaba que los judíos que hubieran comprendido a Cristo y lo hubieran rechazado por perversidad estaban condenados, mientras que los que se hubieran mantenido al margen del cristianismo por su leal apego a sus propias leyes se salvarían. Agustín se contradecía a sí mismo en esta cuestión: a veces insistía en que lo que quedara de los judíos infieles nunca experimentaría la salvación, y, sin embargo, en otros pasajes hablaba de la salvación del pueblo judío en última instancia, supuestamente como un todo. En cualquier caso, argumentaba, la persistencia de una presencia judía en el mundo cristiano seguía siendo indispensable porque, en un futuro en que los falsos dioses serían derrocados, quedaría «probado por sus libros que eso se profetizó hace mucho tiempo».

Lo llamativo de esta tradición es su incapacidad de llegar a una interpretación consensuada. Para la mayoría, el vínculo entre los judíos y el *escatón* estaba fuera de toda duda, pero sobre la cuestión del significado exacto de dicho vínculo encontramos complejidad, ambivalencia y falta de resolución. En resumen, lo que Jeremy Cohen denominaba el «judío escatológico» se convirtió en un instrumento para pensar sobre lo que se sabía y no se sabía sobre el tiempo final, una forma de orientarse a través del terreno de la incertidumbre sobre las intenciones de Dios para con el mundo que había creado.

En vez de dejar a un lado la cuestión, la Reforma protestante volvió a abordarla. Como demostró Martin Friedrich en un amplio estudio de la literatura alemana del siglo XVII sobre la conversión de los judíos, a lo largo

de la primera mitad del siglo los teólogos luteranos ortodoxos estaban casi unánimemente de acuerdo en que efectivamente las Sagradas Escrituras habían profetizado una conversión masiva de los judíos, a pesar del escepticismo epistemológico de Lutero. La adhesión a la doctrina de una conversión profetizada no se asoció al extremismo de un sector marginal de radicales milenaristas hasta después de 1650. El consenso ortodoxo sobre la cuestión de una conversión masiva aún pendiente fue objeto de una batalla verbal cada vez más vehemente entre los luteranos ortodoxos y los espiritualistas milenaristas.

También en Gran Bretaña, los comentarios bíblicos puritanos del siglo XVII a menudo se centraban en la idea de la promesa de una conversión masiva de los judíos en el final de los tiempos. A ello le seguiría la invasión de Palestina por un ejército hebreo vengador que derrotaría al Imperio otomano. Esa idea se convirtió en una premisa escatológica corriente; el historiador de la Iglesia Richard Cogley lo ha descrito como la corriente judeo-céntrica del milenarismo puritano. Los puritanos que propugnaban ese tipo de ideas no eran ni extremistas ni bichos raros –eran moderados firmemente integrados en la corriente principal de la Iglesia. Al igual que en Alemania, había algunos que llevaban las cosas demasiado lejos, a juicio de la mayoría de sus contemporáneos. Thomas Brightman, un puritano de simpatías presbiterianas, y miembro del Queen's College de Cambridge, infería de sus lecturas de la Revelación, del Cantar de los Cantares y del Libro de Daniel una sorprendente visión escatológica. Sí, era cierto que «los antiguos judíos» habían «matado al *Señor de la Vida* y manchado su mano con la sangre de los apóstoles», pero «qué bendición le seguirá cuando vuelvan a gozar del favor de Dios». Su conversión iba a lavar la mancha de la crucifixión. Y de una Jerusalén restablecida brotarían bendiciones para toda la humanidad. Para dejarle bien claro a sus lectores lo espectacular de esa transformación, Brightman recurría a la historia bíblica de Raquel y Lea. Brightman argumentaba que la alegría de Dios al salvar a los gentiles sería mucho mayor «cuando vuelva a acoger a los judíos en su especial amor y amistad, pues ellos fueron los primeros a los que amó». Lo peculiar de esta visión era que los judíos seguían siendo un grupo diferenciado

después de su salvación, un grupo superior a los gentiles. En resumen, los judíos seguían siendo judíos, incluso después de su salvación. Para evitar cualquier posible malentendido, Brightman se apresuraba a tranquilizar a sus lectores diciéndoles que no se había «convertido en judío». Únicamente informaba de lo que decía la Biblia.

Las obras de Brightman tuvieron una gran difusión en Inglaterra y en Alemania. Fue uno de los intérpretes filosemíticos de las Escrituras cuyos argumentos sentaron las bases teológicas para el reasentamiento de los judíos en Inglaterra en 1655. Entre los que asumieron las ideas de Brightman con una intención polémica estaba el jurista y político sir Henry Finch, que en 1621 publicó anónimamente un libro titulado *The World's Great Restauration, or, the Calling of the Jews* («La gran restauración del mundo, o el llamado de los judíos»):

> El resplandor de la nueva Jerusalén, de la Iglesia de los judíos ganados para Cristo será tal que las naciones de los que serán salvados caminarán bajo su luz; y los reyes de la tierra llevarán hasta ella su gloria y su honor […] En ellos habrá una soberanía sobre otras Naciones: a los que dominará su brazo y su poder.

Otros pasajes describían a los monarcas lamiendo el polvo ante los reyes judíos.

Para la mayoría aquello empezaba a ser demasiado. Finch fue encarcelado, y el libro fue ferozmente atacado por la Alta Comisión de Westminster. William Laud, que en 1633 sería nombrado arzobispo de Canterbury, utilizó uno de sus sermones ante el rey para arremeter contra el libro de Finch: «Así pues, ¿ahora no es suficiente que los judíos se conviertan a la fe de Cristo […]?», preguntaba retóricamente. «¿Además tienen que ejercer su poder sobre los reyes cristianos?» Dedicó unas palabras a tranquilizar al rey Jacobo, que estaba entre los asistentes: «En cuanto a los reyes de los gentiles, que sirvan a ese rey de Jerusalén es algo que no debéis creer hasta que lo veáis». La cuestión principal es simplemente que el «judío escatológico» seguía activo en esa visión, iluminando futuros imaginarios, guiando a los eruditos y a los polemistas a través de un terreno traicionero.

Hasta ahí, todo bien… probablemente. Pero ¿no había algo peligroso en esa proximidad entre los judíos y el final de los días? Ya hemos visto que el terreno que rodeaba al «judío escatológico» era cualquier cosa menos firme. El propio Pablo hablaba tímidamente de un «misterio» y dejaba los detalles a las especulaciones de sus lectores, a los que, a su vez, les resultaba difícil llegar a un acuerdo sobre lo que significaba exactamente aquella profecía. Así pues, desde el principio existió cierta inseguridad hermenéutica ante el vínculo entre los judíos y el *escatón*. Y lo más importante, había una lógica emocional potencialmente inestable en ese futuro virtual judío, sobre todo en la forma en que lo postulaba Philipp Jakob Spener. Ya hemos visto la causalidad circular que invocaba en su *Pia Desideria*: los cristianos ayudarán a los judíos a convertirse para que los judíos puedan inspirar en los cristianos una fe más verdadera y convertir al resto de no creyentes. La emoción que confería plausibilidad a esa circularidad era la *esperanza*, el sincero anhelo de los cristianos leales y evangélicos, dispuestos a ayudar. Pero la esperanza contiene dentro de sí la posibilidad de una decepción.

Ya he hablado de la dificultad con que se topaban los misioneros a la hora de sumar conversos. Los conversos eran importantes porque encarnaban algo por lo que los pietistas y otros cristianos evangélicos sentían un profundo apego: el renacimiento del creyente solo de nombre como un fiel verdaderamente comprometido con la religión. Pero los convertidos que la misión conseguía ganarse raramente eran del tipo que ansiaban los misioneros y sus patrocinadores. Los judíos que entraban en contacto con los misioneros solían provenir de la clase más pobre de judíos itinerantes. Ser aceptado para el bautismo conllevaba por lo menos la promesa de alojamiento y comida mientras durara la catequesis, y tal vez incluso la esperanza de pequeños obsequios bautismales en metálico por parte de los devotos patrocinadores. No es de extrañar que hubiera conversos que se dejaban bautizar varias veces en distintas localidades, replicando en cada ocasión, para edificación de los generosos cristianos, el itinerario a través de la duda y la desesperación hasta la iluminación y el renacimiento. En algunos casos resultó que los conversos en cuestión ni

siquiera eran judíos ni lo habían sido nunca, sino cristianos indigentes que se hacían pasar por judíos que buscaban la verdad.

Precisamente porque el éxito de la misión era tan exiguo, Callenberg y sus misioneros seguían insistiendo en que el objetivo por excelencia de sus esfuerzos no era en absoluto la conversión de individuos, sino la restauración masiva profetizada en las Escrituras y en la Epístola de Pablo a los Romanos en particular. Abundaban los indicios de que esa restauración era inminente, o eso decían ellos. El pueblo judío se encontraba supuestamente en un estado de fermento y de crisis interior que muy pronto haría que estuvieran maduros para la verdad del Evangelio. Y la misión era esa pizca de levadura que, una vez mezclada con la masa no fermentada del judaísmo, poco a poco iba a obrar una gran transformación en el todo. Pero esa confianza en unos indicios que presagiaban milagros era vulnerable al desencanto, ya que esos milagros seguían sin producirse.

No había nada nuevo en aquella dialéctica. La tensión entre la esperanza y la duda siempre aquejó a la relación de los cristianos con los judíos. La tesis de Agustín, por la que los judíos habían sido reservados por Dios para cumplir un cometido de salvación, y por consiguiente merecían la tolerancia y la protección de las autoridades cristianas, empezó a resquebrajarse durante la Edad Media, cuando las órdenes mendicantes organizaron una ofensiva justamente contra ese derecho a la tolerancia, argumentando que los judíos de aquella época se habían distanciado tanto de las creencias y del estilo de vida de sus predecesores bíblicos que a todos los efectos ya no eran judíos en absoluto.

Encontramos la misma dialéctica en los escritos de Martín Lutero. En uno de sus primeros panfletos, *Que Jesucristo nació judío*, escrito en 1523, Lutero instaba a los cristianos reformados a asumir una actitud más cordial y conciliadora con los judíos, basándose en el presupuesto de que la promulgación del verdadero Evangelio y su liberación de las garras de la Iglesia católica iba a desencadenar una conversión masiva. Pero cuando, al cabo de veinte años, vio que seguía sin haber indicios de tal conversión, Lutero escribió feroces invectivas, donde afirmaba que los judíos ya no eran judíos en absoluto, sino meros adoradores idólatras del Talmud, y exigía la

destrucción de las sinagogas y de los escritos sagrados judíos. En una importante biografía de Lutero, el historiador de la Universidad de Oxford Lyndal Roper ha sugerido que el vitriolo de sus escritos antijudíos posteriores obedecía al estrecho parentesco entre las ideas del propio Lutero y el judaísmo. Al fin y al cabo, Lutero estaba relativamente poco interesado en el más allá; su religiosidad situaba las Escrituras y la exégesis de los textos hebreos en el centro del escenario, y su «actitud extraordinariamente positiva hacia el cuerpo le situaba muy cerca del énfasis de los judíos en la fertilidad, más que en la virginidad». Pero ese parentesco podía fácilmente convertirse en un aborrecimiento visceral, argumenta Roper, porque Lutero insistía en que los propios cristianos se habían convertido en el pueblo elegido y habían desplazado a los judíos, lo que significaba que asegurar el papel providencial del luteranismo en la historia exigía la marginación, la desacreditación, e incluso la eliminación, de los judíos.

En su libro *Luthers Juden* («Los judíos de Lutero») Thomas Kaufmann plantea una observación parecida: el odio de Lutero a los judíos tenía que ver con su amor por el Pentateuco y por la lengua hebrea. En sus viajes, siempre llevaba consigo un salterio hebreo. Su ejemplar del Antiguo Testamento era una edición italiana de 1494, cuyo anterior propietario había sido un judío. Se tomaba a sí mismo sumamente en serio como exégeta hebreo. Pero cuanto más se sumía en la Biblia hebrea, menos capaz se sentía de comprender lo que a su juicio era la negativa de los judíos a seguirle y a abandonar su religión, supuestamente obsoleta. En vez de alimentar un sentimiento de apego o de respeto, esa intimidad ambivalente no hizo más que intensificar el deseo de Lutero de usurpar y ocupar la posición privilegiada de los judíos, y con ella su lugar en el orden de la salvación. Lutero quería lo que tenían los judíos.

Cuando Lutero afirmaba en *De los judíos y sus mentiras* (1543) que «Nosotros, necios gentiles, que antiguamente no éramos el pueblo de Dios, ahora somos el pueblo de Dios», se refería a un pasaje de Oseas citado en la Epístola de Pablo a los Romanos: «A los que no eran mi pueblo les llamaré mi pueblo, y a la que no era amada la llamaré mi amada». Los Padres de la Iglesia no habían logrado ponerse de acuerdo en el significado de este

pasaje, igual que tampoco en el resto de la Epístola a los Romanos. Pero mientras que el erudito del siglo IV Teodoro de Mopsuestia lo consideraba una alusión a la futura restauración de los judíos, Orígenes argumentaba que se refería a la sustitución de los judíos por los gentiles en el afecto de Dios. Naturalmente, Lutero prefería la interpretación «sustitucionista» de Orígenes a la interpretación más generosa de Teodoro.

Incluso en los diarios de los misioneros del Institutum Judaicum encontramos, junto a muchos pasajes que invocan la esperanza de una restauración masiva, expresiones de rabia y de rechazo. Por ejemplo, Stefan Schulz, el más famoso de todos los misioneros del Instituto, y sin duda la figura más colérica de su plantilla, era propenso a las diatribas contra los judíos recalcitrantes. En una ocasión recibió una visita de un joven erudito de Polonia que viajaba con cartas de presentación de numerosos rabinos polacos. Una de aquellas cartas donde se elogiaba al joven, observaba que «había ángeles sobre su cabeza». «Aparentemente», escribía Schulz, «esos ángeles judíos en realidad eran piojos, que uno podía ver correteando de acá para allá por su cabeza, pues todos los viajeros judíos están infestados de piojos.» Después lanzaba una furibunda diatriba contra los judíos de su época, cuyas tradiciones escriturarias y estilo de vida no tenían nada en común con el pueblo judío bíblico del antiguo Israel. Aquí vemos de nuevo esa curiosa ambición de ser el custodio y guardián de la tradición judía supuestamente auténtica. Para empeorar las cosas, proseguía Schulz, los judíos de su época ni siquiera eran descendientes de los antiguos judíos. Sus verdaderos antepasados eran los vástagos de los matrimonios mixtos entre jóvenes judías y soldados romanos. Así pues, no tenían un legítimo derecho al nombre de Israel.

El Institutum Judaicum no sobrevivió a la Ilustración. En la era de Moses Mendelssohn, se hacía cada vez más difícil no solo mantener la confianza en los objetivos de la misión, sino también convencer a los donantes para que apoyaran sus actividades. Las viejas redes pietistas se marchitaron, y el flujo de dinero se secó. Cuando el misionero Martin Litzke, último director del Instituto, viajó a Berlín en 1778 para visitar al gran Mendelssohn en su casa –un hito turístico para los intelectuales que

visitaban la ciudad– no tenía, huelga decirlo, ninguna intención de instruirle, ni mucho menos de convertirle: «Tendría que abrigar una visión muy ilusa de mí mismo y de mis escasos conocimientos si dijera que fui allí con intención de instruirle en la doctrina cristiana. En aquella ocasión mi objetivo no era mantener un diálogo religioso con este docto judío, sino únicamente conocerle como persona». Se trata de un encomiable reconocimiento del estatus de aquel hombre extraordinario, pero desde luego no el fundamento de un esfuerzo misionero comprometido. En 1790 el dinero se acabó y la misión se cerró. Su capital remanente se transfirió a las Fundaciones Francke de Halle.

Durante el siglo XIX, en medio de esa nueva oleada de fundaciones evangélicas y evangelistas denominada el Despertar, la misión a Israel se reanudó, esta vez en la capital prusiana, Berlín. Pero mientras que la misión de Halle había funcionado a cierta distancia del Gobierno, y se había mantenido gracias a sus propias redes pietistas, la neopietista Sociedad Berlinesa para la Promoción del Cristianismo entre los Judíos, fundada en 1822, ocupaba un lugar en el corazón del Estado. Entre sus presidentes y consejeros había generales, capellanes de la corte y nobles evangélicos próximos al príncipe heredero, el futuro Federico Guillermo IV. Una vez más, los misioneros recorrieron trabajosamente Brandemburgo, Pomerania, Silesia, Prusia Oriental para llegar a las comunidades judías de Europa central, con sus baúles llenos de textos misioneros, incluidos algunos, como el famoso «Luz en la noche» que se remontaba a los tiempos del antiguo Institutum.

La obra de la nueva misión se hacía eco de las prioridades del propio Estado. Uno de los rasgos más llamativos de la política prusiana sobre los judíos a partir de 1815 fue un nuevo énfasis en la religión como la clave de la cuestión del estatus de los judíos. El rey Federico Guillermo III instauró una recompensa real para los conversos judíos –siempre y cuando hicieran constar el nombre del soberano en su partida de bautismo en la iglesia como su «padrino» nominal. Se llevó a cabo un esfuerzo coordinado para impedir que las mujeres que pensaban casarse con hombres judíos se convirtieran al judaísmo, aunque la base jurídica para esa medida era endeble. Los clérigos

cristianos tenían prohibido asistir a las festividades judías (como las bodas y los *bar mitzvah*), y los judíos tenían prohibido adoptar nombres de pila cristianos, a fin de no desdibujar las fronteras socio-jurídicas entre las dos comunidades. El Estado prusiano se había convertido en un instituto misionero.

¿Qué ideas había detrás de aquel cambio? Da la impresión de que Federico Guillermo III fue apartándose poco a poco de la concepción funcionalista de la religión que le habían imbuido los tutores ilustrados de su juventud, y asumiendo la creencia de que tal vez el Estado existía para perseguir unos fines definidos por la religión. «Por muy fuerte que llegue a ser la reivindicación de la tolerancia», observaba el rey en 1821, «es preciso trazar una frontera allí donde eso implique un paso atrás en el camino de la redención de la humanidad.» En la década de 1840, el término «Estado cristiano» ya era de uso corriente. El exponente más sofisticado e influyente de esa idea fue el ideólogo conservador Friedrich Julius Stahl, un converso, que desempeñó durante mucho tiempo el cargo de director de la misión berlinesa. En *Der christliche Staat* («El Estado cristiano», 1847), Stahl argumentaba que emancipar a los judíos equivalía a negar que el propio Estado tenía un contenido cristiano. El carácter cristiano del Estado era «la cuestión cardinal de nuestro tiempo», afirmaba Stahl.

En una formulación típicamente hegeliana, Stahl concluía que «el Estado es una revelación del espíritu ético de la nación». Por consiguiente, el Estado cristiano debía aspirar a regular los asuntos públicos de forma tal que expresara el «espíritu de un pueblo cristiano». Pero había algo más. El cristianismo, argumentaba Stahl, no era simplemente la «norma y el fundamento» del Estado cristiano, sino también su «cometido». En última instancia, esta segunda afirmación únicamente tenía sentido cuando se integraba en un panorama temporal escatológico. De joven, Stahl había asistido a los conventículos y a las reuniones para orar de los neopietistas, y su pensamiento político reflejaba el presupuesto activista cristiano de los «despiertos». No podía aceptar la idea (tradicional luterana) de que el reino terrenal y el reino de Dios fueran dos esferas diferenciadas y separadas. Si la idea de Dios no era un absurdo, el mundo debía esforzarse por alcanzar

su condición ideal. En ese escenario, el Estado podía y debía desempeñar un papel redentor.

Subsistía la oscilación entre el entusiasmo y el desencanto de los misioneros. Con la culminación de la emancipación de los judíos –al menos en el sentido formal y jurídico– en la década de 1860, las misiones –para entonces había numerosos núcleos misioneros que operaban en los estados alemanes– tuvieron problemas para autojustificarse. Los judíos con que trataban los misioneros del siglo XVIII habían sido pobres itinerantes que se reunían ante las murallas de las ciudades en las que no les estaba permitido entrar, o a las que no podían permitirse el lujo de acceder. Los misioneros señalaban indefectiblemente la pobreza y la vulnerabilidad de sus interlocutores como signos externos de un pueblo rechazado por Dios. Pero durante las últimas décadas del siglo XIX esas características ya no eran predominantes. Los misioneros tenían muchas dificultades para acceder a las sinagogas, y debatir con los judíos completamente secularizados o escépticos en materia religiosa, y totalmente asimilados, planteaba unos problemas que ellos no estaban preparados para abordar. Lejos de anunciar el hundimiento del judaísmo, aparentemente la aparición de la Reforma judía había revitalizado el compromiso confesional de los judíos y había cortado parcialmente el flujo de conversos al cristianismo que tanto preocupaba a los rabinos de finales del siglo XVIII y principios del XIX. Los cristianos evangélicos reaccionaron a aquellos cambios con invectivas contra la esterilidad del nuevo «judaísmo vacuo», por tomar prestada una expresión que utilizaba el periódico *Evangelische Kirchenzeitung*. El judaísmo vacuo, argumentaba un colaborador anónimo de dicho periódico, era la negación de todo lo que tenía de vivaz, de auténtico y de fresco. Si se permitía que se las arreglaran por su cuenta, aquellos judíos vacuos acabarían, igual que las ratas o las orugas, por devorar todo lo que aún era verde y fructífero en este mundo.

El atractivo de la promesa escatológica seguía siendo irresistible. Pero su lógica resultaba cada vez más difícil de cuadrar con un mundo que parecía estar secularizándose a una velocidad de vértigo. La confusión y el enfado de los misioneros quedaban plasmados en los tres tomos de la

historia de la misión protestante a Israel, de Johannes de le Roi. De le Roi, aunque se definía como un «amigo de Israel» y evitaba el antisemitismo debido a que él concedía más valor a la raza que a la gracia de Cristo, era propenso a unos extraordinarios arrebatos vitriólicos contra los judíos. «En su precipitada prisa», escribía, «los judíos nos arrastrarán en una estampida hacia mil cosas; nos incitarán a una frase tras otra; de una consigna a otra, de una disolución de los lazos que unen a la nación con Cristo a la siguiente.»

Hacía ya tiempo que la rápida aceleración de todos los ámbitos de la existencia se había identificado como un indicio de la inminencia del *escatón*. Lo novedoso era, en primer lugar, la idea de que los judíos estaban impulsando ese proceso y, en segundo lugar, la merma de la confianza en la promesa de que este culminaría en una forma redentora de conclusión. El propio De le Roi hacía explícita la relación con el *escatón*. Ignorando la promesa de Pablo en Romanos (en caso de que verdaderamente lo fuera), él se remitía a la Revelación de Juan: «El Nuevo Testamento», decía, «habla de una alianza final que establecerá el Señor del Mundo que todo lo destruye con el espíritu soberano de las mentiras y la seducción. Preguntémonos lo que significa eso y hagámoslo con ojos que indaguen los verdaderos objetivos de los poderes en pugna en nuestro presente».

Se trataba de una amenazadora inversión del razonamiento escatológico de Spener. Para De le Roi, desde luego, los judíos seguían siendo responsables del final de los días. Pero al negarse a aceptar su autodisolución a través del bautismo, y al aliarse con la cultura secular en un mundo que ya no parecía avanzar hacia la redención, los judíos amenazaban con deshacer la lógica de la historia basada en la salvación. Iban a provocar el fin de los días, pero únicamente en un sentido secular. Con ese telón de fondo, es fácil ver que la fórmula profética paulina de Spener: «*Das Heil kommt von den Juden*» –los judíos son nuestra salvación– podía formularse al revés y reiniciarse en la forma del eslogan de Treitschke, muy citado por los nazis: «*die Juden sind unser Unglück*» –los judíos son nuestra desgracia. Y, de hecho, los discursos antisemitas más en general se caracterizaban por un campo de visión cósmico y por un tono

de expectativas apocalípticas que llevaban la impronta de la escatología. Los antisemitas alertaban de que la consecuencia de no controlar a los judíos sería la destrucción total y la cancelación del estilo de vida cristiano alemán. Todo –literalmente– estaba en juego en la lucha contra los judíos, cuya victoria en última instancia acabaría por extinguir el futuro.

Así pues, no es casual que en enero de 1939, cuando Hitler anunció ante el Reichstag alemán su intención de utilizar la posible entrada de Estados Unidos en la guerra como pretexto para la aniquilación de los judíos europeos, se calificara a sí mismo de «profeta»:

> En mi vida he sido muchas veces profeta, y en general la gente se reía de mí. Durante mi lucha por el poder, los judíos acogían sobre todo con risas mis profecías de que algún día yo asumiría el liderazgo del Estado, y con ello del *Volk* en su conjunto, y que después, entre otras cosas, lograría una solución de la Cuestión Judía. […] Hoy voy a volver a ser profeta.

Formular su amenaza a través de una profecía encuadraba el futuro como algo preestablecido y heredado. Y eso era característico de un hombre que no funcionaba de una forma gradual, sopesando opciones y probabilidades, sino que se orientaba en función de unos estados finales, de unos puntos de fuga donde cabía suponer que quedarían resueltas todas las exigencias del presente. Mientras que la predicción representa la proyección sobre el futuro de un tiempo histórico no cíclico, donde es necesario sopesar los muchos riesgos y beneficios posibles, la profecía, como observaba Reinhart Koselleck, no establece una distinción fundamental entre el pasado, el presente y el futuro; anticipa un fin que ya está dado; se postula sobre la proyección de un tiempo milenario en un futuro decidido de antemano.

Esta observación parece conferir un mayor peso a la afirmación que hace Richard Steigmann-Gall en un elocuente libro significativamente titulado *El Reich sagrado*, en el sentido de que el nazismo seguía siendo en su esencia un movimiento cristiano, o protestante. El nazismo no imaginaba la intervención de un ser divino al final de los tiempos. Se trataba de un fragmento descontextualizado y secularizado de la temporalidad cristiana que pudo volver a aflorar en el lenguaje de Hitler precisamente porque su

contexto había dejado de ser visiblemente confesional. En ese escenario, la secularización no significaba la eliminación al por mayor de los contenidos derivados de la religión, sino más bien una reorientación de la escatología trascendente en la dirección de este mundo. Y en el meollo de esa reorientación había una lógica de suplantación, la sustitución de un *escatón* por otro. ¿Por qué si no, se preguntaba Alon Confino, se quemaron y profanaron los textos sagrados de los judíos –y la Biblia hebrea en particular– en tantas ciudades alemanas durante la ofensiva contra las sinagogas el 9 de noviembre de 1938, exactamente igual que se hacía en la Edad Media? «En la ideología racial en sí», afirma Confino, «no hay nada que pueda explicar el significado simbólico de destruir la Biblia.»

Ya desde mucho antes de la formación del Gobierno de Hitler en 1933 había habido intentos por parte de todo el espectro teológico para separar el Nuevo Testamento de su anclaje en la Biblia hebrea. Los «neomarcionitas» de la década de 1920 –se llamaban así en honor de Marción de Sinope, el predicador cristiano del siglo II, que negaba que el Dios de la misericordia revelado en los Evangelios cristianos tuviera nada que ver con el vengativo Dios del Antiguo Testamento– argumentaban que, por tomar prestada la formulación de Adolf von Harnack, conservar el Antiguo Testamento como documento canónico en el protestantismo equivalía a consentir «una tara religiosa y eclesiástica». Y esos esfuerzos por despojar a la Biblia cristiana de su lastre judío se intensificaron tras la destrucción de las sinagogas en noviembre de 1938. En mayo de 1939 se inauguró un Instituto para el Estudio y la Erradicación de la Influencia Judía en la Vida Eclesiástica Alemana en –nada menos que– el castillo de Wartburg, donde Martín Lutero había traducido el Nuevo Testamento al alemán. Como ha demostrado Susannah Heschel, el Instituto se convirtió en el punto focal del movimiento cristiano alemán en la teología protestante.

Alon Confino ha escrito que «el recuerdo del judío como poseedor de los orígenes era la base de la fantasía que hizo posible su persecución y su exterminio». Se trata de un concepto valioso, pero requiere una ulterior matización. Porque el lugar de los judíos en la escatología protestante situaba a los judíos no solo al inicio de la historia de la redención sino

también, como hemos visto, al final. Así pues, suprimir a los judíos de su lugar en este relato implicaba no solo borrarlos del pasado sino también, lo que es más importante, del futuro. Aquí convergen dos distintas concatenaciones de ideas. Una era la modalidad secularizada de la antigua escatología, donde se prometía que los judíos iban a acelerar la culminación de la historia cristiana, pero cuya inestabilidad hermenéutica creaba un espacio para la inversión de la esperanza milenarista. La otra era su formulación radicalmente «sustitucionista», donde subsistía la lógica del *escatón*, de un futuro accesible únicamente a través de la profecía, pero no el lugar de los judíos en él. La antigua escatología seguía estando latente en las visiones del futuro de los antisemitas decimonónicos, unas visiones donde los judíos se dedicaban activamente a acelerar los procesos de descomposición y a cortar los lazos entre Cristo y la nación, invirtiendo la prioridad de la Nueva Alianza sobre la Antigua. La nueva escatología se manifestaba en la visión nazi de un futuro íntegramente purgado de judíos, donde la acción redentora de los judíos había sido sustituida por la del *Volk* alemán, cuyo estatus como nuevo Pueblo Elegido, como ha mostrado Hartmut Lehmann, era desde hacía tiempo un tema central del movimiento nacional protestante alemán.

En un futuro vaciado de judíos, toda la historia y la cultura del pueblo judío pertenecería a un pasado lejano. En ningún otro lugar se formuló esa idea con más claridad que en el intento de las SS de crear un Museo Central Judío en Praga, atendido por expertos judíos esclavizados sacados de los guetos, repleto de objetos de culto y culturales expoliados por los nazis, y que en el futuro recordaría la ya extinta vida religiosa, social y cultural de los judíos, que aún tenían que ser exterminados en Europa central. Puede que aquella fuera la formulación institucional más perversa del panorama temporal escatológico del régimen nazi.

Podríamos reflexionar sobre si el campo magnético de la escatología sigue estando latente en el antisemitismo contemporáneo. Lo que siempre ha distinguido a las modalidades escatológicas de argumentación era su ámbito global, su orientación a los esquemas binarios centrados en la tensión entre la redención y la perdición, y su inestabilidad hermenéutica –

que se manifiesta tanto en la dificultad de establecer un consenso sobre los detalles específicos de los escenarios escatológicos como en una persistente incertidumbre acerca de las señales que anunciarán la llegada de los tiempos finales. La tradición específicamente paulina siempre osciló de una forma inquietante entre las fantasías del abandono y la decadencia de los judíos, por un lado, y el ultraempoderamiento y la dominación de los judíos por otro. Indudablemente aún perviven modalidades de la escatología cristiana, sobre todo en Estados Unidos, como atestiguan los sermones televisados de los sionistas cristianos y de los fundamentalistas cristianos filosemitas. Pero creo que son más importantes, y potencialmente más virulentos, los fragmentos soterrados del relato escatológico, que ya no son reconociblemente religiosos, y que todavía animan esos discursos antisemitas seculares donde la cuestión judía sigue siendo un asunto de relevancia cósmica.

¿Por qué es importante una batalla?

Escribí esta charla inaugural para un público de medievalistas que se habían reunido en Battle Abbey para debatir la relevancia histórica de la batalla de Hastings, un enfrentamiento que tuvo lugar en 1066 entre el ejército normando-francés de Guillermo, duque de Normandía, y un ejército inglés a las órdenes del rey anglosajón Harold Godwinson. La victoria de Guillermo sentó las bases de la conquista de Inglaterra por los normandos.

Cuando hace poco me puse a escribir con la esperanza de reunir algunas ideas sobre lo que iba a decir esta mañana, tuve un momento de puro pánico cuando de repente me di cuenta de que ya no soy medievalista. Digo que ya no lo soy porque inicié mi vida adulta como un apasionado entusiasta de la historia medieval. En la Universidad de Sídney estudié con el profesor John Pryor, un experto en la guerra medieval, entre otras cosas, y un docente y mentor inspirador. Mi sueño como estudiante de historia era llegar a ser, a base de pura voluntad intelectual, la nueva luminaria de la Escuela de los *Annales* (una ambición que John Pryor no aprobaba). Me imaginaba garabateando notas en un rincón del café Saint-Germain, como una especie de cruce entre Georges Duby y Serge Gainsbourg, dando caladas pensativamente a un cigarrillo Gauloise blonde al tiempo que reescribía la disciplina con mis manuscritos densamente trabajados.

No pudo ser. En vez de viajar a París, fui a Berlín Occidental, donde el tirón de la historia contemporánea se me hizo irresistible. No había ni un

Georges Duby alemán, ni tampoco, desde luego, un Serge Gainsbourg alemán, y aunque había muchos cafés maravillosos, ninguno se aproximaba al antiguo esplendor del café Saint-Germain.

Disculpen estas divagaciones solipsistas. Pero tienen un propósito: están pensadas para reducir sus expectativas. Todos ustedes están aquí en calidad de expertos para hablar de una batalla en particular, en Battle Abbey, un pueblo con mercado que, debido a esa batalla, se llama Battle. Así que imagino que no sería buena idea que yo compartiera con ustedes mis wiki-conocimientos de la batalla de Hastings. Por el contrario, lo que me propongo hacer es brindarles algunas ideas sobre las distintas cosas que quiere y quería decir la gente al afirmar que una batalla –cualquier batalla– importa, cuando dice que es históricamente relevante. Y quisiera ordenar algunas reflexiones, como si se tratara de cuentas ensartadas en un hilo metafórico suspendido entre dos batallas situadas en momentos muy distantes del tiempo histórico: la batalla de Issos, en 333 a.C., y la batalla de Jena, en el año 1806 de la era cristiana.

Empezaré con un cuadro magnífico de Albrecht Altdorfer, *Die Alexanderschlacht*, que en inglés se conoce como *La batalla de Issos* (Fig. 2). Su asunto es la victoria del joven Alejandro Magno en 333 a.C. sobre el ejército persa del rey Darío III. Issos era una antigua localidad en el sureste de Asia Menor, cerca de la actual ciudad de Iskenderun (Alejandreta), en Turquía.

Sin el texto de la placa suspendida en el cielo ni las inscripciones de los estandartes, nos resultaría imposible identificar el asunto. La placa suspendida, en latín, reza:

> Alejandro Magno derrotando al último Darío, después de que 100.000 soldados de infantería y más de 10.000 de caballería resultaran muertos en el bando de los persas. Aunque el rey Darío logró huir con no más de mil jinetes, su madre, esposa e hijos cayeron prisioneros.

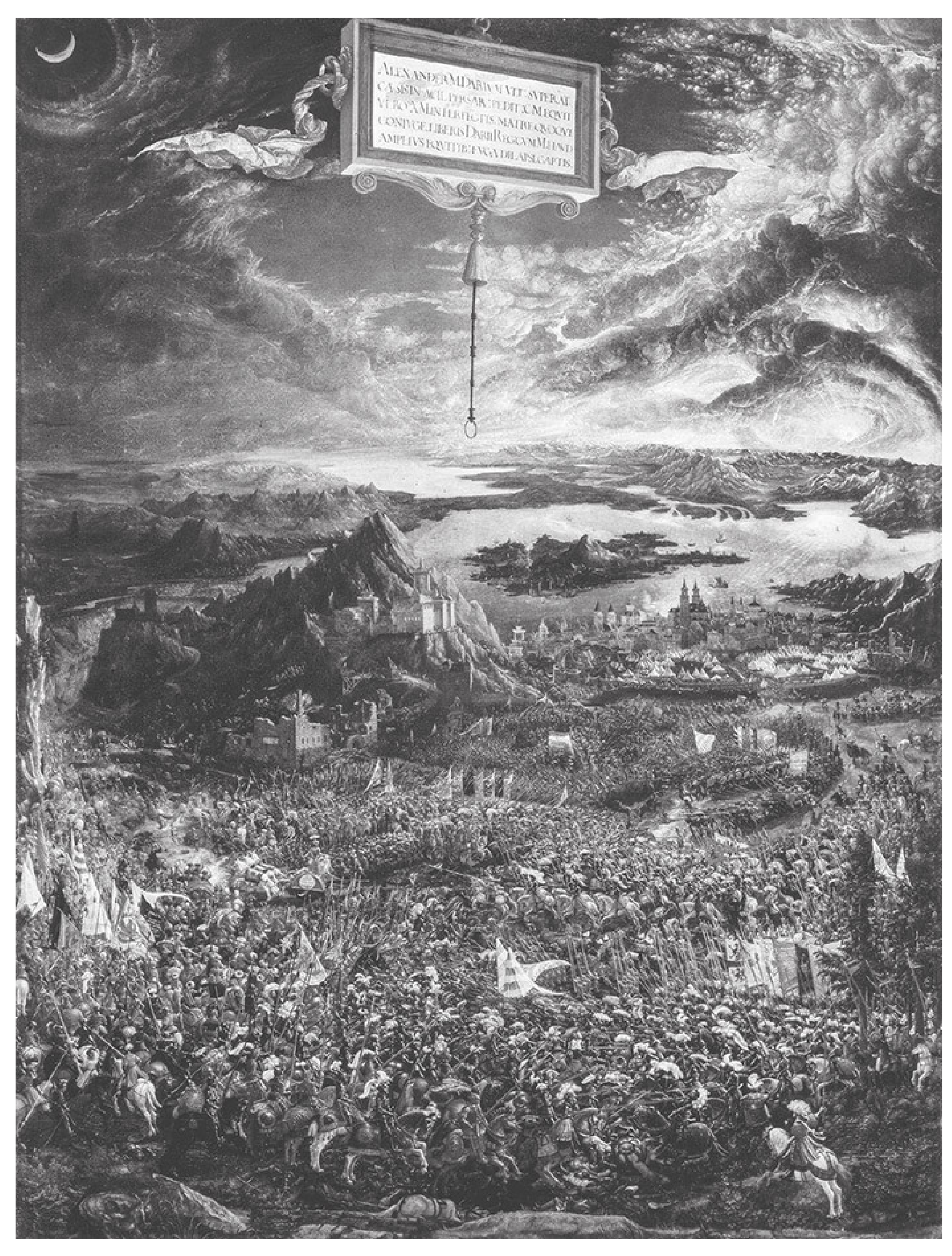


Figura 2. Capas pictóricas de la historia: *La batalla de Alejandro en Issos*, de Albrecht Altdorfer (1529) (Alte Pinakothek, Múnich)

Esta imagen nos resulta sorprendentemente anacrónica en casi todos los aspectos. La batalla real tuvo lugar en lo que hoy es Turquía, y sin embargo

en el cuadro se sitúa en el entorno rocoso de los Alpes, con ciudades de aspecto germánico al fondo. Las armaduras de los soldados y la ciudad fortificada que se ve a lo lejos son inconfundiblemente del siglo XVI. ¿Y qué hacían esas damas engalanadas con los vestidos de una corte alemana de principios del siglo XVI en un campo de batalla de la Antigüedad en Asia Menor? Altdorfer no muestra el mínimo interés en destacar la historicidad de la batalla de Issos. Habría podido incluir la fecha de la batalla entre los datos que figuran en la placa celestial, pero no lo hizo.

Sabemos que el pintor se tomó muchas molestias para documentarse sobre la batalla, pues leyó las crónicas clásicas antiguas (la inscripción de la placa lo insinúa), pero no se esforzó en integrar lo que averiguó en lo que podemos ver. Por ejemplo, no queda claro que el ejército persa era nada menos que dos veces mayor que el ejército macedonio, ni se tienen en cuenta las posiciones relativas de las tropas conforme a lo que dicen las fuentes antiguas. Es algo que ustedes pueden ver más claramente si comparan los acontecimientos que tienen lugar en el panorama de Altdorfer con un plan de batalla reconstruido por un equipo de historiadores militares del siglo XX (Fig. 3). El plan de batalla reconstruido por los historiadores militares es menos bonito que la extravagante vorágine de Altdorfer, pero casi con total seguridad es más exacto.

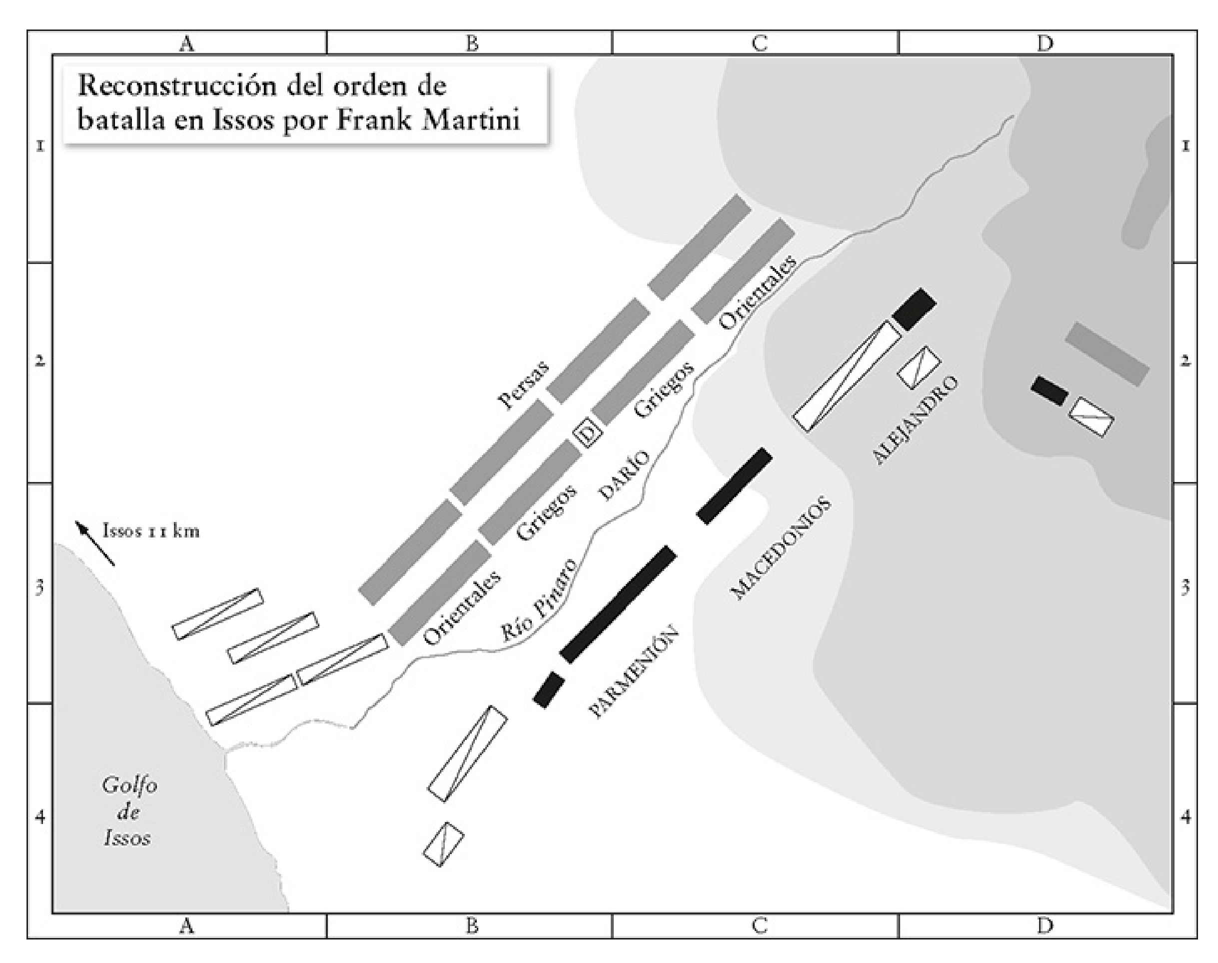


Figura 3. Reconstrucción del orden de batalla en Issos por Frank Martini (Departamento de Historia de la Academia Militar de Estados Unidos)

Así pues, el interés del pintor por lo que nosotros denominaríamos «verdad histórica» era anecdótico, estaba sometido a las exigencias estéticas de su composición. De hecho, todo el cuadro recuerda menos –por lo menos a nosotros– a las guerras de la Antigüedad que a las representaciones contemporáneas del fallido asedio de Viena por los turcos, que tuvo lugar en 1529, justamente el año en que se pintó este cuadro. Un grabado de la época (1529), obra de Bartholomäus Beham (Fig. 4) reproduce el asedio de una forma sumamente parecida al manejo que hace Altdorfer de sus materiales. Entre los rasgos comunes figuran el punto de vista elevado y el caótico arremolinarse de las fuerzas beligerantes en un enjambre que nos recuerda a las hormigas a lo largo y ancho de un paisaje abarrotado.

El asedio de 1529 fue el primer intento del Imperio otomano, comandado por Solimán el Magnífico, de conquistar la ciudad de Viena. Cuando tuvo lugar, el Imperio otomano estaba en el cénit de su poderío. El sistema de trincheras que rodeaban Viena representó la máxima extensión de la expansión otomana en Europa central. Las tensiones militares y las guerras periódicas prosiguieron durante otro siglo y medio, y culminaron en la batalla de Viena de 1683, que marcó el inicio de lo que resultó ser un esfuerzo concertado de las potencias europeas para eliminar, o por lo menos repeler, la presencia otomana.

Así pues, lo que vemos en el cuadro de Altdorfer es una superposición de dos acontecimientos separados en el tiempo. ¿Cómo es posible que Altdorfer hiciera algo así? ¿Por qué la historicidad brillaba por su ausencia en su cuadro de la batalla de Issos? Esa era la pregunta que obsesionaba al historiador alemán Reinhart Koselleck cuando estudió este cuadro en Múnich en la década de 1960. Para sacarle punta a la pregunta, Koselleck recurrió, como una especie de testigo, al poeta, crítico y erudito alemán Friedrich Schlegel. Se da la circunstancia de que Schlegel contempló la *Alexanderschlacht* en la década de 1820 y escribió un ensayo entusiasta sobre el cuadro, donde lo elogiaba como «la mayor hazaña de la era de la caballería» –se refería al cuadro, no a los acontecimientos representados en él. Koselleck se centró en esa observación: daba la sensación de que Schlegel sentía que había un gran lapso de tiempo entre él y el cuadro. Es más, Schlegel intuía que el cuadro correspondía a una época –*Zeitalter*– distinta de la suya. Así pues, no era solo cuestión del tiempo transcurrido, experimentado subjetivamente, sino de un desgarrón en el tejido del tiempo, de una falla tectónica entre su época y una época anterior.

Koselleck deducía que algo debió de intervenir entre la época de Altdorfer y la de Schlegel, con el resultado paradójico de que el lapso de tiempo que separaba a Schlegel de Altdorfer parecía ser mayor que el que separaba a Altdorfer de las gestas de Alejandro. Solo así se podría explicar por qué Altdorfer se sentía tan cómodo con lo que a nosotros nos parece una superposición de una época histórica sobre otra. Los persas del siglo IV a.C. de Altdorfer parecían turcos del siglo XVI, no porque él no fuera

consciente de la diferencia, sino porque a él esa diferencia no le importaba. En otras palabras, la *Alexanderschlacht* ejemplificaba un sentido premoderno, *intemporalizado* del tiempo, y con ello la falta de lo que nosotros denominaríamos «conciencia histórica».

Por decirlo de otra forma, para Altdorfer, todo el pasado conocido estaba contenido en un único plano de tiempo, en un único envoltorio temporal. ¿Y por qué? Porque, para los contemporáneos cristianos del cuadro de Altdorfer, la batalla de Issos era muy importante, pues significaba la transición de un imperio mundial, el de los persas, a otro, el de los griegos. Así pues, el cuadro venía a ilustrar la revelación de la profecía divina esbozada en los pasajes iniciales del Libro de Daniel, donde se predecía el futuro del mundo como una secuencia de cuatro hegemonías, la babilonia, la persa, la griega y la romana. Ahora bien, podría parecernos que la era de los romanos había desaparecido hacía mucho tiempo cuando Altdorfer pintó la *Alexanderschlacht*, pero para los contemporáneos del pintor no resultaba tan obvio. Casi todo el mundo creía que el Sacro Imperio Romano –que aún tenía mucha fuerza en la Europa del siglo XVI– era la continuación del antiguo Imperio romano; según ese punto de vista, el mundo se encontraba todavía en la era de la cuarta monarquía. Pero ¿cuánto iba a durar el Sacro Imperio Romano? La Reforma estaba en pleno desarrollo, sembrando divisiones entre sus Estados miembros; los turcos estaban a las puertas de Viena. Puede que el fin de la cuarta monarquía –y por consiguiente del mundo– estuviera próximo. Visto desde esa perspectiva, la batalla de Issos se convirtió en un momento de anticipación, en una analogía: una batalla semejante presagiaría la caída del Sacro Imperio Romano. Aquella analogía era tan potente que podía curvar el tiempo, plisarlo de la forma que vemos en el cuadro, donde los turcos del siglo XVI combaten contra un héroe griego de la Antigüedad.

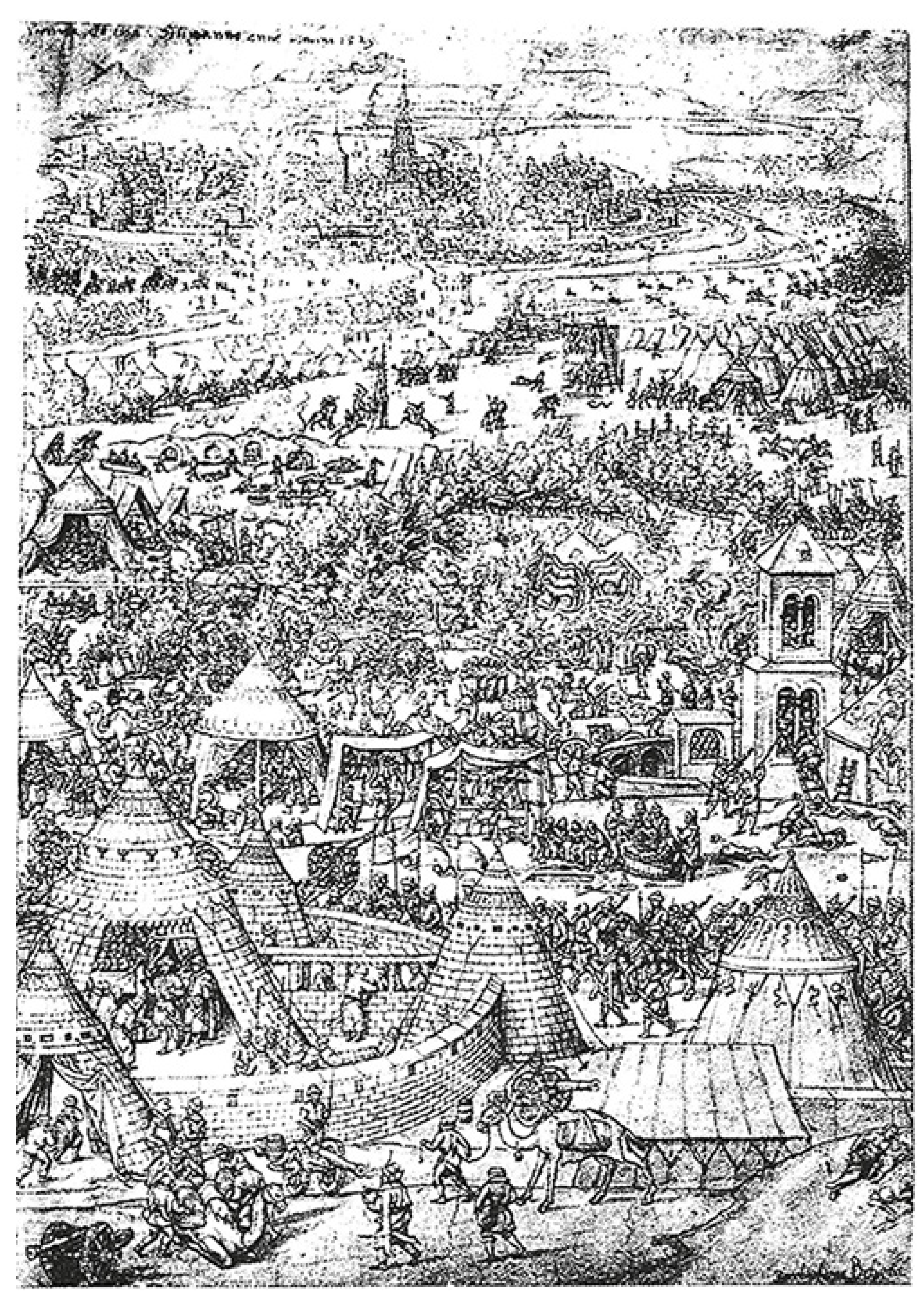


Figura 4. *El campamento otomano a las puertas de Viena*, de Bartholomäus Beham (1529) (The Picture Art Collection / Alamy)

En ese plisado del tiempo podemos advertir la manifestación de un elemento fundamental de la temporalidad de la profecía cristiana –a saber

su carácter recurrente y cíclico. Si ustedes consideran, por ejemplo, cómo conceptualizaban los teólogos cristianos de aquella época la relación entre el «Antiguo» y el «Nuevo» Testamento, verán que la analogía, y no la historia, es el instrumento interpretativo dominante. El cuasisacrificio de Isaac a manos de su padre, Abraham, anticipa el sacrificio de Cristo; el árbol del que Eva cogió la manzana que supuso la perdición para Adán y Eva se convierte en el árbol-cadalso del Gólgota –todo anticipa y representa otra cosa, y en última instancia el futuro es simplemente un retorno al pasado. En ese sentido, el tiempo está sellado en uno de sus extremos, encerrado en sí mismo. Y esa finitud del tiempo era algo que Altdorfer y sus contemporáneos –tanto protestantes como católicos– se tomaban realmente muy en serio. Martín Lutero (igual que el propio Altdorfer) veía en la agitación desatada por las reformas religiosas, en las guerras campesinas de 1525, y en la llegada de los turcos a las puertas de Europa, los indicios de una ominosa aceleración que presagiaba la inminencia del Juicio Final. Dios estaba a punto de poner fin a la historia que él mismo había predicho.

Por supuesto, desde el siglo XVI han ocurrido muchas cosas que han atenuado la importancia del tiempo profético en la imaginación de los europeos. Para empezar, el final de los días siguió sin producirse. Y los europeos reaccionaron a ello posponiéndolo; con cada aplazamiento se tendía a postergar el final en una medida de tiempo cada vez mayor. Por ejemplo, Melanchthon dio la espalda a su fe en la inminencia del fin del mundo y empezó a especular que la época final empezaría a decaer a partir del año 2000, más o menos –un punto de vista cuya plausibilidad resiste bastante bien hoy en día. Jean Bodin, el jurista y teórico político francés del siglo XVI, conjeturaba que el mundo iba a durar otros 50.000 años o más. De ahí se deducía, a juicio de Bodin, que la historia de la humanidad no pertenecía al ámbito de la profecía sino de la probabilidad –que no tenía un final preestablecido, o por lo menos no un final cuyo conocimiento pudiera ayudarnos a dar sentido a su transcurso.

Una segunda innovación, y más importante, fue el colapso de la idea de que la era de los romanos todavía estaba desplegándose. El teórico político

alemán e historiador ocasional Samuel Pufendorf organizó una crítica demoledora de la idea de la *translatio imperii* (la noción de que el Sacro Imperio Romano de la nación alemana era una continuación del Imperio romano original y no tan sagrado); y la sustituyó por la idea de la competencia entre los Estados y los imperios en infinitas variaciones, postulando que los intereses de los Estados fluctuaban constantemente, que no estaban atados por las «tradiciones» en sus relaciones entre sí, y que el desenlace de los conflictos entre ellos era intrínsecamente impredecible. Por ese procedimiento Pufendorf, junto con otros eruditos contemporáneos suyos, liberó a la historia de Europa de las cadenas de la profecía bíblica.

En el proceso, la batalla de Issos, junto con muchas otras batallas, se abismó en una historia remota. Issos quedó despojada de su resonancia anticipatoria para convertirse en un acontecimiento entre muchos otros. La batalla era importante no porque atestiguara la fuerza de la profecía, sino porque la historia, ahora entendida como una secuencia de acontecimientos contingentes, habría sido distinta si la batalla hubiera tenido un desenlace diferente, o si simplemente no hubiera tenido lugar. Esa concepción desencantada de las batallas y de su lugar en la historia lleva la marca de una modernidad secular que concibe la historia –por tomar prestada la expresión de Peter Fritzsche– como «una constante iteración de lo nuevo», la incesante generación de nuevos estados de las cosas.

Y esa reestructuración del tiempo tiene una implicación ulterior que se ha comentado a menudo. Una vez que empezamos a ver la historia como el registro de un cambio incesante y tumultuoso, sin fronteras y sin un destino preestablecido, el atractivo de los argumentos basados en la autoridad de los ejemplos del pasado empezó a menguar. La plausibilidad del tropo ciceroniano *historia magistra vitae* –la historia es la maestra de la vida– empezó a agotarse. El pasado iba escabulléndose, dejándonos «varados en el presente» (una expresión de Fritzsche). El umbral entre el presente y el pasado empezó a parecer un abismo ontológico. Hegel formulaba la consiguiente sensación de desconexión cuando comentaba que la historia solo nos enseña una cosa, a saber, que no podemos aprender nada de ella.

Dado que en este congreso ustedes han estado pensando en una batalla, vale la pena detenernos un momento sobre una importante excepción a esa norma: hay algunos que ven en las batallas del pasado lecciones para el presente y el futuro, concretamente los militares que enseñan y estudian en las academias. El análisis histórico de las batallas es una de las líneas principales de la formación que se imparte en la mayoría de las instituciones militares de Estados Unidos. Por ejemplo, la batalla de Cannas, una importante confrontación de la segunda guerra púnica, librada durante el verano de 216 a.C. en Apulia, es un frecuente objeto de excavación arqueológica en busca de ejemplos de los temas clásicos de la guerra: el cerco, la sorpresa, la concentración. A ese respecto, los militares proceden igual que los eruditos de la Edad Media y el Renacimiento, en el sentido de que ellos advierten en las batallas situaciones arquetípicas cuya relevancia para el presente y el futuro no ha disminuido. Sin embargo, al mismo tiempo, los militares reconocen que en la historia de las batallas se dan procesos de cambio y de progreso a lo largo del tiempo.

Cuando preparaba mis reflexiones para este ensayo dediqué un tiempo a leer en Internet unas cuantas Ponencias de Trabajo del Pentágono, simplemente para ver cómo se maneja en las Fuerzas Armadas la dimensión histórica de la guerra. Fue una experiencia fascinante y ligeramente desorientadora. Por ejemplo, en un estudio el autor utiliza un esbozo elemental de los acontecimientos de tres grandes batallas: la batalla napoleónica de Ulm de 1805, el ataque alemán contra Francia en 1940, y la Operación Tormenta del Desierto, también llamada primera guerra de Irak, en 1991, a fin de desarrollar una especie de narración histórica matriz. El autor argumenta que a través del estudio de esas estaciones de tránsito podemos observar las sucesivas fases de un único proceso: una espectacular aceleración de la batalla y una integración transformadora de sus elementos operativos, tácticos y estratégicos. Sugiere que en la batalla de Ulm Napoleón impuso un control del espacio de la batalla que resultaba extraordinariamente profundo para los estándares de su época, pero que no logró la coordinación en tiempo real de todos los ámbitos de la actividad en el campo de batalla. En 1940, los alemanes lo hicieron mejor en ambos

aspectos, pero la auténtica integración solo se hizo realidad en la Tormenta del Desierto, gracias al despliegue de «sistemas de lanzamiento de ataques en profundidad», lo que posibilitó asestar «un golpe aniquilador global y tridimensional al enemigo, donde se monitorizaron y atacaron simultáneamente y con la misma intensidad todas las zonas del espacio de batalla». Lo más interesante de ese tipo de estudios, aparte de la indisimulada alegría con que celebran el éxito de la proyección de una fuerza aniquiladora y el entusiasmo sin malicia con el que se asume el presente como el *telos* de todos los quehaceres humanos, es la sensación de que las propias batallas forman parte de una larga historia –de una historia *compuesta* por batallas– que a su vez está animada por unos procesos de cambio, y tal vez incluso de progreso, a largo plazo.

Sin embargo, para los que no somos historiadores militares a la antigua usanza, las batallas únicamente tienen sentido como objeto de estudio cuando están integradas en algo más grande llamado «historia». Uno de los rasgos inconfundibles de la modernidad, y esa es otra de las tesis de Koselleck, fue una expansión del significado de la palabra «historia», que evolucionó de ser un término que denotaba historias específicas o un género literario (Tucídides, Geoffrey de Monmouth, etcétera) a ser un sustantivo incontable que designaba un proceso de cambio que lo engloba todo, y que se solapa con el propio paso del tiempo. Ernst Troeltsch observaba que en el siglo XIX el verbo «devenir» se convirtió en el ingrediente activo de la conciencia histórica decimonónica alemana:

> […] resulta imposible imaginar el constante devenir de las cosas históricas de una manera puramente causal, como una serie de acciones individuales discretas; más bien las acciones individuales están fusionadas por una unidad del devenir que fluye a través de ellas, las disuelve entre sí y con ello las hace continuas, [una unidad del devenir] que resulta muy difícil describir en términos lógicos, pero cuya visión y sentimiento es la esencia de la conciencia histórica.

La capacidad de percibir acciones y acontecimientos específicos no como singularidades sino como elementos disueltos en el flujo del devenir, argumentaba Troeltsch, era la facultad de señalar, el «órgano reconocedor» de la historia.

Una vez que las batallas se integraron en ese campo más amplio de los cambios y las fluctuaciones constantes, surgieron nuevos criterios con los que medir su importancia. En un memorable tratado sobre *Las quince batallas decisivas del mundo*, publicado en 1851, Edward Shepherd Creasy admitía que en la era de la alta civilización europea, donde la guerra era cada vez más aborrecida por bárbara, el estudio de las batallas «simplemente porque fueron batallas, simplemente porque en ellas se desplegaron tantas miríadas de soldados, y porque en ellas se mataron a cuchilladas, a hachazos o a tiros entre sí tantos cientos de miles de seres humanos, parecería un síntoma de una extraña debilidad o de depravación mental». Así pues, ¿por qué deberíamos prestarles atención? La pura magnitud de las matanzas difícilmente podía ser un argumento, ya que hubo batallas cuya importancia fue totalmente desproporcionada respecto al número de caídos –Creasy citaba el ejemplo de cuando Juana de Arco acabó con el sitio de Orleáns, lo que provocó pocas víctimas mortales, pero supuestamente cambió el curso de la historia. Y, en sentido contrario, hubo otras batallas (en su mayoría no europeas) cuyo ingente coste en vidas humanas no bastó para establecer su importancia histórica. Creasy escribía que, aun dando por buena «la máxima cifra de muertos que citan los historiadores orientales en cualquiera de los numerosos conflictos entre gobernantes asiáticos, [eso no] me llevaría a considerar el enfrentamiento en que cayeron como de la máxima importancia para la humanidad». ¿Por qué esa indiferencia ante el exterminio masivo de asiáticos? Porque, si las batallas fueran merecedoras de nuestra atención, únicamente podían serlo «en razón de [su] influencia práctica en nuestra propia situación social y política».

Así pues, tenía sentido que la batalla de Hastings figurara entre las quince batallas, casi todas europeas, que habían condicionado el curso de la historia. En su crónica de esta batalla, Creasy se reía de esos «escritores del siglo pasado» para los que la victoria de los normandos en Hastings solo consiguió «poco más que la sustitución de una familia real por otra en el trono de este país, y embarullar y modificar algunas de nuestras leyes a través de “la astucia de los juristas normandos”». Todo lo contrario, insistía

Creasy, la batalla había modificado el destino de Inglaterra. Al fin y al cabo, «Inglaterra le debe sus libertades al hecho de haber sido conquistada por los normandos»; las instituciones sajonas no fueron más que la «cuna primitiva» de las libertades inglesas; «fue la Conquista lo que les infundió una nueva virtud». En el matrimonio de principios del milenio que vino a continuación, los sajones suavizaron el rigor de sus señores normandos, mientras que los normandos «enardecieron a la masa de los sajones, más indolentes, con un nuevo espíritu de animación y fuerza», y «aportando más brío a la sangre que corría por las venas británicas».

Curiosamente, las autoridades que cita Creasy al hacer esas afirmaciones eran dos historiadores *franceses*, el erudito independiente del siglo XVIII Paul de Rapin, autor de una *Histoire d'Angleterre* en catorce tomos, y el sansimoniano del siglo XIX Agustin Thierry, autor de la *Histoire de la Conquête de l'Angleterre par les Normands*. Pero hay que añadir que la interpretación que hace Creasy de Thierry era muy extraña, ya que este en realidad era un entusiasta de la teoría de la «libertad anglosajona» y consideraba a Robin Hood, por ejemplo, la personificación heroica de la resistencia de los anglosajones.

El práctico formato de múltiples batallas ideado por Creasy fue imitado profusamente.

Decisive Battles of India (1883), de G. B. Malleson, *Decisive Battles of Modern Times* (1923), de F. E. Whitton, *Decisive Wars of History* (1929), de B. H. Liddell Hart, y *Decisive Battles of the Western World and Their Influence upon History* (1954-1956), de J. F. C. Fuller, *100 Decisive Battles: From Ancient Times to the Present* (1999), de Paul K. Davis, y *Decisive Battles: From Yorktown to Operation Desert Storm* (2010), de Jonathon Riley, son solo algunos de los títulos más conocidos –no es una lista exhaustiva, ni mucho menos. No todas estas obras se caracterizan por el triunfalismo[*] belicoso y optimista de Creasy. Jonathon Riley, que era un general en activo, condenaba la tendencia de Creasy a encuadrar las batallas como enfrentamientos entre la virtud y el vicio, y observaba que el gran interés que mostraba el escritor victoriano por todo aquello que «contribuyó a hacer de nosotros lo que somos» inevitablemente contemplaba los

enfrentamientos militares del pasado a través del objetivo de una posteridad que los actores que participaban en ellos ni conocían ni pretendían.

Paul K. Davis menciona tres criterios para suponer que una batalla podría ser «decisiva». El primero es que «el desenlace de la batalla provocara un importante cambio político o social». Ese es el epígrafe en el que cabría incluir la batalla de Hastings: ya que «la invasión de Inglaterra por los normandos modificó por completo», señala Davis, «el futuro de las islas Británicas, y determinó el legado de su pueblo y la naturaleza de sus sistemas político y social. A partir de ahí, la sociedad resultante tuvo una influencia primordial en los acontecimientos de Europa y, en última instancia, del mundo» (aquí, todo hay que decirlo, parece que estamos casi en el mundo de Creasy). La segunda condición de Davis es una inversión contrafáctica de la primera: «en caso de que la batalla hubiera tenido el desenlace opuesto, posteriormente se habrían producido importantes cambios políticos y sociales». Y el tercer criterio tiene que ver con el lugar de una batalla determinada en la historia de las batallas: a saber «la introducción de un cambio importante en las técnicas bélicas». Davis cita el ejemplo de la batalla de Adrianópolis de 378 d.C., porque la victoria de los godos acabó con el predominio de la infantería, y de la infantería romana en particular, en la guerra, e introdujo la caballería como «el arma dominante durante los mil años siguientes». No parece que sea un argumento aplicable a Hastings a ese respecto, pero dejo que los expertos decidan esa cuestión.

En cualquier caso, la propia categoría de «decisivo» –una vez despojada de triunfalismos– implica que las situaciones por las que se establece el rumbo de la historia son abiertas, que su resolución no está predeterminada. Todo depende del desenlace del enfrentamiento, que es incierto en su comienzo. Y así tiene que ser, porque de lo contrario el posible perdedor probablemente se abstendría de combatir y lo dejaría para otro día. Habitualmente, los estudios más sofisticados en la tradición de la New Military History (Nueva Historia Militar) hacen hincapié en lo ajustadamente equilibrado que parecía el desenlace cuando comenzó el conflicto. En su magistral análisis de la guerra austro-prusiana de 1866, Geoffrey Wawro admitía que la infantería prusiana estaba equipada con el

fusil de aguja Dreyse, un arma de retrocarga de mayor calidad. Pero Wawro también señalaba la superioridad de la artillería austriaca, que en aquella época probablemente era la mejor de Europa. En su maravillosa historia de la guerra franco-prusiana de 1870, sir Michael Howard destacaba la importancia de los errores y las omisiones, sin los cuales las cosas habrían podido tomar un rumbo diferente. Y sin embargo, hay una tensión interpretativa en ese tipo de análisis socioculturales tan pormenorizados de las batallas modernas, porque cuanto más completa es la explicación que nos ofrecen de las fuerzas sociales y culturales que intervienen en cualquier conflicto en concreto, más predeterminado debería parecernos su desenlace.

Por decirlo de otra forma: si pensamos en una batalla simplemente como una tirada de dados donde todo depende de la proverbial suerte de la jornada, tendremos pocos incentivos para reflexionar en profundidad sobre la influencia de la senda de decisiones[§] sociales, políticas y culturales previas que limitaron algunas acciones y alentaron o facilitaron otras. En cambio, si pensamos en la batalla simplemente como un punto del proceso de estandarización, administración, deliberación y concentración de fuerzas de una sociedad, un proceso que no es aleatorio, sino que está profundamente condicionado por el carácter de una cultura o una sociedad determinada, tenderemos a ver menos aleatoriedad en el desenlace. El momento de la batalla se nos antojará no tanto como una fuerza que da forma a la historia sino más bien como un instrumento óptico que puede decirnos algo sobre cuáles son esas fuerzas.

Un rasgo de las culturas belicistas modernas ha sido su enfoque diagnóstico en el estudio de las batallas, aunque hay que decir que lo que suele recibir ese tratamiento son las derrotas, más que las victorias. El fracaso es mucho mejor maestro que el éxito. Un buen ejemplo es la batalla de Jena, librada el 14 de octubre de 1806 en una meseta situada al oeste del río Saale, entre las fuerzas de Napoleón I de Francia y las de Federico Guillermo III de Prusia. En su día, Jena pareció una batalla decisiva, porque, junto con otra derrota en la vecina localidad de Auerstädt, dio lugar a la partición de Prusia, que únicamente conservó sus cuatro provincias centrales, a la imposición de una ocupación francesa, a una colosal

indemnización, y a la subordinación política del país a la Francia de Napoleón. Sin embargo, a largo plazo, esas consecuencias se relativizaron. Su victoria en la guerra de la Sexta Coalición (1813-1814) hizo posible que Prusia recuperara la mayor parte de los territorios que había perdido, que cancelara la indemnización por medio de una contraindemnización que le impuso a Francia a raíz de su derrota, y que restableciera su posición como potencia europea.

No obstante, Jena también fue relevante por otra razón: la derrota aplastante de uno de los ejércitos más imponentes de Europa, un ejército cuyo orgullo se basaba en el extraordinario prestigio de Federico el Grande durante el siglo anterior, instigó un profundo proceso de autoexamen y de reformas. Y eso fue posible porque se analizó diagnósticamente el ejército y su fracaso, como una ventana por la que observar todo lo que se había hecho mal en la cultura política de Prusia desde la muerte del legendario Federico, no solo en la esfera de la organización militar, sino también en la gestión de todos los recursos, humanos, financieros, morales y agrarios.

Simplemente para que se hagan ustedes una idea del efecto traumático de la batalla en sí, permítanme que recurra a algunos pasajes de las memorias de un joven prusiano que combatió en ella. El día de la batalla, por la mañana, el teniente Johann von Borcke, de veintiséis años, estaba destinado en un cuerpo de ejército de 22.000 hombres a las órdenes del general Ernst Wilhelm Friedrich von Rüchel al oeste de la ciudad de Jena. El trayecto hasta el campo de batalla llevó sus tropas a través del pequeño pueblo de Kapellendorf, donde se encontraron con las calles atascadas y abarrotadas de cañones, carros, soldados heridos y caballos muertos. Al salir del pueblo, el cuerpo llegó hasta una línea de colinas bajas, donde las tropas pudieron ver por primera vez el campo de batalla. Para su horror, únicamente podían verse «débiles líneas y restos» del principal cuerpo de ejército prusiano, que seguía resistiendo al ataque de los franceses. Las tropas de Borcke avanzaron a fin de prepararse para un ataque, pero recibieron una lluvia de balas disparadas por los fusileros franceses, que estaban tan bien situados, y ocultos con tanta habilidad que nadie sabía exactamente de dónde procedían los tiros. «Que nos dispararan de aquella

forma» recordaba posteriormente Borcke, «sin ver al enemigo, causó una espantosa impresión en nuestros soldados, ya que no estaban acostumbrados a ese estilo de combate, perdieron la fe en sus armas, e inmediatamente percibieron la superioridad del enemigo».

Aturullados por la ferocidad del fuego, los comandantes y la tropa por igual sintieron ansias de avanzar para resolver la situación. Se lanzó un ataque contra las unidades francesas situadas junto al pueblo de Vierzehnheiligen. Pero al tiempo que avanzaban los prusianos, el fuego de artillería y fusilería enemigo se hizo cada vez más intenso. Contra aquel fuego, el cuerpo contaba tan solo con los pocos cañones del regimiento, que enseguida se estropearon y hubo que abandonarlos. A lo largo de las líneas se gritó la orden de «¡flanco izquierdo adelante!», y el avance de las columnas prusianas viró a la derecha, modificando el ángulo de ataque. Estaban desplegando el orden de marcha oblicuo que había sido el terror de los enemigos de Prusia en la época de Federico. Hubo un tiempo en que el simple hecho de ver esa maniobra ejecutada con precisión por miles de soldados prusianos bastaba para quebrar la voluntad del adversario. Pero en aquella ocasión aparentemente no tuvo ningún efecto sobre el enemigo, que seguía sometiendo a las líneas prusianas a un intenso fuego. Los batallones prusianos empezaron a dispersarse a la deriva y los franceses, que iban llevando más y más cañones al frente (otro movimiento poco ortodoxo) fue abriendo unas brechas cada vez mayores en las columnas que seguían avanzando. Borcke y sus compañeros oficiales galopaban de acá para allá, intentando en vano reconstruir las líneas.

Sin esperar órdenes, las tropas del cuerpo de Borcke empezaron a disparar a discreción contra los franceses. Algunos, con la munición agotada, echaron a correr con la bayoneta calada hacia las posiciones enemigas, pero fueron abatidos por el fuego de los fusiles franceses o por el «fuego amigo». Cundían el terror y el pánico, que se vieron agravados por la llegada de la caballería francesa, que penetró a través de la masa de prusianos que avanzaban, acuchillando con sus sables cualquier cabeza o brazo que tuvieran a su alcance. Borcke se vio arrastrado irresistiblemente junto con las masas que huían del campo de batalla hacia el oeste, por la

carretera de Weimar. «Yo no había salvado nada más que mi despreciable vida», escribía Borcke. «Mi angustia mental era extrema; físicamente, me encontraba en un estado de agotamiento total, y me veía arrastrado entre miles de soldados en medio del caos más espantoso.»

La batalla de Jena había terminado. Los prusianos habían sido derrotados por una fuerza mejor dirigida de aproximadamente el mismo tamaño (se desplegaron 53.000 prusianos y 54.000 franceses). Y aún peor fue la noticia procedente de Auerstädt, a pocos kilómetros al norte, donde ese mismo día un ejército prusiano que ascendía a aproximadamente 50.000 hombres a las órdenes del duque de Brunswick fue derrotado clamorosamente por una fuerza francesa con la mitad de efectivos, a las órdenes del mariscal Davout. A lo largo de los quince días siguientes, los franceses derrotaron a una fuerza prusiana más pequeña a las afueras de Halle y ocuparon las ciudades de Halberstadt y Berlín. Posteriormente consiguieron nuevas victorias y capitulaciones. El ejército prusiano no solo había sido derrotado; había sido masacrado. En palabras de un oficial que estuvo en Jena: «La estructura militar, cuidadosamente organizada y aparentemente inquebrantable, quedó repentinamente hecha pedazos hasta sus cimientos».

Todos los regímenes arrastran la mancha de la derrota –esa es una de las pocas reglas de la historia. Ha habido derrotas mucho peores que los desastres de Prusia en 1806-1807, pero a pesar de ello, para una cultura política tan centrada en la destreza militar, las derrotas de Jena y Auerstädt y las consiguientes rendiciones fueron definitivas. Eran la manifestación de un fallo en el centro del sistema. El propio rey era un oficial con mando (aunque no de un especial talento) que había prestado servicio en un regimiento desde que era niño, y que se preocupaba de que le vieran montado a caballo y en uniforme al frente de sus regimientos cuando avanzaban. Todos los príncipes adultos de la familia real eran comandantes muy conocidos. El cuerpo de oficiales era la clase gobernante terrateniente de uniforme. La derrota de Jena venía a grabar en piedra un interrogante sobre el orden político de la antigua Prusia.

El rey de Prusia se rodeó de una nueva generación de funcionarios reformistas y se centró en aprender las lecciones pertinentes de Jena y de sus consecuencias. Conjuntamente promulgaron una andanada de edictos gubernamentales que transformaron la estructura del ejecutivo político prusiano, desregularon la economía, reescribieron las normas básicas de la sociedad rural, y reformularon la relación entre el Estado y la sociedad civil. La derrota permitió engendrar una reforma de la sociedad porque el desastre de Jena se interpretó diagnósticamente, como una manifestación de una serie de disfunciones sistémicas profundamente arraigadas.

Los argumentos a favor de una reforma de las Fuerzas Armadas eran especialmente obvios. Estaba claro que hacía falta poner a punto un ejército que había fracasado tan manifiestamente, y tenía sentido adoptar algunas de las medidas que parecían explicar el éxito de las fuerzas de Napoleón –el uso de despliegues de orden abierto, un despliegue más intenso y flexible de los fusileros, más versatilidad en el empleo de la artillería, etcétera. Pero la revisión general fue más profunda: los reformadores reconocían que los hombres que iban a la batalla por miedo a sus oficiales, en vez de por fervor por su causa, resultaban ser unos soldados menos eficaces. Corregir ese déficit significaba tratar a los soldados como ciudadanos –un planteamiento con unas implicaciones de enorme calado para la disciplina militar, y potencialmente para la sociedad en su conjunto. En realidad, resulta dudoso que las tropas prusianas del *ancien régime* carecieran realmente de motivación e ímpetu. Era más bien que los reformadores interiorizaron la ideología de la guerra revolucionaria divulgada por su enemigo.

Además, los reformadores tenían unos objetivos más amplios. Aspiraban a dejar atrás la exclusividad del cuerpo de oficiales, que más bien parecía una casta. La aristocracia debía dejar paso a la meritocracia. En un documento denominado la «Declaración de Ortelsburg», un comunicado redactado por Federico Guillermo el 12 de diciembre de 1806 mientras aún estaba huyendo de los franceses, el rey empezó a sacar sus propias conclusiones. En el futuro, decía en el escrito, cualquier combatiente que actuara con distinción debía ser ascendido al cuerpo de oficiales, al margen de si era un soldado raso, un suboficial o un príncipe. Argumentaba que el

ejército debía convertirse en el depositario de un patriotismo virtuoso, que a su vez debía infundirle el ímpetu y el compromiso que había brillado por su ausencia en 1806. El objetivo era, en palabras de Scharnhorst, uno de los principales reformadores, «elevar e inspirar el espíritu del ejército, llevar al ejército y a la nación a una unión más íntima».

La percepción de la necesidad de movilizar las obligaciones patrióticas –y de aumentar la productividad– en todos los estratos de la sociedad prusiana dio lugar a una gran cantidad de procesos de reforma simultáneos: la eliminación de los últimos vestigios de los arrendamientos agrarios de tipo servil (el «feudalismo»), la emancipación de los judíos, la expansión de la educación superior y la mejora de la formación de los maestros de primaria, la creación de nuevas asambleas consultivas, el autogobierno municipal; en resumen, cualquier cosa que incrementara la productividad y la cohesión de la sociedad prusiana.

Así pues, la relevancia de la batalla de Jena no radica en sus consecuencias militares, sino en el hecho de que una élite política capaz de llevar a cabo una reflexión y una deliberación colectivas leyó en las entrañas de la derrota un veredicto contra una sociedad que supuestamente estaba fracasando. Que la derrota fuera realmente una *consecuencia* de esos rasgos de la sociedad prusiana es otra cuestión; lo que importa es que la derrota se interpretó en ese sentido, lo que permitió realizar una auditoría general de las instituciones sociales, políticas y económicas. Interpretada de esa manera, la derrota prusiana en la batalla de Jena parecía reveladora, más que decisiva. De hecho, parecía inevitable, dado que era la manifestación de unas inferioridades que afectaban al núcleo no solo del ejército prusiano, sino de la sociedad cuya estructura y carácter se veían reflejados en él. La sensación de que nada estaba escrito y de contingencia histórica que había envalentonado al rey y le había llevado a probar suerte contra Napoleón quedó olvidada. Lo que en un principio se había considerado una mera posibilidad parecía, en retrospectiva, algo inevitable.

Dejo a otros que decidan si la batalla de Hastings podría prestarse a este tipo de interpretación. Puede que la organización política anglosajona se viera desbordada demasiado rápidamente por el invasor como para empezar

a interpretar la derrota como un fracaso político. Es posible que el temperamento y el equipamiento intelectual del Estado anglosajón jugara en contra de la interpretación de las batallas como un test de la estructura social. La idea misma de la «batalla decisiva» es una invención del siglo XIX, y específicamente un legado de las interpretaciones decimonónicas de las guerras napoleónicas (Jomini, Clausewitz, Mahan, por ejemplo). Hoy en día, lo más interesante de la época de las batallas decisivas es que parece que se ha terminado, por lo menos en lo que se refiere al contexto geopolítico en general.

Desde el final de la Guerra Fría, y al margen de los conflictos regionales, la disciplina en el sistema mundial se ha mantenido principalmente mediante la proyección de la fuerza de Estados Unidos a través de una secuencia de conflictos asimétricos donde las «batallas» son simplemente puntos críticos locales en un teatro de conflicto al que se aplica una preponderancia desbordante de fuerza. Mientras pensaba en mi charla, me topé con Mike Hart, general de brigada del Ejército del Aire y director del Departamento de Inteligencia Militar del Ministerio de Defensa británico, en el tren nocturno de Londres a Cambridge. Nuestra conversación sobre la batalla moderna se convirtió en un intercambio de correos electrónicos, donde él hizo el siguiente comentario:

> He participado en todas las operaciones que ha organizado el Reino Unido desde 1990, salvo la de Sierra Leona, y nunca planeamos una batalla decisiva en ninguna de ellas (que no es lo mismo que decir que no planeamos derrotar al enemigo a cualquier nivel posible). Tendemos a pensar y a planificar en términos de campañas, ya sea contra adversarios convencionales, híbridos o asimétricos. La idea de una batalla decisiva contra (digamos) los talibanes afganos es, para serle franco, absurda, aunque el efecto acumulado de muchos enfrentamientos tácticos (pequeñas batallas) a lo largo del tiempo podría ser decisivo.

Y estas ideas también parecen quedar confirmadas por la lucha contra el denominado Estado Islámico. Hoy en día pocos estrategas afirmarían que la derrota del califato físico provocaría la erradicación del Dáesh como organización o como idea. Como organización, sobrevive a la derrota

transformándose de nuevo en una insurgencia suní. Como idea, ya campa a sus anchas en el ciberespacio y entre las comunidades de la diáspora.

El fenómeno de una batalla donde se enfrentan unos actores estatales sumamente organizados ha dado paso a una modalidad descentrada de violencia ambiental donde unos actores no estatales libran escaramuzas entre sí o contra los civiles desarmados, donde los ciberataques perturban las economías o las elecciones, y los drones armados con misiles patrullan por encima de los suburbios de los insurgentes. La consiguiente desterritorialización de la violencia en las regiones caracterizadas por unos Estados en descomposición hace que el tipo de «decisión» que Clausewitz asociaba con las batallas resulte difícil de alcanzar, o incluso de imaginar. Puede que la era de las batallas haya terminado, aunque la era de las guerras no.

---

* *Whiggery*, en el original, la interpretación de la historia como la constante e inevitable victoria del progreso sobre la reacción. *(N. del T.)*

§ *Path dependency*, en el original. *(N. del T.)*

¿Aprender de Bismarck?

Este ensayo surgió de mi estupor en 2019 ante la inesperada afinidad electiva entre Dominic Cummings, arquitecto de la campaña del brexit *y asesor especial del primer ministro británico Boris Johnson, y el estadista prusiano Otto von Bismarck.*

En otoño de 1862, el Reino de Prusia se vio paralizado por una crisis constitucional. El rey Guillermo I y sus asesores militares querían ampliar y mejorar el ejército. El Parlamento prusiano, dominado por los liberales, se negó a aprobar los fondos pertinentes. El problema no era la cuestión de la expansión militar en sí. La medida contaba con un apoyo generalizado entre la mayoría liberal. Era más bien la cuestión del estatus constitucional del ejército y de quién tenía derecho a determinar la política con respecto a las Fuerzas Armadas. El punto de vista de los liberales era que el control parlamentario del presupuesto militar también implicaba cierto grado de codecisión en los asuntos militares. Por el contrario, a ojos de la Corona, el ejército era una organización vinculada por lealtad personal al monarca, que debía estar totalmente a salvo del escrutinio de los diputados civiles. En aquel momento, tras dos disoluciones del Parlamento consecutivas, ambos bandos se encontraban en un impasse, y se rumoreaba que el rey contemplaba la posibilidad de abdicar.

Esa era la crisis que se intentó resolver con el nombramiento de Otto von Bismarck. Su designación como ministro-presidente de Prusia fue una medida de último recurso. En 1862, Bismarck, de 47 años, parecía una

figura un tanto dudosa. Sus apasionadas maquinaciones en los márgenes de la derecha reaccionaria durante las revoluciones de 1848 le habían granjeado fama de extremista, de alguien «al que únicamente había que utilizar cuando la bayoneta impere sin límites», en palabras de Federico Guillermo IV, hermano mayor y predecesor del rey. Al recurrir a Bismarck, Guillermo I y su séquito estaban asumiendo un riesgo.

El riesgo mereció la pena. Bismarck abrió el juego con un intento de conciliar: pergeñó un programa militar modificado que contemplaba ampliar el ejército y asegurar el control gubernamental en algunas áreas clave, y que al mismo tiempo satisfacía algunas de las principales exigencias de los liberales. Es muy posible que aquella táctica acabara dando resultado, pero fue bloqueada por el jefe del gabinete militar del rey, un hombre reaccionario, que convenció al rey de que retirara su apoyo a la solución de compromiso propuesta por Bismarck.

Bismarck se dio cuenta de inmediato de que las reglas del juego habían cambiado. La clave para permanecer en el cargo ya no era asegurar un acuerdo entre el Parlamento y la Corona, sino eliminar a todos los rivales que optaban a gozar de la confianza del rey. Y modificó su política de acuerdo con ello. Abandonó la idea de un compromiso. Bismarck pasó a una política de confrontación abierta. Las reformas militares se aplicaron a la fuerza, haciendo caso omiso de las enconadas críticas de los liberales. Se recaudaron impuestos sin aprobación parlamentaria. El Parlamento mordió el anzuelo e hizo manifestaciones de indignación inútiles y contraproducentes. Todo eso bastó para convencer al rey de la habilidad y la fiabilidad de su nuevo ministro. Muy pronto Bismarck eclipsó a todos los que competían con él por la influencia sobre el monarca. Fue el inicio de una carrera en la cúspide de la política alemana que duró hasta que Bismarck fue obligado a jubilarse al cabo de veintiocho años y dos reyes.

Una figura política británica actual que afirma haber aprendido de las estratagemas de Bismarck en 1862 es un tal Dominic Cummings, asesor jefe especial del primer ministro Boris Johnson, y exasesor especial de Michael Gove, actualmente ministro del *Cabinet Office*[*] del Reino Unido. Durante el conflicto político de 2019, cuando el Gobierno británico se vio

paralizado por un Parlamento que no estaba dispuesto a aprobar ninguna de sus propuestas para la salida del Reino Unido de la Unión Europea, Dominic Cummings, que dedicó el verano de aquel año a «manipular» la crisis británica, decía que había vuelto una y otra vez a la pregunta: ¿qué haría Otto von Bismarck en la situación a la que se enfrentaba en aquel momento el Gobierno británico?

Lo sabemos porque su amplio y revelador blog (que sigue existiendo cuando escribo estas líneas) está salpicado de pensamientos sobre Bismarck. Para Cummings, que estudió historia en el Exeter College de Oxford, Bismarck es el monstruo sagrado de la política táctica, el estadista genial cuyas jugadas políticas sorprendían y pillaban a contrapié constantemente a sus amigos y enemigos por igual, tanto en Prusia como en el extranjero. Puede que el estadista prusiano del siglo XIX parezca un modelo inverosímil para idear la estrategia política en la era de Twitter y de Cambridge Analytica, pero una de las convicciones nucleares de Cummings es que lo que podrían parecer, en sus propias palabras, unas fuentes «muy esotéricas» pueden resultar «extraordinariamente prácticas», es decir «te aportan modelos para crear procesos súper-fructíferos».

Las diferencias entre 1862 y 2019 son obvias, pero los paralelismos invitan a la reflexión. El meollo de la crisis de 1862 era el dualismo del ordenamiento jurídico prusiano, una tensión no resuelta entre la Corona y el Parlamento que era típica de las constituciones alemanas de aquella época, una decisión deliberadamente evitada sobre cómo debía compartirse el poder entre una Monarquía militar y un Parlamento civil. Y el consiguiente vacío en la lógica de la constitución fue justamente lo que intentó aprovechar Bismarck en 1862. Actualmente, Gran Bretaña no padece un dualismo constitucional de ese tipo (la guerra civil inglesa acabó con la mayor parte del dualismo entre la Corona y el Parlamento, y lo que subsistió fue arrastrado casi en su totalidad por la marea de la «Revolución Gloriosa» de 1688, y posteriormente eliminado del todo en tiempos de la Casa de Hanover). No obstante, el referéndum de 2016 había inaugurado un dualismo de un tipo diferente, entre las modalidades representativa y directa de democracia. El problema no era el uso de un referéndum en sí, ya que

muchas democracias estables y maduras utilizan ese instrumento, que complementa el funcionamiento de la democracia representativa con el recurso a la iniciativa ciudadana. El problema era más bien que el referéndum de 2016 fue entendido por el Gobierno y por el *lobby probrexit* como una expresión, de una vez y para siempre, de la «voluntad del pueblo». No admitía ningún tipo de compromiso y, lo que es más importante, no se podía repetir, como ocurre habitualmente en los Estados con sistemas mixtos como Suiza, donde no existe ningún tabú en contra de convocar un referéndum sobre la misma cuestión en años posteriores.

Eso creaba un problema que la estructura constitucional británica era incapaz de resolver, a saber, que mientras que la opción que ofrecía el referéndum era binaria, las opciones que tenía ante sí el Reino Unido a medida que el debate sobre el *brexit* adquiría impulso no lo eran ni mucho menos. No había una división binaria entre un bando y otro, sino una pluralidad de líneas de falla que se entrecruzaban, lo que generaba una pauta de finas grietas como las que aparecen en la superficie de las pinturas antiguas. Y esas interacciones caóticas se reflejaron en las desconcertantes constelaciones parlamentarias de 2019. Incluso si uno aceptaba que el referéndum era vinculante (había polémica sobre esa cuestión), subsistía el presupuesto de que su implementación debía ser sometida a la aprobación del Parlamento. El pulso entre un Parlamento incapaz de, o reacio a, generar una mayoría que apoyara alguna opción, y el Gobierno de Boris Johnson, decidido a «rematar el *brexit*» lo antes posible, provocó una parálisis política. En ese contexto de disfunción constitucional fue cuando Dominic Cummings echó mano de Otto von Bismarck.

Dos gobiernos, el de Bismarck y el de Johnson, que tenían ante sí asuntos importantes, se empeñaron en soslayar a un Parlamento recalcitrante, por lo menos temporalmente. El acoso a los parlamentarios y altos funcionarios, y la amenaza de recurrir a las prórrogas y a las elecciones anticipadas eran temas comunes a ambos. Bismarck invocaba la teoría del «vacío constitucional», en virtud de la cual el ejecutivo tenía el derecho –y en el fondo la obligación– de seguir gobernando, aunque el Parlamento se negara a colaborar en unas tareas supuestamente cruciales. El

primer ministro británico alegó unos argumentos más o menos parecidos para defender el rumbo del Gobierno británico. La solución de Cummings fue proponer una prórroga de la legislatura en septiembre de 2019, que el ejecutivo maniobrara durante el vacío resultante, y «rematar el *brexit*» en el ínterin, alegando que los asuntos del Gobierno no pueden pararse en seco simplemente porque el Parlamento no esté en periodo de sesiones. Esa táctica en concreto fracasó, ya que fue desautorizada por los tribunales. Entonces se encontró una solución en la disolución del Parlamento a los dos años de la legislatura y la convocatoria de elecciones en diciembre de 2019.

Las dos crisis nos recuerdan lo difícil que puede resultarle a un Parlamento lidiar con un ejecutivo hostil: unas Cámaras electivas de gran tamaño, poco flexibles, y sometidas a complejos procedimientos, pueden parecer desesperantemente lentas en los pulsos con unos políticos dispuestos a incumplir o a forzar las normas. Y entre las armas más poderosas que puede empuñar un gobierno está la potestad, en determinadas circunstancias, de disolver el Parlamento. Mientras que la legislación de emergencia y la invocación de la seguridad nacional están sometidas (en las democracias respetuosas con las leyes) a una supervisión parlamentaria y judicial, la disolución de las Cámaras liquida un Parlamento y crea otro. Una vez disuelto, ese Parlamento incómodo ya no volverá. Bismarck desplegó esa medida durante la crisis constitucional de Prusia, pero sin éxito, porque con cada nuevo Parlamento se formaba una mayoría liberal y disidente cada vez mayor. El uso por Boris Johnson de esa misma técnica en diciembre de 2019 –por consejo de Cummings– tuvo mucho más éxito: sustituyó al «pelotón incómodo»[§] de los años del referéndum sobre el *brexit* por un grupo parlamentario más complaciente, y dominado por los conservadores *probrexit*.

Cuando los gobiernos acosan a los parlamentos, insultan a los jueces y a los funcionarios, y van en busca de arriesgadas soluciones ejecutivas para los problemas complejos, es normal que el centro de interés se traslade del mundo deliberativo de los comités asesores, las investigaciones públicas y

el proceso legislativo, al toma y daca de lo que antiguamente se denominaba la «alta política». Y cuando ocurre eso, la atención se centra en las cuestiones de táctica y de técnica. Imaginemos que alguien hubiera convencido al ya jubilado Otto von Bismarck para que destilara su sabiduría y su experiencia en uno de esos manuales de estrategia empresarial repletos de listas de puntos a tratar, y con lustrosas cubiertas, que se venden en ingentes cantidades en los aeropuertos de Estados Unidos. Supongamos que el libro lleva el título *Liderazgo: el método Bismarck*. Si condensáramos ese imaginario best seller, podría reducirse a cinco puntos destacados (que podríamos denominar «los axiomas de Otto»).[‡]

Axioma 1: *Procura provocar*. En las democracias modernas la mayoría de los políticos prefieren el consenso al conflicto. Tender puentes entre los dos principales partidos se considera, o se consideraba hasta hace muy poco, un logro de orden superior en los entornos donde los antagonismos partidistas pueden tener fácilmente un efecto perturbador. Bismarck actuaba de otra forma. Desde un principio, comprendió que la indignación y el conflicto que provocan los gestos provocativos clarificaban y facilitaban más las cosas para un político habilidoso que la engañosa paz de una pretendida armonía. Según un retrato personal de su amigo estadounidense John Motley, cuando Bismarck tenía dieciocho años encontró la manera de que le admitieran en la hermandad de estudiantes más exclusiva de la Universidad de Gotinga no por el procedimiento de congraciarse con sus miembros, sino de «insultarlos a todos públicamente y de la forma más grosera posible», y de utilizar los consiguientes duelos para herirles tan profundamente que al final «deseando asegurarse los servicios de un combatiente tan valeroso», le invitaron a incorporarse a sus filas.

Bismarck volvió a hacer exactamente lo mismo en 1847, cuando pronunció su primer discurso, que causó sensación –el primer discurso político que pronunciaba en su vida ante la Dieta Unida en Berlín. Bismarck se había alineado con los «ultras» aristocráticos de aquella asamblea, y utilizó su discurso para organizar una ofensiva infundada contra el recuerdo que guardaban los liberales de la campaña contra Napoleón en 1814 como una «guerra del pueblo por la libertad». Fue un cañonazo dirigido contra el

corazón histórico de la ideología liberal, y provocó espumarajos de indignación en los escaños de la otra bancada de la Cámara. Los registros taquigráficos de la sesión apuntan el siguiente momento: «murmullos y fuertes gritos interrumpen al orador; él saca de su bolsillo el periódico *Spenersche* y empieza a leerlo hasta que el presidente restablece el orden. Después prosigue». Si Bismarck se hubiera limitado a contribuir inteligentemente a un debate sobre la reforma de los gobiernos locales, nunca habría logrado la notoriedad que le permitió acceder a los círculos de la corte durante las revoluciones y después. A lo largo de su carrera, Bismarck buscó deliberadamente la polémica, aprovechándose de la presión que ejercía sobre sus amigos y sus enemigos a fin de que mostraran sus auténticas lealtades.

Axioma 2: *Madura el caos*. Los críticos de *El método Bismarck* podrían quejarse de que en realidad esto no es más que una ampliación del Axioma 1, pero uno de los sellos distintivos del estilo político de Bismarck era que siempre resistió la tentación de resolver prematuramente los conflictos políticos y las crisis. No era solo cuestión de fomentarlas, para empezar, sino de dejar que el desconcierto resultante evolucionara hasta el punto en que empezaran a aflorar las opciones más plausibles. Por ejemplo: Bismarck permitió que la incómoda situación que generó la ocupación simultánea de las regiones de Holstein y Schleswig por Prusia y por Austria tras la guerra de los Ducados de 1864 degenerara paulatinamente hasta un punto que le brindaba la oportunidad de buscar un conflicto abierto y clarificador con Austria. Hizo lo mismo con la crisis por la candidatura de la Casa de Hohenzollern al trono de España en 1870, y consintió que el tono de las relaciones entre Francia y Prusia se deteriorara hasta que el Gobierno francés cometió la insensatez de arriesgarse a una declaración de guerra. A finales de la década de 1870 y durante la década de 1880, Bismarck aplicó ese mismo planteamiento a las tensiones que fermentaban en la península de los Balcanes. Su política sobre la «Cuestión Oriental» no estaba concebida para eliminar los conflictos del sistema de los Estados europeos, sino más bien para desviarlos hacia la periferia, donde perturbaran el sistema de una forma que no amenazara a Alemania, y que incluso

probablemente podía reforzar su seguridad. Bismarck nunca tuvo el control de los acontecimientos, y él lo sabía, pero comprendía que las situaciones de inestabilidad tienen su propia dinámica evolutiva. Si se les concede tiempo, muy bien podrían acabar ofreciéndote los instrumentos que necesitas para alcanzar tus objetivos.

Axioma 3: *Actúa de forma imprevisible*. Bismarck actuaba al margen de las recetas ideológicas de cualquier interés concreto. Provenía de la zona más recóndita de Pomerania, de esa gran llanura de haciendas rurales donde el terrateniente noble era un rey en su pequeño mundo particular. Pero aunque Bismarck contaba entre sus amigos con muchos «viejos conservadores», nunca adoptó su política nostálgica y corporativista –su actitud hacia el entorno de su propia clase se caracterizaba por un toque de distancia irónica. Por otra parte, tampoco era ni podía ser un liberal. Y aunque reverenciaba el Estado monárquico por considerarlo un ejecutivo con capacidad de actuar de forma autónoma, a menudo se sentía frustrado por la lentitud de los funcionarios, de los «chupatintas» del cuarto estado.

El resultado de todos esos no-alineamientos fue su extraordinaria libertad frente a las limitaciones ideológicas, su capacidad de saltar de un bando a otro, pillando a sus adversarios con el pie cambiado, o sacando provecho de las diferencias entre ellos. Acababa de humillar a los liberales en la crisis constitucional, cuando de repente les ofrecía una compensación parlamentaria, para gran consternación de los aliados conservadores de Bismarck. Colaboró con las fuerzas del liberalismo contra los conservadores (en la década de 1870) y viceversa (en la de 1880); blandió el reconocimiento del derecho al voto democrático como arma contra el liberalismo elitista, y amenazó a los socialdemócratas con el armazón de un Estado del bienestar embrionario; desinfló las pretensiones de los nacionalistas por el procedimiento de aparentar hacerse cargo de la causa nacionalista.

Bismarck no era un hombre de principios; era un hombre que se distanciaba de los principios, que se desconectó del compromiso político de una generación mayor para preparar nuevos combinados políticos. Su trayectoria está salpicada por las exclamaciones de estupor de quienes,

después de enrolar a Bismarck para su causa un día, veían cómo les bombardeaba desde una posición enemiga al día siguiente. La naturaleza mudable de su política enfurecía a sus aliados y a sus enemigos, que a veces eran los mismos, pero por lo menos eso les mantenía sobre ascuas. Esa fue una de las claves de su éxito.

Axioma 4: *Ficha al jefe*. Bismarck podía asumir el riesgo de esas peligrosas estratagemas porque no era un líder electo. No tenía partido y, en gran parte, tampoco una mayoría parlamentaria. No era un tribuno del pueblo, sino un mandatario por designación real. Desde muy pronto se dio cuenta de que en un sistema monárquico solo parcialmente parlamentario, el rey seguía siendo la raíz principal de toda la autoridad política real. Mientras Bismarck consumía sucesivas oleadas de aliados políticos, extrayéndoles todo su valor para después pasar a nuevas combinaciones, el monarca prusiano seguía siendo la estrella fija que ocupaba el centro de su sistema.

A lo largo de veintiséis años, Bismarck microgestionó su relación con Guillermo I, rey de Prusia, y káiser de Alemania a partir de 1871. Sus interacciones con aquel patriarca de grandes patillas son un tratado sobre la codependencia a largo plazo. Bismarck presionaba, cortejaba, acosaba y engatusaba al káiser para que diera su aprobación a la mayoría de asuntos importantes. Guillermo no quiso la guerra contra Austria de 1866 (años más tarde Bismarck bromeaba diciendo que el desafío más difícil de su carrera había sido conseguir que el rey entrara en Bohemia, un territorio de los Habsburgo; y que el segundo más difícil había sido volver a sacarle de allí). Al káiser le desagradaba el aroma liberal de la política alemana durante la década posterior a 1871, y desaprobaba la campaña de Bismarck contra los católicos. Cuando se producía alguna confrontación directa, Bismarck era capaz de desatar toda la fuerza de su personalidad, y acompañaba sus argumentos con lágrimas, arrebatos de cólera, y cartas de dimisión –todas ellas rechazadas por el monarca, por supuesto, al que le resultaba imposible imaginar cómo podría arreglárselas sin su Bismarck. Fueron esas escenas, que a Guillermo I le resultaban casi intolerables, lo que le llevó a hacer la siguiente observación: «Resulta difícil ser el káiser bajo este canciller». Era

una forma agotadora de mantener una relación, pero funcionó durante veintiséis años.

Axioma 5: *Establece múltiples metas en amplitud y en profundidad*. Los pedantes objetarán que este axioma en realidad no es más que una ulterior elaboración del Axioma 3. Pero basta observar con más detalle a Bismarck en acción para esquivar ese tipo de pullas, porque, mientras que «embarullar las cosas» tiene que ver con la combinación promiscua de estilos y alineamientos, el Axioma 5 se centra en la formulación de objetivos. Se trata de guardarse siempre un plan B en la manga. Por ejemplo, siempre hubo polémica sobre si Bismarck planeó la «guerra de unificación» que estalló con Francia en 1870. La respuesta, como ocurre muy a menudo con Bismarck, no es ni sí ni no. En la lista de opciones de Bismarck figuraba una guerra, pero no tenía ninguna intención de iniciarla. («Iniciar una guerra preventiva», dijo una vez en tono de broma, «es como suicidarse para evitar morirse.») También le habría parecido aceptable infligir una humillación diplomática a París. Las amenazas de París sin una declaración de guerra también habrían resultado útiles, dado que le habrían recordado a los Estados del sur de Alemania, que seguían siendo independientes, su precaria situación en materia de seguridad y la necesidad de una alianza más estrecha con Prusia. Pero también hubo momentos en que Bismarck contempló una evolución a largo plazo, enteramente libre de guerras, hacia algún tipo de unión alemana. Uno puede salir beneficiado de unas condiciones de inestabilidad que pueden arrojar más de una opción solo si tiene múltiples objetivos ante sí. Eso es válido tanto para el eje en amplitud (¿Una guerra con Francia? / ¿Una humillación diplomática? / ¿Una unión más estrecha con el Sur?) como para el eje temporal en profundidad (¿Una unión por medio de la guerra ahora? / ¿Unión dentro de unos años bajo unas condiciones de tensión y amenazas externas? / ¿Una unión sin conflicto en alguna coyuntura posterior?).

Por supuesto, Bismarck sí perseguía determinados objetivos clave estables. El más importante era fortalecer la posición de Prusia dentro de Europa, y con ello mantener la independencia de la monarquía a la que servía. Inicialmente, eso significó apoyar al rey en su búsqueda de una

reforma de las Fuerzas Armadas. Después significó reafirmar la libertad de movimiento del ejecutivo con respecto al Parlamento. El siguiente paso fue cuestionar la preeminencia de Austria en Alemania, y finalmente unir los Estados del norte de Alemania bajo el control de Prusia. Los historiadores siguen discutiendo sobre en qué momento preciso Bismarck concibió el plan para unificar todos los Estados alemanes, pero hubo claramente un momento antes de la guerra con Francia, o después, en que la maximización de la seguridad de Prusia se fusionó con la unificación de los Estados alemanes bajo la jefatura de Berlín. Lo extraordinario no fueron las metas en última instancia, fue el dinamismo del marco en que Bismarck las formuló y se dedicó a perseguirlas. En casi todas las iniciativas más importantes de su carrera, Bismarck entró en la refriega con una mente relativamente abierta, no solo en lo referente a los métodos y las filiaciones, sino también en lo relativo al establecimiento de las prioridades y de los tiempos para alcanzar sus objetivos.

¡Pues vaya con *El método Bismarck*! –y ojalá llegue a ser el próximo éxito de ventas arrollador en el género de manuales de estrategia empresarial. Viene muy bien que, por una feliz coincidencia, tomando la primera letra de estos cinco axiomas en inglés,[**] se forme la palabra «SMART», un acrónimo práctico y con un innegable gancho comercial.

Como ocurre con todos los libros de ese tipo, sin duda *El método Bismarck* hará que el éxito parezca mucho más fácil de lo que es en realidad. No todos los ingredientes de la preeminencia de Bismarck pueden condensarse para su uso general; algunos eran el producto de su contexto histórico y cultural. Ninguno de nuestros cinco axiomas le habrían servido de nada si Bismarck no hubiera sido el vástago de un antiguo linaje, que se sentía a sus anchas en compañía de los nobles que formaban la clase gobernante de su reino. Las extravagantes estratagemas de Bismarck en el espacio que quedaba entre la monarquía militar prusiana, el Parlamento, los estados federales del Reich y la sociedad civil alemana, habrían sido imposibles en un sistema menos centrado en el ejecutivo monárquico. Por añadidura, la brillantez táctica del estadista prusiano resultó eficaz únicamente porque iba unida a algo más misterioso: el instinto político, una

increíble capacidad de ver lo que estaba a la vuelta de la esquina, y el don de reconocer las oportunidades donde los demás solo veían amenazas.

Hay otra cuestión más importante sobre la que *El método Bismarck* probablemente guardará el más absoluto silencio, a saber, que todo ese éxito se logró a expensas de un terrible coste personal. La política carcomió todo lo que había dentro de Bismarck. En un sentido literal, la política se convirtió en la pasión que le consumía. Esa pasión se alimentaba de, y en última instancia destruyó, la mayor parte de sus amistades (una excepción notable fue su apego cariñoso y duradero a su amigo de los tiempos de Gotinga, el historiador y diplomático estadounidense John Motley, que quería mucho a Bismarck y que, por supuesto, no suponía ninguna amenaza para él). A partir de la década de 1870, Bismarck únicamente podía tolerar la compañía de quienes estaban dispuestos a permitir que sus individualidades se vieran íntegramente engullidas por la empresa bismarckiana. Un ejemplo es el simpático e inteligente Christoph Tiedemann, que empezó a trabajar como ayudante de Bismarck en 1875 y lo dejó en 1880, en un estado de salud mucho peor, después de haberse matado a trabajar. Poco a poco, quienes ocuparon ese tipo de puestos fueron los únicos que llegaron a conocer al verdadero Bismarck.

Y lo que veían a menudo era espantoso. La lucha implacable para dominar a sus adversarios, la necesidad obsesivo-compulsiva de conseguir que la totalidad del sistema político funcionara conforme a sus prioridades, y la pura frustración por lo lentamente que cambiaban las cosas en realidad, aunque uno presionara todo lo posible, desencadenaba torrentes de amargura y de cólera que a menudo llevaban al canciller al borde del colapso físico y mental. Bismarck pasaba cada vez más tiempo en un estado de ira fogosa (a lo mejor eso nos pasa a todos, pero era especialmente acusado en el caso de Bismarck). Incluso con motivo de la proclamación del Imperio en el Salón de los Espejos de Versalles el 18 de enero de 1871, el momento culminante más emblemático de su carrera hasta ese momento, Bismarck estaba de un humor de perros porque poco antes había discutido con el nuevo káiser sobre los términos exactos de su título imperial.

Así pues, el ingenio y el brío de sus memorias, una de las grandes obras literarias en alemán del siglo XIX, no dejaban traslucir una personalidad que siempre estaba perdiendo los estribos –porque el káiser prefería a determinado embajador, o por la negativa del Consejo Federal a ratificar el nombramiento de un funcionario de Correos, o por los supuestos errores en el acta taquigráfica de uno de sus discursos, o por sus sospechas de intrigas por parte de la emperatriz Augusta, esposa del káiser, o por cualquiera de una interminable serie de agravios reales o imaginarios. En una ocasión le contó a su hermano que se ponía tan furioso «por toda la gente que no para de llamar a mi puerta para molestarme con preguntas y con leyes, que podría darle mordiscos a la mesa». Todas esas frustraciones políticas se somatizaron en uno de los más grandiosos casos de hipocondría del siglo XIX. Se manifestaban en pruritos, fiebre, jaquecas, fatiga crónica, mareos, insomnio, vómitos, parálisis, «retención sanguínea», congestión, calambres abdominales, y «nervios irritados». De los 1.275 días transcurridos entre el 14 de mayo de 1875 y noviembre de 1878, Bismarck se pasó no menos de 772 en sus fincas o en balnearios.

La habilidad de Bismarck para cambiar constantemente el juego es lo que fascina a Dominic Cummings que, sin estar afiliado al Partido Conservador británico (y de hecho a ningún partido), goza de una libertad parecida respecto a las limitaciones convencionales. A ese respecto, el asesor especial británico se parece a aquellos alemanes que, como observaba Max Weber en 1917, admiraban al político prusiano no por la «grandeza de su sutil mente soberana, sino exclusivamente por el elemento de violencia y astucia como estadista, por la brutalidad real o imaginaria de sus métodos». Cummings se ha remitido a menudo a ese momento de transición en que Bismarck empezó a quebrantar las normas. El día que llegó el «fatídico telegrama» que invitaba a Bismarck a asumir la presidencia del Gobierno de Prusia», escribía Cummings en un artículo publicado en su blog en 2014, «la política mundial se vio afectada por una profunda no linealidad».

La no linealidad puede dar miedo e incluso resultar peligrosa, pero también es creativa y apasionante, sobre todo para Cummings, cuyo blog burbujea con sus especulaciones amorales, en las que se entrelazan recónditas ramas del saber y diseños de escenarios contrafácticos para generar «soluciones híbridas» inesperadas, cuajadas de sugerencias para el presente. En un anuncio de oferta de empleo que incluyó en su blog a principios de enero de 2020, Cummings afirmaba que Downing Street quería contratar a una nueva generación de personas «insólitas», «inadaptados con habilidades raras», «auténticos comodines, artistas, personas que nunca fueron a la universidad y consiguieron salir de un atroz agujero infernal a base de luchar», y «bichos raros sacados de las novelas de William Gibson». Con ello se pretendía dar un vuelco al pensamiento y a los procedimientos establecidos del Gobierno, y preparar el terreno para lo que otro asesor gubernamental ha denominado «cambios sísmicos» en la administración del Estado. La llegada de esa forma de pensar a la cúspide de la política no es un fenómeno exclusivamente británico. En algunos sentidos, Cummings, que fue invitado a abandonar Downing Street en noviembre de 2020 tras perder el favor del círculo íntimo del primer ministro, se parece a Vladislav Surkov asesor jefe de Vladímir Putin y director de teatro ocasional, autor de obras de ficción distópicas y demenciales, y que es el profeta de la «guerra no lineal». Queda por ver qué efecto tendrá esa forma de pensar en el carácter de la vida política de Gran Bretaña, pero una cosa ya está clara: los escenarios de perturbaciones institucionales imaginados por la nueva generación de asesores especiales están ideados para aumentar, y no para socavar, el poder y la independencia del ejecutivo político.

Ha surgido una nueva cohorte de personalidades agresivas y prepotentes en la cúspide de muchas estructuras políticas del mundo. La maquinación deliberada de las crisis, el uso de la provocación para galvanizar a la base de apoyo político, una intensa gestión de los medios de comunicación las veinticuatro horas del día, y la personalización de la autoridad política se han convertido en los inesperados rasgos distintivos de la gobernanza a principios del siglo XXI. Normalmente, quienes despliegan ese tipo de

técnicas carecen de la inteligencia y la clarividencia de Bismarck. Saben cómo desestabilizar las instituciones, pero no cómo construirlas. Saben iniciar y alimentar guerras culturales, pero no ponerles fin. La presencia de ese tipo de personalidades desinhibidas en el escenario mundial ya ha contribuido enormemente a mermar la transparencia y la previsibilidad del sistema mundial. En este clima febril, puede resultar útil reflexionar tanto en las ventajas como en los riesgos que entraña la plantilla tácticamente mudable de los líderes políticos modernos que inauguró Otto von Bismarck.

---

* Se encarga de coordinar las políticas de los distintos ministerios. *(N. del T.)*

§ *The awkward squad*, una expresión del mundillo parlamentario británico atribuida a Robert Burns en 1796, a su vez procedente del argot militar. *(N. del T.)*

‡ *Otto's mottos*, en el original, una parodia de las manidas fórmulas de ese tipo de libros. *(N. del T.)*

** ***S**eek to Provoke, **M**ature the Chaos, **A**ct Unpredictably, **R**ecruit the Boss, **T**arget Multiple Goals*, en el original. *Smart* = listo, inteligente. *(N. del T.)*

Desde Prusia con amor: el fanatismo, el liberalismo y la esfera pública en el Königsberg de la década de 1830

Para Jonathan Steinberg

El debate acerca del papel que desempeñan en la vida pública las doctrinas religiosas, con sus asociaciones, ceremonias, costumbres, valores y símbolos, es uno de los temas centrales de la Modernidad europea. Ese fue el meollo de las guerras culturales de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, unos conflictos que dieron forma a las culturas políticas de los Estados europeos. Las recientes polémicas sobre las viñetas y los hiyabs han venido a demostrar que las disputas sobre la relación entre la religión y la esfera pública conservan su capacidad de perturbar.

Además, la relación entre ambas cosas es problemática en un sentido semántico más estrecho. El concepto de «esfera pública» tal y como Jürgen Habermas la definió de una forma tan influyente, originalmente tenía, en su núcleo, un carácter secular o posreligioso. En la esfera pública crítica, dialógica, racional, burguesa y liberal teorizada por Habermas, casi parecía que la religión era el vestigio de un orden social tradicional y básicamente ya obsoleto. La exclusión de la religión de la esfera pública, imaginada a su vez como fruto de unos procesos de modernización social y económica, parecía contar con el beneplácito de las propias fuentes. Al fin y al cabo, un rasgo distintivo de las entidades que supuestamente constituían la emergente esfera pública –los clubes de lectura del siglo XVIII, las logias masónicas y las sociedades patrióticas, musicales o científicas– era que la religión, por lo menos en principio, tenía prohibida la entrada, por el sencillo motivo de que creaba división y enfrentamiento entre los miembros y por consiguiente ponía en peligro la sociabilidad.[1] Y esos sesgos en el seno de las fuentes se veían amplificados por un esquema ideal-típico en el

que la esfera pública se definía en términos de su función como un «espacio para esgrimir razones», mientras que la religión figuraba como algo intrínsecamente irracional y autoritario.[2]

De hecho, desde la publicación de *Historia y crítica de la opinión pública: la transformación estructural de la vida pública*, de Habermas, numerosos estudios históricos han insistido en llamar la atención sobre el lugar de la religión en la evolución de la vida pública en Europa. Dichos estudios no se han limitado a explorar las muchas formas en que la religión estaba presente en la vida pública, sino que también han demostrado su papel constitutivo en el desarrollo de la esfera pública. Las redes confesionales no solo condicionaban la vida pública en los Estados individuales, también desempeñaban un papel crucial a la hora de preestructurar la emergente esfera pública transnacional o mundial. Tanto si asumían la «modernidad» como si no, las grandes corporaciones religiosas estaban profundamente enmarañadas en los procesos de modernización.[3]

Señalar esas correlaciones no significa darle la espalda al concepto de Habermas, sino más bien ampliarlo, y al mismo tiempo desvincularlo de los presupuestos normativos «antirreligiosos» que eran el postulado básico del estudio original.[4] Un rasgo distintivo de la fuerza del concepto de Habermas es que tiene el potencial de sobrevivir a esa operación prácticamente intacto. El propio Habermas ha reaccionado a las críticas históricas y sociológicas, argumentando en pro de la formulación de lo que él denomina «postura postsecular», basada en un reconocimiento de la persistente vitalidad global de la religión, y en la conciencia tanto de los límites de los argumentos normativos planteados por unos supuestos intelectuales «independientes» y del inconfundible valor de las tradiciones religiosas como recursos capaces de generar significado e identidad.[5]

Este ensayo se centra en un episodio en el que dio la sensación –por lo menos a muchos de los implicados– de que la razón y el fanatismo religioso habían entrado en encarnizado conflicto. Está inspirado en dos rasgos de la obra de Jonathan Steinberg que han influido en mis propios escritos desde que terminé mi doctorado bajo su supervisión. El primer rasgo es su capacidad de apreciar que algunas interacciones y episodios circunscritos

pero emblemáticos pueden ilustrar problemas más amplios. El segundo es su sensibilidad al lugar que ocupan la personalidad, los pormenores psicológicos y la percepción subjetiva en los dramas y conflictos que interesan a los historiadores. Jonathan, cuyo yo irrepetible ahora está siendo devorado por la enfermedad de Alzheimer, veía en la personalidad uno de los motores de la historia. Cuando las circunstancias colocaban a determinadas personalidades en proximidad del poder, argumentaba, se convertían en fuerzas que podían dar forma a la vida de los demás.

Este ensayo examina la controversia pública que rodeó a las actividades de un grupo religioso –denunciado como una «secta» por sus adversarios– en la ciudad de Königsberg en la década de 1830. Fue la era del gobernador Theodor von Schön (1773-1856), un renombrado reformador y eminencia gris del liberalismo pre-1848 en Prusia, y un racionalista filosófico con una aguda visión. A finales de los años treinta, unos acontecimientos escandalosos en la turbulenta vida religiosa de la capital de Prusia Oriental plantearon unos retos inesperados al gobernador y a su razón. En aquel momento, como ocurre hoy en día en algunos lugares, el fanatismo religioso parecía amenazar, a juicio de una élite liberal, la cohesión y la ecuanimidad del espacio público. A renglón seguido empezó una lucha contra un movimiento religioso urbano cada vez más numeroso, lo que puso en evidencia los límites de la tolerancia liberal. La escalada de la retórica en torno a las reivindicaciones de la «razón» y la movilización de la opinión pública –tanto en forma impresa como en otras modalidades menos mediadas– hacen de este episodio un ejemplo interesante no solo para meditar históricamente sobre las fronteras de la «esfera pública liberal», sino también para reflexionar sobre las condiciones en las que la idea de una esfera pública secular y racional adquirió su poder normativo. Por último, el entrelazamiento de los conflictos teológicos, eclesiásticos y políticos con discursos de género a propósito de un escándalo sexual suscita interesantes preguntas sobre el lugar del género en los conflictos seculares-religiosos muchas décadas antes de la era de las guerras culturales europeas.

Para empezar, unas palabras sobre el contexto general. En la religión, como en la política, las décadas entre 1815 y 1840 fueron una era de

diferenciación, fragmentación y conflicto. Por toda Prusia, los movimientos evangelistas movilizaban a los fieles de una forma que desestabilizaba la química de las comunidades religiosas oficiales. Surgieron sociedades cristianas de voluntarios dedicadas al reparto de beneficencia, al alojamiento y al «mejoramiento» de las «mujeres caídas», al progreso moral de los presidiarios, al cuidado de los huérfanos, a la impresión y reparto de biblias, a la provisión de empleos de subsistencia a los indigentes y vagabundos, o a la conversión de los judíos y los infieles. Las misiones, institutos y sociedades pías protestantes de la era de la posguerra representaban un colectivo social diverso. Las personas adineradas de la élite social (y a menudo de la élite política) ocupaban un lugar destacado entre los padres fundadores, sobre todo porque ellas eran las únicas que tenían el capital necesario para adquirir los locales y el equipamiento, y la influencia suficiente como para conseguir privilegios de las autoridades. También había una extensa red de simpatizantes en las ciudades y pueblos de las provincias prusianas, donde los artesanos constituían la abrumadora mayoría. Se organizaban en sociedades auxiliares para la oración, la lectura de la Biblia, el debate y la recaudación de donativos con fines cristianos. Puede que no fuera la esfera pública escéptica, crítica, polémica y burguesa idealizada por Jürgen Habermas, pero indudablemente constituía un impresionante impulso de autoorganización capaz de infiltrarse en las redes y filiaciones protopolíticas. Parte de ese amplio despliegue de las energías voluntarias fue lo que transformó la sociedad de clase media y clase media-baja durante el siglo XIX.

Al tiempo que aquellas energías brotaban desde abajo, el Estado intervenía más agresivamente en la vida confesional que en cualquier otra época desde el reinado del Gran Elector. El 27 de septiembre de 1817, Federico Guillermo III anunció su intención de fusionar las confesiones luterana y calvinista para formar una única «iglesia cristiana evangélica» prusiana, posteriormente conocida como la Iglesia de la Unión Prusiana. El rey en persona fue el principal arquitecto de aquella nueva entidad eclesiástica. Diseñó la nueva liturgia protestante unitaria, juntando textos de los libros de oración alemanes, suecos, anglicanos y hugonotes. Promulgó

una normativa para la decoración de los altares, el uso de las velas, las vestiduras y los crucifijos. El rey dedicó enormes energías y esperanzas a la Unión. Con ella se pretendía absorber y disciplinar la energía que irradiaba el renacimiento espiritual y estabilizar el tejido eclesiástico del protestantismo frente al gran aumento de la minoría católica en el Estado prusiano después de la guerra. En el núcleo del proyecto unionista encontramos un interés obsesivo por la uniformidad que es reconociblemente posnapoleónico: la simplificación y homogeneización de las vestiduras en los altares y de los uniformes militares, la conformidad litúrgica en lugar de la pluralidad de prácticas locales que había sido la norma durante el siglo anterior, e incluso iglesias modulares estandarizadas, diseñadas para ensamblarse a partir de piezas prefabricadas, y disponibles en distintos tamaños para que encajaran en los pueblos y en las ciudades.[6]

En ese terreno había un abundante potencial para los conflictos con las autoridades seculares. El evangelismo protestante en Prusia tendía a buscar su expresión fuera de los confines de la Iglesia institucional. Algunos protestantes que habían «despertado» menospreciaban abiertamente las estructuras confesionales oficiales.[7] En algunas zonas rurales prusianas, la población local se negaba a patrocinar los servicios del clero oficial, y prefería congregarse en reuniones para orar.[8] Y junto a esas tendencias separatistas, en los numerosos intersticios de las creencias y las prácticas religiosas floreció una rica diversidad de variaciones excéntricas de la norma, donde los principios del dogma autorizado se entremezclaban sin solución de continuidad con las creencias populares, la filosofía natural especulativa, y las pseudociencias. Eran las resistentes malas hierbas que brotaban incesantemente entre los adoquines de la religión oficial. En cierta medida se alimentaban de las energías que liberaban los renacimientos religiosos. La fe religiosa era capaz de interactuar con la magia popular de una forma que a las autoridades les parecía inquietante. En un contexto en que la práctica y la estructura institucional de la religión oficial iban cayendo poco a poco bajo el control del Estado, era muy probable que las fronteras entre la no conformidad religiosa y la resistencia política se desdibujaran cada vez más.

Toda desviación con respecto al rito de la Unión, toda crítica a la Iglesia oficial, todo intento de conservar o revigorizar las antiguas tradiciones luteranas o calvinistas, toda actividad sectaria o separatista se interpretaba como un peligroso desafío a la autoridad pública. El rey ordenó confeccionar largos informes sobre las actividades sectarias en sus tierras. A lo largo de la década de 1820, Altenstein, jefe del nuevo Ministerio de Iglesia, Salud y Asuntos Educativos, fundado el mismo año que la Iglesia de la Unión, estuvo vigilando muy de cerca los desarrollos sectarios tanto dentro como más allá de las fronteras del reino –eran de particular interés las sectas de los valles suizos de Hasli, Grindewald y Lauterbrunnen, de cuyos adeptos se decía que rezaban desnudos por creer que la ropa era un signo del pecado y de la vergüenza. El ministerio elaboró listas de panfletos sectarios, subvencionó la publicación de textos contra-sectarios, y monitorizó estrechamente a los grupos y asociaciones religiosas de todo tipo.[9] Federico Guillermo esperaba que los edificantes y accesibles rituales, y la cultura simbólica de la Unión Prusiana, cuya liturgia había diseñado él mismo, pusieran fin al tirón centrífugo de las formaciones sectarias, exactamente igual que Napoleón había esperado que la Iglesia del Concordato de Francia con la Santa Sede, fundada en 1801, iba a cerrar las grietas que se habían abierto entre los católicos franceses desde la Revolución.[10]

En las décadas de 1820 y 1830, el ministro de Asuntos Eclesiásticos repartió cuestionarios por todos los distritos de las provincias de Prusia. Todos los gobiernos de distrito tenían que rellenar un cuestionario donde debían exponer «una visión general de las asociaciones que celebran ritos religiosos u horas de devoción extraeclesiásticos». Entre las preguntas a responder figuraban: ¿qué asociaciones existen y dónde?; ¿cuál es el número de participantes?; ¿quién encabeza las reuniones?; ¿en qué consisten?, y por último, pero desde luego no menos importante: ¿de qué manera su influencia se deja sentir en las vidas de los participantes y en la orientación de su espíritu? En 1822, las respuestas del Distrito de Königsberg mostraban una amplia gama de actividades locales. En la parroquia de Altrossgarten había una «asociación pía» liderada por el

jardinero Mittrich, «un hombre honesto y sin tacha que asiste regularmente a misa». Había «veinte pietistas» en Schmelz. Mucho más numerosos, sobre todo en la inspección de Labiau, al este de la ciudad, eran los «*maldeniker*», cuyas reuniones para orar y cantar atraían a cientos de adeptos. Sus líderes eran «hombres de clase baja que se creen inspirados», reivindicaban la autoridad para interpretar las Escrituras y «vagan de una congregación a otra». Sus reuniones consistían en cantar, rezar, exégesis bíblica y debates religiosos. «Los *maldeniker* están convencidos de que los únicos inteligentes, santos y merecedores de la salvación son ellos. A sus ojos, todos los demás son hijos del diablo.» Se rumoreaba que su líder supremo «recibía instrucciones desde Inglaterra», aunque el funcionario que respondía al cuestionario añadía que esa afirmación aún estaba «por verificar». Era posible reconocer a los adeptos a esa secta por sus «miradas salvajes, porque ponen los ojos en blanco, y por sus músculos faciales distorsionados».[11] Las respuestas de los gobiernos de distrito nos ofrecen un atisbo de la variedad de manifestaciones de devoción locales. Además son un elocuente testimonio del temor rayano en la paranoia con el que las autoridades contemplaban las energías religiosas activas en algunos sectores de la sociedad prusiana durante esta «era de cambio y pausa» posnapoleónica.[12]

Durante la década de 1830, el Gobierno intensificó sus esfuerzos para vigilar la conformidad religiosa como respuesta a una resistencia cada vez más profunda entre los luteranos a la nueva Iglesia de la Unión. Su consolidación inicial había progresado de una forma bastante armoniosa, pero muy pronto la oposición fue en aumento, sobre todo porque la administración prusiana iba ampliando gradualmente el ámbito de la Unión hasta el extremo de que su normativa litúrgica pasó a ser vinculante para todo el culto público protestante a lo largo y ancho del reino. Muchos objetaban a ese elemento de obligatoriedad. Se formó un movimiento «luterano viejo» que exigía el derecho a escindirse de la Iglesia de la Unión Prusiana. El rey estaba furioso y auténticamente desconcertado por aquella resistencia. Él había concebido su Iglesia de la Unión como una iglesia amplia, en la que todos los cristianos protestantes podían encontrar un

hogar confortable –¿cómo era posible que alguien tuviera algo que objetar? A instancias de su monarca, las autoridades prusianas cometieron todos los errores habituales. Presuponían, por encima de todo, que los luteranos viejos eran simplemente unos desventurados que habían sido embaucados por agitadores malévolos.[13] Reprimían con severidad a los predicadores separatistas, imponiéndoles unas multas y unas penas de reclusión draconianas, y acuartelando tropas en las áreas donde las congregaciones se negaban a reconocer la sensatez del Gobierno. Como era de esperar, aquellas medidas resultaron inútiles. Lo único que hizo la represión fue estimular las simpatías hacia los atribulados luteranos, de modo que durante la década de 1830 el movimiento se extendió constantemente desde su territorio original de Silesia hasta las provincias vecinas de Posen [Poznań], Sajonia y Brandemburgo.[14]

El escándalo que conmocionó la ciudad de Königsberg a finales de los años treinta debe contemplarse frente a este telón de fondo de un desaforado aumento del evangelismo, por un lado, y de la intensificación de la vigilancia, por otro. El meollo del conflicto de Königsberg fue una «secta» religiosa, o por lo menos así la calificaban sus detractores, que se había formado en torno a dos clérigos de la ciudad, el doctor Johann Wilhelm Ebel, predicador de la iglesia de Altstadt (Ciudad Vieja), situada en un destacado lugar del centro, y que contaba con la congregación más numerosa de la ciudad; y Georg Heinrich Diestel, predicador de la iglesia de Haberberg. La iglesia de la Ciudad Vieja daba servicio a un público a la moda, como por ejemplo muchas señoras nobles de las mejores familias. La iglesia de Haberberg, situada en un suburbio de la otra orilla del Pregel, era frecuentada por agricultores, artesanos, oficinistas y otros paisanos con una posición más o menos desahogada. Según las acusaciones formuladas contra ellos, Ebel y Diestel habían creado –en contravención de las leyes de Prusia– un colectivo de seguidores parecido a una secta en torno a sus personas, y con ello habían abusado de la autoridad de sus cargos eclesiásticos. Para empeorar aún más las cosas, el fundamento de esa «secta» era una doctrina que parecía desviarse sustancialmente de las enseñanzas oficiales de la Iglesia de la Unión Prusiana. Sobre la base de

dicha doctrina, apañada a base de enseñanzas bíblicas y una forma improvisada de filosofía natural, se decía que Ebel se había dedicado asiduamente a «especulaciones impuras» y había alentado una conducta sexual inapropiada entre los hombres y las mujeres de su círculo.

Por toda la ciudad circularon desaforados rumores sobre excesos sexuales al amparo del ceremonial religioso, lo que en 1835 dio lugar a un largo juicio que muy pronto adquirió cierta mala fama por todos los Estados alemanes con el nombre de «el juicio religioso de Königsberg», o «juicio de los *mucker*», un término que circulaba en aquella época para denotar a los fanáticos religiosos, con connotaciones de escasa higiene y de inmoralidad –una noticia de prensa de la época lo relacionaba con un término que usaban los cazadores y que tenía que ver con el apareamiento de las liebres.[15] Ebel y Diestel fueron suspendidos de sus respectivos cargos eclesiásticos; el juicio se trasladó a Berlín. El 28 de marzo de 1839, los acusados fueron absueltos de las acusaciones relativas a la falta de decoro sexual, pero fueron declarados culpables de fundar una secta, destituidos de sus respectivos cargos, y declarados no aptos para desempeñar cargo público alguno. Diestel fue sentenciado a tres meses de arresto en un castillo por desacato al tribunal, y a Ebel lo encarcelaron en un penal público, debiendo permanecer allí hasta que estuviera en condiciones de convencer al tribunal de que había llegado a «un mejor estado mental».

A medida que se desarrollaba el escándalo, la atención se centró en una curiosa figura que en otras circunstancias habría permanecido en el anonimato. Se identificó a Johann Heinrich Schönherr, fallecido en Königsberg en 1826, como el influyente mentor de Ebel cuando era joven, y como el verdadero autor de la «doctrina» divulgada en el seno de su secta. Inicialmente estaba previsto que Schönherr se dedicara a un oficio. Sin embargo, a la edad de diecisiete años decidió hacerse predicador. No obstante, dado que el muchacho nunca había recibido educación oficial de ningún tipo, y carecía del temperamento necesario para el pensamiento analítico sistemático, era incapaz de dar sentido alguno a la teología formal, o a la filosofía racionalista que estaba de moda en aquel momento, y que a él se le antojaba una jerga seca y vacua incapaz de satisfacer los anhelos

espirituales. Abandonó los estudios y se dedicó a vagabundear, a la manera característica de otros sabios inquietos de aquella era, lo que le llevó a Greifswald, a Rostock, y de ahí a Rinteln, a orillas del río Weser.

Fue en la ribera del Weser donde Schönherr experimentó la epifanía que iba a dar forma a su vida adulta. Se dio la circunstancia de que se fijó en unas plantas (¿tal vez lirios de agua?) iluminadas por el sol, flotando sobre la superficie del agua. Con una intensidad casi dolorosa, le llamó la atención que aquellas plantas acuáticas le debían su vida y su vitalidad exclusivamente a la luz y al agua –no necesitaban ningún otro alimento (o eso le parecía a él). Y paulatinamente esa observación le llevó a la convicción de que la totalidad de la creación estaba basada en la unión de dos principios, encarnados en dos «entidades primordiales». Él las imaginaba como dos esferas opuestas, una de agua, y por consiguiente oscura, y la otra formada por una ardiente luz. Originalmente, dichas esferas habían flotado o vagado por el espacio primordial, hasta el momento en que finalmente colisionaron y se fundieron la una con la otra. Y solo entonces adquirió cada una de las esferas conciencia de su propia existencia, porque, a juicio de Schönherr, la única manera de que fuera posible el conocimiento de uno mismo era a través de relaciones de oposición. Estos dos seres originarios, el supremo varón y la suprema mujer, unidos en una relación eterna y necesaria, lo explicaban todo. Schönherr les describía a sus discípulos –casi como si hubiera estado allí– el largo y sinuoso trayecto de las entidades primordiales por los abismos del espacio, y el glorioso momento de su encuentro, cuando los fuertes brazos luminosos de la esfera de la luz penetraron en la fresca oscuridad de la esfera de agua. Schönherr veía en todo acto de reproducción sexual una recreación de aquella unión originaria.[16]

Schönherr estaba tan convencido del poder de esa visión interior que intentó ganarse la lealtad del filósofo, y celebridad en Königsberg, Immanuel Kant. Después de conseguir una breve cita, Schönherr le expuso a Kant con pasión y candor su sistema de las dos entidades primigenias. Kant le contestó que, de ser así, en teoría el ser humano debería ser capaz de subsistir únicamente a base de luz y agua, sin ningún otro alimento

orgánico. Con una ingenuidad que desarmaba, Schönherr le dio la razón, a raíz de lo cual Kant le aconsejó que él mismo probara ese método, con vistas a adoptar su éxito como publicidad de la verdad de su doctrina. Schönherr estuvo varios días intentando vivir exclusivamente de luz y agua y muy pronto el hambre le llevó a abandonar el intento.

Que Schönherr lograra ganarse un grupo de entusiastas seguidores fue en parte fruto de su excéntrico carisma. Tenía, en palabras del teólogo de Königsberg Hermann Olshausen, que en otros tiempos le había conocido bien:

> una personalidad eminente, cuya resonancia se veía muy potenciada por su forma de vestir. […] Su fisonomía era noble, sus ojos, radiantes […] Una larga barba negra le llegaba casi hasta el cinturón, y también se había dejado crecer mucho el cabello de ambos lados de la cabeza. Una larga sotana, de estilo oriental, y un sombrero de ala ancha completaban la imagen de este hombre insólito.[17]

Entre los caballos de batalla de Schönherr durante los últimos años de su vida había un plan para construir un barco en el río Pregel según un diseño que supuestamente se le había aparecido en un sueño. Schönherr imaginó que ese barco místico sería capaz de navegar contra viento y marea, «sin velas, ni remos, ni caballos». Al final aquella cosa se construyó con las donaciones de los comerciantes amigos y el trabajo gratuito realizado por los trabajadores de los muelles que se habían apuntado a su círculo, pero cuando botaron el barco, se hundió inmediatamente en el cieno próximo a la orilla del río, donde permaneció hasta que fue desguazado.[18]

En 1822, cuando el Gobierno de Berlín pidió a las autoridades de todos los distritos que informaran de las actividades religiosas no oficiales en su área, Schönherr ya había conseguido reunir un grupo de seguidores regulares. En su respuesta de aquel año, la Inspección de Königsberg clasificó «la secta de Herr Schönherr» como una de las congregaciones no autorizadas de la ciudad. El funcionario no podía especificar el número de adeptos, y se limitaba a señalar que estos consistían en «mujeres y hombres, entre los que se dice que hay numerosos maestros de escuela». No se

disponía de más detalles sobre las enseñanzas que se exponían en aquellas reuniones porque «se mantenían en secreto».[19]

Schönherr no era el único sabio excéntrico que consiguió tener seguidores en la Alemania de aquellos años tumultuosos. Friedrich Ludwig Jahn, padre del movimiento gimnástico, fue una figura muy parecida. También Jahn era un heroico hombre errante que vestía ropa «alemana vieja» de aspecto exótico, diseñada por él mismo. Su estilo de vida no era convencional –en distintos momentos de su fase de vagabundeo vivió en cuevas. Jahn y Schönherr representaban una forma de activismo en la que el proyecto que se ofertaba a los potenciales seguidores era practicado por, y estaba encarnado en, la persona del maestro carismático.

Para el joven aspirante a clérigo Johann Wilhelm Ebel, la fuerza de las enseñanzas de Schönherr radicaba tanto en su ámbito explicativo cósmico como en la capacidad del sabio para tender puentes –a juicio de Ebel– entre la filosofía y la fe. Ebel provenía de una familia clerical con inclinaciones místicas. Ya siendo adolescente, se había sentido atraído por el Libro de los Salmos, la Canción de Salomón, el Evangelio de Juan y el Libro de la Revelación. Pero la decisión de marcharse de su pequeño pueblo natal, Passenheim (Prusia Oriental), para estudiar teología en Königsberg como preparación para el ministerio le lanzó a un mundo impregnado de un racionalismo filosófico escéptico. Burlarse de la religión era la norma entre sus compañeros estudiantes de la universidad, y a Ebel le resultaba difícil conciliar las enseñanzas racionalistas de sus docentes con la cálida fe positiva con la que se había criado en su casa. Schönherr pasó a ser el mentor cuyas extensas especulaciones le brindaban una clave para la resolución de sus dudas.

Había algo emblemático en esta curiosa alianza entre un joven teólogo y un sabio sin estudios. La tensión entre la razón y la fe, entre la filosofía y la revelación, fue uno de los temas centrales de aquellos años. Recorría como un hilo rojo innumerables biografías clericales e intelectuales. Para muchos de los que estaban obsesionados con el tema, se trataba de un asunto cargado de apremio y de dolor. Resolverlo no era solamente cuestión de establecer y defender un punto de vista teórico; era una búsqueda de un

equilibrio personal basado en la armonía entre el mundo y las Escrituras, entre la libertad y la gracia. Y Ebel no fue ni mucho menos el único que buscó esos bienes en una fuente marginal y no ortodoxa. En los primeros años de la posguerra, cuando la lluvia de primavera del renacer religioso y del sentimentalismo a la moda reavivaba las embotadas raíces de la teología racionalista, se puso de moda que los «despiertos» frecuentaran a los visionarios místicos y a las monjas visionarias, hasta cuyas ermitas realizaban largas peregrinaciones los fervientes jóvenes protestantes.

Al margen de lo que Ebel aprendiera de Schönherr, claramente él mismo había sido agraciado con unas dotes carismáticas totalmente extraordinarias. Al final de las guerras de Liberación, ya era famoso en Königsberg por la ardiente fuerza de sus sermones y el poder de las oraciones con las que iniciaba y concluía su enseñanza religiosa. Como hombre del Despertar, Ebel cultivaba un estilo que mezclaba lo áspero y lo suave, una elevada elocuencia con momentos de desenfadada franqueza. Era, en palabras de un cronista, «atrevido, sentimental y original, nunca tuvo el mínimo reparo en lanzar en sus pasajes más solemnes una expresión hogareña, un viejo refrán, un fragmento de canción, incluso un toque de comedia, que casi llegaba a arrancar a sus oyentes gritos de dicha». Su atractivo aspecto también ayudaba: el joven Ebel llevaba el pelo muy largo, de manera que caía en cascadas de rizos oscuros alrededor de su cuello, y se peinaba con la raya en el centro, «como una señora».[20] Ebel también poseía cierta empatía y perspicacia para entender las duras condiciones específicas de las mujeres. En 1816, ello le ayudó a crear una amistad que iba a condicionar el resto de su vida.

Ida, condesa von der Gröben, era hija del gobernador de Prusia Oriental, Hans Jakob von Auerswald. Theodor von Schön, que posteriormente sucedió a Auerswald como gobernador de Prusia Oriental cuando este se jubiló en 1824, había estado casado con una hermana de Ida.[†] En 1816, cuando Ebel la conoció, von der Gröben todavía estaba en lo más profundo de una larga depresión. Devastada por el shock de la muerte de su marido en la batalla de Lützen durante las guerras de Liberación, Ida se había marchado de Königsberg y había regresado a su hogar de Silesia, donde

llevaba languideciendo desde entonces, incapaz de mostrar el mínimo interés por las cosas o por la gente que la rodeaba. El efecto que tuvo sobre la condesa la llegada de Ebel rayaba en lo milagroso. Ebel parecía tener un poder sobre el espíritu de Ida que despertó sus energías y reavivó su interés por la vida. Von der Gröben regresó a Königsberg llevándose consigo a Ebel, después de recuperar del todo la alegría de su ser juvenil. Aquello supuso el ingreso definitivo de Ebel en la alta sociedad de Königsberg. Siempre le habían atraído los entornos sociales más elevados, pero ahora todos le trataban como a uno de la familia. Los Auerswald se hicieron cargo de él, igual que los Kanitz, los Münchow y otros clanes poderosos. Las damas de la alta sociedad asistían en masa a sus sermones. Su futuro parecía asegurado: al fin y al cabo, el gobernador Auerswald también era *ex officio* del presidente del Consistorio, el consejo eclesiástico supremo de la provincia, responsable del nombramiento y el ascenso de todos los clérigos. Ebel fue nombrado archidiácono de la Iglesia de la Ciudad Vieja, muy a la moda.

Todo ello transformó la ubicación social del evangelio de Schönherr. Mientras que el viejo sabio aún seguía repartiendo sus enseñanzas sobre el agua y la luz entre los artesanos, los vendedores ambulantes y los trabajadores de los muelles a orillas del Pregel, Ebel se dirigía a la crema de la alta sociedad de Königsberg. Bajo la presión de esa divergencia entre sus respectivos horizontes sociales, el pupilo y el sabio siguieron cada uno por su lado. Los intrépidos días de los primeros años de posguerra se habían terminado, y Schönherr era sencillamente un hombre demasiado desarreglado y extravagante como para acompañar a Ebel a ese nuevo mundo. Posteriormente Ebel intentó reanudar la relación, pero Schönherr, amargado por la traición, se negó a recibirle nunca más; el anciano murió en la pobreza en 1826.

Ahora Ebel estaba en el apogeo de su carrera, una figura celebrada en la ciudad, cuyos sermones eran tan populares que vaciaban las iglesias de sus rivales. Su alianza con Diestel (otro discípulo de Schönherr) en la iglesia de Haberberg creó un eje que unía las élites aristocráticas y mercantiles del centro de la ciudad con los comerciantes de los suburbios de Königsberg.

Sin embargo, el éxito de aquellos años también esparció las semillas de los problemas que surgieron más adelante. Ebel era generalmente aborrecido por muchos clérigos de la ciudad. Ahí la envidia profesional desempeñó un papel, pero también el desagrado genuino ante las improvisadas doctrinas teosóficas (schönherrianas) que se rumoreaba que divulgaba al mismo tiempo que las enseñanzas oficiales de la Iglesia de la Unión, así como la preocupación por las poco convencionales relaciones que se cultivaban entre las mujeres y los hombres de su círculo más íntimo.

En 1824, cuando Theodor von Schön llegó a Königsberg para asumir el cargo de gobernador de la provincia de Prusia,[††] ya circulaban por la ciudad los rumores sobre las incorrecciones sexuales entre los ebelianos. Se decía que las autoridades eclesiásticas estaban haciendo la vista gorda, en parte porque una investigación superficial no logró encontrar ninguna prueba de que las reuniones en cuestión constituyeran «conventículos» ilegales; y en parte porque en los grupos que rodeaban a Ebel estaban involucradas algunas de las familias más poderosas de la provincia; y en parte porque se esperaba, en palabras del arzobispo Borowski durante una conversación con el gobernador, que «la cosa acabe muy pronto con un embarazo [no deseado]».[21] Pero el escándalo se intensificó a mediados de la década de 1830, cuando el grupo se escindió, dando lugar a una facción de renegados con muchos deseos de desacreditar a Ebel y a Diestel. Uno de ellos, el teólogo Hermann Olshausen, empezó a escribir y a predicar contra Ebel. Las enemistades familiares le añadieron un poco más de pimienta al asunto: el conde Finkenstein, exebeliano, se cansó de la estricta disciplina del fundador y abandonó el grupo entre rumores de descrédito. En enero de 1835, cuando se enteró de que su prima Zelina von Mirbach estaba siendo atraída hacia la órbita del predicador, le escribió una carta donde insinuaba determinadas prácticas entre los ebelianos que ningún hombre ni mujer con una moral recta podría tolerar. El culto de los dos seres originales, le advertía Finkenstein a su prima, había degenerado en una sórdida obsesión por los impulsos sexuales que suponía una grave amenaza para la salud mental y física de cualquier mujer joven que entrara en la órbita de Ebel.[22] La carta fue pasando de mano en mano a través de los amigos de Zelina

hasta llegar a Diestel, que respondió con una epístola donde atacaba violentamente a Finkenstein.[23] Finkenstein llevó el asunto a los tribunales. El Consistorio puso en marcha una investigación. El asunto ya era un secreto a voces.

No hace falta que nos detengamos en los detalles de las demandas y contrademandas que siguieron, ni en las relaciones tóxicas que enconaron la lucha en torno a Ebel desde el primer momento. Lo que importa es que la investigación y el posterior juicio contra Ebel y Diestel se llevaron a cabo en medio de una auténtica tormenta mediática. Los periódicos decían que Ebel se había rodeado de mujeres desnudas a fin de poner a prueba su rectitud moral, que practicaba la poligamia, que se consideraba un nuevo mesías, que había instado a los miembros no casados de su círculo a prodigarse en «relaciones inmorales» entre sí, y que él condonaba una modalidad de «matrimonio espiritual» con otra pareja que no fuera el cónyuge ante la ley. Según la crónica de un periódico, unos años antes del juicio, Ebel había sufrido una «repugnante enfermedad en la piel». Se daba la circunstancia de que en aquella época vivía cerca de un lago, «rodeado de muchas adeptas devotas». El médico de Ebel, un hombre llamado Ludwig Sachs, recordaba que había ido a hacerle una visita a su paciente, pero cuando llegó le dijeron que había ido a bañarse. Sin embargo, mientras que en la sección de playa reservada para los hombres no había nadie cuando Sachs se acercó hasta allí, en la zona de baño para las mujeres parecía que había gente:

> Eso le hizo sospechar, y se acercó a la zona de las mujeres de la playa. Una señora semidesnuda se le acercó y le advirtió de que no siguiera adelante y de que no les molestara, porque «las señoras están lavando a Ebel», y efectivamente, unas diez o doce señoras jóvenes y de mediana edad ya se habían metido en el agua y competían entre ellas por irrigar al santo.[24]

En algunos círculos se llegaba a afirmar –totalmente en serio– que hombres *y* mujeres habían asistido a los conventículos de la «secta» en un estado de completa desnudez, que los recién llegados recibían sistemáticamente el «beso seráfico», y que dos muchachas habían

enfermado y fallecido a consecuencia de los anormales niveles de excitación sexual que les suscitaban las prácticas del grupo.

La excitación pública que provocaron aquellas acusaciones fue extraordinaria. El rey le escribió una carta a Altenstein para manifestarle su indignación por el hecho de que un asunto tan sensible se comentara de forma tan generalizada en la prensa.[25] Theodor von Schön informaba de que el pueblo llano estaba «sobreexcitado» por el caso. Los estudiantes se presentaban en los servicios religiosos a los que asistían los ebelianos exigiendo ruidosamente besos seráficos a las damas cuando salían de misa. Aparecían sátiras en las esquinas de las calles.[26] La prensa perseguía despiadadamente a Ebel, y no solo en Königsberg.[27] «Las aberraciones en materia religiosa, las inmoralidades, las actividades que son un insulto para la fe cristiana [perpetradas por los ebelianos] son de tal magnitud que una pluma decorosa no es capaz de describirlas», bufaba un artículo en el periódico *Unser Planet* de Leipzig. Seguidamente el autor describía con todo lujo de detalles uno de los ritos realizados en dicho círculo. Un determinado caballero tenía esperanzas de ascender del «nivel» inferior al nivel superior de la «secta». Fue llamado a comparecer ante Ebel.

> Y recibió la orden de rezar de rodillas en una antesala, a fin de prepararse para aquel importante paso. Después de arrodillarse y rezar durante un rato, se abrió la puerta de una habitación contigua escasamente iluminada. Bajo el crudo resplandor de una lámpara, podía verse al Líder de la secta sobre un sofá, con una hermosa joven de las mejores familias de la ciudad sentada en su regazo. Le ordenaron que se acercara más. Le preguntaron si poseía humildad en toda su plenitud y si era capaz de demostrarlo. Él respondió que sí. Lo que hizo a continuación la muchacha sentada en el regazo del Líder es de tal catadura que incluso la descripción más superficial que se hiciera de ello supondría un ultraje punible contra todo lo que merezca el nombre de moralidad.[28]

Muy a la manera del ya extinto periódico londinense de escándalos *News of the World*, que acostumbraba a concluir sus reportajes más sórdidos con la tímida fórmula: «Nuestro hombre presentó sus excusas y abandonó el lugar», el *Planet* de Leipzig remataba el relato asegurando que su informador, «en cuyo corazón aún no se había apagado el sentido de la

vergüenza», retrocedió ante esos horrores y huyó del lugar, «como José con la esposa de Putifar».[29]

Una revista para clérigos y legos interesados en la materia, la *Kritische Prediger-Bibliothek von Dr. Röhr*, no era tan pacata. Informaba de que la joven le había desabrochado la camisa al novicio y le había «acariciado juguetonamente el pecho»:

> Mientras se veía obligado a soportar aquello, recibió la orden de hacer lo mismo con la santa muchacha. Al cabo de un rato de esas excitaciones mutuas, conocidas como el «beso seráfico», la santa muchacha intentó llevar las cosas más allá, pero a nuestro indigno joven aquello ya le pareció demasiado desvergonzado y salió corriendo.[30]

Hay ciertas dudas sobre si habría que tomarse en serio esas afirmaciones como descripciones de lo que ocurría realmente dentro del círculo de Ebel. El carácter estereotipado de las acusaciones, la prominencia de las habladurías, y su inversión teatral de las normas sexuales y sociales burguesas de mediados del siglo XIX deberían hacernos reflexionar. A menudo se acusaba de excesos sexuales a los grupos tachados de sectas –esa era una de las líneas centrales del discurso antisectario. Incluso de las modestas sociedades auxiliares de la Sociedad Berlinesa para la Promoción del Cristianismo entre los Judíos –unas inocuas asambleas celebradas en los pueblos por los artesanos devotos, sus esposas y sus hijas– se llegó a afirmar por parte de algunos funcionarios locales durante la década de 1820 que sus reuniones para rezar habían provocado un nivel de excitación inaceptable entre las jóvenes asistentes.[31] En 1822, preguntado acerca de las actividades de la secta conocida como los «*Maldeniker*» en el Distrito de Labiau, a orillas de la enorme laguna llamada Kurisches Haff, el superintendente local, que nunca había presenciado ni observado las reuniones de los miembros del grupo, informaba de que una de sus costumbres era invitar a las mujeres a confesar en estancias a oscuras, una costumbre «de la que han surgido unos pocos matrimonios desgraciados, en caso de que el cónyuge no fuera miembro de la secta». Encontramos

especulaciones parecidas sobre malas conductas sexuales en los discursos anticatólicos de las guerras culturales.[32]

No obstante, sí parece claro que el concepto que tenían Ebel y Diestel de una vida cristiana pura sí conllevaba un intenso autoescrutinio y un examen mutuo en el ámbito de la conducta sexual. Se invitaba a los miembros varones del grupo a confesar sus pecados más íntimos, sobre todo los sexuales, a veces por escrito. Ocasionalmente esas confesiones llegaban a manos de las mujeres más próximas a Ebel, que desempeñaban la función de inquisidoras morales encargadas de la gestión rigurosa del deseo físico masculino –un procedimiento insólito en el contexto del protestantismo del norte de Europa en la década de 1830. Sin embargo, la intención de Ebel, o la de sus seguidores más cercanos, nunca fue estimular la concupiscencia sexual sin motivo. Como tampoco, por otro lado, Ebel pretendía desterrar el deseo sexual ni negar su existencia (como exponente de la teoría de las entidades primigenias de Schönherr, Ebel difícilmente podía hacer eso). Más bien aspiraba a gestionar el deseo, a someterlo a la soberanía de la voluntad y de la fe. Por esa razón instaba a los hombres casados que le confiaban sus inquietudes sobre la calidad o el estatus moral de sus relaciones conyugales a no hacer el amor con sus esposas con la luz apagada, sino con luz, porque, en palabras de Ebel: «la contemplación de la desnudez podría ayudar a liberar a la fantasía de sus imágenes y a transformar la concupiscencia ciega en afecto consciente por el cónyuge».[33]

Por supuesto, sacada de contexto, cualquiera podía hacer que la expresión «la contemplación de la desnudez» mencionada por Ebel pareciera voyeurista o incluso pornográfica. La afirmación que hacía la prensa en el sentido de que Ebel y Diestel le habían dado tal consejo, y otros similares, a personas solteras, y que con ello las habían incitado a la «inmoralidad» nunca se llegó a demostrar. Ambos clérigos lo negaron tajantemente. Diestel también alegó que ninguno de los dos habría fomentado jamás la estimulación de los impulsos sexuales fuera del contexto del apareamiento entre los cónyuges con el fin de procrear. Diestel insistía en que él aborrecía, y nunca había aprobado, la idea de «sobreexcitar artificialmente el cuerpo».[34] Y parece que hay pocas dudas de

que, en algunos casos, los testigos que se habían peleado con Ebel tergiversaron maliciosamente sus consejos. Uno de los testigos de la acusación, el médico y catedrático doctor Ludwig Sachs, cuyo testimonio contenía algunas de las declaraciones de inmoralidad que más sensación habían causado, resultó ser un antiguo adepto de Ebel, ahora distanciado de la secta, cuyas largas confesiones por escrito de sus fechorías sexuales, más bien chabacanas, que habían circulado entre las señoras más próximas a Ebel, suscitaron dudas sobre su probidad como testigo contra sus antiguos confesores. Durante el juicio, el abogado que representaba a los acusados llamó a declarar a algunas mujeres que habían sido pacientes del doctor Sachs; las testigos dijeron que el doctor tenía cierta propensión a imponer intimidades no deseadas a las mujeres que tenía a su cuidado. Una tal Fräulein Sophie Louise von Billerbeck, que conocía a Sachs como médico de su familia, recordaba que, cuando tenía dieciséis o diecisiete años, poco después de la muerte de su padre, Sachs la había acorralado en la entrada y «la había besado de tal manera que le había echado para atrás la cabeza y le había metido la lengua en la boca lo más dentro que pudo». También otras pacientes recordaban haberse encontrado inesperadamente con la lengua de Sachs dentro de su boca, y una de ellas describió una ocasión en la que él le había preguntado «si le gustaría verle completamente desvestido y totalmente desnudo, una oferta que, empero, ella rechazó».[35]

Otro antiguo discípulo ya distanciado que testificó contra ambos acusados fue el conde Fink von Finkenstein. Finkenstein le dijo al tribunal que Ebel le había manifestado su deseo de estar presente mientras él hacía el amor con su esposa. Cuando le pidieron que comentara esa afirmación, Diestel mostró una carta anterior de la esposa de Finkenstein, Charlotte, donde informaba de que fue su marido (es decir el propio Finkenstein) quien se lo había propuesto como medio para ayudarle a hacerle el amor: «me sería de inmensa ayuda [decía presuntamente Finkenstein] que yo me imagine que un tercero, que yo sé que se ha santificado en el Señor, también está presente, y se me ocurre fácilmente la persona ante cuyos ojos podríamos hacer el amor».[36] Vaya usted a saber por qué Finkenstein tenía la sensación de que le resultaría más fácil mantener relaciones sexuales con su

esposa si Ebel estuviera de pie a su lado observando. Por encima de todo, lo que ponían de manifiesto estas acusaciones, como sugería Diestel en su propia confesión al Consistorio, era la vulnerabilidad de los clérigos a los que se otorga la responsabilidad pastoral sobre un matrimonio en peligro. Cuando los matrimonios se rompían, lo que liberaba unos resentimientos que anteriormente eran privados, el pastor que hubiera guiado a ambos cónyuges podía llegar a verse en una posición excepcionalmente vulnerable.[37] El propio Ebel admitía en una carta al Ministerio de Asuntos Eclesiásticos que había sido «objeto de libelos durante años por personas que anteriormente habían disfrutado de mis cuidados pastorales», pero añadía que eso únicamente era una consecuencia del rigor con el que él vigilaba la moralidad de las personas que se sometían a su supervisión.[38]

En cualquier caso, la acusación de que Ebel y Diestel habían cometido delitos contra la moralidad sexual fue rechazada por el Senado Penal de Berlín por falta de pruebas, de modo que la acusación oficial se limitaba a las acusaciones relativas a la fundación ilegal de una secta. Ese fue el delito del que posteriormente los dos acusados fueron declarados culpables ante el Tribunal de lo Penal, tras un juicio que duró dos años, en marzo de 1839. Dos años más tarde, también esa acusación fue anulada por el Tribunal Supremo. Las pruebas relativas a la fundación de una secta ilegal siempre habían sido endebles: Ebel y Diestel se calificaban a sí mismos de luteranos o cristianos; nunca habían desafiado directamente la autoridad de la Iglesia de la Unión ni sus doctrinas. Por añadidura, ambos negaron haber adoptado o divulgado los pensamientos de Schönherr en forma de «doctrina» o de «sistema». Era un error, insistía Ebel, considerar la incursión de Schönherr en el campo de la filosofía natural como una «doctrina, en realidad es solo una clave para resolver los misterios de la naturaleza y para esclarecer las verdades contenidas en la Biblia».[39]

No era ilegal que un pastor ofreciera asesoría conyugal, incluso sobre cuestiones sexuales. Como tampoco era ilegal propagar ideas que no se ajustaban directamente a las enseñanzas oficiales de la Iglesia, siempre y cuando esas ideas se expresaran como opiniones privadas y no se hicieran pasar por doctrina de la Unión. El viejo rey, Federico Guillermo III, había

fallecido en 1840, junto con el ministro Altenstein. Federico Guillermo IV era un hombre mucho más amigo de las formas de espiritualidad evangélicas y pietistas que su padre, así que fue el nuevo ministro de Asuntos Eclesiásticos, Eichhorn, quien sustituyó al racionalista recalcitrante Altenstein. El impulso disciplinador que había impulsado la campaña contra la religión no conformista se desvaneció, y los dos hombres salieron en libertad, aunque sus condenas nunca llegaron a anularse.

Así pues, ¿a qué vino todo aquel revuelo? ¿Por qué suscitó tanta excitación el caso contra Ebel y Diestel? ¿Y qué principios –si es que había alguno– había en juego? A esta última pregunta, la prensa liberal le dio una respuesta inequívoca. Todo tenía que ver con la lucha entre la razón y el fanatismo, entre el racionalismo y las tinieblas del oscurantismo sectario. Un publicista de aquella época hablaba en unos términos sugerentes del «saqueo de la razón, esa cima de la universalidad». Ahí había un práctico medio de dar carpetazo a los problemas de Königsberg. Dijeran lo que dijeran en privado Ebel y Diestel a sus colaboradores más estrechos, una cosa estaba clara: su espiritualidad no estaba en sintonía con el racionalismo teológico que seguía predominando en la Universidad de Königsberg y entre muchos clérigos de la ciudad. En una época en que el Gobierno había intensificado su vigilancia contra todo tipo de separatistas y sectarios, el aroma excéntrico de las enseñanzas de Ebel y Diestel podría incluso resultar políticamente sospechoso, sobre todo en caso de que pareciera desafiar la legitimidad de la Iglesia de la Unión, vista por sus partidarios como la solución racional a la pluralidad de subculturas religiosas que habían florecido en Prusia durante el cambio de siglo.

En la lucha entre luz y oscuridad, el gobernador de Prusia, Theodor von Schön, se veía a sí mismo como un paladín de la luz. Al igual que muchos de sus contemporáneos, Schön calificaba a los ebelianos de «oscurantistas». En una carta al ministro de Asuntos Eclesiásticos, Schön describía el entusiasmo religioso que cultivaban los ebelianos como una forma de «pietistería». Sus enseñanzas eran risibles: ¿cómo podía tomarse uno en serio una doctrina que afirma que en el principio de los tiempos «dos enormes huevos o bolas que supuestamente nadaban de acá para allá *in*

vacuo, y que de su íntima unión se originaron el mundo y todo lo que hay en el mundo?».[40] Schön se quedó horrorizado cuando descubrió que Ida von der Gröben, familiar suya, se había unido al grupo de Ebel. Al no lograr convencerla de que se separara de Ebel, Schön excluyó a Ida de su círculo social. Cuando la zarina rusa, hija del rey de Prusia y amiga íntima desde la infancia de Ida von der Gröben, visitó Königsberg en 1829 y preguntó por su vieja amiga, Schön le dijo: «Últimamente nadie consigue verla –pertenece a una secta».[41] En 1835, cuando el conflicto en torno a Ebel y Diestel llegaba a su momento crítico, Ida le escribió una carta a su cuñado, implorándole que pusiera fin a la campaña en curso contra los dos clérigos. «Te conozco, mi querido Schön», le decía en la carta, «y sé que dentro de ti no hay un corazón maligno, un corazón motivado por el mal, que te ha llevado a errar tan profundamente, pero tampoco es un buen corazón, no es un corazón que busca el bien de una forma generosa y altruista.»[42] Schön le respondió con un comunicativo gesto de imparcialidad. Él siempre estaría dispuesto, le decía a su cuñada, a tenderle la mano. Pero después de leer la primera página de su carta, constató que le estaba escribiendo a propósito del asunto de Ebel, un asunto sobre el que, en virtud de su alto cargo, no estaba autorizado a recibir correspondencia. También le había prohibido al conde Finkenstein, el adversario de Ebel, que fuera a visitarle. La cuñada de Schön sin duda era capaz de comprender que él no podía ni leer ni guardar aquella carta. Su cargo requería el mantenimiento de la más estricta neutralidad, por muy difícil que resultara.[43]

Es dudoso que Schön fuera realmente tan imparcial como decía en esta ocasión. En los círculos evangélicos de la ciudad se le veía como «un antagonista de la fe y el esfuerzo cristiano». Era sordo al atractivo del cristianismo positivo y de la religión revelada. El hecho de que algunos miembros –sobre todo las mujeres– de las mejores familias de la ciudad se hubieran sentido atraídas hacia Ebel le resultaba particularmente irritante. Su visión de Ebel y sus seguidores se basaba sobre todo en la carta que Finkenstein le había enviado a su hermana, no en los testimonios de Ebel, ni de Diestel, ni de quienes seguían siéndoles leales. Fue de esa fuente de donde Schön sacó la afirmación de que Ebel había declarado que el

emparejamiento sexual entre «santificados» estaba libre de pecado, y que los ebelianos veían en el acto sexual (al margen de si tenía lugar o no entre personas casadas) una sagrada puesta en escena del encuentro entre la bola húmeda y la bola ardiente que había puesto en marcha la creación del mundo.[44] Cuando en la prensa de Königsberg empezaron a circular noticias rocambolescas, Schön se negó a invocar la censura contra ellas.[45] Al contrario: las alentó, por ejemplo insistiendo en que el profesor Sachs testificara ante el tribunal, a pesar de su accidentado historial dentro del círculo. Apoyó a la Fiscalía entre bastidores.[46] Ordenó que la iglesia de la Ciudad Vieja se cerrara por obras, y posteriormente ordenó que demolieran el edificio en su totalidad. Y, a través de su correspondencia con el ministro Altenstein en Berlín (que era, igual que Schön, un racionalista de la vieja escuela), contribuyó a crear un clima en el que los dos hombres tenían una gran probabilidad de ser declarados culpables de por lo menos una de las acusaciones formuladas contra ellos. En esas cartas Schön transmitía un claro sentido de la relevancia del conflicto que se estaba desarrollando en su ciudad: era una batalla entre la razón y el oscurantismo.

Había cierta ironía en esa situación, porque las raíces del movimiento de Ebel, si es que era un movimiento, estaban en la aspiración de conciliar el contenido escriturario y las enseñanzas morales del cristianismo con la razón humana.[47] De niño, Ebel se educó para contemplar la palabra de las Escrituras con «sagrado sobrecogimiento». Pero en el colegio había descubierto que, por sí sola, la fe en la palabra de la Biblia no bastaba para disipar las dudas y defenderse de los contraargumentos de sus maestros y de sus compañeros de colegio. Ebel vio en las curiosas enseñanzas de Schönherr un medio para armonizar la religión revelada con una razón basada en observaciones de la naturaleza. Únicamente una fe bíblica reforzada por la filosofía era capaz de desmantelar la resistencia de la corriente principal de los cristianos a la verdad religiosa revelada –una tarea que se le antojaba especialmente apremiante en Königsberg, famosa tanto por su vinculación con la filosofía kantiana como por el sabor racionalista de su teología y de su gobernanza. El atractivo de los escritos de Schönherr, explicaba Diestel, radicaba precisamente en su carácter «genuinamente

filosófico». El pensamiento de Schönherr constituía lo más avanzado de la especulación filosófica de la época; era

> la única forma posible de comunicar la famosa *crux philosophorum* [el interrogante de los filósofos], el *salto mortale* de la filosofía, la transición de lo infinito a lo finito.[48]

El panfleto que escribieron entre los dos en 1837 para explicar sus ideas llevaba el revelador título de *Verstand und Vernunft im Bunde mit der Offenbarung Gottes* («La comprensión y la razón en alianza con la revelación de Dios»).

Por supuesto, no se trataba de la «razón» preferida por Schön: la de Ebel no era una «religión dentro de los límites de la razón» en sentido kantiano, sino más bien una razón dentro de los límites de la religión. A su modo de entender, la razón no era ni una precondición ni una prueba legítima de las creencias, sino la sierva y el instrumento de la fe religiosa. Ida von der Gröben plasmaba ese punto de vista sobre el asunto cuando observaba en una carta al hermano menor del rey, el príncipe Guillermo de Prusia, que solo una «comprensión razonada de la Biblia utilizando la llave que nos proporciona el reconocimiento de las dos entidades originales» era capaz de volver a conducir a los cristianos solo de nombre, de tipo moderno, hasta una fe en la verdad de la Biblia.[49] En cualquier caso, es importante señalar que Ebel no asumió íntegramente la doctrina de Schönherr en su pensamiento y su enseñanza. Lo que sí asumía era la noción de que la creación no era un acontecimiento consumado, sino un proceso en curso. La idea de que el cosmos podría deber su existencia a una colisión entre el agua y la luz (el fuego) tuvo cierta resonancia en una era fascinada por la energía generada por las máquinas de vapor.

Y, relacionados con estas ideas, también había importantes impulsos psicológicos y terapéuticos secundarios. De ellos, el más llamativo a ojos de los contemporáneos, era la relevancia que se otorgaba a las mujeres –la mayoría de colaboradores de mayor rango del círculo de Ebel eran mujeres. Los observadores hostiles describían al grupo como una «*Frauenkirche*» (iglesia de mujeres), macabramente atractiva para «las mujeres y los

varones afeminados».[50] Era digno de mención que en muchos casos destacados se otorgara a las mujeres una autoridad moral directa sobre los hombres. Y unido a eso había un distintivo énfasis en la importancia de la reciprocidad en el matrimonio, en el esfuerzo por cultivar una relación abierta y sincera con la sexualidad (aunque solo fuera para reducir su poder sobre la psique), y en el cultivo de una forma de sociabilidad alegre y no forzada entre los adeptos, una sociabilidad que no excluía relaciones platónicas muy íntimas entre hombres y mujeres. Ida von der Gröben contaba que únicamente después de escuchar los sermones de Ebel fue consciente por primera vez de que el cristianismo puede atender a todas las necesidades, incluidas las necesidades del intelecto, y que esa era «la religión de la conciencia, y por consiguiente también de la alegría». Además, ella había aprendido que «los cristianos no eran siervos, sino más bien hijos, voluntarios, amigos de Dios». Y el predicador –ahí hacía mención al meollo del estilo de Ebel como pastor y como maestro– «no era el amo de la fe de su congregación, sino el facilitador de su felicidad».[51] Muchos testimonios de la época en defensa de Ebel mencionan ese concepto de felicidad. La palabra «diversión» (*Spass*) aún no se utilizaba en ese sentido, pero se aproxima mucho a la hora de plasmar lo que querían decir. Estar cerca de Ebel era divertido –por lo menos para una mujer como Ida von der Gröben. De muchos miembros de la congregación de Ebel se dijo que su prédica y sus consejos pastorales les habían despertado después de años de melancolía, lo que les capacitó para disfrutar de la vida cotidiana. El propio Ebel testificó ante el tribunal que había buscado un cargo clerical únicamente porque quería ayudar a la gente. No dijo, curiosamente, que con ello esperaba servir a Dios. En otras palabras: el grupo de Ebel no era un ataque frontal a la razón, sino más bien un exótico esfuerzo religioso por encontrar un acomodo con ella.

El hecho de que los clérigos de la Iglesia de la Unión en Königsberg reaccionaran de una manera tan alérgica a aquellos acontecimientos no debería extrañarnos. Con su peculiar cosmogonía, y con las extravagancias terapéuticas de su método pastoral, Ebel y Diestel se salían de lo corriente, en un momento en el que se bonificaba el estricto cumplimiento de la

cultura litúrgica y teológica de una Iglesia estatal compuesta que aún estaba esforzándose por consolidarse en muchas partes del reino. El teólogo ortodoxo Olshausen, un antiguo adepto que posteriormente rompió con Ebel, tenía su parte de razón cuando observó que la teoría de las dos esferas primordiales dejaba muy poco sitio para Dios en el relato de la creación –¿dónde estaba Dios cuando las dos bolas rodaban de acá para allá en la nada?[52] Otros, como el consejero consistorial Ludwig August Kähler, lamentaba el elemento de rencor y división que habían introducido Ebel y sus colaboradores en la vida religiosa de la ciudad.[53] Pero también había otros motivos. Ebel fue durante un tiempo el predicador más popular de Königsberg. La Iglesia de la Ciudad Vieja estaba tan llena los domingos que todas las capillas laterales y demás estancias adjuntas estaban abarrotadas de fieles –y eso en una época en que en muchas iglesias de la ciudad solo se veía a unos pocos fieles parroquianos, o a ninguno, asistiendo a misa. Sus elevados contactos sociales parecían aportarle a Ebel una influencia especial. Las envidias colegiales vinieron a reforzar la indignación profesional.

En retrospectiva, lo que llama nuestra atención es la vehemencia de los ataques públicos contra Ebel y Diestel. Su energía resuena en la polarización que provocó el escándalo en los medios escritos.[54] Detrás de la afiliación al bando de la «razón» se ocultaba una inversión emocional y psicológica, no explicitada ni examinada, en la idea de un orden social dominado por el varón. Las mujeres, completamente desnudas, seducidas, contaminadas, impregnadas –desempeñaban un papel destacado en las denuncias contra el grupo. En los comentarios de la época resonaba un horror cargado de desdén: «Este asunto es tan espantoso, tan horripilante», le confiaba Schön al ministro Altenstein «que resulta difícil encontrar palabras para expresar la repugnancia que se siente».[55] Lo que enfureció a la élite liberal de la ciudad fue justamente que se hubiera animado a las mujeres de las mejores familias de la ciudad a replantearse sus relaciones conyugales, que algunas destacadas mujeres solteras estuvieran encantadas y satisfechas por las relaciones que habían forjado dentro del círculo, y que ellas le hubieran otorgado a Ebel una confianza que le negaban a sus

maridos y a sus familiares varones. Ida von der Gröben, cuñada de Theodor von Schön, era exactamente uno de aquellos casos. Para la condesa viuda, que se había sumido en la depresión tras el fallecimiento de su marido, el encuentro con Ebel inauguró una nueva vida; después de la puesta en libertad de Ebel, en 1841, ambos se mudaron a Ludwigsburg, y ella vivió allí hasta la muerte de Ebel, en 1861.

Dice el refrán que el sueño de la razón produce monstruos, pero ese adagio a menudo se interpreta como que los monstruos nacen cuando se priva de poder a la razón. Sin embargo, en el contexto del juicio de los *mucker* de la década de 1830 en Königsberg, esas palabras podrían interpretarse en otro sentido: a saber, que los sueños de la razón pueden ser ellos mismos monstruosos. Las figuras grotescas que evocaba la prensa liberal –coros de mujeres desnudas, uniones polígamas, unos besos tan obscenos que aquel que los describiera podía ser objeto de una sanción legal– no eran las que se habían ido conociendo en el entorno de Ebel, sino las fantasías de una imaginación liberal anclada en la idea de un mundo compuesto por unidades compactas de clan y de familia gobernado por varones independientes y con autoridad. Y eso nos devuelve a las reflexiones sobre la esfera pública emergente con las que iniciaba este ensayo. No cabe ninguna duda de que la esfera pública desempeñó un papel crucial en los sucesos de Königsberg. Cabría incluso admirar la habilidad con la que la élite de la ciudad contribuyó a crear la publicidad negativa generada por el escándalo y el posterior juicio. Pero no puede decirse que la publicidad en torno a este caso ejemplificara las virtudes de «esgrimir razones» de la esfera pública habermasiana, ni que creara un clima en que «ganó el mejor argumento». Aquí lo que tenemos no es la demostración triunfal del tipo ideal habermasiano, sino un atisbo más bien sombrío –aunque lejos de ser definitivo– de las condiciones históricas en las que nació la idea de una esfera pública exclusivamente liberal y racional. En ese sentido, cabría decir que los esfuerzos de los sociólogos y los científicos sociales –incluido el propio Habermas– por encontrar un lugar para la religión en el discurso de la esfera pública constituyen una tardía victoria

simbólica para los *mucker* de Königsberg y su desesperada exigencia de ser escuchados por las autoridades de la ciudad.

La historia de Prusia a menudo se ha visto como una interacción entre luz y oscuridad. En ese proceso, a veces las interacciones más complejas han quedado reducidas a confrontaciones entre principios históricos opuestos: el progreso y la reacción, la luz y la oscuridad, la razón y la superstición. Pero la razón podía ser una maestra estricta, incluso tiránica, cuando, en su nombre, sus paladines aspiraban a imponerle a los incorregibles una mejor forma de pensar y de vivir. Como reformador, como opositor al Estado policial de Berlín, y como federalista prusiano, Schön es una figura que nos resulta simpática. Vemos en él, con toda la razón, a una de las eminencias grises del liberalismo alemán de principios del siglo XIX. Pero la luz no siempre estuvo de su parte, y sus adversarios no siempre estaban sumidos en la oscuridad.

---

† La primera esposa de Schön fue una hermana de Ida, Lydia von Auerswald, que murió de tifus en 1807. *(N. del A.)*

† † Auerswald había sido gobernador de Prusia Oriental, y Schön gobernador de Prusia Occidental. En 1824, tras la jubilación de Auerswald, las dos provincias se fusionaron bajo el nombre de Prusia y Schön heredó el cargo de gobernador de la nueva entidad. *(N. del A.)*

El káiser y su biógrafo

El 16 de marzo de 2013, John Röhl, el aclamado biógrafo británico-alemán del káiser Guillermo II, fue galardonado con el premio Einhard de Biografía Europea, que lleva el nombre del famoso biógrafo de Carlomagno. La ceremonia de entrega del premio tuvo lugar en Seligenstadt, donde vivió Einhard a partir de 830 como abad laico, y donde falleció en 840. Entre un extremo y otro de un lapso de casi 1.200 años, dos biógrafos imperiales se daban la mano. Y existen, es preciso mencionarlo, algunas semejanzas entre los dos. Al igual que John Röhl, Einhard quería, en sus propias palabras, plasmar no solo la vida «pública» sino también la «vida doméstica y no en pequeña medida las gestas» de su biografiado. Y tanto Röhl como Einhard han dado forma a la memoria de sus respectivos protagonistas de un modo duradero. En 1917, el erudito francés Louis Halphen hablaba de la influencia, aún dominante, de la *Vita Caroli Magni*. Nadie, ni siquiera al cabo de once siglos, señalaba Halphen, se ponía a estudiar a Carlomagno sin consultar primero la *Vita Caroli* de Einhard.

Lo mismo puede decirse de John Röhl. Es imposible contemplar a Guillermo II –y en realidad toda la era del Imperio alemán– como un campo del saber histórico sin John Röhl. Con sus monumentales estudios sobre el káiser, su corte, la vida política y moral del séquito imperial –la esencia, en resumen, de lo que Walther Rathenau denominó el «guillerminismo»– Röhl ha creado un monumento duradero. Resulta difícil imaginar que alguien llegue alguna vez a superar, o siquiera a igualar, su dominio de las fuentes o su familiaridad con Guillermo II y su entorno.

Sin embargo, ahí termina lo que tienen en común los biógrafos del primer y del último emperador. Einhard fue cortesano una parte de su vida. En una alusión burlona a su corta estatura, su amigo Teodulfo le comparaba –siempre se puede contar con los amigos para ese tipo de cosas– con una hormiga atareada que iba de acá para allá encargándose de sus quehaceres. Einhard escribió su *Vita* no solo porque quería –en sus propias palabras– preservar la memoria de «las gloriosas […] gestas del excelente y más grande rey de sus tiempos», sino también porque sentía una obligación personal para con el emperador fallecido: «los cuidados» de los que había disfrutado en la corte y «las cordiales relaciones que mantuvo con el [emperador] y sus hijos». Todo eso, escribe Einhard, «me ha puesto en deuda con él». Y esa relación puede ayudar a explicar por qué el retrato de Carlomagno que hace Einhard es tal vez demasiado indulgente y unilateralmente positivo. El medievalista británico Charles Previté-Orton llegaba a acusar a Einhard de *suppressio veri* (supresión de la verdad) en los pasajes donde se pasa de puntillas y en silencio acerca de las decisiones cuestionables o mal concebidas que tomó el protagonista. En ese sentido, la *Vita Caroli* no es una biografía de tipo moderno, sino más bien un retrato idealizado del biografiado, cuajado de frases bonitas y de florituras retóricas copiadas de la Antigüedad romana.

John Röhl no podía ser más diferente. Su biografía en tres tomos del último káiser alemán no es un canto encomiástico sino un trabajo de reconstrucción rigurosa, que lleva todos los sellos distintivos de la historia como una disciplina crítica moderna, que se nutre de un profundo conocimiento de las fuentes y de décadas de investigación en los archivos. En las páginas de la gran obra de Röhl conocemos al último káiser en todas sus contradicciones, su impulsividad y su energía, vivo y tridimensional ante nuestros ojos. Todos y cada uno de sus pasos en falso –y hubo muchos– todas sus anotaciones al margen y sus indiscreciones están minuciosamente tabulados e interpretados. Mientras que Einhard se esfuerza por observar «la máxima concisión posible», a fin «de no asustar a quienes no tenían el mínimo interés por aprender nada nuevo», John Röhl apunta directamente a la totalidad. El material de las fuentes ha sido

exhaustivamente recopilado y documentado. En su ansia de exhaustividad, Röhl hizo gala de una obstinación rayana en la intransigencia. Escribió nada menos que siete veces a los archivos de Potsdam y Merseburg, en la antigua República Democrática Alemana, solicitando acceder a los documentos. Siete veces fue rechazado. Cuando recibieron la octava solicitud, por fin cedieron. Con su laboriosidad infatigable, su extraordinario olfato para encontrar nuevas fuentes, y su profundo compromiso, Röhl ha iluminado la vida del último káiser de Alemania desde todos los ángulos posibles.

Y no lo ha hecho por amor. En *Wilhelm II: Die Jugend des Kaisers 1859-1888* («Guillermo II: la juventud del káiser 1859-1888»), el autor presenta a los lectores a un joven desenvuelto, torpe, demacrado, no demasiado bueno en sus estudios, arrogante, emocionalmente frío, hipersensible, y propenso a los arrebatos de cólera. Sus infecciones de oídos, sus torpes efusiones de amor edípico, y sus primeras aventuras sexuales se analizaban con todo el detalle que permitían las fuentes, todo ello con un tono de desdeñosa indignación, como si Röhl estuviera examinando una especie de anfibios poco agraciada y venenosa. A pesar de todo, el libro fue un éxito de ventas en Alemania, y es fácil entender por qué. Porque en él la vida fluye –la vida de las personas, pero también del propio Estado. Una de las peculiaridades de la monarquía como forma de Estado –y sin duda una de las causas de la fascinación que provoca– es que coloca en la cúspide del Estado no a un presidente o a un representante elegido, con un mandato limitado en el cargo, sino a una familia. Ya desde bebé, la persona que posteriormente será rey es objeto de un legítimo interés público. Su nacimiento, su educación, las compañías que frecuenta, su salud física y mental, sus relaciones con sus familiares más íntimos, su orientación y conducta sexual, sus esponsales –en realidad cualquier faceta de su crecimiento hasta la madurez, son hechos políticos. De esa forma, las etéreas fórmulas de una constitución adquieren forma concreta, biológica, se visten de «carne y hueso». Nadie se ha adentrado más profundamente que John Röhl en la espesura de las cuestiones que surgen de ese estado de cosas. El resultado es una obra de mucha cabida, completa, con toda la amplitud, el detalle y la intensidad emocional de una novela de finales del

siglo XIX. En el centro de la narración están Guillermo y sus progenitores – un padre irascible pero poco efectivo y una madre exigente, inteligente y obsesionada por el poder. Y a su alrededor Röhl reconstruye meticulosamente el dividido mundo de la corte prusiana-alemana.

Cuando su protagonista madura y llega a ser un actor político autónomo, Röhl amplía el contexto de su relato para abarcar la estructura política del Imperio, la diplomacia dinástica, y la política exterior de finales de la era bismarckiana. Lo que sale a relucir de ese relato es por encima de todo la medida en que los comienzos de la vida adulta de Guillermo se vieron condicionados por la encarnizada lucha entre facciones en la corte de los Hohenzollern. Cuando nació Guillermo II, en 1859, su abuelo aún no había ascendido al trono prusiano. Lo hizo poco antes del segundo cumpleaños de Guillermo, en enero de 1861. Tuvieron que pasar casi tres décadas antes de que falleciera el abuelo, a la edad de noventa años, en marzo de 1888. Así pues, desde su niñez, Guillermo estuvo en condiciones de observar que su padre no era la única persona que inspiraba respeto. Por encima de él había otro padre, más grande, una figura de un prestigio casi mítico y con la solemnidad y las patillas de un patriarca bíblico. El abuelo no solo era el gobernante de un reino (Prusia) y, a partir de 1871, el fundador de un imperio, sino también el cabeza de familia, un hecho que tuvo implicaciones de largo alcance para la vida familiar de todos sus descendientes vivos. Para complicar aún más las cosas: a partir de la década de 1860, los progenitores de Guillermo, y en particular su madre, formaron un «partido» cortesano opositor que era hostil a la actitud reaccionaria de Bismarck y del monarca reinante, y que constituía un punto focal para las aspiraciones políticas progresistas. Así pues, el joven Guillermo tenía ante sí una elección: podía alinearse con sus progenitores en contra de su abuelo, o podía alinearse con Guillermo I y Bismarck en contra de la corte de su padre. Alentado por Bismarck, que se aprovechó con destreza de la necesidad de reconocimiento público que sentía el príncipe, muy pronto Guillermo se consolidó como un partidario inquebrantable del «partido reinante», un papel que conllevaba espiar a su propio padre y conspirar contra él. Röhl señala que fue una desgracia para Alemania que el potencial

liberal y anglófilo encarnado en Federico, el padre de Guillermo, y en Vicky, su madre, hija de la reina Victoria, nunca tuvo la oportunidad de hacerse realidad. El libro termina con una nota amenazadora que advierte de que Guillermo, una vez instalado en el trono, resultó ser «la Némesis de la historia mundial».

Röhl se muestra reticente acerca de la polémica cuestión de lo muy distintamente que habría podido evolucionar la cultura política de Alemania si el padre de Guillermo, el káiser Federico III, no hubiera fallecido prematuramente de cáncer al cabo de tan solo 99 días en el trono. Pero el tropo de la «generación liberal perdida» ha resultado ser menos plausible desde la publicación del estudio de Frank Lorenz Müller sobre Federico, *Our Fritz: Emperor Frederick III and the Political Culture of Imperial Germany* («Nuestro Fritz: el emperador Federico III y la cultura política de la Alemania imperial», 2011), que mostraba que la visión política del príncipe heredero, aunque asumía numerosos compromisos liberales, era en realidad mucho más autoritaria de lo que han reconocido la mayoría de las crónicas. Müller demostraba que la forma de entender la monarquía alemana de Federico era constitucional, pero no necesariamente parlamentaria. Müller argumenta que había mucha menos distancia entre Federico y Bismarck de lo que mucha gente suponía. De hecho, a mediados de la década de 1880, Federico y Bismarck habían llegado a un acuerdo directo, en parte implícito, sobre cómo se iba a gobernar Alemania tras el fallecimiento de Guillermo I. En otras palabras: una vez en el poder, la «generación liberal» puede que fuera menos liberal de lo esperado.

En el segundo tomo, Röhl retoma la historia con el acceso al trono de Guillermo, y seguimos a un káiser cada vez más autocrático, con treinta y tantos años de edad, a través de los frenéticos años noventa. Dado que ese es un terreno que conoce como la palma de su mano, Röhl nos ofrece un relato pormenorizado basado en un exhaustivo análisis de los documentos. Los papeles de Estado que fueron acumulándose en el refugio rural de Friedrichsruh están siendo cribados en busca de elementos imperiales marginales incriminatorios. Los diarios de Alfred von Waldersee, sumamente esclarecedores, se citan de los originales archivísticos, no de la

edición minuciosamente expurgada que publicó Heinrich Otto Meisner en la década de 1920 y que sigue siendo ampliamente utilizada por los historiadores. Hay profusión de detalles sobre el encaprichamiento del joven káiser por la Armada, sobre su hostilidad hacia los conservadores, su papel como cabeza de su casa dinástica, y sus intervenciones en la esfera de la política cultural y las artes. El lector consigue tener una sensación muy nítida de la textura de la vida del káiser de un año para otro –los eventos de la corte, las apariciones públicas, los viajes en tren, en coche y en barco, las visitas a Inglaterra, el interminable circuito de citas diplomáticas dentro y fuera del país. Hay rebuscados detalles de la vida en la corte, como la «batalla con toallas mojadas entre el zar y su hijo, por un lado, y Guillermo y su hermano Heinrich por otro» que tuvo lugar después de una cena en el Palacio de Peterhof en 1888.

Una galería de retratos poco halagüeños abarrota las páginas de Röhl: el brutal y manipulador Herbert von Bismarck (hijo de Otto), el burdamente paranoico y antisemita Alfred von Waldersee, el «mejor amigo» adulador y obsequioso, Philipp von Eulenburg, el intrigante Friedrich von Holstein, un hombre sin escrúpulos, el cetrino y dogmático Hinzpeter, tutor de los príncipes, y muchos más. Pero Röhl se guarda sus calificaciones más severas para el propio Guillermo. El prefacio del segundo tomo empieza con una denuncia a toque de clarín del argumento del libro: «Después de muchas décadas de abandono, por fin el káiser Guillermo II está siendo reconocido internacionalmente como el poderoso y pernicioso gobernante que fue en realidad, una especie de eslabón perdido, por así decirlo, entre Bismarck y Hitler».

Difícilmente podría encontrarse un resumen más conciso de las dos principales afirmaciones de Röhl. La primera es que el káiser era muy malo (supuestamente también estaba loco, pero sobre esto volveré más adelante). Röhl habla de la «frialdad narcisista» y de la «arrogancia dinástica» del monarca, de su malsana curiosidad por la vida sexual de otros monarcas, de su altanera actitud de condescendencia para con los príncipes de los Estados balcánicos, de sus prejuicios antisemitas, y de sus estados de ánimo «belicosos». Cuando Guillermo emprende una acción o hace un comentario,

no lo hace prudente ni amablemente, sino «por despecho», o «con desprecio». Como si eso no fuera ya malo de por sí, Guillermo también era –segunda afirmación crucial de Röhl– muy poderoso. Era «casi invencible», su «perniciosa influencia» y su «fuerza explosiva» transformaron la política en Alemania; su «agitada e intrigante actividad política» tuvo «consecuencias internacionales», su pasión por la Armada fue «catastrófica para los alemanes y para el mundo».

Incluso en una biografía, el más mojigato de los géneros historiográficos, es raro encontrarse con este tipo de denigración constante. El problema no tiene tanto que ver, o así me lo parece a mí, con la mayor o menor veracidad de la descripción de Röhl como con la medida en que la constante atribución de motivaciones viles puede empobrecer y distorsionar nuestra comprensión de los actos del biografiado. Eso lleva, en primer lugar, a un drástico estrechamiento del contexto. Sí, es cierto, el káiser mostraba cierto interés por las conquistas sexuales de otros monarcas, pero ¿se trataba de algo tan inusitado como para plantear preguntas sobre su «constitución psicosexual»? La correspondencia diplomática del Imperio guillermino, como de hecho la de la mayoría de los demás Estados europeos, estaba repleta de escándalos, sexuales o de otro tipo, y el contenido de los periódicos de hoy en día no apunta a que, en conjunto, a los seres humanos adultos les aburran las actividades sexuales de los demás. Y después está la tentación de interpretar todos los actos en unos términos reduccionistas que concuerdan con la evaluación negativa del carácter. Por dar solo un ejemplo: cuando Guillermo habla sinceramente de sus quejas contra sus familiares ingleses, se le reprocha su falta de tacto y su ensimismamiento. Pero cuando en 1895 le escribe a su abuela, la reina Victoria, una carta sobre los «lazos de estima y amistad que existen entre nuestras dos Armadas», Röhl denuncia que la carta «raya en la hipocresía». Da la sensación de que Guillermo está condenado haga lo que haga.

Afortunadamente, Röhl es tan escrupuloso en su manejo de las fuentes, y tan completo en sus citas –el libro incluye numerosos pasajes de material citado, algunos a lo largo de muchas páginas– que en general el lector es libre de disentir de la valoración del biógrafo. Véase, por ejemplo, la carta

en que Guillermo le explicaba a la reina Victoria sus razones para enviar el polémico «Telegrama Kruger». En diciembre de 1895 estalló una crisis política cuando una fuerza británica de la Colonia de El Cabo organizó una incursión ilegal contra la República de Transvaal de los bóers. El 3 de enero de 1896, después de que llegara a Berlín la noticia de que la incursión había sido derrotada, el káiser le envió un mensaje personal al presidente de la república, Paul Kruger. El «Telegrama Kruger», como vino en llamarse, le deseaba un feliz Año Nuevo al presidente y le felicitaba por haber defendido la «independencia de su país contra un ataque externo» sin «pedir la ayuda de potencias amigas». Los periódicos británicos reaccionaron ante esa inocua comunicación con un torrente de ira, y la reina Victoria envió una airada carta donde reprendía a su nieto por su «escandaloso» y «espantoso» telegrama. En respuesta, Guillermo le escribió una epístola en un tono afable a su «muy querida Abuela» donde defendía su decisión de enviar el telegrama. Así pues, ¿por qué razón Röhl desdeña ese texto por «hipócrita», o por qué lo considera «uno de los documentos más extraños que [Guillermo] escribió en inglés»? Como ha descubierto el propio Röhl, la carta del káiser contaba con el visto bueno de los políticos responsables de Alemania; es una defensa sucinta e inofensiva de las acciones de Alemania que al mismo tiempo deja en evidencia con mucho tacto las inconsistencias de la reacción británica. La observación de Victoria en el sentido de que la carta era «floja e ilógica» –que Röhl cita con aprobación– no refleja un análisis equilibrado del texto, sino más bien el punto de vista sumamente parcial que tenía la reina de la crisis de Transvaal.

Como sugiere este ejemplo, Röhl entrelaza sus propios comentarios con un denso tapiz de citas de la época. Las voces de los principales actores resuenan a lo largo de todo el libro. En algunos momentos el clamor puede resultar casi desorientador –Röhl nos mete en un laberinto de los espejos donde percibimos a cada actor a través de los ojos de los demás. Defiende esa técnica alegando que demuestra que la interpretación del libro no es solo de él, sino «también en gran medida la de las personas directamente involucradas». Pero si se utilizan las fuentes del entorno más estrecho del káiser para respaldar o incluso formular una nueva metanarración

interpretativa, se corre el riesgo de que tal vez ganemos color e intimidad, pero perdamos distancia analítica. Tal vez esa sea una de las áreas donde los imperativos de la biografía y los de la historia siguen siendo irreconciliables.

¿El káiser realmente detentó el tipo de poder que se le atribuye en este libro? Cabe señalar que, a lo largo de los años, Röhl ha suavizado algo su postura sobre esa cuestión. Ha abandonado el «gobierno personal» –un término clave en sus trabajos anteriores– en favor del concepto más borroso de «monarquía personal». Sin embargo, él sigue convencido del inmenso poder y de la gran influencia de Guillermo II. A finales de la década de 1890, apunta Röhl, los gobiernos tanto del Reich como de Prusia eran juguetes en manos del káiser, «meros órganos administrativos» que cumplían sus «órdenes imperiales». En cuanto a su libertad de acción en la esfera de la política exterior, era «infinitamente mayor», ya que no estaba limitada por la necesidad de consultar al Parlamento. Sobre todo dos cosas sostenían la preeminencia del monarca: la potestad imperial de hacer nombramientos, lo que permitía que el emperador seleccionara el personal dirigente en las administraciones de Prusia y del Reich, y el «mecanismo de la realeza», por el que los cortesanos y políticos obsequiosos pugnaban entre sí para cumplir la voluntad del monarca o anticiparse a ella.

Ahí, a mi juicio, Röhl exagera. Incluso en la década de 1890, la era del gobierno personal por excelencia, el poder del monarca seguía estando sometido a unas formidables limitaciones. La peculiar indeterminación del ordenamiento jurídico alemán posibilitaba la concentración del poder en manos del soberano, pero también facilitaba su dispersión, lo que permitía que cambiara de manos inesperadamente, sobre todo en el contexto de la crucial relación entre el káiser por un lado y «su» canciller y «sus» generales por otro. El káiser podía utilizar su potestad de hacer nombramiento para debilitar al Gobierno, como hizo en la remodelación ministerial de 1897-1898. Pero no fue capaz de desarrollar o de hacer realidad su propio programa político dentro del país, ni tampoco imponer su voluntad al ejecutivo de una forma consistente. La debacle de la Ley Antisocialista y de la posterior Ley del Canal –ambas fueron respaldadas

públicamente por el káiser y ambas fueron rechazadas por el Parlamento– puso de manifiesto el sistema de limitaciones concéntricas que obstaculizaba el ejercicio del poder del monarca. Como tampoco el nombramiento por el káiser de sus «favoritos» para cargos clave necesariamente se traducía en un engrandecimiento de su poder. Eso se debía en parte a que los enchufados imperiales, una vez instalados, tendían a hacer lo que querían –el ejemplo más llamativo es el canciller Bernhard von Bülow, que llegó al cargo con promesas de fidelidad y amor a su señor imperial, pero que muy pronto despuntó como un archimanipulador que estaba totalmente dispuesto a sacrificar el prestigio del káiser en aras de su propia ambición. Pero había un problema más fundamental: la total incapacidad del káiser para idear o llevar hasta el final un programa político coherente propio.

Ahí es donde encontramos una de las tensiones centrales de la visión de Guillermo II que nos presenta Röhl. El «mecanismo de la realeza», un término prestado del análisis que hizo Norbert Elias de la corte absolutista de Luis XIV, únicamente puede funcionar en sentido político si los objetivos del monarca son conocidos por todos y pueden ser anticipados por sus cortesanos. Pero eso no era ni mucho menos cierto en el caso de Guillermo II, ya que, como el propio Röhl deja claro, sus metas cambiaban drásticamente de un día para otro. Guillermo recogía ideas, se entusiasmaba con ellas, se aburría o se desanimaba, y las abandonaba. Una semana estaba enfadado con el zar, pero a la semana siguiente volvía a estar encaprichado con él. Mostraba su apoyo a Austria, pero ocasionalmente afirmaba que quería apaciguar y ganarse a los serbios. En 1898 se entusiasmó enormemente por la idea del sionismo, e incluso prometió su apoyo al movimiento en una audiencia extraordinaria con Theodor Herzl. Pero enseguida perdió el interés cuando quedó claro que el sultán otomano era hostil a la idea de una patria judía dentro de los confines de su imperio.

De hecho, la propensión del káiser a los entusiasmos efímeros era uno de los rasgos más comentados de su carácter. Era, como observaba Holstein, «por desgracia muy impresionable»; su amigo ocasionalmente íntimo Herbert von Bismarck le describía como un hombre «manejable,

sensato y fácil de ganarse». En un célebre comentario, Bismarck padre comentó que el káiser era capaz de vagar hasta perderse de vista en cualquier momento, «como un globo». Nada de eso sugiere que el káiser no fuera importante. Sin embargo, sí apunta a que su relevancia radicaba no tanto en la imposición de una voluntad autocrática como en su incapacidad crónica para el liderazgo.

¿Estaba loco el káiser? Röhl lleva tiempo argumentando que sí, y reitera su afirmación en este tomo. Sin embargo, los lectores que estén familiarizados con sus libros anteriores advertirán que la base de su argumentación ha variado. En la década de 1970, Röhl especulaba con que las idiosincrasias del káiser podían estar relacionadas con una orientación homosexual reprimida. En los años ochenta empezó a desarrollar el argumento de que el káiser padecía una «neurosis del carácter» a consecuencia del daño cerebral sufrido durante su nacimiento. El primer tomo de la biografía desarrollaba ese argumento a lo largo de ochenta páginas de detallado análisis obstétrico, donde Röhl argumentaba que Guillermo quedó privado de oxígeno durante el parto, y que a consecuencia de ello nació con una «disfunción cerebral mínima», una dolencia que en algunos estudios médicos recientes se ha relacionado con la hipersensibilidad, la irritabilidad y la falta de concentración y objetividad en los adultos.

Röhl argumenta que fue ese «psicosíndrome orgánico» lo que predispuso a Guillermo para una «neurotización secundaria» provocada por los rigores de su infancia –las esotéricas terapias empleadas para darle vida a su brazo paralizado, la «máquina para estirar la cabeza» que se empleó para enderezarle el cuello, los rigores de su régimen de docencia, etcétera. Pero aunque la infancia del káiser fue difícil, no careció de amor. Mientras que Thomas Kohut argumentaba que los progenitores de Guillermo no consiguieron prestarle el tipo de apoyo emocional requerido para fomentar la maduración de un «yo cohesionado y bien integrado», Röhl no encuentra pruebas que demuestren que el desarrollo temprano de Guillermo se vio perturbado por un déficit de amor de sus padres. Por el contrario, arguye Röhl, el tono emocional de la casa del príncipe heredero era inusitadamente

cordial y afectuoso para los estándares de las casas dinásticas en aquella época. Röhl también aborda la leyenda negra del «régimen de Hinzpeter». Georg Ernst Hinzpeter, tutor de Guillermo y de su hermano, figura en las más famosas biografías antiguas del káiser como una figura de labios delgados, adusta y sádica cuyo riguroso sistema pedagógico pervirtió a Guillermo en su más tierna infancia. Röhl demuestra que hay más mito que realidad en ese cuadro; su relato muestra a un pedagogo de inclinaciones liberales y de instintos progresistas, cuyas relaciones con los príncipes eran afables (cabe señalar que Guillermo siguió estando estrechamente apegado a su tutor en la última fase de su vida).

Entre el primer y el segundo tomo, la explicación que daba Röhl de la anormalidad mental de Guillermo cambió. En la década de 1990, Röhl participó en una colaboración interdisciplinar con dos genetistas del University College de Londres, cuyo momento cumbre llegó cuando a los tres les concedieron permiso para exhumar en Turingia a Carlota, una hermana de Guillermo fallecida en 1919, a fin de analizar sus restos en busca de la mutación genética que provoca la porfiria. La prueba dio positivo, y Röhl sugiere en el tomo que estoy comentando que es posible que el propio Guillermo sufriera una forma de *porphyria variegata* heredada de su tatarabuelo Jorge III. De hecho, el libro concluye con una cita del diario de lord Esher, amigo íntimo del rey Eduardo VII, primo y enemigo de Guillermo (aunque hay que señalar que Esher no era médico): «Estoy seguro de que [el káiser] lleva en la sangre la mancha de Jorge III». Da la sensación de que los entusiasmos pasajeros de la divulgación científica (la psicología sexual en la década de 1970, la neurología en los ochenta, y la genética en los noventa) aquí han dejado su marca. En cualquier caso, los argumentos a favor de cada uno de estos diagnósticos (o de todos ellos juntos) deben seguir siendo especulativos, ya que no existen pruebas directas de una homosexualidad reprimida, ni de un daño cerebral, ni de porfiria, en el káiser Guillermo II. (La hermana del káiser, que claramente *sí* sufría una enfermedad congénita, es otra cuestión.)

En enero de 1904, el rey Leopoldo II de Bélgica viajó a Berlín para asistir a un banquete de cumpleaños en honor del káiser Guillermo II. Los dos monarcas estaban sentados juntos, y todo iba a las mil maravillas hasta que de repente el káiser planteó la cuestión de un posible ataque de Francia contra Alemania. En caso de una guerra entre Alemania y Francia, le explicó Guillermo a Leopoldo, él naturalmente esperaba que los belgas se pusieran de parte de Alemania. Entusiasmado por el tema, añadió que, si los belgas lo hicieran, él, el káiser de Alemania, se encargaría personalmente de recompensar a Bélgica tras el fin de las hostilidades con territorios anexionados del norte de Francia. En cuanto al propio rey Leopoldo, si se ponía de parte de Alemania, podía esperar que le recompensaran con «la corona de la Vieja Borgoña». Cuando el rey de los belgas, inquieto ante aquellas especulaciones, replicó que era difícil que los ministros y el Parlamento de su país aprobaran unos planes tan remotos, Guillermo entró en un estado de agitación. Respondió que él no podía respetar a un rey que se sintiera obligado a rendir cuentas a los ministros y al Parlamento, en vez de exclusivamente a Dios. «¡Conmigo no se juega!», le espetó. «Como soldado, pertenezco a la escuela de Federico el Grande, a la escuela de Napoleón. Si Bélgica no se pone de mi parte, me guiaré exclusivamente por consideraciones estratégicas.» Se dice que Leopoldo estaba tan alterado a raíz de aquella conversación que, al levantarse de la mesa, se puso el casco al revés.

La trayectoria del último káiser alemán está salpicada de efusiones como esta. Van desde lo grosero y lo ofensivo hasta lo extravagante o simplemente estúpido. Este gobernante se pasaba la mayor parte de sus horas de vigilia hablando, discutiendo, gritando, perorando, predicando, prediciendo, amenazando, telegrafiando, entrevistándose, y en general desahogándose de sus últimas preocupaciones con quien tuviera delante. El káiser era como un tic de Tourette en el corazón del ejecutivo del Estado alemán. Incluso cuando hacía el máximo esfuerzo por contenerse, seguían escapándosele todo tipo de indiscreciones.

Un ejemplo perfecto de ello fueron las reuniones en la cumbre entre los dirigentes alemanes y rusos en el puerto de Paldiski, a orillas del Báltico, en

verano de 1912. Por recomendación del embajador alemán en San Petersburgo, al káiser le habían dicho que evitara los temas de conversación tendenciosos y que asumiera una «actitud de escucha» siempre que fuera posible, a fin de que el zar pudiera meter baza de soslayo. En general, Guillermo logró contenerse. Pero entonces, tras el primer almuerzo a bordo del *Standart*, el yate imperial ruso, el káiser hizo un aparte con Serguéi Sazónov, ministro de Asuntos Exteriores ruso, y estuvo hablando detalladamente más de una hora con él («hablándole» podría ser una locución más apropiada) sobre su relación con sus progenitores que, afirmaba, nunca le habían querido. Posteriormente Sazónov recordaba el episodio como un bochornoso ejemplo de la «acusada tendencia del emperador alemán a sobrepasar los límites de la reserva y la dignidad que cabría esperar de alguien en una posición tan elevada».

El segundo día de la visita, durante un recorrido bajo un calor agobiante por las fortificaciones en ruinas que construyó Pedro el Grande alrededor del puerto, Guillermo volvió a olvidarse de sus instrucciones y acorraló al primer ministro ruso, Vladímir Kokóvtsov, para hablarle sobre uno de sus últimos caballos de batalla: la importancia de crear un trust paneuropeo del petróleo que pudiera competir con la estadounidense Standard Oil. Kokóvtsov recordaba que la conversación «se volvió sumamente animada y fue más allá de los límites que marca la etiqueta de la corte»:

> Hacía un sol abrasador. El zar no quería interrumpir nuestra conversación, pero le hizo gestos de impaciencia por detrás del emperador Guillermo. Sin embargo, el káiser siguió rebatiendo mis argumentos, cada vez con mayor fervor. Finalmente parece que el zar perdió la paciencia, se nos acercó, y empezó a escuchar nuestra conversación, momento en el que el emperador Guillermo se dirigió a él con las siguientes palabras (en francés): «Vuestro presidente del Consejo no simpatiza con mis ideas, y no estoy dispuesto a que siga sin estar convencido. Quiero que me permitáis demostrar mis argumentos con datos recogidos en Berlín, y cuando esté preparado me gustaría que me dierais permiso para reanudar esta conversación con él».

Vale la pena imaginarse esta escena –el resplandor de sol sobre las ruinas del viejo fuerte, Kokóvtsov asfixiándose en su chaqué, el káiser con la cara roja, gesticulando al tiempo que despliega, ajeno a la incomodidad

de sus interlocutores, las ramificaciones de su tema, y detrás de él el zar, intentando desesperadamente poner fin a la ordalía y llevar a la comitiva a la sombra. No es de extrañar que el káiser alemán fuera una figura que inspiraba terror en el circuito real.

Entre los miembros del «club» real que todavía gobernaba en Europa en los años previos a 1914, la desmesurada locuacidad del káiser alemán llamaba la atención. El zar Nicolás II era de naturaleza retraída, y Jorge V era de una timidez exasperante. Casi no decía ni pío en público el anciano emperador austriaco, Francisco José, una figura conocidamente austera y lacónica. Y en retrospectiva, el contraste se ve reforzado por el hecho de que prácticamente todo lo que decía el káiser, por risible que fuera, quedaba registrado y preservado para la posteridad. Una consecuencia de ello es que el prestigio de este monarca se ha visto condicionado (igual que ocurría entre sus contemporáneos) mucho más por lo que dijo que por lo que hizo.

En el tercer y último tomo de la colosal biografía de Guillermo II por John Röhl, la voz del káiser es el hilo que da unidad al texto. El monarca nos parlotea página tras página, bombardeando a sus interlocutores (y al lector) con sus fantasiosas especulaciones geopolíticas, sus planes descabellados, sus apartes sarcásticos, y sus chistes subidos de tono. Leer lo que dice Guillermo sobre cualquier tema imaginable a lo largo de 1.200 páginas (más de 3.000 si uno lee los tres tomos seguidos) es una experiencia desconcertante, como mínimo. Es algo parecido a escuchar durante muchos días seguidos a un perro ladrando dentro de un coche cerrado. Y el efecto se intensifica debido a que el tercer tomo se centra más estrechamente en la persona del monarca que en las de sus predecesores – hay menos incursiones por los mundos vitales de la élite imperial y menos retratos detallados de sus amigos y colaboradores.

El tercer tomo se centra, aún más que los dos anteriores, en la afirmación de que Guillermo II poseía un inmenso poder personal, y que detentó ese poder con unos efectos catastróficos. Justo hasta 1914, afirma Röhl, Guillermo II «controlaba todas y cada una de las decisiones fundamentales en materia de personal, armamento y política exterior». Es posible que su poder en el ámbito de la política nacional se viera socavado

por las crisis del escándalo de Eulenburg de 1907-1909 (cuando salió a la luz la homosexualidad de algunas personas próximas al emperador a raíz de una campaña de desprestigio de los liberales) y el Asunto *Daily Telegraph* de 1908 (cuando unos vacuos comentarios del káiser a un periodista británico desencadenaron una tormenta mediática por toda Alemania), pero en la esfera de la política exterior su «poder de toma de decisiones» seguía incólume. En resumen: este fue el hombre que «condujo» a Alemania y a Europa «al torbellino de la guerra mundial».

¿El káiser llegó a detentar realmente ese tipo de poder? ¿Qué importancia tuvieron sus intervenciones a la hora de condicionar el rumbo de la política exterior alemana? El principal obstáculo para responder a esas preguntas es simplemente que los objetivos de Guillermo en esa esfera eran cualquier cosa menos coherentes. Si a lo largo de su reinado el káiser hubiera defendido una visión o un programa claro y coherente, podríamos medir fácilmente su influencia confrontando sus intenciones y los resultados que consiguió. Pero las intervenciones de Guillermo eran a menudo como impulsivos disparos a voleo, y sus objetivos eran difusos y cambiaban constantemente. El káiser, indignado a raíz de una huelga de los trabajadores de los tranvías de Berlín en 1900, le envió el siguiente telegrama al jefe del Cuerpo de Guardia: «Cuando intervengan las tropas, espero por lo menos quinientas víctimas mortales». Esta brutal efusión da cierta idea del carácter explosivo del monarca y de su falta de comedimiento, pero no tuvo consecuencias, pues al parecer a nadie se le ocurrió cumplir sus órdenes. A finales de la década de 1890, Guillermo se entusiasmó con la idea de fundar una «Nueva Alemania» en las junglas de Brasil, y «exigió impacientemente» a la administración imperial que hiciera todo lo que estuviera en su mano para estimular la emigración alemana a Brasil. No pasó nada. En 1899, durante una conversación con Cecil Rhodes, Guillermo afirmó que siempre había planeado adquirir Mesopotamia para convertirla en una colonia alemana (eso nunca ocurrió: por el contrario, acabaron quedándosela los británicos). Un año después, le propuso al canciller Bülow que se hiciera una partición de China entre las grandes potencias. En 1903, afirmó que «nuestra meta es América Latina» y ordenó

al Estado Mayor del Almirantazgo imperial –que al parecer tenía un grave déficit de personal– que preparara un plan de invasión de Cuba, Puerto Rico y Nueva York. El resultado fue el *Operationsplan III*, que el Estado Mayor de la Armada le presentó al káiser en marzo de 1903. Pero la idea no fue a ningún lado porque, entre otras cosas, el ejército nunca accedió a proporcionar las tropas necesarias ni su apoyo logístico. En 1906, el plan fue declarado «obsoleto» y archivado.

El káiser recogía ideas, se entusiasmaba con ellas, se aburría y las abandonaba. De la pluma imperial brotaban incesantemente propuestas de alianzas: una alianza *con* Rusia y Francia *contra* Japón e Inglaterra; o *con* Rusia, Inglaterra y Francia *contra* Estados Unidos; o *con* China y Estados Unidos *contra* Japón y la Triple Entente; o *con* Japón y Estados Unidos *contra* la Entente, etcétera. En 1902 propuso que Gran Bretaña se integrara en la Triple Alianza de Alemania con Austria-Hungría e Italia. Más o menos por esa misma época, el general Waldersee, exjefe del Estado Mayor Conjunto, informaba de que la idea de una «reconciliación con Francia» duradera entraba dentro de «los muchos planes del káiser para el futuro». Por otra parte, en caso de que Francia y Gran Bretaña acabaran volviéndose en contra de Alemania, en 1905 Guillermo proponía, en una carta al canciller, que se tentara a Rusia con la idea de formar una alianza con Alemania mediante «la agradable perspectiva de saquear y arrasar la bella Galia».

No son unas intervenciones especialmente simpáticas ni admirables, pero tampoco apuntan a un hombre con un férreo control sobre el proceso de formulación de las políticas. Guillermo II se alzaba sobre el núcleo central del ordenamiento jurídico alemán. Era el punto –el *único* punto– en el que convergían las cadenas de mando civil y militar. Pero el káiser era incapaz de desempeñar el tipo de papel de coordinación que habría compensado la ausencia en Alemania de unas estructuras de mando unificadas comparables al Conseil Supérieur de la Guerre en Francia o al Committee of Imperial Defence en Gran Bretaña. Y siguió siendo incapaz de desarrollar o de llevar a la práctica su propio programa político.

¿«Condujo» el káiser, como sugiere Röhl, a Alemania, y con ello al mundo, a la guerra que estalló en 1914? ¿El poder detentado por «el trono más poderoso de la Tierra» tiene «la llave para comprender cómo el mundo acabó abismándose en la trascendental catástrofe de la Gran Guerra»? Aquí tengo que confesar que los argumentos de Röhl siguen sin convencerme. Es cierto que presenta una plétora de documentos para que el lector los examine. Y no cabe duda de que el lenguaje aparatoso, agresivo y descuidado de Guillermo facilita presentarle como un belicista empedernido.

No obstante, incluso los documentos citados por Röhl sugieren que Guillermo siguió vacilando hasta el estallido de la guerra entre las posturas «de la paloma» y la «del halcón», igual que siempre. En febrero de 1913, cuando un enfrentamiento militarizado en los Balcanes entre Austria y Rusia provocó el temor a una inminente guerra europea, el káiser le escribía una carta a su amigo el archiduque Francisco Fernando, instándole a tomar la iniciativa para apaciguar la crisis. Los esfuerzos de Austria a favor del «desarme», sugería Guillermo, serían del máximo agrado para el zar ruso, que estaba a punto de celebrar el 300.º aniversario de la Casa de Románov y «serían bienvenidas con verdadera alegría por todo el mundo». Por otra parte, a principios y mediados de octubre de 1913, cuando estalló una crisis a raíz de la invasión del norte de Albania por tropas serbias, el káiser instaba a Viena a adoptar una línea dura contra los serbios: «¡Ahora o nunca! ¡Ya va siendo hora de que se restablezcan la paz y el orden allí abajo!». Y, sin embargo, a mediados de diciembre de 1913, le vemos presionando a los austriacos para que sean moderados y flexibles en sus tratos con Belgrado, y para que se ganen a los serbios con dinero, concesiones, y programas de intercambio de oficiales.

Yo argumentaría que aquí el contexto es crucial. Cuando el riesgo de un conflicto austro-ruso era alto, como parecía serlo en febrero de 1913, Guillermo intentó pisar el freno. En octubre de 1913, por el contrario, el riesgo de una guerra importante era bajo, dado que las grandes potencias se unieron en su condena de la invasión serbia de Albania. En aquella encrucijada, Guillermo estaba totalmente a favor de adoptar una línea dura

contra el vecino balcánico de Austria, justamente porque el riesgo de consecuencias graves parecía muy bajo. No obstante, en diciembre de 1913, con un aumento de la tensión entre Berlín y San Petersburgo por el futuro estatus de los Estrechos turcos, Guillermo instó una vez más a la prudencia. Esa pauta se repitió a lo largo de todo su reinado. «Resulta curioso», comentaba en 1912 Jules Cambon, embajador francés en Berlín «ver que este hombre, tan brusco, tan temerario e impulsivo en sus palabras, está lleno de cautela y de paciencia en acción».

Röhl ofrece una interpretación muy diferente de esos mismos episodios. El káiser, argumenta, ya había «decidido» durante el invierno de 1912 provocar una guerra europea por un medio u otro. Sus posteriores declaraciones y actos deben interpretarse en ese contexto. Cuando Guillermo vacila o aporta argumentos a favor de la paz, está simplemente «posponiendo» hasta una fecha más conveniente una guerra que ya tiene decidida como parte de su política. Presionar a los austriacos a hacer las paces con Belgrado se convierte en una mera baza táctica para fortalecer la posición de su aliado frente a San Petersburgo como preparativo para la instigación de una guerra con Rusia. Por otra parte, cuando Guillermo le asegura a Austria su apoyo para una acción contra Serbia, como en octubre de 1913, Röhl le acusa de extender el «cheque en blanco» que Viena pasará a cobrar durante el verano del año siguiente.

Aparentemente, aquí tenemos una tesis imposible de falsar. Pero la tesis parece imposible de falsar solo si aceptamos que existe realmente una decisión imperial previa. Y sin embargo, con la mejor voluntad del mundo, en las citas excepcionalmente generosas de Röhl no encuentro pruebas de que se produjera tal decisión. Veo muchas conversaciones peligrosas sobre amenazas y futuros conflictos, escenarios especulativos y una preocupante mezcla de paranoia y agresividad, pero no veo una «decisión a favor de la guerra» del emperador dieciocho meses antes de la crisis del verano de 1914. Y hay que decir que Röhl es prácticamente el único que insiste en ello, entre la etiología de los expertos sobre la guerra, incluso entre quienes coinciden con él al afirmar una responsabilidad preponderante de Alemania en el estallido de la contienda.

Aquí parecen surgir varios problemas. El primero es la tendencia a interpretar las afirmaciones dispares como fruto de una intención coherente, un supuesto particularmente problemático en el caso de este monarca, que era la incoherencia personificada en palabra y en acción, y que siguió siéndolo hasta el verano de 1914 y después. El segundo es meramente empírico: ¿por qué, si el káiser detentaba un poder tan inmenso en tiempos de paz, fue relegado tan fácilmente a la banda durante la Crisis de Julio, cuando, como reconoce incluso el propio Röhl, el canciller alemán Theobald von Bethmann Hollweg asumió el control de las políticas de Alemania? ¿Y por qué su poder se desplomó tan irremisiblemente tras el estallido de la guerra? Por último, está la cuestión del contexto.

Para Röhl, «contexto» significa ante todo otras afirmaciones del káiser o de los miembros de su círculo. La dinámica del escenario internacional se menciona apenas en esbozo, de manera que Berlín figura como una isla de agresividad furibunda en un continente por lo demás pacífico, poblado por grandes potencias patriarcales encantadas de llevarse a las mil maravillas y de mantener la paz. Pero ¿y si antes de la guerra ya podemos detectar poses análogas y conversaciones peligrosas entre los encargados de tomar las decisiones en las demás potencias? Si el subjefe del Estado Mayor Conjunto francés le dice al embajador ruso en diciembre de 1912 «que él personalmente está preparado para la guerra, e incluso que a él le gustaría una guerra»; si en enero de 1914 la revista semioficial del Estado Mayor Conjunto ruso habla de una inminente «guerra de exterminio» entre los pueblos eslavos y germánicos; si en marzo de 1914 el ministro de la Guerra ruso publica un artículo en la primera página de un periódico donde afirma que «Rusia está preparada para la guerra, y Francia también debería prepararse», ¿son estas afirmaciones una prueba de un «plan» coherente franco-ruso para instigar una guerra? Por supuesto que no. Más bien expresan la cautela y la agresividad de unos dirigentes que estaban dispuestos a aceptar el riesgo de que, al prepararse para lo peor, podían contribuir a que se produjera lo peor. Un rasgo llamativo de los estallidos más agresivos de Guillermo II es que no iban acompañados de amenazas de una guerra de agresión iniciada por Alemania, sino del temor (que hay que

reconocer que a menudo era ilusorio) de un ataque repentino por parte de otra potencia: incluso la atroz conversación con Leopoldo II durante el banquete de cumpleaños del káiser en 1904 comenzaba con el escenario imaginario de una ofensiva franco-británica no provocada contra la frontera occidental de Alemania.

La trascendental obra de Röhl sobre el káiser empezaba como la crónica de una vida. Concluye con una imputación. Es lo que viene a reconocer el autor cuando califica las abundantes citas de las fuentes, que constituyen una parte tan importante de su texto, de «evidencias forenses», que pueden compararse con «las huellas dactilares o las pruebas de ADN en un caso penal». A mi juicio, es discutible que las fuentes que se presentan en el libro sean capaces de soportar todo el peso de la imputación. Pero eso no merma en lo más mínimo la magnitud de lo que ha logrado Röhl.

Vale la pena hacer hincapié en este último punto, porque cuando se reabrió el debate sobre el estallido de la guerra en 1914 durante el año del centenario, Röhl atacó con gran vehemencia a quienes (entre los que me incluyo) habíamos disentido de su punto de vista, acusándonos de «suprimir» pruebas cruciales de la culpabilidad de Alemania por la guerra, y de distorsionar deliberadamente el pasado al servicio de un «revisionismo» propagandístico cuyo propósito es exculpar a Alemania por los acontecimientos de 1914, romper el hechizo de «la culpa de la guerra» que atenaza a la Alemania de hoy en día, y con ello dar nuevo ímpetu a los tótems germánicos ancestrales que envenenaron la primera mitad del siglo XX. Ese tipo de calumnias son un error y son injustas, pero tampoco hacen justicia a la relevancia de lo que ha hecho Röhl. Su prestigio no depende de su capacidad de probar (o no) que la Primera Guerra Mundial fue deliberadamente planeada e instigada por el káiser Guillermo II y veinte de sus «paladines» alemanes. La extraordinaria importancia de la contribución de John Röhl radica en la profundidad erudita y en las espaciosas texturas de una obra que ha contribuido más que ninguna otra a arrojar luz sobre la cúspide del Estado imperial alemán en las últimas décadas de su existencia. Todos los que nos hemos aventurado por ese terreno historiográfico estamos profundamente en deuda con él. Esta biografía del káiser Guillermo II es el

retrato meticuloso, que invita a la reflexión, de una élite atribulada e insegura de su lugar en un mundo peligroso, presa de sus oscuras visiones de catástrofes y dispuesta a arriesgarlo todo para asegurar su futuro.

Al margen de lo que cada uno piense del marco interpretativo y de las conclusiones más genéricas de Röhl, su erudición es profunda y sin tacha. Esta biografía del último káiser alemán es un monumento no solo a su voluble biografiado, sino también a una carrera sumamente peculiar. John Röhl se crió como un auténtico híbrido británico-alemán. Su madre inglesa y su padre alemán se conocieron a bordo del barco que los llevaba de Rostock a Devon. Fue en 1938. Por razones que ya no están claras, la pareja tomó la fatídica decisión de mudarse a Alemania en agosto de 1939. Siguieron unos años turbulentos: estancias en Forst an der Neisse y en Pécs (Hungría), la detención de su padre tras el atentado fallido contra la vida de Hitler, la huida a la Zona Estadounidense, una breve temporada en un colegio suizo en la Berner Oberland, y finalmente el traslado a Inglaterra, donde la madre de Röhl había conseguido una plaza como profesora de alemán en la Universidad de Manchester. El niño pequeño que en Alemania siempre se había sentido «inglés», ahora era acosado y recibía palizas en el parque de juegos por «nazi».

Siendo estudiante de doctorado bajo la relajada supervisión de sir Harry Hinsley en la Universidad de Cambridge, John Röhl estudió la historia política del Imperio alemán desde que Otto von Bismarck abandonó el cargo. Posteriormente Röhl admitía que no era ninguna casualidad que él hubiera escogido precisamente esa época en la que sus dos patrias se enzarzaron entre ellas en un conflicto. La tesis doctoral resultante se convirtió más adelante en el clásico *Germany without Bismarck* («Alemania sin Bismarck»), que fue uno de los primeros estudios de la política imperial que basados en una extensa investigación archivística, y que hoy sigue siendo una de las obras de referencia sobre ese periodo. En los posteriores estudios sobre Guillermo II, esa amalgama, la personalidad germano-inglesa –la tensión que Paul Kennedy denominaba «el antagonismo anglo-alemán»– siguió siendo un tema central.

Aquellas primeras decisiones en materia de investigación colocaron a John Röhl a cierta distancia de los conflictos partidistas de la historiografía profesional alemana. En la década de 1970, el joven experto recibió una fría acogida por parte de los historiadores alemanes. A los colegas conservadores de más edad les molestaba su visión negativa del Imperio alemán. Pero la nueva generación de «historiadores críticos» de la izquierda tampoco le prestó atención. Estaban muy ocupados construyendo un paradigma weberiano posmarxista donde la historia tenía que ver con el trascendental corrimiento de las estructuras tectónicas sociales; los individuos apenas contaban –¡y menos aún los monarcas! Desde entonces, sugiere Röhl con cierta y comprensible *Schadenfreude* en el prefacio al segundo tomo, el resto del mundo se ha puesto a su altura. El interés por el funcionamiento de las cortes ha reverdecido, y todos los años asistimos a la publicación de nuevos estudios especializados sobre los políticos y los generales del Imperio, e incluso sobre el propio káiser. Si hoy en día nadie se atrevería a escribir una historia del Imperio guillermino sin tener plenamente en cuenta al epónimo Guillermo que estaba sentado en su trono, es en buena parte gracias a la incansable, apasionada y elocuente investigación de John Röhl.

Vida y muerte del general de ejército Blaskowitz

La mañana del 5 de febrero de 1948, el día que iba a empezar su juicio, el general de ejército Johannes Blaskowitz trepó por las barreras de seguridad de la prisión militar de Núremberg y se lanzó al vacío por un patio de escaleras. Su suicidio causó conmoción y asombro. Blaskowitz tenía poco que temer del tribunal. Las pruebas del fiscal en su contra eran endebles, y a su abogado defensor le habían dado a entender que había muchas probabilidades de que le absolvieran. Era el final, con el misterio que la caracteriza, de una carrera vivida en la zona gris entre el valor y la obediencia.

Hoy en día Johannes Blaskowitz es conocido sobre todo por sus protestas oficiales contra las atrocidades cometidas por las formaciones policiales alemanas en Polonia durante el invierno de 1939-1940. A finales de noviembre de 1939, poco más de un mes después de su nombramiento como comandante de las unidades militares alemanas en la Polonia ocupada por Alemania, Blaskowitz presentó un informe al Mando Supremo del Ejército quejándose del impacto perturbador de la actividad de las unidades policiales. Durante las semanas y los meses siguientes, envió varios informes más con listas detalladas de los crímenes cometidos contra los civiles. A raíz de ello, Blaskowitz perdió la confianza de los dirigentes del régimen, y con ella cualquier perspectiva de nuevos ascensos profesionales. Fue relevado de su puesto en mayo de 1940 y relegado a la reserva de mando en Dresde. En octubre de 1940 fue nombrado comandante del 1.º Ejército estacionado en la Francia ocupada, donde fue responsable de

supervisar la instrucción de las tropas destinadas a combatir en la Unión Soviética.

Tal vez lo más llamativo de su clara postura contraria al ascendente imperio de las SS en una fecha tan temprana es que no pasó de ser una anécdota. Blaskowitz nunca se unió a la Resistencia, ni siquiera después de darse cuenta de que las atrocidades contra las que había protestado no eran «excesos» individuales cometidos por personal policial «psíquicamente perturbado», sino la consecuencia lógica y la expresión de la política del régimen. Y sin embargo, en 1944, cuando asumió un papel de mando activo en la retirada desde Francia, Blaskowitz de nuevo hizo ímprobos esfuerzos para asegurarse de que sus tropas cumplían con las tradicionales «leyes de la guerra», en particular prohibiendo las represalias contra los civiles franceses durante las operaciones contra la Resistencia. La historia de Blaskowitz –reconstruida a partir de documentos archivísticos– puede ayudarnos a explorar el ambiguo espacio que hay entre la resistencia y el pleno cumplimiento en una dictadura totalitaria.

Johannes Albrecht Blaskowitz nació el 10 de julio de 1883 en Peterswaldau, en el distrito de Wehlau (Prusia Oriental). Su padre, pastor en la vecina localidad de Walterkehmen, era conocido, a cuenta de sus sermones penitenciales, como «la conciencia atronadora» de su congregación. El hijo fue admitido a la edad de once años en la academia de cadetes de Köslin, de la que posteriormente se trasladó a la Academia Central de Cadetes de Berlín-Lichterfelde. Tenía dieciséis años cuando fue admitido como alférez en el 18.º Regimiento de Infantería de Osterode (Prusia Oriental). Dos años después, la familia sufrió una tragedia que fue muy comentada en Alemania y otros países. En 1901, el teniente Kurt Blaskowitz, hermano mayor de Johannes, prestaba servicio en el cuartel de Insterburg (Prusia Oriental) cuando murió a consecuencia de un duelo que le obligó a aceptar un compañero oficial después de un altercado con ingesta de alcohol. Kurt Blaskowitz estaba a punto de casarse, y el altercado con dos oficiales de artillería tuvo lugar después de su fiesta de despedida

de soltero. Fue citado a comparecer ante un «tribunal de honor» militar en Insterburg el día de su boda, que se pospuso para que pudiera celebrarse el duelo. Blaskowitz murió a consecuencia del primer disparo de su adversario. El caso fue mencionado por un miembro del Reichstag, y todo el mundo tomó nota de él como ejemplo del «anticuado código de honor militar alemán».[1] Después de aquel golpe, el señor Blaskowitz padre apoyó las ambiciones militares de Johannes con redoblado fervor. Una carta de 1902 rogando a las autoridades que no pospusieran el ascenso de su hijo de dieciocho años, y recordándoles su reciente pérdida, da cierta idea de la intensa emoción paterna depositada en Johannes desde los comienzos de su carrera militar.[2]

Durante la Primera Guerra Mundial, Blaskowitz entró en combate en numerosos frentes. Después de pasar una temporada en el Frente Occidental, en el verano de 1915 fue destinado al 3.º Regimiento Jäger del Cuerpo Alpino, donde estuvo al mando de una compañía de ametralladoras en los Dolomitas, y posteriormente fue comandante del 1.º Batallón en la campaña de Serbia. A principios de 1916, tras demostrar su valía como oficial del frente, inició su formación de Estado Mayor con el 10.º Cuerpo de Ejército en Francia. Como oficial de Estado Mayor participó en 1916-1917 en las batallas de Kowel y Riga. Cuando terminó la guerra, Blaskowitz prestaba servicio como oficial de enlace en la 1.ª División de Infantería Honvéd del Ejército Imperial y Real Austrohúngaro.

Durante los años de Weimar, Blaskowitz desempeñó distintos puestos de mando en Stuttgart, Ulm y (a partir de 1930) Constanza, donde asumió el puesto de comandante en jefe del 14.º Regimiento de Infantería de Baden. La vinculación con Baden se remontaba a los años anteriores a la Guerra Mundial, cuando pidió un traslado al sur por motivos de salud, y con ello adquirió la nacionalidad badenesa.[3] En calidad de oficial de mayor rango en posesión de la nacionalidad local también fue nombrado *Kommandant* del Estado de Baden, un cargo que ocupó hasta principios de 1933. Posteriormente Blaskowitz dijo que sus años en Constanza fueron los más felices de su vida profesional.

Blaskowitz era popular entre los oficiales y la tropa del regimiento de Constanza, que apreciaban la claridad de su carácter y la informalidad en sus tratos con los subordinados. En un ensayo memorial escrito en 1955, algunos miembros de su regimiento recordaban su «sentida afectuosidad», su compromiso cristiano y su «compromiso combativo con la equidad incondicional». «Nosotros [los hombres del 14.º Regimiento] sentíamos afecto por él y le respetábamos no solo como un oficial al mando que decidía sobre la suerte de muchos, pero había mucho más, ¡le queríamos!» Su capacidad de ganarse no solo el respeto sino también el afecto de los hombres que tenía a su cargo siguió siendo uno de sus atributos más conspicuos. El «poder persuasivo y transformador» de sus discursos en los eventos públicos, y su «dominio de la palabra adecuada en el momento adecuado», heredado, sin duda, de su padre predicador, le granjearon una excelente reputación entre la población civil de Constanza, entre las autoridades civiles de Baden e incluso entre la prensa provincial.[4] Para tratarse de un hombre cuya exótica dicción prusiana oriental al principio debía de chirriar en los oídos de los alemanes del sur, no era un logro menor.

Su carisma y su autoridad personal ayudaron a Blaskowitz a apuntarse un éxito en su destino (a partir del 1 de febrero de 1933) como inspector de las Academias de Armamento de Berlín, con responsabilidad sobre la formación e instrucción de los aspirantes a oficiales del ejército. Blaskowitz era conocido por el énfasis que ponía en la buena forma y en la educación física –un campo en el que, en calidad de gimnasta y jinete destacado, siempre había descollado.[5] Blaskowitz supervisó la aplicación de las reformas en los cursos de formación para alféreces y las nuevas Academias de Guerra que debían posibilitar una formación más rápida y más intensiva de los oficiales aspirantes en todas las clases de armamento. Ya en Berlín, y posteriormente (a partir del 1 de abril de 1935) como comandante del II Distrito Militar estacionado en Stettin, Blaskowitz hizo una importante contribución a la consolidación y expansión de la joven Wehrmacht. En una fecha tan tardía como el 1 de mayo de 1944, una evaluación de su oficial

superior, el mariscal de campo Gerd von Rundstedt, calificaba a Blaskowitz de «extraordinario instructor de tropas».[6]

Se sabe poco de la orientación política de Blaskowitz durante la República de Weimar. Hellmuth Stieff, que más tarde desempeñó un papel clave en la resistencia contra Hitler, le contó a su esposa en agosto de 1932 que Blaskowitz creía que los partidos del sistema parlamentario de Weimar eran «la desgracia de Alemania», porque «su búsqueda egoísta de sus propios fines» entorpecía «cualquier tipo de trabajo estable y útil del gobierno». Pero eso no implicaba ninguna admiración por los nacionalsocialistas; al contrario, Blaskowitz consideraba que el ascenso de los nazis era sintomático del malestar de la República. «En caso de que intenten alguna jugada estúpida», declaró durante unas maniobras para sus tropas en 1932, «serán combatidos con la fuerza, y no retrocederemos ni siquiera ante el conflicto más sangriento». A fin de impulsar a Alemania a «salir de la miseria», proponía Blaskowitz, era preciso «liberar al gobierno de las cadenas del parlamentarismo para que pueda operar independientemente». Los principales prerrequisitos de dicha independencia eran «la confianza del presidente del Reich y el poder del Reichswehr».[7]

En resumen, Blaskowitz era un exponente de esa ideología del Reichswehr que contemplaba el ejército como una especie de cuerpo extraño dentro de la República, que no debía su lealtad a la autoridad política existente en ese momento sino al Reich alemán, entendido como una entidad imperecedera y trascendente. Según una carta de Hans Gies, un antiguo soldado del 14.º Regimiento de Infantería de Baden, Blaskowitz creía tan fervientemente en el principio de que el Reichswehr debía mantenerse «por encima de la política», que se negaba, incluso en el hogar y en compañía de su familia, a hablar de las cuestiones políticas del momento. Gies recordaba una ocasión durante el mando de Blaskowitz en Constanza en 1932 en que la esposa de este, Anneliese, había ido a preguntarle cosas sobre Hitler y su partido «porque ella no podía hablar de esas cosas con su marido».[8] Blaskowitz compartía con muchos compañeros oficiales ese compromiso con una autoridad estatal supuestamente

trascendente y apolítica, y su deseo de que el Reichswehr asumiera un papel más independiente a la hora de dirigir el destino de la nación. En un ensayo publicado en 1928, el general de ejército Hans von Seeckt, antiguo jefe del Mando del Reichswehr, exponía sus ideas sobre el estatus de las Fuerzas Armadas en el seno de un Estado republicano. Seeckt reconocía que «los dirigentes supremos del Estado» debían controlar el ejército, pero también insistía en que «el ejército tiene derecho a exigir que se tenga plenamente en cuenta su participación en la vida y el ser del Estado». El significado de estas reflexiones más bien ininteligibles quedó un poco más claro en un momento posterior, cuando Seeckt observaba que el ejército alemán únicamente estaba subordinado «al Estado como un todo», y «no a partes separadas de la organización estatal».[9] Así pues, la raíz de la hostilidad de Blaskowitz hacia el NSDAP era sobre todo que el partido exigía el poder político, una exigencia cuyo cumplimento era irreconciliable con la noción de que el Estado ocupa una posición que está por encima de la política.

Además, es posible discernir el efecto que tuvo en Blaskowitz la nueva orientación de los dirigentes del Reichswehr después de las elecciones de marzo de 1933 hacia una política abierta a una alianza con el Gobierno de Hitler y a una aproximación ideológica al movimiento nazi, aunque también en este caso las evidencias son fragmentarias e indirectas. Con motivo de la inauguración de un monumento en honor a los caídos de la Primera Guerra Mundial en marzo de 1935, Blaskowitz pronunció un discurso donde describía a Adolf Hitler como la respuesta de Dios al momento de necesidad de Alemania:

> Y cuando la necesidad era más grande, la ayuda de Dios estaba muy cerca. Nos dio a nuestro Führer, que aunó a todas las fuerzas nacionales en un poderoso movimiento, y posibilitó que la verdadera comunidad de un pueblo que ayer restableció la soberanía militar del pueblo alemán se levantara de nuevo, dando así cumplimiento a las últimas voluntades de nuestros héroes muertos.[10]

La alusión a la «reunión» de las «fuerzas nacionales» y a la reanudación (en contravención del Tratado de Paz de Versalles) del servicio militar universal apunta a una aprobación primordialmente instrumental y limitada

de las metas de la política interior y exterior de los nacionalsocialistas, más que a una reafirmación completa de la ideología del nacionalsocialismo. El punto de vista fundamental de Blaskowitz era y seguía siendo el de un conservador reconocidamente «apolítico». Un contemporáneo suyo decía que Blaskowitz sentía un compromiso instintivo y permanente con la «tradición», que él siempre se sentía «conectado y obligado por el deber a lo que había surgido y crecido de forma natural».[11]

Cuando se trasladó a Stettin en 1935, el ya teniente general y comandante de aquel distrito militar, de 52 años, podía permitirse estar satisfecho con su progreso. En su nuevo cargo sucedía a Fedor von Bock, que posteriormente ascendió al rango de mariscal de campo. Gozaba de la plena confianza de sus superiores. Sin embargo, muy pronto iba a perder el favor de los dirigentes políticos. En unas maniobras militares a las que asistía Hitler, el dictador rechazó con vehemencia las ideas de Blaskowitz sobre el despliegue de las unidades de carros de combate. En vez de darse cuenta de que «el despliegue operativo de los carros de combate aporta ímpetu al movimiento de avance, y con ello garantiza la superioridad», Blaskowitz supuestamente había calificado el carro de combate como una mera «arma pesada de la infantería».[12] Hitler llegó inmediatamente a la conclusión de que Blaskowitz no era idóneo para las tareas de mando superior. Pero por el momento eran los superiores militares de Blaskowitz, y no el régimen, quienes decidían sus perspectivas de ascenso. Su ascenso por el escalafón prosiguió: a finales de 1938 fue nombrado comandante supremo del Grupo de Ejércitos 3. Ahora ocupaba uno de los siete máximos puestos de mando del ejército.[13] El 15 de marzo de 1939 dirigió el despliegue de las tropas alemanas en la ocupación de Bohemia, donde ejerció la autoridad ejecutiva durante un tiempo en nombre del Mando Supremo del Ejército. Aparentemente en aquel momento las relaciones de Blaskowitz con el régimen nazi eran cordiales. En una carta del 14 de mayo de 1939 y rubricada «*Heil Hitler!*», Blaskowitz daba las gracias a los altos funcionarios del Ministerio del Reich para la Propaganda y la Ilustración que habían apoyado su mando del ejército por su «colaboración llena de camaradería» en el cumplimiento de sus tareas militares.[14]

En la campaña de Polonia, Blaskowitz comandó el 8.º Ejército, que era la unidad más septentrional del Grupo de Ejércitos Sur. Tenía encomendada la tarea de dar cobertura ofensiva de flanco al ala izquierda del 10.º Ejército contra las unidades polacas que supuestamente estaban acampadas en los alrededores de Łódż-Kalisz y en la provincia de Poznań. Para alcanzar ese objetivo, Blaskowitz tenía que mantenerse siempre a la altura del ejército contiguo mientras avanzaba a través de la zona de ataque desde Gross Wartenberg, pasando por Sieradz, a orillas del río Warta, y por Łódż, en dirección a Varsovia, al tiempo que debía estar siempre preparado para afrontar un esperado ataque polaco desde el norte. La tarea principal, disolver las concentraciones de tropas del ejército polaco de Cracovia, despejando así el camino para un avance contra Varsovia, le fue encomendada al 10.º Ejército, a las órdenes de Walter von Reichenau. Pero conforme avanzaba la campaña, fue el 8.º Ejército de Blaskowitz el que gradualmente se convirtió en el punto focal de las operaciones militares.[15]

El 9 de septiembre, cuando las unidades polacas que atacaban al 8.º Ejército en las inmediaciones de Łęczyca estaban muy cerca de lograr una victoria decisiva en dirección a Łódż, Blaskowitz decidió cambiar la dirección del avance de su ejército, que seguía intentando llegar a Varsovia a toda marcha, hacia el noroeste, y organizar un contraataque contra las fuerzas polacas que amenazaban su flanco. En la batalla del Bzura que tuvo lugar poco después –la más importante de la campaña de Polonia– El 8.º Ejército de Blaskowitz desempeñó un papel crucial para el éxito de Alemania. Hubo 20.000 bajas entre los polacos, incluidos tres generales; la cifra correspondiente de Alemania fue de aproximadamente 8.000 bajas. Por otra parte, el rodeo y destrucción de las fuerzas polacas a orillas del Bzura habían retrasado varios días el avance alemán sobre Varsovia, dando tiempo a que los ejércitos polacos de los alrededores de la capital mejoraran sus preparativos defensivos. Una vez más, se produjo una confrontación con la jefatura política. Durante una visita al frente, Hitler expresó su insatisfacción por cómo había dirigido Blaskowitz las operaciones, pero no revocó la decisión del ejército de ponerle al mando de la ofensiva final contra la capital polaca.

Por su contribución a la campaña de Polonia, Blaskowitz fue ascendido a general de ejército y condecorado con la Cruz de Caballero. Primero fue destinado al mando del 2.º Ejército, que ya había sido destinado a futuras acciones en el Frente Occidental. Blaskowitz contaba que el propio Hitler le había asegurado que más tarde le asignaría un puesto de mando de su Estado Mayor en el Frente Occidental.[16] Ya iba de camino al oeste en un coche del Estado Mayor cuando, en las inmediaciones de Eisenach, un oficial le dio el alto y le pidió que llamara a su jefe, el general Felber, quien le ordenó que regresara al este de inmediato.[17] El 23 de octubre se suprimió el mando occidental de Blaskowitz, que fue nombrado comandante supremo del Este, que todo el mundo conocía como «OberOst», un cargo que le ponía al mando no solo de las tropas estacionadas en el I Distrito Militar (Prusia Oriental), sino también de todas las unidades alemanas que quedaban en Polonia, ya totalmente en manos alemanas. A pesar de su impresionante título, a Blaskowitz le parecía que ese cambio de destino era un revés en su carrera. La atención de Hitler y el punto focal de la planificación militar alemana ya se había trasladado al oeste. Era preciso mantener a Blaskowitz a cierta distancia del teatro central de los acontecimientos, y no iba a ser la última vez. Su marginación puede achacarse a la constante hostilidad del dictador a raíz de cómo manejó Blaskowitz la campaña de Polonia, aunque su franqueza en las comunicaciones con sus superiores sin duda también tuvo algo que ver. Más tarde Blaskowitz recordaba una conversación con Hitler que tuvo lugar al final de la campaña de Polonia. Hitler le preguntó cómo había combatido en Polonia el Regimiento SS Leibstandarte, comandado por Sepp Dietrich, uno de los favoritos personales de Hitler. Blaskowitz, al que le había resultado difícil controlar al impetuoso Dietrich, contestó que el Leibstandarte era «unidad normal, aún inexperta, que no merece una mención especial».[18] Una anotación de diario del 18 de noviembre de 1939 del comandante Engel, ayudante de campo de Hitler, señalaba que la «inveterada aversión» del dictador a Blaskowitz empezaba a manifestarse. Daba la sensación de que Hitler «nunca había confiado [en Blaskowitz]. Y el Führer se había opuesto a que se le confiara el mando de un ejército».[19]

Al aceptar su nuevo puesto, Blaskowitz adquiría autoridad como comandante supremo del Este sobre todas las tropas alemanas estacionadas en la Polonia ocupada. Pero no ejercía una autoridad directa sobre los órganos administrativos civiles ni sobre las unidades policiales y los grupos de despliegue (*Einsatzgruppen*), cuyas actividades en la zona ocupada iban en aumento. Las relaciones entre los comandantes militares y las formaciones especiales de policía en Polonia se habían enfriado desde mediados de septiembre. Con el final de una campaña coronada por el éxito y el cese oficial de hostilidades, cada vez estaba más claro que las unidades policiales se estaban extralimitando en sus competencias oficiales, a saber, encargarse de la seguridad y el orden detrás del frente. Numerosos comandantes manifestaron su indignación ante las brutales medidas que tomaban las formaciones policiales contra la población polaca sin consultarlo previamente con las autoridades militares.

La respuesta de Hitler a las crecientes fricciones entre las unidades militares y policiales en Polonia fue imponer una definición más estrecha de la autoridad ejecutiva militar en la zona ocupada. El 25 de octubre de 1939, dos días después del nombramiento de Blaskowitz como comandante supremo del Este, la administración militar de Polonia fue disuelta de forma oficial. En su Orden del Día del 26 de octubre, el nuevo OberOst anunciaba que a partir de ese momento el ejército se limitaría a las «tareas puramente militares» en las zonas orientales ocupadas –«va a ser liberado de las tareas administrativas y de aquellas que tengan que ver con la política interior».[20] Pero esa medida no disuadió a Blaskowitz de seguir condenando en los términos más duros las actividades de las unidades policiales.

Al cabo de solo tres semanas en su nuevo puesto, Blaskowitz confió en el teniente coronel Helmuth Stieff, un oficial de Estado Mayor del Mando Supremo del Ejército, y le instó a que llamara la atención sobre el asunto a sus superiores militares. Blaskowitz y Stieff se conocían por lo menos desde principios de los años treinta. Stieff compartía con Blaskowitz el escepticismo respecto a la política de partidos y su forma pretoriana de entender el papel político del ejército. Tan solo el ejército debía ser «portador del movimiento» para restablecer la integridad y la independencia

de Alemania, había escrito Stieff en 1930, y nunca debía subordinarse a los intereses de ningún partido, ni siquiera de los nacionalsocialistas.[21] Incluso después de la toma del poder por los nazis, en privado Stieff seguía siendo hostil a lo que él denominaba «la locura del gobierno de partido único».[22] Y lo más importante: Stieff sentía la misma indignación que Blaskowitz ante las atrocidades cometidas por las unidades policiales contra la población civil en la Polonia ocupada. «Las más desaforadas fantasías de la propaganda sobre las atrocidades palidecen ante los crímenes cometidos por una banda organizada de asesinos, ladrones y saqueadores, aprobada, según parece, al máximo nivel», le escribía Stieff a su esposa en noviembre de 1939. «Este exterminio de grupos familiares enteros, incluidos mujeres y niños, solo puede ser obra de elementos infrahumanos que ya no merecen el nombre de alemanes. ¡Me avergüenzo de ser alemán!».[23]

Las protestas de Stieff ante el Mando Supremo del Ejército no surtieron ningún efecto, por lo que Blaskowitz ordenó la redacción de un informe oficial para el comandante supremo del ejército, Walther von Brauchitsch. El informe, firmado el 27 de noviembre de 1939, hacía referencia a la relación «un tanto alterada» entre el ejército alemán y «los órganos de la Policía de Seguridad y Orden». Hasta ese momento, señalaba Blaskowitz, la policía no había hecho «ninguna contribución visible al mantenimiento del orden, sino que simplemente había sembrado el terror entre la población». Dado que las acciones policiales se efectuaban con el uniforme gris de los militares alemanes, dichas acciones suponían una «carga intolerable» para el ejército. «En resumen, puede decirse que las condiciones dentro del área ocupada tienen necesidad urgente de una rápida reorganización.» Blaskowitz justificaba su crítica sobre todo aludiendo a la creciente amenaza para la seguridad de las tropas alemanas en Polonia. La «situación actual», advertía, esparciría la semilla de una insurrección militar de los polacos, y con ello se imposibilitaría «explotar el país en beneficio de las fuerzas alemanas».[24] La inclusión de esta racionalización era crucial, porque el derecho de Blaskowitz, en calidad de comandante supremo del Este, a intervenir en cuestiones administrativas y «políticas interiores» se

limitaba estrictamente a los casos en los que se viera afectada la seguridad militar.

Blaskowitz adjuntaba a ese informe un comunicado anónimo enviado a su comandancia el 18 de noviembre. El documento, firmado por «la población de Łódż y Varsovia», hacía referencia a las atrocidades perpetradas por las unidades de las SS y del *Sicherheitsdienst* contra la «población judía y polaca». El hecho de que algunos sectores de la población polaca de la zona ocupada hubieran visto en Blaskowitz un destinatario adecuado para una queja como aquella resulta relevante en sí, pues sugiere que los polacos de la región eran conscientes de las fricciones entre los militares y la policía de Alemania. También llama la atención que Blaskowitz estuviera dispuesto a ofrecerse, por así decirlo, como el defensor de la población polaca con respecto a los órganos de la Oficina Principal de Seguridad del Reich (RSHA). Sin embargo, cuando el comandante Engel dejó el informe sobre el escritorio de Hitler, el dictador montó en cólera y lanzó «cáusticos ataques» contra las «actitudes infantiles» que abrigaban los altos mandos militares. Era imposible, vociferaba el Führer, «librar una guerra con los métodos del Ejército de Salvación».[25] No es posible confirmar si la referencia de Hitler a los «métodos del Ejército de Salvación» era una alusión a la devoción cristiana de Blaskowitz, algo que otros contemporáneos suyos consideraban un rasgo destacado de su personalidad, pero es sumamente probable.

Apenas dos semanas después, Blaskowitz recopiló otro informe, que se ha perdido, donde enumeraba nuevas «infracciones por la policía, las SS y la administración [civil]». Blaskowitz fue más allá: ordenó que se hicieran seis copias del informe y se enviaran al jefe de Intendencia, Erwin Jaenecke, al Mando Supremo del Ejército en Berlín. Según lo que posteriormente recordaba Blaskowitz, el informe incluía una lista de los actos criminales perpetrados por las unidades policiales alemanas en Polonia, como por ejemplo detenciones de judíos, la formación de guetos, y la consiguiente agitación social. El informe era particularmente crítico con Hans Frank, jefe de la administración de lo que a la sazón se denominaba «Gobierno General de las Áreas Polacas Ocupadas». Blaskowitz

argumentaba que Frank había autorizado en repetidas ocasiones acciones criminales en las ciudades de Polonia, con la consecuencia de que la disciplina entre las tropas alemanas se había visto afectada negativamente, se había incrementado la amenaza de insurrección y se había puesto en riesgo la capacidad productiva de la población polaca.[26] Da la impresión de que para entonces Blaskowitz no estaba simplemente informando a sus superiores del giro de los acontecimientos en la zona ocupada –estaba intentando efectuar un cambio en la actitud imperante en el cuerpo de oficiales en conjunto. El momento estaba bien elegido. Un decreto promulgado por Himmler el 28 de octubre de 1939, que declaraba que las SS iban a mantener a los hijos ilegítimos de los miembros de las SS, y que la suprema misión de las mujeres alemanas era engendrar los hijos de los miembros de las SS que marchaban al frente, «incluso fuera de los límites de las reglas y las costumbres burguesas», había causado una profunda irritación entre las Fuerzas Armadas, que veían en el decreto una «licencia» que autorizaba a las SS y a la policía a participar en «actividades sexuales ilícitas en el frente interior».[27]

El 18 de diciembre de 1939, Helmuth Groscurth, un oficial de la Inteligencia Militar (Abwehr) viajó al Frente Occidental para repartir copias del segundo informe de Blaskowitz (junto con otros materiales) a los Estados Mayores de los tres grupos de ejércitos. Entre quienes sin duda vieron el documento estaban los generales von Witzleben, von Rundstedt y von Bock; Groscurth también llevó el documento al puesto de mando del general Ritter von Leeb, comandante en jefe del Grupo de Ejércitos C, en Fráncfort, quien le trasladó la noticia al general Franz Halder, jefe del Estado Mayor del Ejército, con el comentario de que la conducta de aquellas unidades alemanas en Polonia era «indigna de una nación culta».[28] La noticia de los sucesos de Polonia arrojaba una luz muy poco halagüeña sobre el comportamiento del comandante supremo von Brauchitsch, que esperaba que tolerando ese tipo de excesos conseguiría una relación armoniosa entre el ejército, las SS y la policía. De esa forma, Blaskowitz contribuyó a la crisis de confianza que socavó las relaciones entre el Estado Mayor del frente y el comandante supremo del ejército a finales de 1939.

A medida que los incidentes de violencia arbitraria contra los judíos y los polacos iban acumulándose en el Gobierno General, Blaskowitz decidió recopilar y enviar un tercer informe sobre la ocupación alemana y sus repercusiones en la población derrotada. En sus notas para una presentación ante el Mando Supremo del Ejército en Spala, programado para el 15 de febrero de 1940, Blaskowitz describía las consecuencias del terror alemán en unos términos inflexibles. Cabe hacer hincapié en varios aspectos de aquel complejo documento. En primer lugar, Blaskowitz no se limitaba a acusar de mala conducta a las unidades policiales en términos generales, sino que enumeraba «actos de violencia» específicos. Entre ellos figuraban los robos cometidos por miembros de las SS durante los registros domiciliarios, el maltrato a los judíos y a los polacos por las calles y en las tiendas, la incautación ilegal de caballos, con la consecuencia de que la cosecha de remolacha casi se había echado a perder, el «maltrato a los judíos y las judías», y la cohabitación de un tal *SS-Untersturmführer* Werner con la actriz judía Johanna Epstein, que se había cambiado el apellido a Petzold y se hacía pasar por una mujer de etnia alemana. El lenguaje no era sensacionalista, pero tampoco se hacía el mínimo esfuerzo por atenuar el horror y la perversidad de las acciones policiales. Por ejemplo, había una crónica del «examen de las partes sexuales» que tenía lugar a menudo cuando la policía alemana paraba y registraba arbitrariamente a las jóvenes y a las niñas. Un relato particularmente vergonzoso informaba del caso de dos jóvenes polacos, un hombre y una mujer, que fueron apaleados públicamente mientras eran obligados a cavar sus propias tumbas en Tomaszow-Lublin. La mujer, traumatizada, empezó a menstruar, lo que suscitó de un funcionario policial vestido con uniforme alemán y con el casco militar de acero reglamentario, las siguientes palabras: «y ahora tiene el periodo; tendremos que prescindir del atracón de sexo». Se dio la circunstancia que habían detenido a esa pareja por equivocación, en un caso de identificación errónea.[29]

En segundo lugar, Blaskowitz no encuadraba su informe como la protesta de un oficial a título individual, sino en nombre de un amplio estrato de comandantes de la Wehrmacht alemana en la Polonia ocupada, y

nombraba a algunos de ellos. Se citaba, por ejemplo, al comandante von Tschammer und Osten, oficial de enlace entre la Wehrmacht y el gobernador general, que denunciaba las sentencias de muerte ilegales promulgadas por funcionarios de la policía, entre ellas algunas contra miembros de la Wehrmacht. Y el informe incluía una carta del comandante del Sector Sur del Frente, el general Wilhelm Ulex, que le había escrito al OberOst protestando contra las atrocidades policiales y exigiendo la disolución inmediata de las unidades policiales. La aparición del nombre de Ulex no sorprendió a nadie en el Mando Supremo del Ejército. Ulex, un miembro entregado de la Iglesia confesante, ya había sido eliminado de la lista del servicio activo en marzo de 1939 debido a su escasa fiabilidad política, y únicamente se reincorporó cuando la invasión de Polonia era inminente y escaseaban los candidatos para los mandos superiores.

Algunos han señalado que al presentar sus argumentos contra las unidades de las SS y policiales, Blaskowitz no apelaba a los conceptos ni de humanidad ni de derechos humanos, sino que se centraba principalmente en los argumentos utilitarios. De ahí el historiador del Holocausto Raul Hilberg infería que a Blaskowitz «no le escandalizaba la idea de una acción drástica, sino tan solo la forma amateur con la que las SS intentaban manejar un ingente colectivo formado por 200.000 judíos».[30] Jochen Böhler ha argumentado que la protesta de Blaskowitz no implicaba un «rechazo general» de las medidas étnicas del régimen.[31] Y Omer Bartov ha destacado que la principal preocupación de Blaskowitz no era impedir las atrocidades en sí, sino que la Wehrmacht se mantuviera al margen «para que los militares no tuvieran que ensuciarse las manos». En ese sentido, Bartov sugiere que Blaskowitz «en realidad estaba legitimando el asesinato, igual que lo habían hecho sus colegas durante la brutal "purga" de las SA en 1934».[32]

Desde luego, desde un punto de vista actual, la brújula moral de la protesta de Blaskowitz se nos antoja estrecha. Entre las razones que alegaba a favor de la suspensión de ese tipo de actividades policiales estaba el riesgo que suponía la actitud cada vez más hostil de una parte de la población polaca para la seguridad de las tropas alemanas. Blaskowitz

observaba casi al principio del informe que se había constatado la existencia de «una organización ampliamente ramificada para la subversión y el sabotaje» apoyada por antiguos cuadros del ejército polaco en el distrito industrial de Kamienna. Era «el peligro derivado de este descubrimiento» lo que obligaba a Blaskowitz a «formular una visión general de la cuestión del trato al pueblo polaco».

> Los actos violentos cometidos en público contra los judíos provocan entre los polacos, profundamente religiosos, no solo la repugnancia más profunda, sino esa misma medida de empatía por la población judía, hacia la que anteriormente el polaco había adoptado una actitud más o menos hostil. En muy poco tiempo sucederá que nuestros archienemigos del este –el polaco y el judío– con el apoyo, lo que es peor, de la Iglesia católica, se unirán contra Alemania de un extremo a otro del país en su odio por sus torturadores.[33]

Blaskowitz volvía sobre este tema en un pasaje posterior del documento, señalando que seguir aplicando medidas terroristas podría transformar a los polacos en una nación de resistentes. Sería especialmente lamentable que los polacos de clase media-baja, que, «con un trato sensato y una administración alemana eficaz habrían trabajado para nosotros pacífica y satisfactoriamente», se vieran «empujados, por así decirlo, al bando enemigo». En resumen, el principal argumento contra la forma de gobierno arbitraria y terrorista que Alemania estaba desplegando en la Polonia ocupada era aparentemente que resultaba y seguiría resultando un medio ineficaz para controlar Polonia. Era «absurdo», advertía Blaskowitz, «masacrar a varias decenas de miles de judíos y polacos, como está ocurriendo actualmente»; con ello ni se acabaría con la idea de un Estado polaco, ni se «eliminaría» a los judíos. «Por el contrario, la forma y los medios de las matanzas ocasionan el máximo perjuicio, complican los problemas, y los hacen mucho más peligrosos de lo que serían en comparación con una acción bien pensada y centrada en conseguir determinados objetivos.»[34]

Además de estos problemas interiores, había motivos para temer el efecto de las atrocidades de Polonia en la opinión internacional. Era difícil imaginar un material mejor para la propaganda enemiga que la conducta de

la policía alemana en Polonia –teniendo en cuenta que lo que ya habían contado las cadenas de radio extranjeras no era «más que una minúscula fracción de lo que se sabe en realidad». «Tenemos que presuponer», advertía Blaskowitz, «que los aullidos de las protestas del extranjero aumentarán constantemente, y que ocasionarán su daño, tanto más teniendo en cuenta que esos horrores han sucedido realmente y no es posible desmentirlos.»[35] Puede que Blaskowitz fuera consciente de que él mismo ya había figurado en la cobertura de la ocupación polaca por la prensa extranjera, o puede que no. Un breve artículo del *New York Times* del 30 de enero de 1940 que informaba de los últimos acontecimientos en Polonia señalaba en un subtítulo que «Incluso el general Blaskowitz se planta ante las tácticas aplicadas para lograr un "exterminio racial" casi total», pero no daba detalles de la fuente de esa información.[36]

Un tema recurrente en las protestas de Blaskowitz era el argumento de que las atrocidades policiales socavaban tanto el «estatus» como la ética de la Wehrmacht, que se veía «obligada a verlo todo» mientras se llevaban a cabo los crímenes y las matanzas. No se trataba solo del prestigio de la Wehrmacht a ojos de la población polaca y de otros foráneos, sino de sus valores y estándares internos. A juicio de Blaskowitz, era particularmente amenazadora la posibilidad de que la brutalidad de la conducta policial se transmitiera a las tropas del ejército regular.

El mayor daño ocasionado por las condiciones actuales al organismo étnico alemán son el desmedido embrutecimiento y la degradación ética que se propagarán rápidamente como una plaga a través del valioso material humano alemán. Cuando los oficiales superiores de las SS y la policía hacen llamamientos a la violencia y la brutalidad y las elogian en público, significa que muy pronto el poder pasará a manos de los individuos más violentos. Con una velocidad sorprendente se irán agrupando las personas con mentalidades parecidas, con personalidades perturbadas, como ha ocurrido en Polonia, a fin de dar rienda suelta a sus instintos bestiales y patológicos. Prácticamente no existen medios para contenerlos, pues deben

de sentir, con cierta justificación, que han sido oficialmente autorizados y habilitados para cometer cualquier atrocidad.[37]

La única solución, insistía Blaskowitz, era poner inmediatamente a los culpables bajo la autoridad y la jurisdicción de las Fuerzas Armadas.

Todo ello apunta a que Hilbert y Bartov acertaban al destacar el carácter limitado de la protesta de Blaskowitz. Había cierta tendencia a subrayar lo que el propio Blaskowitz denominaba «la forma y los medios de las matanzas» más que los objetivos político-étnicos subyacentes. Resulta particularmente llamativo que el propio Blaskowitz, como de pasada, se refiriera a los judíos y a los polacos como «nuestros archienemigos del este».

Aun así, es aconsejable cierto grado de cautela. Las competencias oficiales de Blaskowitz, y su forma categóricamente marcial de entender su papel como OberOst, le animaban, como hemos visto, a centrarse en las cuestiones relativas a la seguridad y la eficacia de las Fuerzas Armadas. Pero los detalles que se aportan en los informes –como por ejemplo el relato de un testigo ocular que vio a varios policías alemanes torturando a la joven polaca y mofándose de ella– iban más allá de una justificación meramente utilitaria; su intención era despertar la ira y el asco en el lector. Y aunque no había un llamamiento por principio a los derechos humanos tal y como nos lo esperaríamos hoy en día, la invocación de los estándares humanitarios estaba presente implícitamente, sobre todo en el texto de la carta de Ulex, incorporada al informe de Blaskowitz, que interpretaba los crímenes de los alemanes como un indicador de «una carencia completamente incomprensible de sentimiento humanitario y ético». Esas no eran las palabras de alguien que aprobaba el asesinato masivo de hombres, mujeres y niños, y que simplemente quería que se llevara a cabo de una forma más decorosa. Y probablemente Blaskowitz sabía lo suficiente de sus superiores militares y de sus señores políticos, que él suponía que iban a leer su informe por encima del hombro de los comandantes militares a quienes iba

dirigido, como para comprender que los argumentos humanitarios resultaban menos eficaces que los utilitarios y prudenciales.

El informe era una petición para volver a un orden tradicional de la guerra y la ocupación centrado en aprovechar las zonas conquistadas en beneficio de los objetivos militares y económicos de Alemania. Eso no excluía ni el autoritarismo ni una disciplina draconiana. Al contrario, Blaskowitz era un militar de línea dura en cuestiones de disciplina, y para él era importante que sus superiores lo entendieran. Desde la conquista de la Polonia ocupada por Alemania, anunciaba Blaskowitz en el informe del 15 de febrero, los consejos de guerra alemanes habían ordenado «aproximadamente cien ejecuciones por fusilamiento» por actos de sabotaje y posesión ilegal de armas. Una «justicia» estricta como aquella no era incompatible, insistía Blaskowitz, con un gobierno disciplinado en la zona ocupada. La población polaca, afirmaba, «lo acepta como nuestro legítimo derecho».

Por el contrario, la campaña étnico-política de exterminio practicada por las SS y la policía acabaría inevitablemente provocando interminables perturbaciones e insurrecciones. El punto donde la oposición de Blaskowitz a ese paradigma se manifiesta con más acritud es la propuesta, al final del informe de Ulex al OberOst, de «disolver la totalidad de las unidades policiales, conjuntamente con *todos sus mandos superiores e incluyendo a todos los mandos que ostentan cargos en el Gobierno General*», que llevan meses mirando, cruzados de brazos, cómo tenían lugar esos actos de violencia, y sustituirlas de un plumazo por «unidades honorables e intactas».[38] Como sugieren estas palabras, el blanco de las iras de Blaskowitz se extendía más allá de Polonia hasta el aparato metropolitano del imperio de las SS y la policía. Así pues, pese a la estrechez de su brújula moral, la protesta de Blaskowitz equivalía a algo más que una crítica procedimental. Era un completo rechazo al exterminacionismo terrorista de las SS, formulado dentro de los confines de una conciencia política estrictamente militar, y sin duda respaldado en alguna medida –¿quién puede saberlo a ciencia cierta?– por una convicción cristiana que «no era una mera herencia de la rectoría de su padre que tenía que acarrear de acá

para allá a lo largo de la vida como un legado polvoriento», sino «una fuerza vital que buscaba una expresión en la práctica».[39]

En la época en la que redactó sus informes, Blaskowitz aún tenía esperanzas de conseguir por esa vía un cambio al más alto nivel político. Aparentemente, no era consciente de los objetivos cada vez más radicales de los máximos dirigentes políticos, ni del apoyo de Hitler a Himmler y a sus actividades, ni del ansia casi ilimitada de von Brauchitsch de que el ejército se doblegara a la voluntad de sus señores políticos. Según un recuerdo posterior del general de ejército Hollidt, jefe de Estado Mayor de Blaskowitz en Polonia, el mando oriental «al principio estuvo deficientemente informado» del giro que se había dado a la política para la zona oriental.

> Iba quedando claro, pero solo poco a poco, a raíz de los informes que nos llegaban, que los excesos se estaban produciendo a gran escala, pero seguía sin estar claro qué actos eran conformes a las órdenes y cuáles eran crímenes de unas unidades y unos grupos desmoralizados. […] Las personas del entorno del OberOst no llegamos a la conclusión de que todas aquellas medidas habían sido ordenadas desde arriba hasta pasado cierto tiempo.[40]

No obstante, el 7 de febrero de 1940, tan solo un día después de que Blaskowitz recopilara su tercer informe, Walther von Brauchitsch difundió una declaración a los puestos de mando superiores que no dejaba lugar a dudas respecto a la actitud del Mando Supremo del Ejército. «Las críticas», advertía Brauchitsch «que ponen en peligro la unidad y el poder de ataque de las tropas» deberían prohibirse, dado que «la solución ordenada por el Führer basada en las misiones étnico-políticas conduce necesariamente a unas medidas, por lo demás excepcionales y severas, contra la población polaca de la zona ocupada».[41] Como muy tarde a partir de la segunda semana de marzo, Blaskowitz ya debía de tener claro que las atrocidades cometidas en Polonia no eran excesos, sino la consecuencia lógica de la política de ocupación de los dirigentes de las SS, apoyada por el mismísimo Hitler. El 13 de marzo de 1940 por la tarde, Himmler accedió, por invitación de von Brauchitsch, a dar una conferencia sobre las medidas raciales-políticas en la zona ocupada. Al principio Himmler era reacio a

hablar sobre un tema tan espinoso en presencia de escépticos como Blaskowitz y Ulex, pero al final accedió, alentado por Brauchitsch, en aras de un mejor entendimiento entre el ejército y las SS. El hecho mismo de que se celebrara aquella conferencia es una prueba de lo seriamente que se tomaba Himmler el distanciamiento cada vez más profundo del alto mando militar en Polonia, de lo ansioso que estaba Brauchitsch por restablecer su autoridad dentro del ejército, y de las ganas que tenía la cúpula del régimen de que se cerrara la fisura entre el ejército y las SS a tiempo para la ofensiva contra Francia.[42] El discurso fue la típica actuación farragosa e incoherente del *Reichsführer-SS*, pero transmitía una imagen muy clara de las intenciones del régimen, como revelan las notas del propio Himmler que han sobrevivido:

> Ejecuciones –de los principales miembros de la resistencia– muy drásticas pero necesarias –yo mismo las he presenciado– ninguna denuncia disparatada por parte de los subordinados –ni por mi parte. Sé exactamente lo que está pasando.[43]

Fue en esa ocasión cuando Himmler realizó la famosa afirmación, anotada por Ulex: «Yo no hago nada que el Führer no sepa».[44] Como muy tarde a partir de ese instante, era imposible que a Blaskowitz, que asistía al evento con tres colegas del OberOst, le cupiera la mínima duda de la corresponsabilidad de los máximos dirigentes políticos en los sucesos de Polonia. Posteriormente alegó que el discurso de Himmler «no le había convencido».[45] Sin embargo, la reunión también dejó claro que no iba a haber un ajuste de cuentas final entre el ejército y las SS, ya que los generales, lejos de oponerse o de cuestionar el derecho de Himmler a actuar de aquella forma, no le preguntaron nada acerca de los sucesos de Polonia. Estaba claro que, al margen de las expresiones privadas de solidaridad, ni Blaskowitz ni sus argumentos iban a recibir apoyo de los altos mandos militares.

En cualquier caso, Blaskowitz siguió elaborando dosieres sobre los crímenes de las SS en Polonia. Estaba en los peores términos posibles con el gobernador general, Hans Frank, al que le molestaban las actividades del

general y las consideraba una afrenta a su autoridad y una «violación de sus derechos». El 24 de abril, Blaskowitz llegó al extremo de presentarse en el despacho de Wilhelm Keitel, jefe del Mando Supremo de la Wehrmacht, con otros dos dosieres, de los que uno contenía pruebas fotográficas terribles de las atrocidades de Polonia. Keitel se negó a abrirlos siquiera, alegando que eso era un asunto de las SS que no tenía que ver con el alto mando militar.[46] A finales de abril de 1940, un invitado del Gobierno General de Polonia informaba de que el comandante supremo del Este seguía teniendo la sensación de que aún controlaba la situación, de que él era «el hombre que manda en realidad».[47] Pero lo cierto era que Blaskowitz ya estaba completamente aislado entre los máximos escalafones del ejército alemán.[48] El 14 de mayo de 1940 fue relevado de su mando. No hubo ninguna protesta por parte de sus superiores militares.

En un primer momento, a Blaskowitz le asignaron el mando supremo del 9.º Ejército, una unidad de reserva que se estaba preparando para la campaña de Francia. Pero, al cabo de tan solo dos semanas, fue relevado de ese puesto y trasladado, el 30 de mayo de 1940, a la reserva de mando en Dresde. El 9 de junio de 1940 llegó su nombramiento como comandante militar del Norte de Francia, pero también causó baja en ese destino –aparentemente a instancias de Himmler– al cabo de solo dos semanas. Le llegó una evasiva carta de condolencias de Brauchitsch anunciándole que él mismo había decidido asumir el cargo de comandante militar del Norte de Francia, y que ya no quedaba ningún destino adecuado para un general del rango y la veteranía de Blaskowitz:

> Entiendo perfectamente que este cambio, al cabo de un plazo tan corto, le resulte doloroso. Espero que la conciencia de haber rendido un gran servicio a la Patria en un momento decisivo de esta guerra le ayude a sobrellevar el hecho de que tras el cese de las hostilidades ya no exista la posibilidad de un nombramiento de una relevancia comparable.

Brauchitsch terminaba la carta asegurándole a Blaskowitz que lo que le había llevado a tomar esa decisión eran exclusivamente «consideraciones profesionales» y «no cualquier otro tipo de intervenciones».[49]

Brauchitsch mentía: ya era evidente que las posibilidades de ascender en las Fuerzas Armadas de Blaskowitz se habían malogrado a raíz de sus protestas en Polonia. Y lo que eso significaba quedó claro el 19 de julio de 1940, cuando otros doce generales de ejército fueron ascendidos al rango de mariscal de campo. Cada uno recibió de manos de Hitler en persona un suntuoso bastón de mando valorado en 6.000 marcos imperiales y abonado con los fondos discrecionales del Führer. En el discurso que pronunció en la ceremonia, Hitler hizo hincapié en la importancia de la unidad del pueblo alemán y en lo «absolutamente necesario» que era «que la Wehrmacht también se pronuncie completamente a favor del pensamiento nacionalsocialista». Resultaba difícil pasar por alto la ausencia de Blaskowitz –fue el único general de ejército al que no se le concedió el ascenso a mariscal de campo, y permaneció en ese cargo hasta el derrumbe del régimen. Pero tampoco puede decirse que equivaliera a la ruina personal: como general de ejército, Blaskowitz seguía recibiendo del régimen el regalo mensual libre de impuestos de 2.000 marcos asignado a los oficiales de su graduación, una disposición introducida por Hitler en agosto de 1940 a imitación de los emperadores de la antigua Roma, que repartían regalos a sus generales como medio para comprar su lealtad. A pesar de todo, era un claro indicio de que Blaskowitz había caído en desgracia.[50]

No pudo encontrarse un destino adecuado para Blaskowitz hasta el 25 de octubre de 1940, esta vez como comandante en jefe del 1.º Ejército estacionado en el norte de la Francia ocupada. No era precisamente el tipo de empleo que buscaba Blaskowitz. El 11 de noviembre de 1942, poco después del desembarco aliado en el Norte de África, y a raíz de un acuerdo con los líderes del Gobierno de Vichy, las unidades del ejército de Blaskowitz entraron en la Francia no ocupada sin encontrar ningún tipo de resistencia. Pero aparte de eso, el comandante del 1.º Ejército se dedicaba principalmente a dirigir el aspecto militar de la ocupación. Blaskowitz se entregó a las tareas de instrucción con su dedicación habitual. Su misión consistía sobre todo en preparar a los soldados destinados a servir en Rusia para las «peculiares condiciones de combate en el Este». Esto requería

cuidadosos preparativos en una amplia gama de áreas, desde las «instrucciones prácticas sobre higiene en invierno» y «la habituación de hombres y animales a los efectos del frío y de los cambios de temperatura», hasta la instrucción especial de las tropas anticarro, ya que los combates en la Unión Soviética habían demostrado que resultaban indispensables.[51]

Para un oficial estacionado en el sur de Francia, era difícil, como bien sabía Blaskowitz, mantenerse al corriente de los últimos acontecimientos en Rusia. Además de los reportes oficiales del Mando del Ejército, Blaskowitz se informaba a través de su correspondencia con antiguos colegas que ahora combatían en el este. Por ejemplo, en una carta del 15 de septiembre de 1943, Blaskowitz le daba las gracias a su antiguo jefe de Intendencia, el general de ejército Jaenecke, que le había transmitido sus «francas» descripciones de la situación en Rusia. «A mí, que he sido mantenido al margen del conflicto durante años, me resulta por supuesto extraordinariamente valioso escuchar de fuentes bien informadas cómo se han visto condicionadas y alteradas las condiciones de combate con el paso de los años. Únicamente [con esa ayuda] puedo ser capaz de mostrarle a mis hombres un cuadro aproximado de cómo pueden ser algún día las cosas para nosotros».[52]

En Francia, Blaskowitz intentó, igual que lo había hecho en Polonia en unas condiciones mucho menos favorables, establecer una relación constructiva con la población local. En el verano de 1941, Blaskowitz instó a las tropas alemanas destinadas a apoyar la agricultura francesa que «pensaran de forma altruista» en su tarea. No era solo «cuestión de cosechar para el propio ejército, sino muy por encima y más allá de esta necesidad de ayudar al país y a su población».[53] Una vez más, Blaskowitz invocaba un principio que había formulado hacía dieciocho meses en su primer informe sobre Polonia, a saber que «los actos de violencia por sí solos no bastan para garantizar la seguridad y la paz del país [ocupado]», y que estas únicamente podían asegurarse «a través de la creación de una población pacificada y abastecida de los bienes más necesarios».[54]

Los primeros tres años y medio en Francia fueron relativamente tranquilos. En mayo de 1944, a Blaskowitz le asignaron el mando del

Grupo de Ejércitos G, formado recientemente a partir del 1.º y el 9.º Ejércitos. El nombramiento coincidió con un recrudecimiento de las actividades de la Resistencia por todo el Macizo Central. Tras los desembarcos aliados en Normandía, la actividad de la Resistencia se amplió espectacularmente. Los dirigentes alemanes respondieron con unas contramedidas brutales. El 17 de junio, Blaskowitz recibió tres cartas de los prefectos de la región de Toulouse protestando por los crímenes cometidos contra civiles franceses a manos de los soldados alemanes que participaban en las operaciones de represión «antiterrorista». En su respuesta, Blaskowitz insistía en el derecho del ejército alemán a defenderse contra el terrorismo con todos los medios a su alcance. Si había que aplicar métodos de combate que eran «nuevos para Europa occidental», proseguía Blaskowitz, era preciso tener en cuenta que los métodos terroristas de combate también representaban una novedad para las condiciones de Europa central. En una «lucha tan traicionera, donde es imposible distinguir entre amigos y enemigos», era inevitable que «de vez en cuando entre las víctimas haya individuos inocentes». Por consiguiente, evitar el derramamiento de sangre inocente únicamente sería posible si las propias autoridades y la población francesas hacían imposible la campaña terrorista.[55]

Aunque seguía siendo improbable que la población francesa ayudara a los alemanes en ese sentido, Blaskowitz seguía insistiendo en que la actividad contrainsurgente alemana en el sur de Francia se realizara en la medida de lo posible de conformidad con las normas del derecho internacional.[56] En su orden para el ejército del 17 de junio de 1944, por ejemplo, Blaskowitz se distanciaba públicamente de la conducta de las unidades de las SS que tan solo una semana antes habían asesinado a seiscientas mujeres, hombres y niños en Oradour-sur-Glane, con el pretexto de una campaña antiterrorista.

El Grupo de Ejércitos G era responsable de defender la costa meridional francesa después de los masivos desembarcos en el norte. Pero Blaskowitz no disponía ni de las tropas, ni del armamento, ni de la munición que necesitaba para llevar a cabo su misión con éxito. Durante años –primero en

el Este y ahora en el frente de Normandía– le habían privado de todas las reservas disponibles. Hitler no aprobó los recursos pertinentes hasta el 16 de agosto de 1944, al día siguiente del desembarco aliado en la costa mediterránea francesa, cuando ya era demasiado tarde para que sirviera de algo. Ahora a Blaskowitz le encomendaban llevar a sus ejércitos de vuelta hasta la frontera de Alsacia-Lorena. A pesar de los esfuerzos de los estadounidenses por rodear a los ejércitos de Blaskowitz mediante una persecución con desbordamiento por el flanco, la retirada fue un éxito.[57] Blaskowitz fue recompensado con las Hojas de Roble a la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro. Pero casi al mismo tiempo, en contra de la recomendación de Rundstedt, Blaskowitz fue relevado de su mando y trasladado una vez más (el 21 de septiembre de 1944) a la reserva de mando, y de ahí fue destinado, el día de Nochebuena de 1944, al mando del Grupo de Ejércitos G en el flanco sur del Frente Occidental, y después transferido, el 28 de enero de 1945, al mando del Grupo de Ejércitos H en el flanco norte. Blaskowitz demostró una impresionante habilidad para organizar retiradas a gran escala bajo una fuerte presión y sin cobertura aérea, pero eso no le bastó para ganarse el respeto de Hitler y sus compinches, que habían llegado a la conclusión de que el general de ejército carecía de la fortaleza para «ponerse en pie y combatir».[58]

Motivado por la convicción de que «debemos prevalecer por el futuro de nuestro pueblo»,[59] Blaskowitz procuró mantener la disciplina de sus fuerzas, en inferioridad numérica y material, mediante la amenaza de penas draconianas. Una orden del 5 de marzo de 1945, firmada por Blaskowitz, anunciaba que los soldados que se ausentaran de sus unidades serían «condenados y fusilados sumariamente» por los recién creados consejos de guerra de campaña.[60] Cuando los ejércitos del Grupo de Ejército H tuvieron que dividirse ante el empuje de las unidades del 21.º Grupo de Ejércitos británico-canadiense, y Holanda quedó aislada del Reich, Blaskowitz fue nombrado –¡el 7 de abril de 1945!– comandante supremo de Países Bajos, ahora conocido como «la Fortaleza Holanda», que estaba formado por dos mandos generales muy debilitados y lo que quedaba del 25.º Ejército. El 2 de mayo, Blaskowitz colaboró con los comandantes aliados locales en las

medidas diseñadas para aliviar la crisis de subsistencia que afectaba a la población civil de los Países Bajos. Pero seguía estando estrictamente en contra de una capitulación por separado mientras siguiera habiendo resistencia en Alemania. Blaskowitz se rindió al teniente general Charles Foulkes, comandante del 1.º Cuerpo canadiense, el 5 de mayo de 1945, cinco días después de que Hitler se suicidara en su búnker. Su primer acto a su regreso de la reunión con Foulkes fue cancelar la ejecución de treinta civiles holandeses que habían sido detenidos tras una escaramuza con los combatientes de la resistencia holandesa y que estaban a punto de ser fusilados.[61] Sin embargo, incluso tras el fin de las hostilidades, y después de haber entregado todo el armamento de su ejército a los Aliados, Blaskowitz siguió ordenando ejecuciones de soldados juzgados culpables de desertar de sus unidades. El 17 de mayo de 1945, ordenó la ejecución de diez soldados alemanes que habían intentado escapar vestidos de paisano, y para ello tuvo que pedir prestados los fusiles y la munición a las tropas canadienses.[62]

En retrospectiva, puede que resulte extraño que Blaskowitz no intentara establecer contacto con los círculos de la resistencia militar después de sus experiencias en Polonia, y que estos tampoco se pusieran en contacto con él. Cuando se enteró del fallido intento de asesinato contra Hitler el 20 de julio de 1944, Blaskowitz ordenó enviar una nota suya al cuartel general del Führer donde le aseguraba que los soldados del Grupo de Ejércitos G «se unirían aún más estrechamente a su alrededor después de este execrable crimen».[63] Hoy es imposible saber por qué lo hizo. Puede que temiera que el recuerdo de su postura respecto a Polonia diera pie a la sospecha de que él estaba implicado en la conspiración, o puede que simplemente esperara mantener los pagos discrecionales mensuales que seguía recibiendo del régimen durante al último año de la guerra.[64] No hay pruebas que sugieran que Blaskowitz protestara ni una sola vez contra la deportación de los judíos de la Francia ocupada. Los formularios de evaluación del ejército sobre Blaskowitz que se tramitaron en mayo de 1944 y abril de 1945 calificaban su punto de vista político como «nacionalsocialista», pero cabe la posibilidad de que Rundstedt, que fue el autor de ambas evaluaciones, simplemente estuviera intentando proteger de nuevos traslados humillantes

a su subordinado –lo que es seguro es que Blaskowitz nunca se afilió al Partido.[65] En cualquier caso, es improbable que el motivo de la persistente lealtad de Blaskowitz al régimen fuera un apego ideológico al nacionalsocialismo. Era mucho más importante el concepto que tenía de su vocación como oficial alemán.

La profesionalidad militar de Blaskowitz le permitió actuar de acuerdo con sus principios, aunque ello le enfrentara al *Zeitgeist* político. Pero esa misma profesionalidad también conllevaba cierta estrechez de miras. La postura declaradamente apolítica de Blaskowitz y su rigor militar hacían a Blaskowitz poco idóneo para cualquier tipo de resistencia política. El diplomático Ulrich von Hassell, una figura clave de la resistencia civil, así lo reconocía cuando fue a Francia a visitar a Blaskowitz en octubre de 1943, con intención de sondear al autor de los famosos dosieres polacos. El resultado fue decepcionante. «Conversaciones con Blaskowitz no muy fructíferas», apuntaba von Hassell en su diario. «Básicamente ve las cosas desde un punto de vista puramente militar.»[66] Desde ese punto de vista tan limitado, las preguntas sobre el carácter moral del régimen se veían inevitablemente eclipsadas por el deber –para con sus superiores militares, para con las tropas bajo su mando, y para con el pueblo alemán, cuyo destino, al margen de lo que cada uno pensara del régimen de Berlín, ahora pendía de un hilo.

Blaskowitz pasó los tres últimos años de su vida en cárceles militares, en un primer momento en Dachau, donde estuvo un tiempo en una celda de aislamiento sin ventanas, después en la prisión de Steinlager Allendorf, cerca de Marburgo, y por último en el complejo penitenciario de Núremberg. En febrero de 1948 fue citado a declarar en el marco del «Juicio a los generales», donde se iba a juzgar a «Ritter von Leeb y camaradas» por librar una guerra de agresión y por crímenes de guerra cometidos en Polonia y en Francia. Mientras estuvo encarcelado, Blaskowitz fue interrogado repetidamente sobre una amplia gama de cuestiones relativas a la argumentación de la acusación –su presencia en las reuniones en la cumbre donde se planificaron las campañas de agresión, el uso de mano de obra civil forzosa en las fortificaciones de Francia, las

técnicas aplicadas en la guerra contra la Resistencia francesa, y el fusilamiento de comandos y prisioneros de guerra por unidades que oficialmente estaban bajo su mando.[67]

La lista de cargos contra Blaskowitz incluía «librar una guerra agresiva e ilegal», el traslado y distribución de órdenes que autorizaban actos criminales contra el personal militar aliado (como la Orden de Comandos del 18 de octubre de 1942, que estipulaba que a los comandos enemigos había que fusilarlos en el acto), y el empleo ilegal de trabajadores civiles para tareas de fortificación. Además, Blaskowitz estaba acusado de distribuir entre las unidades del Grupo de Ejércitos G una orden de Rundstedt que afirmaba que en los sectores donde se hubiera observado la presencia de fuerzas de la Resistencia, todos los hombres aptos de entre dieciocho y 55 años de edad debían ser arrestados para su deportación a Alemania. La acusación citaba el caso de sesenta ciudadanos franceses que fueron detenidos en el verano de 1944 por el 62.º Cuerpo de Reserva del Grupo de Ejércitos para su deportación a Alemania como mano de obra.[68]

El abogado de Blaskowitz, Hans Müller-Torgow, se puso manos a la obra para reunir testimonios en defensa de su cliente. Aunque había testigos dispuestos a testificar sobre las protestas desde Polonia, fue imposible encontrar los dosieres en cuestión. Los testigos que le daban su apoyo presentaron declaraciones juradas reafirmando la profunda fe cristiana de Blaskowitz, sus intervenciones humanitarias en defensa de los civiles de las zonas ocupadas que estaban bajo su control, y su «distancia interior» de la cúpula política –Müller-Torgow le había asegurado a los testigos que iban a dar fe de su buena conducta que casi con total seguridad una declaración que mencionara esos tres temas sería de gran ayuda para su cliente.[69] Pero en cualquier caso, a Blaskowitz se le consideraba un caso comparativamente leve, y el abogado estadounidense designado para supervisar su defensa le dio a entender que podía esperar que le absolvieran.

Así pues, tanto mayor fue la conmoción cuando Johannes Blaskowitz, en el trayecto de vuelta de una visita al barbero por la mañana del primer día de su juicio, saltó por encima de la barrera y se arrojó por el patio interior del anexo de la cárcel de Núremberg. Sus amigos y conocidos le

daban vueltas a los motivos del suicidio. Algunos especulaban que por ese medio pretendía evitar dar algún testimonio que pudiera poner en riesgo a sus compañeros oficiales ante el tribunal; otros sugerían que ni siquiera la perspectiva de salir absuelto podía compensar la repugnancia de Blaskowitz ante la idea de reconocer a un tribunal cuya legitimidad no aceptaba.[70] Pero eso son suposiciones piadosas. El abogado Hans Müller-Torgow, que fue quien más vio a Blaskowitz durante los últimos días de su vida, sin duda dio en el clavo cuando observó que durante los últimos días su cliente había caído en «un pronunciado pesimismo que era totalmente desproporcionado respecto a sus perspectivas reales».[71] Podemos ver un atisbo de ese estado de ánimo en una de las últimas cartas del preso: «Pensando en mí mismo, ahora veo lo bueno que pretende ser Dios cuando nos oculta nuestro destino».[72]

En su rechazo parcial y condicional a algunos rasgos específicos del régimen nacionalsocialista, el general de ejército Johannes Blaskowitz ejemplifica la insuficiencia de cualquier paradigma que identifique «la conformidad y la resistencia como las dos actitudes observables de la población [alemana] hacia el Estado nazi».[73] Blaskowitz no era un resistente, en el sentido de alguien que rechazaba y se oponía al régimen de forma global (por el contrario, tanto Helmuth Stieff y Helmuth Groscurth posteriormente se unieron a la resistencia y fueron ejecutados por el papel que desempeñaron allí). Por otra parte, su comportamiento en Polonia tampoco cae dentro de la difusa categoría de *Resistenz* (no conformidad), acuñada por Martin Broszat para designar las expresiones fragmentarias del descontento cotidiano, las «muchas formas “pequeñas” de valor civil que cabría esperar de todo contemporáneo».[74] El concepto de «negativa» de Richard Löwenthal, que denota una resistencia limitada y basada no en los principios sino en formas menos espectaculares de no conformidad, se aproxima más.[75] Pero la protesta de Blaskowitz no estaba formulada en el idioma de la no conformidad cotidiana; era conspicua e incluso provocativa. Y tampoco era «carente de valores», dado que encarnaba e invocaba un

sistema específico de valores militares.[76] Aunque podemos discernir ciertas continuidades de principio en la conducta de Blaskowitz, como por ejemplo su preocupación por operar siempre que fuera posible dentro de las normas de un «orden de guerra» tradicional, el carácter esporádico de su protesta contra las políticas étnico-políticas del régimen nos recuerda que la relación entre la conformidad y la no conformidad no es lineal. Muchas personas «zigzagueaban» de un lado a otro entre la conformidad y distintas formas de disidencia, haciendo gala de «la permanencia de distintos modos de comportarse».[77]

En vez de cortar el salchichón de la no conformidad en rodajas taxonómicas cada vez más finas, tal vez deberíamos preguntarnos por el impacto más en general de ese tipo de rechazos parciales a la política del régimen. Un rasgo distintivo de los libros más recientes sobre las dictaduras europeas ha sido su atención a la miríada de alianzas de conveniencia y de modalidades de interacción que vinculaba a los gobernados con «su» régimen.[78] La estabilidad y la eficacia del régimen nazi, al igual que las de su homólogo italiano, no dependían tanto del apoyo de unos adeptos fanáticos como de la aquiescencia y el apoyo condicional de una mayoría, cuyos intereses y cosmovisiones no se solapaban más que parcialmente con los de los máximos dirigentes políticos. Desde hace tiempo sabemos que «las disensiones y los conflictos» llenaban la vida de la «gente corriente» en el Tercer Reich, que se conformaba con cosechar los beneficios de determinadas políticas del nazismo sin asumir ni refrendar incondicionalmente las doctrinas, las políticas o la propaganda del Partido.[79] Lo mismo puede decirse de muchos de los que sirvieron al régimen desde posiciones de máxima autoridad. En un sugerente pasaje de su diario, Joseph Goebbels observaba a propósito de Sepp Dietrich, un desalmado comandante de las Waffen-SS, que su valor para el régimen radicaba precisamente en que no era un nacionalsocialista en sentido ideológico, y por consiguiente resultaba atractivo para un colectivo mayor que el de los fieles del Partido.

Tal vez podría afirmarse algo análogo de Johannes Blaskowitz, un pedagogo carismático y un comandante de tropas cuyo nombre siguió

siendo sinónimo entre los oficiales, y a lo largo de toda la guerra, de una decidida defensa de las normas militares tradicionales frente a las expresiones más radicales de la política del régimen. Es dudoso que su atribulada ambivalencia y su audaz postura en Polonia debilitaran realmente al régimen. Por desgracia, lo contrario puede ser cierto, a saber, que muchas personas que eran conocidas por su objeción por principio a algunos rasgos específicos del régimen, pero que a pesar de todo siguieron prestándole sus servicios, tuvieron un sutil pero importante efecto de estabilización del régimen.

Psicogramas desde el Tercer Reich

En una anotación de su diario el 11 de agosto de 1936, el escritor y periodista alemán Friedrich Percyval Reck-Malleczewen recordaba su primer encuentro con Adolf Hitler. Fue en 1920, en la casa que tenía en Múnich su amigo el compositor y director de orquesta Clemens von Franckenstein. Entre los tapices gobelinos y los paneles de mármol (en aquella época Franckenstein vivía en la Villa Lenbaj) estaba sentado Hitler, con unas polainas y un sombrero blando de ala ancha, empuñando una fusta de cuero. Daba la sensación –o por lo menos a Reck sí– de encontrarse incómodo en aquel opulento escenario, y estaba sentado en el borde de una silla, ajeno a los matices de la conversación de su anfitrión, «aferrando vorazmente las palabras como un perro con trozos de carne cruda». Al final se puso en pie y se marcó un largo y vituperante monólogo, sin dejar de darse zurriagazos en la bota con la fusta de equitación. Los sirvientes de Franckenstein acudieron a toda prisa, pensando que alguien estaba atacando a su empleador. Después de que Hitler soltara su perorata y se marchara, hubo un largo y desconcertado silencio. Entonces Franckenstein se puso en pie y abrió una de las grandes ventanas que daban al jardín.

> No era que nuestro lúgubre invitado estuviera mal aseado, ni que hubiera viciado el aire de la sala, como ocurre a menudo en un pueblo bávaro. Pero el aire fresco disipó la sensación de opresión. No era que en la sala hubiera habido un cuerpo impuro, sino otra cosa, la esencia impura de una monstruosidad.

Al margen de si esta escena realmente tuvo lugar tal y como nos la describen (Reck-Malleczewen era dado a los embellecimientos fantasiosos), sería un error interpretar la estampa como emblema de la relación de Hitler con las viejas élites alemanas. Ya desde el principio, como ha mostrado el historiador francés Fabrice d'Almeida, Hitler creó su propia red de contactos con los grandes y los buenos, con un éxito considerable. Entre sus primeros patrocinadores estaban los Bechstein, dueños de la empresa de pianos. Le invitaban a las recepciones en su casa de Múnich y le colmaban de regalos, como por ejemplo su primer automóvil de lujo, un Mercedes rojo valorado en 26.000 marcos. Elsa Bruckmann, nacida princesa Cantacuzena de Rumanía, presentó a Hitler a los adinerados industriales que frecuentaban el «*salon* Bruckmann» y le regaló su primera fusta de montar (hasta ese momento había llevado un bastón). De hecho, las tres valiosas fustas de cuero de Hitler fueron regalos de damas de la alta sociedad. A lo largo de la década de 1920, el acceso de Hitler a la sociedad de la élite aumentó sin cesar. No había necesidad de que Hitler se asimilara a las normas sociales de sus anfitriones, ya que su atractivo consistía precisamente en sus modales toscos, un tanto zafios, y en el «aroma de aventura» que le rodeaba. Cundía una indudable excitación cuando hacía su entrada en un salón un invitado que dejaba su pistola y a sus guardaespaldas en la puerta.

El movimiento nazi consiguió partidarios en lo más alto de la élite tradicional a la que se podía llegar. Entre los más estrechos colaboradores de Hermann Göring estaba el príncipe Augusto Guillermo de Prusia, hijo del káiser, que empezó a interesarse por el nazismo en 1926 y se afilió a las SA en 1930. A través de Augusto Guillermo, Göring pudo acceder a su hermano, el príncipe heredero Guillermo de Prusia, y a los príncipes de Hessen, Christoph y Philipp. Göring era conocido (lo que molestaba a algunos nazis) por la aduladora atracción que sentía por las personas de alta cuna, pero no era el único. Himmler también tenía como objetivo la nobleza, pues estaba firmemente convencido de que sus miembros encarnaban los principios de la crianza selectiva defendida por sus SS. En 1938, casi un 20 % de todos los oficiales superiores de las SS eran nobles

con título (entre los rangos de los oficiales subordinados la cifra era del 10 %). A partir de una muestra de 312 familias de la vieja nobleza, el historiador Stephan Malinowski encontró 3.592 personas que se afiliaron al Partido Nazi, incluidos 962 que lo hicieron antes de la toma del poder, en enero de 1933. Entre aquellos nobles nazis había miembros de las familias más antiguas y distinguidas las regiones al este del Elba: los Schwerin aportaron al Partido 52 miembros; los Hardenberg, veintisiete; los Tresckow, treinta, y los Schulenburg, 41.

Las familias de más alta alcurnia, descendientes de las dinastías gobernantes de los principados alemanes, fueron especialmente susceptibles al atractivo del Partido. El duque Ernst August de Braunschweig (casado con una de las princesas de Prusia) era un donante habitual del Partido y un estrecho colaborador de varios dirigentes nazis (aunque nunca llegó a ser un nazi con carnet); el duque Carl Eduard de Sajonia-Coburgo y Gotha (nieto de la reina Victoria, nacido príncipe de Gran Bretaña e Irlanda, y al que sus amigos británicos llamaban Charlie Coburg), se afilió al Partido en 1933 y llegó a ser *SA-Gruppenführer* en 1936. Algunas familias principescas acudieron en masa al Partido –catorce miembros de la Casa de Hesse, diez de la dinastía Schaumburg-Lippe, veinte de la de Hohenlohe, etcétera. En total, parece que entre un tercio y la mitad de los miembros elegibles de las familias principescas de Alemania se afilió al Partido. Como observaba el experto estadounidense Jonathan Petropoulos en su estudio de los príncipes de Hessen, si los príncipes hubieran constituido una profesión «habrían rivalizado con los médicos por ser el gremio más nazificado del Tercer Reich (la afiliación de los médicos alcanzó su máximo en 1937, con el 43 %)». El propio Reck-Malleczewen pudo constatar la magnitud del apoyo de las élites cuando acudió a un club nocturno del Berlín a principios de 1939 y se lo encontró abarrotado de «jóvenes de la nobleza rural, todos ellos vestidos con el uniforme de las SS».

El interés por la relación entre las élites tradicionales de la sociedad alemana y el movimiento nacionalsocialista es relativamente reciente. Hay distintos motivos: la celebración de la resistencia militar de Alemania como la piedra fundacional moral de la nueva República Federal creaba un

vínculo implícito entre la nobleza y la oposición por principio a la criminalidad nazi; muchas fuentes archivísticas relevantes siguen en manos de las familias, y algunas están menos dispuestas que otras a apoyar la investigación; y durante mucho tiempo mucha gente creía que el nazismo fue esencialmente un movimiento de la pequeña burguesía con movilidad hacia abajo –pequeño comercio, oficinistas, comerciantes y funcionarios de bajo nivel, que vieron en la política racista y autoritaria del movimiento la promesa de un rescate del *déclassement* y la proletarización. Por supuesto, los nobles eran un grupo social demasiado pequeño como para hacer una contribución relevante –como votantes– al éxito electoral de los nazis, pero d'Almeida y Malinowsky sin duda tienen razón cuando sugieren que la íntima relación entre algunos sectores de la cúpula dirigente nazi y una parte del estrato social más alto contribuye a explicar por qué una camarilla de veteranos políticos alemanes, en su mayoría de origen noble, estuvieron dispuestos a confiarle al líder nazi el cargo de canciller en enero de 1933.

Una vez en el poder, los nazis hicieron todo lo posible por atraer a los elementos más conformes y entusiastas de la alta sociedad alemana. Por ejemplo, de los 316 invitados al banquete de boda de Göring con la actriz Emmy Sonnemann en abril de 1935, aproximadamente el 20 % tenían alguna relación con familias nobles (la media para el conjunto de la población era de aproximadamente el 1,5 %). Las principales figuras de la cúpula nazi pugnaban por dar las fiestas más grandes y extravagantes. Durante los Juegos Olímpicos de 1936, Ribbentrop organizó una fiesta para más de setecientos invitados en su palacete de Dahlem; Göring invitó a más de 2.000 personas a una fiesta en los jardines del Ministerio de Aviación, y Goebbels los superó a todos con una suntuosa velada en la isla del Pavo Real, en el río Havel, donde los invitados tenían a su disposición un servicio de lanchas transbordadoras tripuladas por marineros vestidos con inmaculadas libreas.

Entre la alta sociedad nazi que empezó a cobrar forma en aquellos eventos había famosos del mundo del cine, de la música, del arte, del teatro, la política y el deporte. El régimen estaba siempre presente en los deportes-espectáculo más prestigiosos, sobre todo si incluían aviones, caballos y

coches potentes. Hitler presenció, junto con otros 300.000 espectadores, durante el Gran Premio de Alemania en el circuito de Nürburgring en 1935, el momento en que Manfred von Brauchitsch, sobrino del Walther von Brauchitsch que pocos años después sería comandante supremo del ejército entre 1938 y 1941, se ponía en cabeza de la carrera a bordo de su Mercedes-Benz W25, por delante del pesado Alfa Romeo de Tazio Nuvolari. Hitler compartió con la multitud alemana la amarga decepción cuando reventó un neumático trasero del Mercedes a solo ocho kilómetros de la meta, y al ver que Nuvolari le adelantaba a toda velocidad y se hacía con el premio. Tan seguros habían estado los organizadores de una victoria alemana que no disponían de una grabación del himno nacional italiano para que se escuchara por la megafonía; afortunadamente, Nuvolari pudo prestarles su propio disco de la *Marcia Reale*, porque siempre lo llevaba como amuleto de la buena suerte.

Eran especialmente populares las carreras de caballos por su asociación con la cría selectiva. Göring transformó el Grand Prix de Berlín en el Gran Prix de la Capital del Tercer Reich, promocionado a bombo y platillo. El ganador recibía 100.000 marcos, el mayor premio jamás concedido en un hipódromo, y el evento fue apoyado mediante una campaña de prensa coordinada por Goebbels y su Ministerio de Propaganda. En marzo de 1938, el propio Hitler creó un nuevo certamen, el premio de Honor Union Klub, con un premio de 40.000 marcos, y dotado de un capital suficiente como para durar un siglo. En aquellos rutilantes eventos, las celebridades sociales del Tercer Reich lucían sus mejores galas y alardeaban de su éxito ante las cámaras de la prensa internacional.

En el proceso de estrechar lazos con las élites de la alcurnia, de la riqueza y de los logros deportivos, los nuevos dirigentes se reinventaron como una casta privilegiada, definida por su lujo ostentoso. Göring tenía casas en Berlín, Múnich y el Obersalzberg, así como una extensa finca llamada Karinhall, que se decoró como un pabellón de caza de grandes dimensiones. También Bormann y Speer tenían amplias propiedades, y Ribbentrop era dueño de un gran número de mansiones, de bloques de apartamentos urbanos y de fincas campestres. Prácticamente todos los peces

gordos del Partido adquirieron importantes colecciones de arte. Göring ordenó a sus marchantes de arte que rebuscaran cuadros por toda Europa. Había varios centenares de cuadros en su galería de Karinhall, entre ellos obras de Durero, Cranach, Fragonard y Boucher. En el momento de su arresto, Göring había reunido 1.375 cuadros, 250 esculturas y 168 tapices. Hitler también se rodeó de cuadros en todas sus residencias, entre los que había obras de Cranach, Durero y Holbein. La ocupación de Francia le permitió a Ribbentrop hacerse con cuadros de Utrillo, Monet, Degas, Bonnard y Braque a precio de saldo. Incluso el relativamente modesto Himmler coleccionaba bronces etruscos y adquirió una obra maestra de Brueghel.

Las élites gobernantes, por supuesto, a menudo han procurado distinguirse mediante la adquisición de prestigiosos objetos culturales. Pero aquellas colecciones cumplían una función política, además de cultural. Ese era el deslumbrante anverso de la ignorancia troglodita que subyacía a la denigración del «arte degenerado» y a las listas negras de artistas. Las colecciones de arte proyectaban las pretensiones culturales del régimen; todos los dirigentes nazis las utilizaban como recursos propagandísticos, y convocaban a los periodistas y a los fotógrafos siempre que hacían alguna adquisición o una donación oficial.

Sobre todo, reunir y exhibir tamañas cantidades de botín era una demostración de la personalización del poder que impregnaba la sociedad alemana a partir de 1933, y no solo en el punto álgido del régimen. Fabrice d’Almeida ha sugerido que hacer regalos y dispensar favores era uno de los principales instrumentos de la autoridad nazi. Se diseñó una política de rebajas fiscales a medida para las artes escénicas; entre los beneficiarios figuraban el actor de cine Hans Albers y el director de orquesta Wilhelm Furtwängler, pero también figuras mucho menos prominentes de los centros provinciales. A los gestores culturales y a los propios artistas se les dejaba bien claro que se trataba de convenios individuales, por los que cada uno de los beneficiarios establecía una relación personal con quienes detentaban el poder. No tenía nada que ver con ser o no miembro oficial del Partido; era una modalidad de clientelismo que trascendía el Partido y su base de apoyo

ideológico. Esos mismos mecanismos operaban en el ejército alemán, donde Hitler utilizaba cuantiosos regalos de dinero en metálico y de bienes inmuebles para ganarse la lealtad de los oficiales superiores. Muchos de aquellos comandantes (me vienen a la cabeza Manstein, Rundstedt, von Kluge y Guderian), que posteriormente afirmaron que se habían abstenido de unirse a la resistencia debido a sus reparos morales, alegando que habían prestado juramento de lealtad, olvidaban mencionar que también habían sido sobornados por Hitler con grandes regalos secretos de dinero.

El intercambio de regalos también contribuía a cimentar la estructura interna del Partido y sus órganos. Hitler estaba constantemente haciendo regalos: jarrones, juegos de té, dulces, lámparas, libros, cigarros, acuarelas pintadas por él mismo. En 1935, a Goebbels le regaló un tocadiscos estereofónico (en aquella época era el súmmum de la tecnología de sonido alemana), y a Göring le regaló un cuadro de Adolf Ziegler, un artista ridiculizado como «el pintor de vello púbico del Reich» por sus céreos desnudos eugénicos. También Himmler se convirtió en un asiduo traficante de regalos. En su despacho había un archivo sobre ochenta altos cargos de las SS donde se registraban meticulosamente todos los regalos que les hacía por su cumpleaños y en Navidad. El día de Navidad de 1933, el *Obergruppenführer* Prützmann recibió un retrato de Himmler: imagínense ustedes la expresión de satisfacción de los rostros de sus familiares cuando vieron surgir del envoltorio de papel el semblante del *Reichsführer-SS*. Al igual que los príncipes de eras pasadas, los dirigentes nazis concedían privilegios de caza a sus subordinados preferidos. Göring, entre cuyos muchos títulos figuraba el de Maestro de Caza del Reich, salía a cazar venados al acecho con partidas de dignatarios; y una montería organizada por Himmler en 1938 en Joachimshof degeneró en una matanza de todo lo que se les ponía por delante a los cazadores: conejos, liebres, zorros, buitres, venados, aves rapaces y cualquier cosa a lo que pudieran apuntar – milagrosamente los monteros salieron indemnes.

Por supuesto, los judíos de la antigua alta sociedad de la República de Weimar estaban excluidos de aquella *dolce vita*. D’Almeida cuenta la historia de la colonia de millonarios en Schwanenwerder, una isla del río

Havel que era el lugar favorito de las familias judías más adineradas. Antes de la formación del Gobierno de Hitler, en enero de 1933, las familias Israel, Karstadt, Schlitter, Goldschmidt, Salomonsohn, Sobernheim y Monheim habían construido o adquirido villas en ese encantador enclave. Schanenwerder era la calle más cara de la versión alemana de entreguerras del juego de mesa Monopoly. Después de las elecciones de marzo de 1933, la isla fue invadida por los hombres de las SA del vecino barrio de Zehlendorf, que izaron una bandera nazi en lo alto del depósito de agua. Durante aproximadamente todo el año siguiente, las familias judías fueron obligadas a vender sus casas y a marcharse de allí. En sus casas se instalaron los nazis. Goebbels compró la villa del banquero Schlitter por una suma muy modesta; la villa de los Salomonsohn fue adquirida por la Cancillería del Reich y reservada para uso de Hitler; en 1939, Albert Speer se quedó con la casa de la baronesa Goldschmidt-Rothschild por tan solo 150.000 marcos y la vendió tan solo tres años después con un enorme beneficio. Nada podría ilustrar mejor la estrecha relación entre el hedonismo de la nueva élite y la lógica del robo, de la expropiación y la exclusión, que constituía un aspecto crucial del carácter del régimen.

Los antropólogos sienten desde hace mucho tiempo cierta fascinación por la entrega de regalos. Han demostrado que en muchos tipos diferentes de sociedades humanas el intercambio de regalos puede actuar como vehículo de las maniobras políticas, un convenio prototípico cuyo propósito es establecer lazos sociales basados en la expectativa de reciprocidad y obligación. La conducta en materia de regalos de los nazis más poderosos pone en evidencia la crucial importancia de esas redes que conectaban al Partido con las personas que poseían distintas modalidades de autoridad o influencia, pero que no estaban directamente afiliadas al nacionalsocialismo. Dichas redes –en la sociedad, los deportes, las artes y la vida pública en general– suponían una importante contribución de cara a estabilizar, domesticar y normalizar un régimen cuya sustancia ideológica y moralidad política resultaban en muchos aspectos exóticos para la mentalidad dominante en Alemania. Ganarse su apoyo era una empresa en la que Hitler y su camarilla de caciques invertían grandes esfuerzos y

mucha imaginación. Puede que fuera una de las cosas más inteligentes que hicieron.

El ascenso (si esa es la palabra correcta) de Heinrich Himmler hasta convertirse en el principal arquitecto del genocidio perpetrado por los nazis es una de las líneas más extrañas de la historia del régimen. El ascenso de Himmler hasta el poder absoluto sobre la vida y la muerte de millones de personas no fue para nada obvio ni predecible. Himmler no desempeñó ningún papel en el diseño de la estrategia del Partido antes de la toma del poder, en 1933, y tampoco formaba parte del círculo íntimo de Hitler. Carecía del mordaz carisma de Goebbels, de la engolada inteligencia de Speer y de la campechanía espontánea de Göring. Sus intentos de triunfar fuera del Partido fueron un fracaso estrepitoso. A pesar de su título de agrónomo, los intentos de Himmler en materia de agricultura fueron un sonado fiasco (las gallinas se negaban a poner huevos y las plantas se morían sin cesar). Sus primeras incursiones en la administración regional del Partido tampoco fueron un éxito. Físicamente era poco atractivo. Era imposible que su pretencioso corte de pelo paramilitar compensara su cuerpo rechoncho y poco atlético, y su mentón drásticamente retraído –un asunto de cierta importancia en un entorno obsesionado por los fenotipos raciales. «¿Por qué te pones la mano delante de la cara?», le comentó su novia al ver una foto que Himmler le envió en torno a 1929. «¿Querías taparte la barbilla?»

Y lo más importante, de joven, Himmler no era apreciado. No impresionaba a sus compañeros de la hermandad de estudiantes de la Universidad Técnica de Múnich, que se negaron repetidamente, a pesar de la insistencia de Himmler, a elegirle *Fuchsmajor*, un cargo que se asignaba a un estudiante respetado de los cursos superiores y que era el encargado de supervisar el reclutamiento de nuevos miembros. Incluso sus camaradas nazis bávaros le aborrecían. Les repelía su forma de llamar la atención y las críticas intimidatorias y pomposas que le gustaba repartir entre sus pares. Por suerte para Himmler, todo aquello no tuvo la mínima importancia. En el

NSDAP, lo que contaba no eran los aplausos de las provincias, sino el apoyo de la cúpula dirigente, y en especial del propio Führer. Y eso era algo que Himmler cultivaba asiduamente. Aunque nunca llegó a ser amigo íntimo del dictador, Himmler adquirió prestigio como el servidor más entregado e implacable de Hitler. Mientras que las SA tenían en Ernst Röhm a su propio líder poderoso y carismático, Himmler dio forma a las SS (originalmente un pequeño retoño de las SA, que era un colectivo mucho más numeroso) con la idea de que fuera exclusivamente un instrumento de la voluntad del Führer.

La oportunidad de demostrar el carácter incondicional de su lealtad le llegó en el verano de 1934, cuando Himmler autorizó los asesinatos de Ernst Röhm y del disidente nazi Gregor Strasser, que a mediados de los años veinte habían contribuido a sentar los cimientos de la carrera de Himmler dentro del Partido. Himmler se las ingenió para abrirse camino, pasando por encima de algunos jefazos nazis escépticos, hasta conseguir una cuota de poder cada vez mayor sobre los organismos policiales de los estados federales de Alemania, para después amalgamarlos en un aparato de seguridad que abarcaba todo el Reich. Göring se dio cuenta demasiado tarde de la amenaza que suponía Himmler, pero sus intentos de volver a imponer su control sobre el jefe de la policía fracasaron. Himmler no ganó todas las luchas de poder en las que se vio envuelto, pero ganó el suficiente número de batallas como para pasar por encima de todos sus rivales, incluidos algunos comandantes escépticos del ejército alemán. A partir del verano de 1941, mientras el imperio nazi se expandía hacia el este, el aparato policial de Himmler crecía como un tumor maligno, infiltrándose en las cadenas de mando militar y civil, y desatando una oleada de violencia exterminadora nunca vista en la historia mundial.

Como muestra el historiador Peter Longerich, las SS maduras de finales de los años treinta y principios de los cuarenta se convirtieron en una especie de monumento a la grotesca personalidad de su líder. Su estructura pseudomilitar reflejaba las actitudes y el tono del entorno paramilitar bávaro en el que vivió Himmler durante los primeros años de su veintena. El atuendo negro y clerical era un reflejo del misticismo de un hombre que

había abandonado la fe católica de su infancia y había asumido una serie de modas esotéricas poscristianas. Durante el verano de 1940, Himmler dio orden al director del *Ahnenerbe* (Herencia Ancestral), una organización para la investigación dentro de las SS, de que investigara las referencias a los relámpagos en los antiguos mitos germánicos, alegando que sin duda vendrían a demostrar que los antiguos germanos poseían «un arma altamente desarrollada» que exigía «un extraordinario conocimiento de la electricidad». El *Ahnenerbe* dedicó miles de horas de trabajo a recopilar un gigantesco índice de los juicios contra las brujas de la Modernidad temprana de Alemania, porque Himmler estaba convencido de que las brujas eran las depositarias de un «antiguo conocimiento» oculto que tal vez aún se podría recuperar. Se envió una expedición al Tíbet para confirmar los postulados de la «teoría del hielo cósmico», otro de los monotemas de Himmler. Desde el escritorio del *Reichsführer-SS* manaba un río de cartas sobre la preparación y envejecimiento del hidromiel, sobre el diseño más adecuado para las botellas de agua mineral, sobre el potencial nutricional de las algas, sobre la fermentación de las galletas crujientes de centeno utilizando «una forma especial de alga», etcétera. En una fecha tan tardía como noviembre de 1944, Himmler instaba a las cabezas pensantes de las SS a investigar la posibilidad de que pudiera haber restos de meteoritos alojados dentro de las montañas más altas de Europa.

Las inclinaciones del líder condicionaron en grado sumo la vida pública de la organización. Ya desde muy joven, Himmler había demostrado una necesidad casi compulsiva de vigilar y controlar las vidas de los demás. Después de su ascenso político, Himmler dio rienda suelta a ese rasgo. Se enviaban cartas a los hombres de las SS por todo el Reich ordenándoles tener hijos, dejar de decir palabrotas, conseguir que el potencial para tener hijos de sus prometidas fuera examinado por un ginecólogo, o impedir que sus esposas les «dominaran». A un miembro de las SS le dijo que ingresara a su suegra en un manicomio, y a otro que se pusiera a dieta: «Me parece inaudito que un hombre de 36 años sea tan flemático, esté tan gordo y sea tan complaciente. Cambiar eso lo más rápidamente posible redundará en su interés».

Había una vena de malicia punitiva en muchas de aquellas misivas. Durante el verano de 1944, Himmler, furioso por la noticia de que en Rusia algunos dirigentes de las SS y de la policía no estaban abordando el control de plagas con la seriedad requerida, propuso que se creara una «Sala de moscas y mosquitos» para meter en cintura a los infractores:

> Todos los jefes de la SS y de la policía que o bien no estén interesados por las molestias que crean las moscas y los mosquitos, o que incluso menosprecien el problema con una sonrisa de superioridad, serán recluidos por un tiempo considerable, durante el que tendrán ocasión de estudiar la cuestión de las moscas y los mosquitos desde un ángulo teórico, además de gozar las atenciones de los miles de moscas y mosquitos que habrá en la propia habitación.

Resulta especialmente llamativa la virulencia de la homofobia de Himmler. En un discurso que pronunció ante un grupo de funcionarios de las SS en febrero de 1937, Himmler estimaba que en Alemania había dos millones de varones homosexuales. Himmler planteaba que si a eso se le sumaban los dos millones de hombres «sanos» que murieron en la Primera Guerra Mundial, la cifra ascendía a cuatro millones de varones que a todos los efectos eran incapaces de procrear. «Si las cosas siguen igual», advertía, «nuestra nación será borrada del mapa por esta plaga.» La homosexualidad ponía en entredicho la sensación que tenía Himmler de su propia identidad, en parte porque le resultaba difícil reprimir una autoidentificación latente con los hombres homosexuales. La simple idea de que el homoerotismo se infiltrara en el entorno paramilitar, pseudoclerical e intensamente homosocial de las SS le provocaba al *Reichsführer* escalofríos de horror devoto.

Son escasas las órdenes de exterminio cursadas directamente por el propio *Reichsführer*, pero, como ha demostrado Peter Longerich, el papel de Himmler en la aniquilación de los judíos europeos fue crucial a lo largo de todo el proceso. A las giras relámpago de inspección que realizaba Himmler por las zonas ocupadas del este les seguían, una y otra vez, oleadas de asesinatos masivos que engullían primero a los hombres, y después a las mujeres y los niños. Por ejemplo, el 14 de marzo de 1942, Himmler visitó Lublin para hablar con Odilo Globočnik, la figura más

relevante en materia de política sobre los judíos del Gobierno General de Polonia. El «desalojo» del gueto empezó dos días después. Muchos fueron ajusticiados a tiros en el propio gueto, unos pocos miles fueron seleccionados para trabajos forzados, y los demás, un total de aproximadamente 30.000 personas, fueron enviados al campo de exterminio de Bełżec (cuya construcción fue ordenada por Himmler en octubre de 1941), donde fueron asesinados. La pauta se reprodujo por toda Polonia, los Estados del Báltico, Bielorrusia, Rusia central y Ucrania.

Peter Longerich ha desmontado el mito, ampliamente difundido en los documentales que se emiten por televisión, de que a Himmler personalmente le provocaba náuseas ver las ejecuciones en fosas abiertas. Según el testimonio de un teniente de la policía que estuvo al mando de los pelotones de ejecución en Minsk en noviembre de 1941, Himmler asumía la pose de un observador atento y formal:

> Después de la primera ronda de disparos, Himmler se me acercó y observó la fosa con sus propios ojos, y comentó que todavía quedaba alguien vivo. Me dijo: «¡Teniente, péguele un tiro a ese!». […] Himmler estaba justo a mi lado cuando lo hice. […] Para Himmler y su séquito, todo aquello era simplemente un espectáculo.

Esa interpretación para dar muestras de neutralidad y distanciamiento correspondía a una de las convicciones más profundas y más perversas de Himmler, a saber, que era posible seguir siendo «decente», al tiempo que uno supervisaba la matanza de niños, mujeres y hombres inocentes. La «decencia» era un tema recurrente en las cartas y los discursos de Himmler. Estaba convencido de que los dolores de estómago que le atormentaban eran psicosomáticos, y los atribuía a sus incansables esfuerzos por ser «bueno y decente». La «decencia» de las SS se manifestaba en un código de honor mojigato que supuestamente regulaba la vida cotidiana de sus miembros, a los que se informaba, por ejemplo, de que «un hombre de las SS nunca compra algo que no pueda pagar» y «nunca compra nada a plazos», pero que también era aplicable a la administración del asesinato de masas, que había que implementar bajo la disciplina más escrupulosa. La simple idea de que los agentes de las SS o de la policía pudieran estar

robando relojes o joyas a las personas que mataban bastaba para poner furioso a Himmler. Un ejecutor «decente» hacía su trabajo «objetivamente» y sin deleitarse ni pensar en posibles ventajas personales. Ese era, como afirmaba Himmler en su tristemente célebre «discurso de Posen [Poznań]» de 1943, el mayor logro de los miembros de sus SS: haber visto miles de cadáveres «uno al lado de otro», «haberlo sobrellevado [*sic*] y –salvo algún caso de debilidad humana– haber seguido siendo decentes». Y por eso aquella carita gazmoña que se veía debajo de la gorra de visera tenía que permanecer impertérrita mientras los cuerpos caían rodando hasta el fondo de la fosa en Minsk.

Entre el 23 de abril y el 2 de mayo de 1942 tuvo lugar una serie de reuniones, algunas muy prolongadas, entre Himmler y su segundo, Reinhard Heydrich, y entre Himmler y Hitler. Aunque se sabe muy poco de lo que se dijo exactamente, por las fechas y la intensidad de aquellos debates en la cumbre cabe inferir que allí se ratificó la transición de las matanzas en masa de carácter local y regional a un programa de exterminio a escala europea. Tras el asesinato de Heydrich a finales de mayo de 1942, el ritmo de las matanzas se aceleró aún más. Bajo los auspicios de la Operación Reinhard, bautizada con el nombre del segundo de Himmler y promovida con determinación vengativa por el *Reichsführer-SS*, dos millones de personas, en su mayoría judías, fueron asesinadas en Bełżec, Sobibor y Treblinka.

Por pasmosas que sean esas ofensivas concentradas contra la vida de millones de personas, tenemos que resistirnos a presuponer que el Holocausto se desarrolló a partir de una única «decisión fundamental». Peter Longerich ha planteado que un minucioso análisis de la narración apunta más bien a una escala variable de violencia creciente y cada vez más mortífera. En otras palabras, el Holocausto no fue el objetivo preestablecido que definía el programa de las SS para las zonas ocupadas del este. Fue simplemente la fase preliminar de un plan aún más extenso, que cuando terminó la guerra aún no había llegado a materializarse, cuyo cumplimento habría requerido varias décadas, y que en última instancia también habría supuesto el exterminio de decenas de millones de eslavos. Podemos ver un

atisbo de esa visión en unas palabras de Himmler en julio de 1943 anunciando la creación de enormes «zonas muertas» en Ucrania septentrional y en «Rusia-Centro», de las que iban a ser desalojados los eslavos de todas las edades con destino a los campos de concentración y los «trabajos forzados». Cualquier eslavo que permaneciera allí sería clasificado como «bandolero» y «fusilado en el acto». Las tierras que antiguamente habían sido de los eslavos se convertirían en inmensas plantaciones, cuyo cometido sería abastecer al Reich alemán de alimentos y otros productos –Himmler ya había reservado algunas áreas para el cultivo de diente de león ruso (*Taraxacum kok-saghyz*), una planta centroasiática parecida al caucho que era otro de sus monotemas en materia de «investigación».

Al tiempo que el régimen se precipitaba hacia el abismo, el poder de Himmler seguía subiendo sin parar. En calidad de ministro de Interior del Reich (a partir de 1943), jefe de las Waffen-SS con acceso privilegiado al material militar y jefe de un creciente aparato de fabricación de armamento, Himmler consiguió una concentración de poder que nunca había alcanzado hasta entonces. Pero esa ulterior expansión de sus actividades también puso de manifiesto sus limitaciones. Himmler era y seguía siendo un maestro en el despliegue del terror contra los civiles indefensos, tanto fuera como dentro de Alemania. Pero sus incursiones en el campo del armamento engendraron una camada de elefantes blancos. Las masivas plantaciones de diente de león ruso sustrajeron unas valiosas tierras cultivables a la producción de alimentos sin llegar a generar nunca una fuente viable de caucho de origen vegetal. Las refinerías de petróleo de esquisto y las plantas de extracción de combustible a partir de la turba fueron un caro capricho sin la mínima relevancia. Cuando Himmler consiguió poner el pie en la producción de armamento de la Luftwaffe ya era demasiado tarde para contrarrestar la abrumadora superioridad aérea de los Aliados. En calidad de comandante de un grupo de ejércitos a partir de enero de 1945 –un nombramiento que venía a hacer realidad un sueño de su infancia– Himmler fue un completo desastre (Hitler le destituyó del mando al cabo de tan solo dos meses).

Sin embargo, incluso ante la inminencia del desastre, Himmler seguía teniendo una gran confianza en sí mismo. En la fase final de la guerra empezó a planificar la paz que estaba por llegar. En la primavera de 1945 se cursó una orden a los campos para que pusieran fin al asesinato a tiros de los prisioneros judíos. A través de su antiguo médico personal, Felix Kersten, que a la sazón se encontraba en Estocolmo, Himmler informó al Congreso Judío Mundial que estaba dispuesto a poner en libertad a 10.000 prisioneros judíos y entregárselos a Suecia o a Suiza. También hizo una oferta parecida al conde Folke Bernadotte, vicepresidente de la Cruz Roja de Suecia. Cuando Bernadotte se reunió con Himmler en persona, en febrero y marzo de 1945, se encontró con un *Reichsführer* educado, cordial y deseoso de dar una buena impresión. Himmler le dijo a Bernadotte que era consciente de que el mundo le consideraba un hombre «brutal». Pero la realidad era exactamente la contraria: ¡él aborrecía la brutalidad! Un encuentro aún más surrealista tuvo lugar el 19 de abril, cuando Himmler se reunió con Norbert Masur, un enviado del Congreso Judío Mundial, para hablar del traslado de los prisioneros. Cuando la conversación abordó la forma en que el régimen trataba a los judíos, Himmler negó que hubiera habido matanzas masivas. Dijo que él prefería una política de emigración, que él había alentado «en colaboración con las organizaciones judías estadounidenses». Sí, numerosos judíos habían perecido durante la guerra contra la Rusia bolchevique, pero eso habría sido difícil de evitar, dada la intensidad del conflicto. En cuanto a los campos, eran severos pero justos – bastaba con fijarse en Auschwitz, donde todavía sobrevivían 150.000 judíos en buen estado de salud.

Resulta difícil adivinar por qué Himmler esperaba que su interlocutor se creyera aquellas burdas mentiras. La prensa de los países aliados ya estaba publicando fotos de los campos liberados y reportajes detallados sobre las cámaras de gas en las instalaciones de exterminio. Claramente, Himmler aún tenía esperanzas de reinventarse como un intermediario honesto y un «tipo decente» al que los Aliados occidentales incluso podían acoger para algún tipo de función de asesoría. El *Reichsführer-SS* seguía siendo, en las acertadas palabras de Longerich, un hombre «versátil».

Mientras el Tercer Reich se derrumbaba a su alrededor, Himmler emprendió una última y extravagante aventura. Se vistió de paisano, se puso un parche en un ojo en lugar de sus característicos quevedos sin montura, y se encaminó junto con un pequeño séquito de incógnito hacia Meinstedt, en la Baja Sajonia, donde fue detenido por las tropas británicas. Himmler se presentó, utilizando una cartilla militar falsificada, como el sargento Heinrich Hitzinger, de la Wehrmacht. Unos días más tarde reconoció su verdadera identidad, y aparentemente todavía confiaba en que iba a poder salir del atolladero con su verborrea. Cuando, durante un reconocimiento médico, Himmler tuvo claro que iban a intentar quitarle la ampolla cianuro que llevaba oculta entre los dientes, apartó la cabeza, abrió la cápsula de un mordisco, se tragó el veneno y falleció al cabo de quince minutos.

La mirada biográfica, cuando se dirige a los perpetradores de grandes maldades, a veces tiene un efecto atenuante en nuestra hostilidad hacia el sujeto –ya sea porque salen a relucir circunstancias atenuantes, o simplemente porque el relato de su infancia y juventud nos muestra a la persona que aún no era culpable de las fechorías del adulto. Sorprendentemente, ese efecto brilla por su ausencia en el caso de Himmler. No tuvo un padre de familia tiránico, ni hubo un escenario de desatención o de maltrato en su infancia que pudiera explicar la inhumanidad del adulto. Y el muchacho modélico, controlador y pedante de sus diarios de juventud es con demasiada obviedad el estado larval del *Reichsführer-SS* maduro. Como tampoco existe prueba alguna de que ni el más mínimo rayo de clarividencia moral sobre su propia maldad llegara a penetrar jamás en la conciencia de Himmler. Era como unos de los malhechores del *Infierno* de Dante, que deben permanecer allí por toda la eternidad, precisamente porque son totalmente incapaces de comprender por qué están allí.

¿Qué valor de explicación histórica podemos concederle a la biografía de esta personalidad? El ascendente de Himmler solo se explica cuando lo relacionamos con los cambios que se produjeron en la sociedad alemana a partir de 1918. Por la estrechez de sus horizontes, Himmler reflejaba la introversión de un entorno católico conservador bávaro que ya llevaba varias generaciones a la defensiva en lo cultural. Fue uno de los muchos

miles de jóvenes alemanes que se sintieron atraídos por las redes paramilitares de la posguerra, un entorno fanatizado en el que parecía que la Primera Guerra Mundial aún no había terminado. Al sustituir el cristianismo por un batiburrillo de pseudociencias y de esoterismo de la nueva era, Himmler estaba recorriendo un camino ya muy trillado. Por último, por su cultivo consciente de una modalidad de razonamiento político totalmente despojado de empatía, Himmler hacía gala de su afinidad con esa generación de hombres alemanes cuya forma de entender la Gran Guerra obedecía no a una experiencia directa, sino al shock de la derrota y a las turbulencias políticas de los primeros años de la posguerra. En una atenta interpretación de la carrera de Werner Best, un alto funcionario nazi, el historiador de la Universidad de Friburgo Ulrich Herbert demostró que Best pertenecía a una cohorte de jóvenes de clase media que eran respetables, educados y ricos, y que sin embargo rechazaban totalmente su compromiso con las leyes, algo que supuestamente era competencia exclusiva de la burguesía. Por el contrario, Best aspiraba a un «realismo heroico» –la promoción fría, racional y despiadada de los intereses del *Volk*. Fue esa mentalidad lo que explicaba que tantos planificadores y administradores de los escalafones alto y medio –el historiador alemán Michael Weldt los denominaba «la generación de los incondicionales»– estuvieran dispuestos a asumir una gran brutalidad en nombre del pueblo, y a combinarla con una planificación y una administración cuidadosas. Himmler compartía con aquella generación su ambición de lograr un dominio total de sí mismo en nombre de la nación derrotada, de ser un hombre duro, «racional», inmune a la piedad y a la falta de confianza en sí mismo. Y eso a su vez explica la resonancia política de su pensamiento y sus actos en aquel momento. El aspecto verdaderamente extraordinario de la historia de Himmler no es la maldad de la personalidad que ocupa su centro, sino la irrepetible constelación política y cultural que concedió a un hombre así los recursos necesarios para convertir sus sórdidas e incoherentes fantasías en la pesadilla de los demás en la vida real.

Al igual que muchos de mis amigos y colegas varones, me he pasado los últimos dos años recorriendo con inmenso placer *Min Kamp* («Mi lucha»), la titánica obra de autodescripción del escritor noruego Karl Ove Knausgård. A mitad del sexto y último tomo, ocurre algo muy extraño. Más o menos en la página 482 de la edición inglesa, el libro se aparta del tono perfecto del género basado en las escenas familiares y sociales que han hecho famoso en todo el mundo a este autor, y se zambulle, como un coche que embiste contra una barrera de seguridad, en una prolongada reflexión sobre Adolf Hitler. A lo largo de más de 360 páginas, Knausgård da vueltas alrededor del dictador alemán, de su añoranza y su seriedad juveniles, de su amor por su madre, de la lucha con un padre autoritario, de su rechazo de los destinos que las convenciones le habían prescrito. Dedica largos pasajes a resumir, o simplemente a citar por extenso, el primer tomo de *Mein Kampf*, que Hitler escribió en 1925, cuando estaba en la cárcel. Reflexiona (dos veces) sobre ese momento, memorable porque se ha conservado en película, en que Hitler sale «con las manos temblorosas por la enfermedad» de un búnker del subsuelo de Berlín «con el mundo en llamas y con millones de personas muertas por su voluntad» para saludar a una fila de muchachos que han sido reclutados para defender una capital que está a punto de desmoronarse. En ese peligroso momento, escribe Knausgård, Hitler manifiesta «con un fugaz atisbo de sus ojos […] algo cálido y amable, su alma». «Era una persona pequeña», reconoce Knausgård, «pero también lo somos todos.» Y de ese y de muchos otros pensamientos sobre el dictador alemán se desprenden en cascada largas reflexiones sobre la vida moderna, entretejidas con elevadas referencias literarias y culturales, desde James Joyce hasta Hermann Broch, Olav Duun, Knut Hamsun, Leonardo da Vinci, Jorge Luis Borges, René Girard, Michel Serres, Ernst Jünger, Theodor Adorno, Martin Heidegger, Bruno Latour, Emmanuel Lévinas, Jesucristo, Hannah Arendt y Giorgio Agamben (esta lista no es exhaustiva).

El sexto tomo no vuelve a escapar de la órbita de Hitler hasta la página 848. Mientras tanto, el lector ha marchado campo a través por una gigantesca hondonada, como un cráter, en la estructura del libro. Cuando, en la página 849, se nos permite volver a habitar el cuerpo del escritor, es

como subir a la superficie a respirar: «Volví a sentarme, me serví un poco de té templado del termo y encendí otro cigarrillo». El espectro de Hitler queda desterrado, y las trescientas páginas restantes contienen algunos de los pasajes más luminosos y conmovedores de todo el ciclo de Knausgård.

Cabría preguntarse: ¿qué pinta Hitler en este libro? Supongo que su aparición era inevitable en algún momento, teniendo en cuenta que el título del ciclo en noruego, aceptado a regañadientes por la editorial noruega de Knausgård, es *Min Kamp* (el traductor al alemán se negó a utilizar *Mein Kampf*, y por eso la edición alemana se publicó bajo el chirriante título de *Das autobiographische Projekt*). Cuando le preguntaban por qué decidió adoptar el título del ensayo autobiográfico de Hitler, Knausgård solía irse por la tangente. Se lo sugirió un amigo, le dijo a un entrevistador. Era mejor que sus otros títulos provisionales, «Argentina» y «Parrot Park». El ensayo sobre Hitler, que es el meollo del sexto tomo, tampoco responde a la pregunta, o por lo menos no directamente. Tenemos que inferir su intención por el procedimiento de examinar los servicios que le presta Hitler al escritor que ha decidido volver a convocarle de entre los muertos.

Mein Kampf, dice Knausgård, es «la única obra innombrable de la literatura». Leer sus páginas es viajar a una zona prohibida. Pero tal vez lo más extraño de todo es que el Hitler que encuentra Knausgård cuando viola el tabú es un reflejo arrugado, con hechuras de Hitler, del propio escritor. El aborrecido padre, la querida madre, el miedo a la intimidad, la sensación de estar fuera de lugar, y la agotadora seriedad con la que se plantea la existencia, todos esos rasgos del yo que se exhiben a lo largo de *Min Kamp*, también están presentes en el autor de *Mein Kampf*. Incluso la abstención de masturbarse de Hitler, recordada por su compañero de habitación durante la juventud del futuro dictador, August Kubiczek, y muy comentada en la literatura sobre Hitler, está en sintonía con los tardíos y laboriosos esfuerzos de onanismo de Knausgård, sombríamente relatados en el cuarto tomo del ciclo. Aquí sobran los detalles –basta con decir que estamos a años luz de las alegres y anárquicas evocaciones del mismo acto que aparecen en *El lamento de Portnoy*, de Philip Roth.

Encuadrar el trayecto hacia Hitler como un encuentro con uno mismo es algo inesperado. Naturalmente, eso no significa que Knausgård apruebe los actos ni la cosmovisión de Hitler. Pero él insiste en que tiene que ser posible distinguir entre quién era Hitler y lo que hizo. En el caso del joven Hitler, que ya era él mismo, pero todavía no el autor de una guerra genocida, la distinción parece innegable (por lo menos para Knausgård). De ahí la ira que manifiesta hacia el historiador británico Ian Kershaw, autor de la memorable biografía en lengua inglesa del líder nazi. Knausgård acusa a Kershaw de adoptar una actitud despectiva hacia el joven Hitler; no se entusiasma por la pasión y la inocencia de su biografiado. La visión excesivamente «negativa» del historiador, sugiere Knausgård, no solo es «inmadura», sino que además hace que su biografía de Hitler sea «casi ilegible».

Estas críticas a Kershaw están entre las frases más desconcertantes de todo el ciclo de Knausgård. Una cosa es que un escritor noruego, un hombre, exteriorice sus sentimientos de empatía para con una imagen de Adolf Hitler que él mismo ha ido reconstruyendo en su mente después de leer media docena de libros. Pero la tarea de Ian Kershaw, un historiador que se ha sumergido durante décadas en los tratados y las fuentes archivísticas sobre su biografiado, difícilmente puede consistir en sondear su propia afinidad espiritual con Hitler. Al contrario, su misión debe ser comprender qué aspectos de Hitler, incluso en su juventud, podrían contribuir a explicar su posterior impacto en la historia. El cuidado y la lucidez con que Kershaw abordó esa tarea consolidó su prestigio como decano de los biógrafos de Hitler. Sin embargo, el punto de vista distanciado y analítico del historiador es justamente lo que le repugna a Knausgård.

¿A qué obedece exactamente ese esfuerzo de relacionarse empáticamente con Hitler? Una parte de la respuesta tiene que ser necesariamente el furtivo placer que se obtiene violando un tabú. Me recordó la sonrisita que puso el director de cine danés Lars von Trier cuando en mayo de 2011 anunció ante el público del Festival de Cine de Cannes que él «comprendía» a Hitler, que era capaz de imaginárselo

sentado en su búnker y que podía «empatizar» con él. Las cavilaciones de Knausgård sobre Hitler le llevaban acto seguido a pensar en los efectos restrictivos que tiene la «corrección política» en las declaraciones públicas. El escritor se pregunta: si en sus escritos utilizara epítetos racistas sobre los negros, o si defendiera de forma inequívoca ideas racistas, ¿seguiría siendo aceptado como autor de ficción seria? El Holocausto, sugiere, «ha asumido todas las características de un tabú»; «incluso mientras escribo sobre él, siento su carácter innombrable» (p. 821). Alrededor de esos pensamientos se entretejen briznas de comentarios culturales y filosófico-morales. Hemos dejado de estar en contacto con «lo auténtico». «Lo sagrado ha desaparecido de nuestras vidas», sin dejarnos más que con «lo sublime», con su eco secular. «Pero por Dios», se lamenta Knausgård, «¿qué sabré yo de lo divino?» (pp. 633-634). «La razón», señala, «es para nosotros lo mismo que la rentabilidad» (p. 838). Knausgård lamenta la «reglamentación de lo humano que crea todo pensamiento ideológico» (p. 841). Aparten el velo de la racionalidad, propone, y verán que «no somos en absoluto modernos, somos tan antiguos como los dólmenes y los túmulos funerarios, estamos emparentados con la hierba y con los árboles» (p. 661).

Parte de todo esto es interesante, parte es banal, y parte es simplemente falsa. ¿De verdad el Holocausto es un tabú «innombrable»? Evidentemente no, aunque negar que el Holocausto realmente ocurrió es un delito punible en algunas jurisdicciones. ¿De verdad la razón «es para nosotros lo mismo que la rentabilidad»? ¿Lo «sagrado» ha salido realmente de nuestras vidas? ¿Fue alguna vez la fuerza arrolladora de la vida de los creyentes que imagina Knausgård? Al leer lo que dice sobre este asunto me acordé del peregrino de *La vita nuova* de Dante, que va a visitar la Iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén, pero se ve incapaz de reaccionar de una forma no mediada a las escenas y las reliquias que le rodean, porque su mente no para de barajar los relatos que compartirá con sus amigos cuando regrese de su largo viaje –¡y eso era en 1294! En cuanto a la afirmación de que lo auténtico ha desaparecido, indudablemente no es cierto, ni siquiera del propio Knausgård. Consideremos el siguiente pasaje:

> Viajé en coche con John [el hijo menor del autor], que iba dormido, durante una hora y media, por una carretera que discurría entre altísimos páramos, por valles donde iban alargándose las sombras de la noche que se avecinaba, entre ríos torrenciales y caudalosas cascadas, y estuve todo el rato cantando en voz alta, borracho de sol y de muerte. ¿Qué otra cosa podía hacer? Era muy feliz (p. 644).

Un noruego entre altísimos páramos, borracho de sol y de muerte. ¿Puede haber algo más auténtico? Resulta extraño ver a este escritor solidario e inteligente asumir la pose de un defensor de la intuición y el sentimiento en contra de la cognición racional y la ilustración, como si fuera una elección que estuviéramos obligados a hacer.

Al margen de lo que cada uno piense de todos estos sermones críticos con la cultura, está claro que Hitler trabaja duramente a favor de este texto. Aparta de un codazo el «yo» de la autobiografía, creando una *mise en abîme* que pone en evidencia las limitaciones estructurales del género. Al fijarse en Hitler como inquietante doble del ego del autor, Knausgård amplía las atribuciones morales de su obra por el procedimiento de integrarlo en el arco de la historia moderna. Hitler se convierte en un caso que sienta jurisprudencia para el ejercicio de una libertad sin ton ni son por parte del novelista contemporáneo. Los lectores con una mejor comprensión que la mía del contexto noruego sin duda advertirán otras resonancias locales. Pero sería aconsejable tener en cuenta que las repercusiones de la ocupación nazi en la sociedad noruega de la posguerra fueron especialmente profundas. En una serie de juicios que se extendió desde 1945 hasta 1957, se investigaron más de 90.000 casos (el 3,2 % de toda la población del país), y los tribunales noruegos condenaron a más de 46.000 personas por delitos de colaboracionismo. Lejos de estabilizar el país, como esperaba el Gobierno noruego en el exilio a su regreso, los juicios tuvieron un efecto profundamente polarizador. Se trató del ajuste de cuentas jurídico con los excolaboracionistas más exhaustivo de la posguerra en toda Europa. Knausgård no menciona esos acontecimientos, más allá de dejar constancia de su sorpresa al descubrir una insignia nazi entre las pertenencias de su padre fallecido, que no era nazi ni simpatizante del nazismo. Pero la controversia que rodeó los juicios de Noruega resuena en la necesidad que

siente el autor de expresar tanto la atracción como la repulsión que le provocaron el nazismo y su enigmático líder.

Pasar de Knausgård a *Hitler. Biographie*, de Peter Longerich, es volver a ese mundo del lenguaje sobrio y evaluador que Knausgård deplora en los escritos de Ian Kershaw. Longerich no tiene la mínima duda de que su biografiado era un «retrasado» emocional, incapaz de sentir empatía (p. 950 de la edición inglesa). El estudio de la juventud de Hitler pone de manifiesto «una falta de sentimiento en sus tratos con los demás», un «acusado egocentrismo» y una tendencia a buscar refugio en un «mundo de fantasía centrado en sí mismo». Incluso siendo soldado en la Primera Guerra Mundial, Hitler destacó como una figura marcadamente aislada, un «solitario excéntrico». El único ser con el que mantuvo una relación emocionalmente vinculante durante su servicio en la guerra fue su perro *Foxl*, que tenía permiso para dormir con él.

La meticulosa crónica de Longerich sobre la vida del dictador menciona muchos asuntos, desde la forma en que Hitler gestionaba la disensión dentro de su partido hasta sus ideas sobre la política exterior, el rearme, la economía, su habilidad táctica a la hora de gestionar las relaciones entre su movimiento y las élites políticas, y su forma de entender y consolidar su papel como líder. Longerich presta muy poca atención a la idea de que el «carisma» de Hitler fue crucial a la hora de sustentar la autoridad del régimen. Argumenta que el control monopolista de los medios y las comunicaciones públicas fue más importante para sustentar la autoridad del dictador que el «mito de Hitler» que examina Ian Kershaw, o, si se quiere, la unión espiritual-erótica que imagina Knausgård entre el «yo sin nosotros» de Hitler y el «nosotros sin yo» del pueblo alemán.

Dos líneas argumentales de Longerich son particularmente dignas de destacar. La primera es que, a pesar de las afirmaciones que realizó a lo largo de su vida, la trayectoria inicial de Hitler no fue una misión en solitario para salvar su país. Por el contrario, su entrada en política fue orquestada por unos poderosos intereses que perseguían sus propios objetivos. Fue el Departamento de Información del Reichswehr de Múnich el que dispuso que Hitler hiciera un curso para hablar en público, y el que

seguidamente le contrató como agitador para inmunizar contra el atractivo del socialismo a los soldados que aún prestaban servicio en Múnich. Gracias a su talento innato como un orador popular que destacaba por la vehemencia de su antisemitismo, Hitler enseguida se integró en una red de oficiales del ejército, de periodistas racistas y de organizaciones de extrema derecha, todos ellos unidos en su intento de crear una plataforma para la agitación antisocialista. Y además, esas fuerzas contaban con el patrocinio y el aliento de los elementos conservadores del Gobierno estatal de Baviera presidido por Gustav von Kahr, que hizo todo lo posible por transformar a Baviera en una «celda de orden» donde pudieran prosperar los grupos de derechas.

Longerich no se explaya tanto al hablar del papel que desempeñaron los colaboradores conservadores de Hitler en la toma del poder por los nazis, pero puede aplicarse la misma observación. A lo largo de los años de Weimar, y sobre todo entre 1930 y 1933, Hitler y su movimiento siguieron siendo considerados un activo potencialmente valioso por los intereses conservadores, que esperaban utilizarlo como arma contra la izquierda política de Alemania. La denominada «toma del poder» fue un logro tanto de las élites conservadoras como del líder nazi y su movimiento. Fueron los dirigentes políticos conservadores de los últimos años de la República de Weimar quienes disolvieron anticipadamente dos parlamentos, en 1930 y 1932, en un momento en que el apoyo a los nazis iba en aumento; fueron ellos quienes derrocaron el Gobierno socialdemócrata de Prusia en verano de 1932 a través de un golpe de Estado que sustituyó al Gobierno regional de Prusia, elegido democráticamente, por un comisariado imperial. Y fue la absorción de Prusia en el Gobierno federal lo que posibilitó que Hermann Göring se asegurara el control de las fuerzas policiales prusianas –las más grandes de Alemania– tras el nombramiento de Hitler como canciller. También ahí los conservadores le facilitaron a los nazis los instrumentos clave para la consolidación de su poder. Incluso los Decretos del Incendio del Reichstag, que suspendían los derechos civiles y políticos, y la Ley Habilitadora, que posibilitaba que el Gobierno de Hitler hiciera caso omiso del Parlamento, fueron instrumentos inicialmente ideados por los

conservadores, que los nazis simplemente heredaron. El éxito electoral y el control sobre un gran movimiento político con unas temibles milicias, eran activos importantes, pero fue la combinación de esas ventajas y el apoyo de las viejas élites lo que le proporcionó a Hitler y a su partido la ventaja decisiva que necesitaron en 1933.

Longerich argumenta que, una vez en el poder, Hitler se aseguró gradualmente el control indiscutible de la vida política del régimen. Hace tiempo que existe un debate sobre la capacidad de Hitler para dar forma a la incesante evolución de su régimen. Los «intencionalistas» argumentaban que Hitler gozaba de una plenitud de autoridad y la utilizaba para llevar adelante un programa coherente. Los «estructuralistas» argumentaban que la interacción caótica entre unos centros de poder mal coordinados dentro del régimen abrió el sistema a la influencia desde abajo, es decir que muchas veces los líderes se veían arrastrados por una marea de «radicalización acumulativa» generada por las energías negativas liberadas por el régimen, pero que en última instancia no estaba bajo su control. La biografía de Ian Kershaw equilibraba acertadamente los dos puntos de vista, y reconocía las muchas modalidades de iniciativas locales y regionales que condicionaron las políticas, pero también insistía en el papel de Hitler como el árbitro que decidía qué ideas y qué políticas prosperaban y cuáles no.

Longerich insiste mucho en la dimensión intencionalista, e identifica a Hitler como el principal responsable de la toma de decisiones en prácticamente todas las principales encrucijadas de la historia del régimen. Fue Hitler el que dirigió personalmente el golpe contra las SA y contra otros opositores al régimen durante el verano de 1934, el que posibilitó la esterilización forzosa de los «bastardos de Renania» (hijos de soldados coloniales franceses y mujeres alemanas) en 1937, y el que desencadenó el asesinato de 70.000 personas en virtud del programa de «eutanasia» de 1939-1941. Hitler se aseguró de que la guerra contra la Unión Soviética fuera una guerra de conquista y aniquilación racial, e insistía en que la inminente campaña no era simplemente un conflicto armado, sino «una confrontación entre dos ideologías», en cuyo transcurso «es necesario eliminar […] a la *intelligentsia* judeo-bolchevique» (p. 731). Y Hitler

estuvo implicado en todas y cada una de las fases de la campaña cada vez más amplia de genocidio contra los judíos, aunque su creciente desconfianza en las comunicaciones por escrito provocaba que sus intervenciones fueran haciéndose más informales y más difíciles de rastrear en los documentos. En abril de 1943, Hitler intimidó personalmente al almirante Horthy, máximo dirigente húngaro, para conseguir que enviara a los judíos húngaros a los campos de la muerte alemanes. «A los judíos», le dijo a Horthy, había que «tratarlos como a los bacilos de la tuberculosis». También les llamó la atención a los líderes eslovacos, croatas y de otros territorios satélites por dar largas a la deportación de «sus» judíos.

El relato de Longerich es un estudio meticuloso y elocuente de su biografiado, basado en un formidable trabajo de documentación en los archivos. Si tiene un punto flaco, está en la decisión del autor de ceñir tanto su investigación exclusivamente a Hitler, ocultando a la vista las muchas modalidades de sinergia y de colusión que provocaron que el poder del dictador tuviera unos efectos tan devastadores. Mientras que la primera parte del libro presta una escrupulosa atención al contexto y a la estrecha relación de Hitler con las muchas personas que le ayudaron, el dictador adulto en toda su plenitud aparece en el escenario casi solo. Y eso, por supuesto, hace más difícil verificar las afirmaciones de Longerich sobre el lugar completamente dominante de Hitler en la estructura de toma de decisiones del régimen.

El libro de Longerich recorre constantemente su terreno, como uno de esos robots limpiafondos de las piscinas que ruedan de acá para allá recogiendo los insectos muertos y los restos de hojas. El tono de *Hitler: solo el mundo bastaba*, de Brendan Simms no podía ser más diferente –un libro escrito con pasión y brío que agarra al lector del codo y le impulsa desde la primera hasta la última página hacia una única conclusión. El argumento central puede resumirse como sigue: en el centro de la cosmovisión de Hitler había una profunda obsesión con «Anglo-América». Comenzó en el Frente Occidental durante la Primera Guerra Mundial, cuando la unidad de Hitler se enfrentó a los soldados británicos, canadienses y australianos, y descubrió que eran unos combatientes duros

de pelar. Se agravó en 1918 cuando se topó con algunos prisioneros de guerra estadounidenses, recién llegados del otro lado del Atlántico, y advirtió que algunos de ellos tenían apellidos alemanes. Simms argumenta que aquellas experiencias «fundamentales» marcaron a fuego en la mente de Hitler dos inveteradas obsesiones interrelacionadas. Se obsesionó con el poder, el tamaño y el alcance mundial de la Anglo-América capitalista. Y, en segundo lugar, llegó a convencerse de que los anglosajones gozaban de esas ventajas en parte porque su valor racial se había elevado gracias a la llegada de emigrantes alemanes a lo largo de varios siglos, unos emigrantes que, al abandonar su país, habían trasvasado una parte del mejor material hereditario que tenía a su disposición el pueblo alemán y lo habían puesto en manos de una potencia superior.

Simms no es el primer historiador que destaca la importancia de Estados Unidos para el arco de la historia del nazismo. *Wages of Destruction* («Los salarios de la destrucción»), de Adam Tooze, destacaba las aplastantes asimetrías entre los esfuerzos bélicos de Estados Unidos y de Alemania en 1941-1945, y su siguiente libro, *El diluvio: la Gran Guerra y la reconstrucción del orden mundial, 1916-1931*, proponía un replanteamiento del siglo XX como una era caracterizada no por la fragilidad sino por el inmenso poder del orden liberal angloestadounidense. Simms sigue el rastro de las peculiaridades del pensamiento de Hitler sobre el mundo anglosajón a través de una impresionante variedad de fuentes y declaraciones diferentes a lo largo de toda su carrera política, y consigue demostrar que Estados Unidos y Gran Bretaña eran dos puntos de referencia más importantes para el dictador alemán que lo que se ha reconocido, y que su visión geopolítica era auténticamente global. Si convencernos de ello fuera el propósito del libro, podríamos simplemente anotar la originalidad del descubrimiento, dejar constancia de nuestra aprobación y retirarnos, cansados pero contentos, a la cama. Pero Simms contempla un objetivo mucho más amplio.

Simms anuncia en la introducción que su libro no pretende ser «aditivo», en el sentido de simplemente aportar nuevas ideas a una literatura existente. Más bien aspira a ser «sustitutivo». El libro no ofrece

una nueva perspectiva *sobre* Hitler, sino que plantea una nueva teoría *de* Hitler. En la interpretación de Simms, el antisemitismo de Hitler, su búsqueda de un *Lebensraum* (espacio vital) en el Este, su aspiración a superar los antagonismos de clase a través de una armoniosa «comunidad del pueblo» (*Volksgemeinschaft*), e incluso sus preferencias arquitectónicas –todas esas obsesiones se convierten en funciones subordinadas de una poderosa obsesión con Anglo-América. La «comunidad del pueblo» pasa a ser el intento de Alemania para igualar el sueño americano, la guerra con Rusia tiene que ver con privar de recursos a los angloestadounidenses; el antisemitismo es simplemente una formulación del aborrecimiento de Hitler por el «capitalismo plutocrático» anglo-estadounidense.

Replantearse a Hitler de esa manera significa que Simms tiene que arrinconar a la Unión Soviética, el teatro decisivo de la contienda militar con la Alemania nazi, a los márgenes de su análisis. Incluso cuando Hitler se encuentra empantanado en su conflicto de desgaste con el Ejército Rojo, insiste Simms, lo que tiene en su punto de mira es Anglo-América. No todas esas afirmaciones son nuevas. En un polémico estudio publicado en 1987, el historiador alemán Rainer Zitelmann argumentaba que Hitler despreciaba a los antisemitas radicales, que admiraba a Stalin, y que aspiraba a un «espacio vital» en el este sobre todo como medio de lograr la paridad con Estados Unidos. Lo que diferencia a Simms es su determinación de responder a todas las preguntas con un solo argumento.

El paradigma monocausal significa que hay que desvincular a Hitler de la idea del antibolchevismo y por el contrario alinearlo con los enemigos del «capitalismo plutocrático». Pero ¿de verdad era Hitler un «anticapitalista»? Había un «ala izquierda» anticapitalista dentro del NSDAP, pero Hitler nunca hizo el mínimo esfuerzo serio para hacerse eco de sus reivindicaciones: nunca se nacionalizaron los bancos, los beneficios de las grandes empresas siguieron siendo boyantes, los grandes almacenes siguieron funcionando y el poder de los nazis que propugnaban una «segunda revolución [social]» fue aniquilado por el golpe de 1934, en el que Hitler desempeñó un papel primordial. En cuanto a las frecuentes manifestaciones de odio al bolchevismo y a la izquierda alemana que hacía

Hitler (por no hablar de los ataques homicidas del régimen contra ambos), lo más pertinente es soslayarlas por tratarse de simples aberraciones, o interpretarlas como referencias indirectas a la comunidad judía mundial y a sus manejos capitalistas.

También el antisemitismo de Hitler pasa a ser una variable dependiente. Si bien es rigurosamente cierto que en ocasiones Hitler coqueteó con la idea de utilizar a los judíos como «rehenes» para disuadir a Washington de entrar en la guerra, el razonamiento de Simms hace imposible entender por qué aumentó la intensidad del exterminio durante los últimos años del conflicto, cuando Estados Unidos ya estaba en la refriega, y cuando no se ganaba nada con nuevas matanzas indiscriminadas dentro de la zona cada vez más reducida que Alemania tenía bajo su control. En ese punto me parece más convincente la explicación de Longerich. Para Hitler, el exterminio de los judíos era un fin en sí mismo por derecho propio, argumenta Longerich, pero con el tiempo también se convirtió en un instrumento de la política de poder alemana, al atraer a los gobiernos satélites a una telaraña de complicidad criminal de la que no había escapatoria posible. Como argumentaba Lucy Dawidowicz hace muchos años, y como nos ha recordado Saul Friedländer más recientemente, la «guerra contra los judíos» de Hitler fue realmente una guerra contra los judíos.

La insistencia de Simms en la importancia absoluta de una sola idea rectora significa que su narración es extrañamente inerte. El protagonista que ocupa el centro del relato, después de haber quedado marcado de por vida por sus trascendentales encuentros en tiempos de guerra, es inmune al cambio. Resulta plausible que Hitler adquiriera una serie de convicciones o de ideas cruciales duraderas en una época temprana de su vida, pero que las fijara en el marco de una jerarquía inalterable, y que se atuviera invariablemente a ese orden de prioridades, parece mucho menos probable. Los comentarios políticos, los memorandos y los monólogos de Hitler –y, en realidad su conducta y su toma de decisiones políticas– están cuajados de momentos en que el dictador parece cambiar de una prioridad a otra, barajando los mismos objetivos generales, pero ordenándolos de forma diferente en su fuero interno conforme iban variando las circunstancias. En

la crónica de Longerich, Hitler tiene que cruzar unos umbrales que le obligan a retirarse de un compromiso y a dar prioridad a otro. Pero para Simms, la mente de Hitler es tan poco reactiva como el gas argón: nunca cede ni un ápice ante la presión de los acontecimientos. La última frase del último capítulo lo dice todo: «Al principio, igual que al final».

Hitler se equivocó en muchas cosas, nos dice Simms, y en última instancia su trayectoria fue un «fracaso catastrófico». Pero sí acertó en dos cosas. Estaba «absolutamente en lo cierto» respecto al «poder abrumador de Anglo-América». Y su convicción de que los alemanes eran demasiado débiles para imponerse a los «anglosajones», la «raza superior» del mundo, era «absolutamente exacta». Simms observa que fue un error fatídico reunir a una «coalición de lisiados» en Europa continental contra el imponente poderío de Anglo-América, y a lo largo de todo el libro va enumerando con regodeo las hazañas de los angloestadounidenses contra el Tercer Reich. Su sugerencia de que Hitler era básicamente un anticapitalista le ha granjeado a Simms una dura reprimenda por parte de Richard Evans, que le ha acusado de utilizar al líder nazi para mancillar el prestigio de la izquierda, y de que con ello ha importado al discurso académico británico las invectivas extremistas de la «*alt-right*» estadounidense. A mí me parece un malentendido. No cabe duda de que aquí hay una cuestión política, pero no es la animadversión anti-izquierdista de la «*alt-right*», es la visión *geo*política de un mundo posterior al *brexit*, una visión en la que Anglo-América se aparta de una Europa débil y fragmentada, demasiado carente de cohesión política como para poder proyectar un poder real en el escenario mundial. No es casualidad (ni tampoco una broma) que el subtítulo en inglés del libro aluda a la película de James Bond *The World Is Not Enough* (*El mundo nunca es suficient*e, 1999), un éxito de taquilla, donde el famoso agente secreto británico y una física nuclear estadounidense colaboran para salvar al mundo de un perverso plan ideado por un antiguo oficial del KGB. Simms es un prolífico columnista y comentarista político sobre asuntos contemporáneos, y ha criticado repetidamente a los Estados miembros de la UE (y sobre todo a Irlanda) por no alcanzar a ver que Gran Bretaña, al igual que Estados Unidos, es, por

tradición y carácter una «potencia ordenadora», no una potencia que pueda someterse nunca a un orden más grande que ella misma. Es, sencillamente, un país de un tipo diferente, más fuerte y mejor. A ese respecto, da la impresión de que Simms y el protagonista de su libro están de acuerdo.

Karl Ove Knausgård recuerda la sensación casi de náusea que le invadió cuando empezó a leer *Mein Kampf*: «Con ello, los pensamientos de Hitler accedieron a mi mente, y durante un breve instante se convirtieron en parte de ella». Brendan Simms confiesa una aprensión parecida: «este autor», escribe, «ha intentado incesantemente entrar en la mente de Hitler, sin dejar que [Hitler] entre en la suya». Tanto si Hitler entra en nuestra mente, como si perdemos algo nuestro dentro de la suya, está claro que este hombre extraño y aborrecible, que ya lleva muerto 76 años, sigue jugueteando con nuestras cabezas.

La historia, igual que el presente, está llena de figuras polémicas. Pero sin duda no hay nada que pueda compararse con el enjambre de avatares que abarrotan la literatura sobre Hitler, desde la «no-persona» de Joachim Fest, hasta el estratega artero y pragmático de Alan Bullock, el ideólogo obsesivo de Eberhard Jaeckel, el improvisador sin programa de A. J. P. Taylor, el «dictador débil» de Hans Mommsen, el modernizador «revolucionario» de Rainer Zitelmann, el «Dios psicópata» de Robert G. L. Waite, el «artista» y esteta político de Wolfram Pyta, y el homosexual reprimido de Lothar Machtan (por mencionar solo unos pocos). A veces Hitler llevaba la batuta, y a veces se ahogaba en las estructuras. Desde 1945, cada nueva corriente cultural ha engendrado nuevos Hitlers. También han proliferado por toda la cultura popular, desde los Hitler-zombis de los videojuegos y las interminables parodias que reciclan fragmentos de vídeo de las escenas del interior del búnker de la película *El hundimiento*, hasta las docenas de Hitlers que han surgido de la literatura de ficción y de las películas de ciencia ficción baratas. En la novela-cómic de Timur Vermes *Ha vuelto* (2012), Hitler se ha deslizado por accidente a través de un túnel del tiempo hasta el siglo XXI, consigue una gran popularidad como imitador de sí mismo en la televisión alemana, y se convierte en la estrella de un vídeo de YouTube que se hace viral y consigue 700.000 visitas. Hitler sigue

demandando nuestra atención. ¿Será una prueba, como ha sugerido Ron Rosenbaum, de nuestra «permanente incapacidad de procesar a Hitler»? ¿O acaso sugiere justamente lo contrario, el exceso hipertrófico de procesamiento de algo que sigue dándonos que pensar, pero que también, de alguna manera sigue alimentando nuestra cultura?

Los futuros de la guerra

The Reign of George VI, 1900-1925 («El reinado de Jorge VI, 1900-1925»), publicado anónimamente en Londres en 1763, constituye una lectura fascinante hoy en día. En ese futuro visto desde el siglo XVIII, la Francia del siglo XX sigue gimiendo bajo el despotismo de los Borbones. Estados Unidos sigue siendo una colonia británica. «Alemania» todavía denota la extensa mancomunidad del Sacro Imperio Romano. Cuando comienza el reinado de Jorge VI, los británicos van a la guerra contra Francia y Rusia y derrotan a ambas. Pero después de una invasión franco-rusa de Alemania, la guerra vuelve a estallar en 1917. Los británicos invaden y someten a Francia y deponen a los Borbones. Después de conquistar México y las islas Filipinas, el duque de Devonshire entra en España, y se firma una paz general en París el 1 de noviembre de 1920.

El impacto de las revoluciones en el sistema internacional queda mucho más allá de los horizontes mentales del autor del libro, y ni se imagina en qué medida los cambios tecnológicos van a modificar la guerra moderna. En su siglo XX, los ejércitos comandados por los duques y los reyes-soldados siguen recorriendo el continente, recreando las campañas de Federico el Grande. El *Britannia*, buque insignia de la Royal Navy, es temido en todo el mundo por las devastadoras andanadas de sus «120 cañones de bronce». Me viene a la cabeza el término «*steampunk*»,* salvo que en el libro no hay vapor. Pero hay pasajes que sí tienen inquietantes resonancias con el presente: la política inglesa está empantanada por la lucha entre facciones, el liderazgo político de Alemania es peligrosamente débil, y hay preocupación por las «inmensas sumas» que ha invertido el zar

ruso Pedro IV en sus redes clientelares británicas, con intención de perturbar el proceso democrático.

Predecir las guerras del futuro –tanto quién las librará como la forma en que se librarán– siempre ha sido cuestión de suerte. En *The Coming War with Japan* («La próxima guerra con Japón»), publicado en 1991, George Friedman y Meredith LeBard pronosticaban solemnemente que el fin de la Guerra Fría y el derrumbe de la Unión Soviética darían paso a una era de aumento de la tensión geopolítica entre Japón y Estados Unidos. Los autores predecían que, a fin de asegurarse un acceso sin trabas a las principales materias primas, Japón iba a estrechar su control económico sobre el Sureste Asiático y el océano Índico, que iba a poner en marcha un programa de rearme masivo, y a empezar a cuestionar la hegemonía estadounidense en el Pacífico. Las contramedidas de Washington iban a poner a las dos potencias en rumbo de colisión, y el estallido de una «guerra caliente» ya solo sería cuestión de tiempo.

La incógnita en el análisis era China. Friedman y LeBard presuponían que China iba a fragmentarse y a implosionar, igual que lo había hecho la Unión Soviética, dejando a Japón y a Estados Unidos como únicos rivales en una lucha por asegurarse el control sobre China. Todo ocurrió de una forma diferente: China emprendió una espectacular fase de crecimiento y de consolidación interna, mientras que Japón entró en un largo periodo de estancamiento económico. El libro era inteligente, estaba bien escrito, y hábilmente argumentado, pero además se equivocaba. «Estoy seguro de que en 1991 el autor tenía buenos motivos para escribirlo, y es un tipo realmente inteligente», comentaba un lector en una reseña publicada en Amazon en 2014 (pasando por alto que su coautora era Meredith LeBard). «Pero henos aquí, veintitrés años después, y Japón ni siquiera aparecería en la lista de los treinta primeros países con los que Estados Unidos podría entrar en guerra.»

Eso es lo difícil del futuro: aún no ha sucedido. Solamente puede imaginarse como una extrapolación de las tendencias actuales o pasadas. Pero pronosticar sobre esa base resulta extremadamente problemático. Primero: el presente se caracteriza por un amplio abanico de tendencias

relevantes, crecientes o menguantes, que se potencian o se anulan entre sí; eso hace que la extrapolación resulte excepcionalmente difícil. Segundo: entre los expertos no suele haber un consenso general, ya sea respecto al presente o respecto al pasado, sobre lo que provocaba o está provocando los acontecimientos más importantes –y eso también plantea un sinfín de problemas para la tarea de la extrapolación, porque siempre subsiste cierto grado de incertidumbre acerca de qué tendencias son más relevantes y cuáles lo son menos para el futuro en cuestión. Y por último: da la sensación de que las discontinuidades y perturbaciones más importantes son impredecibles por su propia naturaleza. El autor de *The Reign of George VI* no fue capaz de predecir ni la guerra de Independencia de Estados Unidos ni la Revolución Francesa, cuyas repercusiones en el sistema internacional iban a ser profundas y duraderas. Ninguno de los historiadores o científicos políticos expertos en los asuntos de Europa central y oriental predijo el derrumbe del bloque soviético, ni la caída del Muro de Berlín, ni la creación de una nueva Alemania, ni la disolución de la URSS. Y Friedman y LeBard no fueron capaces de prever el actual ascendente –económico, político y militar– de China.

La guerra futura: un estudio sobre el pasado y el presente, de Lawrence Freedman, un libro de amplias miras, es consciente de esos límites de la previsión humana. En realidad, el libro no habla en absoluto del futuro, sino de cómo lo han imaginado las sociedades –sobre todo en el Occidente anglófono. El libro no plantea un único argumento de alcance global; su fuerza radica sobre todo en su eficaz presentación de una diversa gama de materias situadas a distintas distancias del tema central: la persistente fantasía militar de la «batalla decisiva», el papel de las conferencias de paz en la historia de la guerra, el impacto del armamento nuclear en el pensamiento estratégico, la cuantificación de las guerras y su coste en vidas humanas, el lugar de la crueldad en la guerra moderna, y el rostro cambiante de la guerra en un mundo de ciberarmamento y estrategias híbridas.

En las sociedades modernas, la tarea de imaginar las guerras que están por venir ha corrido a cargo no solo de los expertos y los planificadores

militares, sino también de los autodidactas legos y de los escritores de ficción. Una de las primeras descripciones de máxima influencia de una sociedad moderna que sufre el ataque de un enemigo implacable fue *La guerra de los mundos*, un éxito de ventas de H. G. Wells, en la que ejércitos de marcianos a bordo de veloces trípodes metálicos lanzaban «rayos caloríficos» y gas venenoso sobre Londres, lo que provocaba que las carreteras quedasen atascadas por unos refugiados aterrados que posteriormente eran capturados y aniquilados, ya que sus fluidos corporales servían para alimentar a los invasores. Los marcianos habían sido lanzados desde su planeta natal por un «cañón espacial», una idea tomada de la novela *De la Tierra a la Luna* (1865) de Julio Verne, pero la inspiración subyacente procedía de la aniquilación de la población autóctona de Tasmania después de la colonización británica de la isla, una epopeya de violaciones, palizas y asesinatos que, junto con los patógenos que llevaron los invasores, prácticamente borraron del mapa a la totalidad de la población negra (sobrevivieron solo unos pocos en la vecina isla de Flinders). El shock que causó la ficción de Wells no obedecía a lo novedoso de ese tipo de destrucción, que ya era familiar a raíz del pasado colonial europeo, sino de su inesperada reubicación en un escenario metropolitano de población blanca.

Los pronósticos más exactos del impasse del Frente Occidental entre 1914 y 1918 no surgieron de manos de un estratega militar profesional, sino del financiero y defensor de la paz polaco Ivan Stanislavovich Bloch (1836-1901), que en su estudio de seis tomos *Przyszła wojna pod względem technicznym, ekonomicznym i politycznym* («La guerra del futuro en sus relaciones técnicas, económicas y políticas», 1898) argumentaba que ni siquiera los soldados más audaces y mejor formados serían capaces de abrirse paso a través del fuego mortífero de un enemigo bien atrincherado. Bloch predecía que la siguiente guerra sería «una gran guerra de trincheras», que enfrentaría entre sí no solo a los soldados sino a poblaciones enteras en una larga guerra de desgaste.

El análisis que hacía Bloch del cuadro estratégico general era inigualable, pero nadie fue capaz de imaginar la *experiencia* de la guerra

estática con armamento moderno con mayor exactitud que el maestro de Hamburgo Wilhelm Lamszus. Su libro *Das Menchenschlachthaus* («El matadero de hombres»), publicado en 1912 y traducido al inglés, al francés, al danés, al finés, al checo y al japonés, preveía los horrores del Frente Occidental con una precisión clarividente. Un joven, padre de familia, parte de su hogar entre celebraciones y música de marcha, y llega al frente con sus camaradas:

> Se alza un ruido de gritos y alaridos, un tumulto tan extrañamente desaforado y desmedido que nos apiñamos entre nosotros […] y, temblando vemos que nuestros rostros, nuestros uniformes, tienen manchas de líquido rojo, y reconocemos claramente jirones de carne humana en el tejido. Y entre nuestros pies hay algo que antes no estaba ahí –un objeto de color blanco que reluce entre la arena oscura y se extiende […] una extraña mano desmembrada […] y allí, y allá […] fragmentos de carne con el uniforme aún pegado– y entonces nos damos cuenta, y el horror nos abruma. Ahí fuera hay brazos, piernas, cabezas, torsos, tirados […] y aúllan a la noche; todo el regimiento yace destrozado ahí, por el suelo, un fragmento de humanidad llorándole al cielo…

El escenario meticulosamente detallado de Bloch era un argumento en favor de evitar la guerra. Lamszus era un pacifista, un socialdemócrata y un crítico del imperialismo chovinista. Si esa forma de pensar no logró tener demasiado efecto en la planificación oficial, se debió en parte a que ese tipo de advertencias solían ser descalificadas como los lloriqueos de los anarquistas, los traidores y los cobardes neurasténicos, y en parte a que los planificadores militares preveían un futuro diferente, un futuro en que las ofensivas decididas y las tácticas de choque seguirían ganándole la partida a las posiciones defensivas. Lo verdaderamente asombroso es que ese optimismo sobrevivió a la Primera Guerra Mundial. Menguó durante los primeros años del conflicto, a la vista de la inmensa carnicería a cambio de unos avances insignificantes, pero revivió en 1917-1918, con el retorno a una guerra de movimiento caracterizada por ataques ofensivos masivos y penetraciones en territorio enemigo.

La aparición de la guerra aérea –más que ninguna otra innovación militar de principios del siglo XX– suscitó visiones de transformación, aunque entonces había división de opiniones sobre la cuestión de cómo iba

a condicionar exactamente los futuros conflictos. La primera guerra real en la que se asistió al empleo de los bombardeos aéreos tuvo lugar en el contexto de la guerra ítalo-turca de 1911, un conflicto que comenzó cuando el Reino de Italia atacó e invadió el territorio del Imperio otomano actualmente conocido como Libia. En muchos combates importantes de la guerra de Libia, los aviones italianos realizaban previamente tareas de reconocimiento y transmitían la posición y la fuerza del enemigo a fin de que los italianos pudieran bombardear a la artillería turca desde sus baterías de campaña o desde sus acorazados fondeados frente a la costa. En febrero de 1912, una retirada de los otomanos desde el oasis de Zanur hasta Gargaresch, al sureste de Trípoli, se convirtió en una huida en desbandada cuando el dirigible italiano *P3* lanzó sus bombas entre las tropas en retirada. Los dirigibles podían portar hasta 250 bombas de explosivo de alta potencia. También podían lanzarse unas pocas bombas desde los aviones, aunque se trataba de una tarea incómoda, dado que el aviador tenía que apañárselas para pilotar el aparato al tiempo que sujetaba la bomba entre sus rodillas y utilizaba su mano libre para insertar la mecha, y después la apuntaba a mano contra las tropas que tenía debajo. En otros lugares, el flagrante desequilibrio tecnológico entre los ejércitos italianos y los súbditos otomanos cuya provincia estaban invadiendo tuvo unos efectos menos mortíferos. George Frederick Abbott, un observador británico destacado entre las fuerzas otomanas, recordaba que vio a los aviones italianos bombardeando los campamentos turco-árabes con fajos de proclamas, que revoloteaban al sol «como copos de nieve de juguete». Eran las ampulosas misivas de la propaganda del Gobierno italiano, redactadas en un árabe anticuado que la mayoría de los soldados que participaban en los combates en tierra no podían entender. Abbott recordaba que los árabes «dejaban de disparar y se agachaban para recoger las octavillas con avidez, pensando que a lo mejor eran billetes de banco».

El empleo del poder aéreo fue escasamente concluyente en Libia: a los italianos aún les hicieron falta otros veinte años para «pacificar» las zonas del interior en torno a las ciudades costeras. Pero el potencial de la aviación ya era obvio para los contemporáneos. *La guerra en el aire* (1908), de H. G.

Wells, imaginaba una modalidad de campañas aerotransportadas tan devastadoras para todos los bandos que una victoria significativa para cualquiera de ellos resultaba impensable. Wells describía cómo Estados Unidos era atacado desde el este por los zepelines y los *Drachenflieger* alemanes, y desde el oeste por una «flota aérea asiática» provista de enjambres de «ornitópteros» (máquinas voladoras individuales) fuertemente armados. El libro concluía con una visión posapocalíptica del colapso de la civilización y de la desintegración política de todos los Estados beligerantes.

Otros veían la guerra aérea como un medio para recuperar la promesa de una victoria rápida y decisiva. Uno de los primeros analistas militares del potencial de la aviación fue el oficial italiano, y entusiasta del poder aéreo, Giulio Douhet, que en 1911 fue el encargado de informar sobre la relevancia de la campaña de Libia para el futuro despliegue de la aviación en la guerra. En calidad de comandante del batallón de la aviación italiana de Turín desde 1912, Douhet escribió uno de los primeros manuales para la fuerza aérea, *Reglas para el uso de los aviones en la guerra*. El primer borrador fue exhaustivamente modificado por los superiores militares conservadores de Douhet, que no estaban de acuerdo con que el autor describiera a los aviones como «armas». Pero Douhet siguió defendiendo el valor de la aviación en unos términos cada vez más visionarios. «Conseguir el dominio del aire», escribía en un ensayo de diciembre de 1914, «equivale a poder atacar con impunidad a cualquier punto del cuerpo del enemigo». Consciente de la fuerza de la ficción como instrumento para la exploración imaginativa de posibles futuros, Douhet escribió una novela titulada *La guerra de 19–*, donde preveía una guerra entre Alemania y una alianza franco-belga. En el libro, Douhet describía cómo los bombarderos alemanes atacaban las ciudades inmediatamente después del inicio de las hostilidades a fin de desmoralizar a la población. Su influyente estudio *El dominio del aire* (1920) pretendía demostrar que un ataque aéreo, si se llevaba a cabo con suficientes recursos, podía llevar la guerra a los centros neurálgicos del enemigo, hundir la moral de la población civil, y con ello someter a los dirigentes a una gran presión para que capitularan. Hasta el día de hoy, los

expertos discrepan acerca del papel que desempeñaron los bombardeos aéreos a la hora de poner fin a la guerra de los Aliados contra la Alemania nazi, y la guerra de Vietnam sigue siendo el ejemplo clásico de un conflicto en el que una superioridad aérea abrumadora no sirvió para conseguir la victoria.

El arma de choque por excelencia del siglo XX fue la bomba atómica. El artefacto de cinco toneladas que lanzó un bombardero estadounidense contra Hiroshima el 6 de agosto de 1945 arrasó diez kilómetros cuadrados de la ciudad y mató en el acto a 80.000 personas. La segunda bomba, lanzada tres días después contra Nagasaki, mató a otras 40.000. La aparición de aquella nueva generación de armamento nuclear –y sobre todo el hecho de que la Unión Soviética también consiguiera hacerse con ella– abrió la posibilidad de nuevos futuros. En 1954, un equipo de la RAND Corporation dirigido por Albert Wohlstetter advertía de que, si los dirigentes de una potencia nuclear llegaran a la conclusión de que era posible una victoria preventiva sobre la otra, cabía la posibilidad que esas devastadoras armas fueran utilizadas realmente en un ataque por sorpresa. Por otra parte, si las fuerzas destructivas de que disponían ambos bandos estaban más o menos equilibradas, había motivos para esperar que el temor a un holocausto nuclear bastara por sí solo para disuadir a los potenciales beligerantes. «La seguridad», como dijo Winston Churchill en un discurso ante el Parlamento británico en marzo de 1955, podría resultar ser el «robusto hijo del terror, y la supervivencia, el hermano gemelo de la aniquilación».

Y esa línea argumental fue ganando terreno a medida que iba quedando clara la estabilidad subyacente del orden de la posguerra. La «función del armamento nuclear», apuntaba el teórico de relaciones internacionales australiano Hedley Bull en 1959, consistía en «limitar la incidencia de la guerra». Bull argumentaba que en un mundo nuclear no solo era improbable que los Estados firmaran un acuerdo de desarme general, sino que estarían «actuando racionalmente al negarse a hacerlo». En un influyente ensayo de 1981, el científico político Kenneth Waltz desarrollaba esa línea argumental, y planteaba que el efecto de mantenimiento de la paz de las

armas nucleares era tan fuerte que tal vez era una buena idea permitir que más Estados consiguieran la suya: «más podría ser mejor». En una conferencia que pronunció en la Universidad de Cambridge, el historiador militar israelí Martin van Creveld argumentaba que las armas nucleares eran la razón individual más importante de que hubiera prevalecido la paz entre las grandes potencias desde 1945. «Estas temibles armas», afirmaba, «son el regalo más hermoso que la humanidad se ha hecho nunca a sí misma.»

A la mayoría de nosotros no nos servirá de gran consuelo esta visión sacada del ideario del Doctor Strangelove.[§] Se basa en dos presupuestos: que la potestad para utilizar armamento nuclear siempre estará en manos de actores estatales; y que esos actores estatales siempre actuarán racionalmente y cumplirán los regímenes de control de armas en vigor. El primer axioma sigue siendo cierto, pero el segundo parece frágil. La disuasión nuclear de Corea del Norte está bajo el control individual de una de las personalidades más opacas de la política mundial. En enero de 2018, Kim Jong-un le recordó al mundo que el botón de lanzamiento de armas nucleares «siempre está encima de mi mesa», y que la totalidad de Estados Unidos estaba dentro del radio de acción de su arsenal nuclear. «Es una realidad, no una amenaza.» Por su parte, el presidente de Estados Unidos se burlaba de su colega coreano, llamándole «bajito y gordo», «un cachorro enfermo» y «un loco», le advertía de que su propio «botón nuclear» era «mucho más grande y más potente», y le amenazaba con lanzar una lluvia de «fuego y furia» sobre su país. Después vino la cumbre Estados Unidos-Corea del Norte del 12 de junio de 2018 en Singapur. Los dos líderes se pavonearon ante las cámaras, y el presidente estadounidense habló de la «tremenda amistad» que había entre ellos. Ahora el «cachorro enfermo» era «un tipo listo». Pero la reunión de Singapur fue lo más parecido a una hamburguesa diplomática. Careció, por decirlo suavemente, de la profundidad y del detalle de las cumbres meticulosamente preparadas de la década de 1980. Y desde entonces, la temperatura de las relaciones ha vuelto a desplomarse: 2020 empezó con un discurso de Año Nuevo donde Kim Jong-un anunciaba una «nueva arma estratégica» y amenazaba con iniciar, en la curiosa jerga de las declaraciones políticas norcoreanas, una

«acción real traumática» en caso de que Estados Unidos no suavizara sus sanciones contra Corea del Norte. A día de hoy no estamos más cerca que antes de la desnuclearización de la península de Corea.

Rusia ha instalado una nueva generación más potente de misiles nucleares de medio alcance apuntados a blancos europeos, en contravención del Tratado de Fuerzas Nucleares de Alcance Medio (INF) de 1987, y la administración estadounidense ha respondido con una Revisión de la Posición Nuclear que atenúa las limitaciones al empleo táctico de las armas nucleares. Todo el régimen internacional de control de armamento, tan laboriosamente construido en los años ochenta y noventa, se está desmoronando. En un clima caracterizado por el rencor, la agresividad, la arrogancia y la desconfianza mutua, la probabilidad de una confrontación nuclear, ya sea por un error de cálculo o por accidente, parece mayor que nunca desde el final de la Guerra Fría.

En un influyente ensayo, elocuentemente argumentado, *Los ángeles que llevamos dentro: el declive de la violencia y sus implicaciones*, Steven Pinker planteaba que en realidad la raza humana, a pesar de estos sombríos presagios, se está volviendo menos violenta, que los «ángeles» de nuestra naturaleza poco a poco se van imponiendo, y que cada vez más y más sociedades han llegado a aceptar la idea de que «la guerra es intrínsecamente inmoral debido a sus costes para el bienestar humano». Durante la «larga paz» a partir de 1945, ha habido una disminución de todo tipo de conflictos organizados. Y eso ha ido acompañado de una reducción de las modalidades de violencia más espontáneas: hoy en día, en Europa, las probabilidades de ser asesinado son entre una décima y una cincuentava parte de lo que eran hace quinientos años. Lawrence Freedman, catedrático emérito de estudios sobre la guerra del King’s College de Londres, se muestra escéptico frente a esas afirmaciones y al optimismo que parecen justificar. El principal criterio que utiliza Pinker para medir el progreso, a saber el número cada vez menor de muertes violentas por cada 100.000 personas al año en todo el mundo a lo largo de toda la historia de la humanidad, a Freedman se le antoja demasiado rudimentario: no tiene en cuenta las variaciones regionales, ni las fases de rápido aumento de los

asesinatos, ni los cambios demográficos; asume unas estimaciones de muertes violentas excesivamente bajas para el siglo XX, e ignora que las muertes no son la única medida de la violencia en un mundo que ha mejorado mucho a la hora de mantener con vida a las personas mutiladas y traumatizadas.

No obstante, al margen de lo que sumen las cifras *in toto*, ha habido claramente un cambio en el contexto y la distribución de las víctimas mortales. Desde 1945, los conflictos entre Estados han sido una causa de mortalidad menos importante que las distintas formas de guerra civil, una modalidad de guerra que nunca ha destacado en las obras de ficción sobre futuros conflictos. Se estima que bajo el régimen de Pol Pot en Camboya durante la década de 1970 murieron dos millones de personas, aunque de ellas «solo» entre 80.000 y 100.000 murieron realmente a manos del personal del régimen; el resto murió de hambre o por enfermedades. En una increíble oleada de matanzas de baja tecnología, el genocidio de Ruanda se cobró la vida de entre 500.000 y un millón de personas. Además, la proporción entre la mortalidad militar y la mortalidad civil ha sufrido un cambio drástico. A principios del siglo XX, según una estimación aproximada, el ratio entre muertes militares y civiles era de en torno a 8:1; durante las guerras de los años noventa, fue de 1:8. Uno de los principales motivos de ese cambio es la mayor resistencia de las tropas de hoy en día a las enfermedades: mientras que durante la guerra de Crimea murieron de cólera 18.000 soldados británicos y franceses, en 2002 la cifra total de soldados británicos hospitalizados en Afganistán por enfermedades infecciosas fue de veintinueve, de los que no falleció ninguno. Por otra parte, los civiles que se ven atrapados en los conflictos militares modernos, sobre todo en los contextos donde se ven afectados los servicios médicos y los suministros humanitarios, siguen siendo sumamente vulnerables a las enfermedades, a la sed y a la malnutrición.

Otro motivo del aumento desproporcionado de las muertes de civiles es la tendencia de las intervenciones militares a degenerar en insurgencias y guerras civiles de carácter crónico. Contar los muertos resulta extremadamente difícil en el contexto de un Estado disfuncional o destruido

y dividido por un conflicto civil, pero la tendencia a grandes rasgos es bastante clara. Mientras que la cifra total de bajas mortales iraquíes en combate a raíz de las campañas aéreas y terrestres en la guerra del Golfo de 1991 parece ascender a entre 8.000 y 26.000, la cifra total de civiles muertos a consecuencia del conflicto fue de aproximadamente 100.000. Mientras que durante la segunda guerra del Golfo murieron varias decenas de miles de militares iraquíes, el coste en vidas humanas de civiles podría ascender a 460.000 (la estimación de 655.000 que publicó *The Lancet* suele considerarse demasiado elevada). Las bajas mortales que sufrieron las fuerzas de la coalición en esos dos conflictos ascendieron a 292 y a 4.815, respectivamente. Así pues, puede que el problema no sea la guerra en sí, sino el hecho de que incluso la aplicación más decidida y hábil de la fuerza militar, en vez de resolver definitivamente las disputas, ponen en marcha procesos de escalada o de desintegración que se cobran muchas más vidas humanas que la intervención militar en sí.

La consiguiente desterritorialización de la violencia en las regiones caracterizadas por los Estados en descomposición hace más difícil alcanzar, o incluso imaginar, el tipo de «decisión» que Clausewitz asociaba a la batalla. Robert H. Latiff afirma en *Future War* («La guerra futura») que «con el cambio en el tipo y las tácticas de un enemigo nuevo y diferente, hemos evolucionado en la dirección de la vigilancia total, de la guerra no tripulada, de las armas de lanzamiento a distancia, de los ataques quirúrgicos, de las ciberoperaciones, y de las operaciones clandestinas por unas fuerzas de élite cuyo campo de batalla es global». En sus concisos y esquemáticos párrafos, Latiff, exgeneral de división de la Fuerza Aérea estadounidense, esboza una visión del futuro que se parece a los escenarios de ficción de la novela *Neuromante*, de William Gibson. Latiff sugiere que, en las guerras del futuro, el «Soldado Metabólicamente Dominante», que gozará de las ventajas de la inmunidad al dolor, de una fuerza muscular reforzada, de una capacidad de curación acelerada, y de un «aumento cognitivo», accederá al espacio de batalla vinculado neuralmente no solo a sus camaradas humanos sino también a enjambres de *bots* semiautónomos. Los «*flimmers*», un tipo de misiles capaces de volar y navegar, serán una

amenaza para los vehículos enemigos por tierra y por mar, mientras que los drones submarinos irán en busca de los submarinos y de los cables de comunicaciones. Los «Sistemas Activos de Contención», instalados a bordo de camiones, desplegarán «rayos de dolor» que calientan los fluidos subcutáneos humanos hasta el punto de ebullición. Los misiles y aviones enemigos se combarán y explotarán bajo el intenso calor de los láseres químicos. Los pulsos de radiofrecuencia de alta potencia abrasarán los equipos eléctricos en zonas extensas. Los «vehículos *boost-glide*» hipersónicos irán instalados a bordo de cohetes, desde donde podrán atacar a su presa a unas velocidades tan enormes que resultará «casi imposible» abatirlos con misiles convencionales. La «biología negra» añadirá a esos horrores una falange de patógenos superinmunes. De los más de 600.000 millones de dólares que Estados Unidos gasta anualmente en defensa, aproximadamente 200.000 millones están asignados a la investigación, desarrollo y suministro de nuevos sistemas de armamento.

Latiff reconoce algunos de los problemas éticos que ello implica, aunque no dice nada sustancial sobre cómo se podrían abordar. ¿Qué resultado dará en la práctica la psicología de la «cooperación humano-robot»? ¿Los guerreros metabólicamente dominantes serán capaces de reincorporarse tranquilamente a la sociedad civil a su regreso de una guerra? ¿Qué ocurrirá si los robots cometen crímenes de guerra, o si los niños se ven atrapados en la trayectoria de los rayos de dolor? ¿Qué pasará si las armas de pulsos radiomagnéticos inutilizan los hospitales, o si los patógenos creados por bioingeniería desencadenan epidemias? ¿El creciente uso de drones o de vehículos guiados por inteligencia artificial reducirá la capacidad del personal de las Fuerzas Armadas para percibir al enemigo como plenamente humano? «Una carrera armamentista que emplee todas las tecnologías que he descrito», afirma Latiff en las últimas páginas del libro, «no se parecerá a nada de lo que hemos visto hasta ahora, y las implicaciones éticas son aterradoras.»

Aterradoras de verdad. Resulta difícil no sentirse impresionado por la inventiva de los expertos en armamentos en sus laboratorios subterráneos, pero también es difícil no desesperarse ante la forma en que ese ingenio se

ha desvinculado de los imperativos éticos más en general. Y uno no puede evitar sentir estupor ante la prosa fría y aquiescente con la que los expertos en estudios sobre la guerra reparten sus argumentos, como si la guerra fuera, y siempre será, una necesidad humana, un rasgo de nuestra existencia tan natural como el nacimiento o el movimiento de las nubes. Cavilando sobre estos asuntos, me vino a la memoria un comentario que hizo el sociólogo francés Bruno Latour cuando visitó la Universidad de Cambridge en la primavera de 2016. «Sin duda es un asunto trascendental», dijo Latour, sorprendiendo a sus colegas categóricamente seculares de la sala, «saber si, como seres humanos, nos encontramos en una situación de redención o de perdición».

A lo largo de los últimos años, cuando la arquitectura del Tratado INF de los años ochenta se ha desmoronado, y los rusos, los chinos y los estadounidenses han anunciado nuevas generaciones de armamento, he pensado a menudo en las palabras de Latour. Los defensores de la paz siempre serán vulnerables al argumento de que, dado que el enemigo está afilando su cuchillo, hablar de paz no es realista, resulta peligroso, o es incluso un acto de traición. La búsqueda de la paz, igual que la lucha para detener el cambio climático, requiere que pensemos en nosotros mismos no solo como Estados, tribus o naciones, sino como los habitantes humanos de un espacio compartido. Exige unas hazañas de la imaginación tan coordinadas e impresionantes como la creatividad y la brujería de ciencia ficción que dedicamos a las futuras guerras. Requiere utilizar la razón para ascender desde el estrecho punto de vista de un interés particular hasta un punto de vista panorámico desde el que seamos capaces de ver, como ha dicho Peter Singer, catedrático de Bioética de la Universidad de Princeton, «que nuestros intereses son parecidos a, y, desde el punto de vista del universo, no son más importantes que, los intereses de los demás». Eso implica conectar el trabajo intelectual que se realiza en los Centros de Estudios de Guerra con las investigaciones que llevan a cabo los Institutos por la Paz, así como aplicar a la tarea de evitar las guerras el razonamiento pragmático a largo plazo que asociamos a la «estrategia». «No creo que necesitemos nuevos valores», dijo Mijaíl Gorbachov en una entrevista en

1997. «Lo más importante es intentar reavivar unos valores universalmente conocidos de los que nos hemos desentendido.» Y sin duda debe de ser cierto, como observaba el papa Francisco en abril de 2016, que la abolición de las guerras sigue siendo «la meta por excelencia, y la más profundamente valiosa, de los seres humanos».

---

* Un subgénero literario de finales del siglo XX que remeda la ficción futurista de la era victoriana. *Steam* = vapor. *(N. del T.)*

§ *Dr. Strangelove, or How I Learned to Stop Worrying and Love the Bomb* es el título original de la sátira nuclear que rodó Stanley Kubrick en 1964, y que en España se estrenó con el título *¿Teléfono Rojo? Volamos hacia Moscú. (N. del T.)*

Alto en el aire sereno

En enero de 2018 viajé a Sídney por un asunto familiar. Durante mi estancia allí leí *La transformación del mundo: una historia global del siglo XIX*, de Jürgen Osterhammel. Al igual que prácticamente todos mis colegas de historia contemporánea, a menudo he escarbado en este libro en busca de pasajes que abordaran cualquier cuestión que me obsesionara en ese momento. Pero esta vez leí el libro de principio a fin como un *libro*, o mejor dicho, como un texto de Kindle –dado que *La transformación* era demasiado pesado para un vuelo intercontinental. Era mi primera experiencia de lectura en Kindle, y me costó un poco acostumbrarme. Llevaba la cuenta de mi progreso por el texto no gracias a lo que Jane Austen denominó en una ocasión «la compresión delatora de las páginas», sino a través de un pequeño indicador porcentual al pie de cada página. Al cabo de muchas horas disfrutando de la lectura, el dispositivo indicaba que había llegado al 4 %. De la masa de papel encuadernado posada como un ave no voladora en la mano del lector solo quedaba una cantidad abstracta de palabras.

A medida que avanzaba por esa cantidad de palabras, me invadió una sensación placentera. Me parecía estar flotando por encima de un mundo lleno de gente, sobrevolando montañas y puentes, valles atravesados por vías férreas, campos de batalla y bibliotecas, hospitales y barcos de vapor. Veía plagas y extensas láminas de agua sobre la tierra. Veía la violencia de la naturaleza irrumpiendo en la historia de los seres humanos: terremotos, tsunamis, erupciones volcánicas, sequías, lluvias, las cambiantes pautas del clima. Veía cómo venían al mundo los seres humanos y cómo morían, cómo

se desplazaban en grandes números, o cómo se veían obligados a desplazarse por culpa de las guerras y las revoluciones: refugiados, exiliados, convictos, migrantes, viajeros.

Me vino a la memoria el poeta estadounidense Walt Whitman, un hombre del siglo XIX. Pensemos en cómo la vista de Whitman flota por encima de las personas y las cosas, cómo su mirada se fija en los peatones apresurados, en las ancianas, en los trabajadores portuarios y en las camareras, en las madres dando a luz, en los esclavos de las plantaciones de azúcar. Whitman no los llama por su nombre, los ve en categorías, pero sabe cómo se ganan la vida, lo amplio o estrecho que es el espectro de sus oportunidades, si se van a dormir con el estómago lleno o con hambre. Le interesan las conexiones que crean las personas, las cosas que las aúnan. En 1865, en «Cruzando en el ferry de Brooklyn», Whitman observaba las masas de oficinistas de Manhattan que por las tardes se subían a los pequeños transbordadores para cruzar el East River y volver a sus hogares:

> ¡Pleamar a mis pies! ¡Te veo cara a cara!
> Nubes del sol del oeste a media hora de altura, os veo también cara a cara.
>
> Multitudes de hombres y mujeres vestidos con las ropas habituales, ¡qué curiosos me resultáis!
> En los transbordadores los cientos y cientos que cruzáis, de vuelta a casa, me resultáis más curiosos de lo que suponéis,
> Y los que cruzaréis de orilla a orilla durante años sois más para mí, y más en mis reflexiones, de lo que podríais suponer.*

Posteriormente, en 1883, los transbordadores fueron sustituidos por el Puente de Brooklyn. En un ensayo sobre las fronteras y los puentes, Osterhammel reflexiona sobre la diferencia que supone un puente:

> Un mundo sin puentes sería más pausado, más húmedo, más resistente, estaría formado por partes más pequeñas, un mundo de vados, transbordadores y barrancos por los que primero hay que bajar y después volver a subir. En muchas zonas poco pobladas de fuera de Europa ese mundo todavía existe. A día de hoy, no hay ni un solo puente que cruce el Amazonas.

Comparar a Jürgen Osterhammel con Walt Whitman podría parecer rebuscado, pero en realidad no lo es. Al fin y al cabo, a Osterhammel le interesan las grandes conexiones que enmarcan nuestra existencia. Le interesa el agitado movimiento de las personas y las cosas. «La historia del género humano está presente en el espíritu [de Whitman]», afirmaba W. Schlösser en el prefacio a la edición alemana de 1948 de *Hojas de hierba* de Walt Whitman. «Su pensamiento está forjado a partir de los mitos de los grandes maestros de la humanidad; el conocimiento de su tiempo se somete ordenadamente a su razón.» Podríamos decir algo muy parecido de Jürgen Osterhammel, aunque en su caso son las *teorías*, más que los mitos, de los grandes maestros los que más influyen en su forma de pensar. El entusiasta traductor de Whitman al alemán, el dramaturgo y escritor naturalista Johannes Schlaf, describía al poeta estadounidense como un hombre «de pecho amplio y quemado por el sol, con su cabeza de cabello blanco elevándose por encima de las más altas cumbres, los pies firmemente asentados en la tierra, y su mirada atravesando los estados de un mar a otro». Aquí también podemos advertir cierto parecido entre el poeta y el historiador, a excepción de la cabeza de cabello blanco, lo que aún no es del todo cierto en el caso de Jürgen Osterhammel.

La alusión a la altura de las cumbres es sugerente. «La vista desde la cumbre», observa Osterhammel en la página 1279 de la edición inglesa de su libro (sí, es un libro largo), «es una experiencia impresionante». Y en un ensayo titulado «The Altitude of Eagles» [«La altitud de las águilas»], publicado en un libro que lleva ese mismo título,[§] Osterhammel descubre un interesante elemento común entre el enigmático poeta Friedrich Hölderlin y el naturalista Alexander von Humboldt: ambos amaban las montañas. Humboldt fue uno de los alpinistas más intrépidos y exitosos de su época. Pero también Hölderlin veía en los puentes de los Alpes suizos una «metáfora concentrada del dominio móvil de la vida en las altas cordilleras»: «Intrépidos franquean / los hijos de los Alpes el abismo / sobre puentes de frágil construcción». Y Humboldt admiraba los intrincados puentes de cuerda de Ecuador –robustos, económicos, aterradores– por los que se aconsejaba al viajero que corriera «lo más rápido posible y con el

torso flexionado hacia delante». Hölderlin y Humboldt, que, por lo que sabemos, nunca se conocieron, convergen, escribe Osterhammel, «en un mundo pictórico de cumbres, de puentes, y de desafío a la separación».

La cumbre es inmóvil, por supuesto. Ofrece al observador un único panorama sobrecogedor. Las águilas y las grullas tienen más suerte, porque «la libertad del ave reside no solo en la infinitud de su medio aéreo, sino también en la capacidad de contemplar las cosas desde una amplia gama de distancias». De ahí la afinidad de Hölderlin por las aves: «Alto en el aire sereno mira en torno a sí el halcón».[‡] Fue precisamente esa vertiginosa sensación de altitud, unida al ojo de águila para los detalles del terreno, lo que me llamó la atención mientras leía *La transformación* de Jürgen Osterhammel.

Me gustaría centrarme en unos pocos aspectos del libro que me parecen particularmente importantes. Pero primero tengo que decir que Osterhammel ha escrito otros libros, por no hablar de sus muchos artículos y ensayos. *China und die Weltgesellschaft* («China y la sociedad mundial»), publicado en 1989, fue pionero en un nuevo enfoque que iba a condicionar su obra posterior, pues se interesaba tanto por la entrada de China en el «sistema mundial de Estados» como por su integración en «esa forma de economía global que surgió en el siglo XVIII y que se extendió y profundizó espectacularmente a partir del último cuarto del siglo XIX». Osterhammel fija su mirada en la variedad de conexiones regionales –por ejemplo en el contraste entre el comercio cantonés, que estaba orientado a Occidente, y las condiciones muy diferentes imperantes a lo largo de la frontera china con Rusia. Intenta superar el eurocentrismo latente en los documentos archivísticos europeos y en la literatura histórica occidental por el procedimiento de «alternar sin solución de continuidad» entre las perspectivas «sinocéntrica» y «eurocéntrica». Por esa vía Osterhammel recupera la sensación de espacio para maniobrar de que disponen los chinos, a pesar de la asimetría de las fuerzas implicadas, y al mismo tiempo explica por qué las potencias occidentales lograron, por fin, tras el Tratado de Nankín de 1842, cargar a los chinos con unos acuerdos que restringían gravemente su soberanía.

El libro también habla de la necesidad de saltarse las fronteras infradisciplinarias. La historia de China en la era moderna, escribía Osterhammel, puede contarse a lo largo de dos líneas narrativas paralelas: la de la integración política de China en la comunidad internacional, y la de su incorporación económica a la economía mundial. En teoría, ambas líneas pueden desarrollarse por separado e independientemente una de otra, si no fuera porque, en China, el comercio y el marco jurídico internacional en el que tenía lugar dicho comercio siempre se entendieron, y por una buena razón, «principalmente como una cuestión *política*». Precisamente el entretejerse de diferentes factores, mezclados en distintas proporciones, es lo que da lugar a «la especificidad de las situaciones históricas particulares».

Por regla general, las fronteras entre las disciplinas están aún más enérgicamente custodiadas que las fronteras que existen dentro de ellas, y ahí también Osterhammel quiso tender puentes. En una fecha tan tardía como la década de 1980, la historia de Asia era en gran parte obra de los especialistas en estudios islámicos, de los sinólogos y de los indólogos, más que de los historiadores. Y eso tendía a ocultar de la vista las polifacéticas interacciones entre Europa y el resto del mundo. Lo que hacía falta era un experto que fuera no solo un historiador y un científico político sino también un sinólogo (si bien Jürgen Osterhammel prefiere no aplicarse ese término a sí mismo).

En *Die Entzauberung Asiens. Europa und die asiatischen Reiche im 18. Jahrhundert* («El desencanto de Asia. Europa y los imperios asiáticos en el siglo XVIII»), Osterhammel se centraba en los discursos europeos sobre Asia durante el siglo XVIII. Ahí también había un puente por tender, un puente que se extendiera hacia atrás, por encima de la violencia y las divisiones del siglo XIX, hacia una literatura más antigua que estuviera seriamente interesada en la experiencia mundial y en una ciencia general del género humano. Hoy, cuando tantos de mis colegas más jóvenes quieren ser historiadores mundiales (por lo menos ese es mi caso en Cambridge), resulta fácil olvidar lo frescas e innovadoras que eran las primeras obras de Jürgen Osterhammel, y aquí no solo me estoy refiriendo a los estudios sobre

China sino también a sus ensayos sobre la historia de la Sociedad de las Naciones –las obras que publicó sobre ese asunto en los años setenta siguen considerándose textos de referencia y se citan por doquier. Osterhammel fue un pionero.

A ese respecto, es interesante señalar los muchos paralelismos con la trayectoria profesional de mi amigo y colega Christopher Bayly. En su gran estudio de 1983, *Rulers, Townsmen and Bazaars: North Indian Society in the Age of British Expansion, 1770-1870* («Gobernantes, habitantes de las ciudades y bazares: la sociedad del norte de India en la era de la expansión británica, 1770-1870»), Bayly lograba, igual que Osterhammel en *China und die Weltgesellschaft*, hacer justicia a las drásticas asimetrías del imperialismo sin ocluir de la vista la extraordinaria variedad y el irreprimible dinamismo de la sociedad india. Y cabe decir prácticamente lo mismo tanto de *Empire and Information* («Imperio e información»), un estudio de Bayly de 1996 como del *Entzauberung Asiens* de Osterhammel. Osterhammel se centraba principalmente en el género literario de los relatos de viajes en la era de la Ilustración, Bayly en la aparición del «conocimiento colonial» en el marco de la administración colonial británica en India entre 1780 y 1880. Sin embargo, ambos libros se distanciaban de la tesis, cada vez más de moda en los años ochenta, de que el conocimiento de Asia cultivado por los observadores occidentales se basaba exclusivamente en las fantasías de un imaginario orientalista en gran parte desconectado de la realidad. Y el libro de Bayly *Imperial Meridian* («Meridiano imperial»), donde reconcebía la historia global del crucial periodo que va de 1770 a 1830 como una historia mundial multiimperial e interactiva, se entrecruzaba en muchos puntos con las enrevesadas historias de Osterhammel sobre las «misiones civilizadoras» imperiales. En el caso de ambos historiadores, esa gradual expansión del campo de visión los llevó en la dirección de una espectacular síntesis moderna y global, que fue la coronación de sus carreras –si bien Osterhammel rechaza la palabra «síntesis» alegando, con su característica modestia, que un relato sacado del conocimiento experto y de los argumentos de cientos de colegas vivos y fallecidos no es realmente una síntesis, sino un «análisis compuesto», un mosaico.

Un rasgo especialmente llamativo de *La transformación* es la claridad y la precisión del lenguaje. Jürgen Osterhammel describe, por ejemplo, cómo el almacenamiento cada vez más sistemático e institucionalizado del conocimiento dio lugar a nuevas formas de erudición, al tiempo que hacía que otras resultaran obsoletas. «La erudición se disoció de las proezas de memorización personal; el polímata, antiguamente admirado por acumular conocimientos, se convirtió en una lastimosa rareza.» Lo agradable de esta frase no es su belleza literaria sino la claridad conceptual de sus distinciones y la densidad de su sustancia intelectual. ¿El actual ascendente de China estaba «preprogramado desde hacía mucho tiempo»? No, responde Osterhammel. El «Ascenso de China» que hoy copa los titulares de nuestros periódicos no es un estado de las cosas único y homogéneo, sino un fenómeno compuesto y formado por muchas capas, y cada uno de esos estratos tiene su propia prehistoria. Ante nuestros ojos aparecen distintos factores, dependiendo de si examinamos el problema desde la perspectiva de, digamos, 1930 o si adoptamos como punto de vista el final del siglo XX. «Cada horizonte temporal diferente», dice Osterhammel, «pone en juego sus propios mecanismos explicativos.» Una y otra vez, uno se encuentra con formulaciones que le gustaría anotar, porque transmiten afirmaciones complejas con una precisión insuperable. Y eso nos lleva de vuelta a Walt Whitman, sobre el que el poeta radical Ferdinand Feiligrath, desde su exilio en Inglaterra, escribía: posee un «lenguaje sencillo», llama «a cada cosa por su nombre correcto sin renunciar a esa sonoridad que proporciona placer a un oído refinado».

Osterhammel tiene muy buen sentido para la tensión entre el respeto de Leopold von Ranke por la particularidad irrepetible de cada época y el carácter anticipatorio de las constelaciones del pasado. «La telegrafía [del siglo XIX]», dice Osterhammel, «era demasiado engorrosa, estaba demasiado sobrecargada, y era demasiado cara (en 1898, el periódico *The Times* dedicó el 15 % de sus ingresos anuales a gastos de telegrafía) como para considerarla una “Internet victoriana”, pero por lo menos se habían sentado las pautas subyacentes de una *world wide web* sin precedentes.» Lo que Osterhammel hace aquí diacrónicamente, entre una época y la

siguiente, también consigue hacerlo sincrónicamente, por medio de las comparaciones. Podrían citarse cientos de ejemplos. Baste con decir que Osterhammel está constantemente comparando entre sí los elementos en común y las diferencias. Gobierna su barco con mano firme entre el Escila del contraste axiomático y el Caribdis de una «*ecumene*» basada en la presunción de una condición humana común.

Una y otra vez, Osterhammel nos invita a reflexionar sobre las categorías fundamentales de la comprensión histórica, sobre el repertorio conceptual del razonamiento histórico. ¿Es el espacio húmedo de los océanos diferente del espacio mayoritariamente seco de los continentes? ¿De qué forma están relacionados el espacio y el tiempo en el pensamiento histórico? ¿Qué es una era? «Los umbrales entre eras», escribe Osterhammel, «no pueden discernirse por el procedimiento de indagar más en profundidad en el "significado" objetivo de las épocas específicas. Tan solo afloran cuando se superponen numerosas cronologías muy bien calibradas. Los umbrales se hacen visibles, podríamos decir, cuando ese tipo de finas líneas divisorias se acumulan hasta formar gruesos muros de contención, o cuando observamos una compresión en la frecuencia de los cambios.» Las respuestas que encuentra Osterhammel a estas y otras preguntas fundamentales deberían ser de lectura obligatoria para todos los historiadores incipientes.

«Numerosas cronologías muy bien calibradas»: *La transformación del mundo* se caracteriza en su integridad por su aguda conciencia de la temporalidad, por su sentido de la duración percibida del tiempo, de la textura del tiempo. ¿Fluye deprisa o despacio? ¿Fluye en absoluto, o se percibe en intervalos y momentos discretos? ¿El futuro choca contra el presente, o el presente es impulsado hacia delante hasta un futuro vacío, que aún hay que llenar de acontecimientos? Y Osterhammel entiende que los horizontes temporales se extienden no solo hacia el futuro, sino también hacia el pasado. ¿Hasta qué momento del siglo XIX llegaba la memoria humana? En uno de mis pasajes favoritos, Osterhammel reflexiona sobre el alcance temporal de la memoria. Dice: «El siglo XIX […] no se ha sumido por debajo de lo que era personalmente recordable hasta hace bastante

poco. Podemos fechar ese momento en la muerte, en un zoológico australiano en junio de 2006, de la tortuga gigante *Harriet*, que llegó a conocer al joven naturalista Charles Darwin en las islas Galápagos en 1835».

Hay muchas cosas de las que disfrutar en esta frase. Aparte de que un corazón australiano debe henchirse al pensar en aquella valerosa tortuga, una inmigrante que había cruzado los océanos, la frase nos invita a reflexionar, por lo menos fugazmente, sobre la pregunta: ¿qué significa que una tortuga recuerde algo? ¿Y en qué sentido ese animal paciente y claramente muy adaptable «llegó a conocer» a Charles Darwin de joven? Me puse a pensar en el primer verso del poema «Baby Tortoise» («Cría de tortuga») de D. H. Lawrence: «Tú sabes lo que es», le dice Lawrence a una tortuga recién salida del cascarón, «nacer sola». El don de curiosear en el alma de las tortugas es una prerrogativa exclusiva de los poetas y los historiadores. Hay muchos momentos placenteros como ese en este libro. Permítanme que cite tan solo uno más: «la formación de diásporas a consecuencia de las migraciones masivas era omnipresente en el siglo XIX, era casi la condición por defecto. Tan solo los franceses se quedaron en su casa».

Por último, este libro plantea de la forma más clara la pregunta que es el meollo de los mejores escritos sobre historia mundial: ¿en qué medida un historiador mundial de procedencia occidental puede saltar por encima de la sombra de su propio eurocentrismo? Por supuesto, es posible ampliar el marco por el procedimiento de incorporar aditivamente al relato a los actores no occidentales. Es posible ofrecer comparaciones y paralelismos. Pero subsiste el problema identificado por el historiador del arte James Elkins en 2007, en un libro que lleva por título *Is Art History Global?* («¿La historia del arte es mundial?»). Los historiadores del arte que asumen la tarea de escribir una historia del arte mundial tienen que hacerse a la idea de que toda la armadura metodológica de su disciplina es de origen occidental; de hecho, proviene casi exclusivamente de una región específica del continente europeo, a saber, Alemania. Elkins afirma que, a fin de compensar esa desventaja, sus mejores colegas hacen un esfuerzo por

integrar las tradiciones hermenéuticas de sus materias. Por ejemplo, un estudio sofisticado del arte chino podría basarse en el repertorio de la crítica de arte china y aplicar las formas autóctonas de abordar el análisis de las obras de arte chinas. Pero lo que no hacen, por regla general, es interpretar objetos procedentes del canon europeo conforme a los criterios de la forma en que tienen los chinos de apreciar el arte. Ningún historiador del arte serio que trabaje en una institución occidental aplicaría los conceptos de la crítica de arte confuciana a la interpretación de un cuadro de Monet. Esos historiadores subestiman el carácter eurocéntrico de su propio quehacer justamente debido a que incorporan obras y conceptos no occidentales a su campo de visión, pero no a su técnica interpretativa o narrativa.

El historiador de la ciencia de la Universidad de Cambridge Simon Schaffer hablaba hace unos años, en una maravillosa conferencia titulada «Histories of Astronomy and Empire» («Historias de la astronomía y el imperio») sobre el viaje que hizo el astrónomo John Evershed a la Misión de Wallal, en la costa de Australia Occidental, para observar y registrar mediante una serie de instrumentos el eclipse total de sol del 21 de septiembre de 1922. Los astrónomos estaban interesados en medir el cambio de posición aparente de las estrellas que podía observarse en el cielo alrededor del disco totalmente eclipsado del Sol. Y sus resultados confirmaron con bastante exactitud lo que Albert Einstein había predicho siete años antes en su *Teoría general de la relatividad*. Simon Schaffer nos recordaba que lo que nunca apareció en el informe oficial de la expedición fueron los hombres nyangumarda de la zona, en un número aproximado de cuarenta, cuya ayuda fue esencial para el éxito de todo el proyecto; al fin y al cabo, fueron ellos quienes construyeron las chozas y la cocina, y atendieron a las necesidades de los hombres y mujeres extranjeros que se dedicaban a la observación.

Ahora bien, podría decirse que, al integrar a esas personas en el relato, hemos superado parcialmente el punto de vista eurocéntrico. Por otra parte, sería mejor y más interesante si se invirtiera la perspectiva óptica en sí, por lo menos temporalmente. Si lográramos hacerlo, podríamos entender la historia de la Expedición de Wallal como una crónica de cómo el pueblo

nyangumarda, con su propia y traumática historia australiana, veía el trabajo de los astrónomos extranjeros a través del objetivo de su propia cosmología. La cosmología de los pueblos australianos, su conocimiento de los cuerpos celestes, ha sido objeto en los últimos años de una intensa investigación. Pero, por supuesto, nadie le preguntó a los nyangumarda qué pensaban de aquellos atareados intrusos con sus instrumentos. Las fuentes que nos permitirían emprender ese tipo de relato alternativo no existen, por lo menos no en este caso. Pero incluso la idea de que sería posible reorientar las perspectivas de esa manera nos alerta de lo que perdemos de vista cuando contamos la modernidad a nuestra manera.

Jürgen Osterhammel lo sabe. Deja que las experiencias y las formas de ver no europeas hablen en su texto. Pero uno de los puntos fuertes de su obra es que también reconoce los límites del campo de visión de la historia, que no excluye ni pone entre corchetes la materia oscura del pasado, sino que reconoce su presencia como la inescrutable compañera de nuestros pensamientos.

---

* Traducción de Jesús Munárriz. *(N. del T.)*

§ *El vuelo del águila: el mundo actual en una perspectiva histórica*, Barcelona, Crítica, 2018. *(N. del T.)*

‡ Traducciones del alemán de Jesús Munárriz. *(N. del T.)*

En memoria de Christopher Bayly

Los libros de Christopher Bayly no documentaban resultados, relataban viajes intelectuales. «Este libro», escribía Chris al principio de *Rulers, Townsmen and Bazaars* («Gobernantes, habitantes de las ciudades y bazares», 1983), un estudio que cambió la comprensión histórica del impacto del dominio británico en India, «surgió de una fascinación por la fecunda pauta de la vida comercial que aún podía encontrarse en los laberínticos callejones de los puestos de los hojalateros y en las antiguas casas de los comerciantes que se alzaban detrás de los muelles de la ciudad de Benarés.» Las señoriales mansiones a la orilla del río, al lado de los *ghats* (embarcaderos para el baño) de Benarés (Varanasi) solo eran un punto de desembarco. Lo que le interesaban eran los laberínticos callejones que había detrás.

Esa corta distancia que media entre la orilla del río y los recovecos que hay detrás de las redes elitistas y las pulidas superficies historiográficas puede recorrerse en todos y cada uno de los libros que escribió Chris. Chris era plenamente consciente de la cualidad intrincadamente estratificada de las sociedades humanas. Una y otra vez, Chris ofrecía a sus lectores vertiginosas vistas a través de las texturas sociales superpuestas. Nada de lo que se despliega ante nuestros ojos es obvio, porque todo está en movimiento. Los clanes y las hermandades gremiales se amalgaman para formar estructuras similares a las clases; el poder cambia de manos: los oligarcas cosmopolitas ceden el paso a los comerciantes, los nanakpanthi de la casta khattri asumen el poder de manos de sus compañeros de casta islamizados; los comerciantes de habla kannada y los chettis pasan a cubrir

los puestos antiguamente ocupados por los armenios y los judíos. Chris veía un atisbo de mediación, una chispa de resiliencia y de esperanza en todo aquel que entrara en su campo de visión.

Y consideremos este pasaje de la introducción de su libro *Empire and Information* («Imperio e información»), uno de mis favoritos:

> [Este libro] es un estudio de la comunicación social en el sentido utilizado en la innovadora obra de Karl Deutsch. Pasa revista a los especialistas que contribuyeron a articular los sistemas de conocimiento autóctonos y a mantener en circulación la información, las ideas y los chismes: los astrólogos, los médicos, los expertos en la piedra filosofal, las comadronas, las casamenteras, y otras personas cultas que llevaban las noticias de una comunidad y una región a otra. La densidad y la flexibilidad de las rutinas autóctonas de comunicación social es lo que explica por qué los indios del norte fueron capaces de hacer un uso tan extraordinario de la imprenta, de los periódicos y de las reuniones públicas una vez que dichas innovaciones empezaron por fin a extenderse rápidamente entre ellos durante las décadas de 1830 y 1840.

¡Qué pasaje más típico de él! Empieza remitiéndose a la teoría –en este caso el libro *Nationalism and Social Communication* («Nacionalismo y comunicación social», 1953) de Karl Deutsch. Después vemos un extraordinario atisbo de las personas y las redes que van a dar vida al libro, la profusión y la variedad que se transmiten a través de la poesía de una lista (a Chris le encantaban las listas, pero sus listas nunca son jerárquicas –estaba igual de interesado en, y prestaba la misma atención a, todos y cada uno de sus elementos). Y después, a partir de ese totum revolutum sincrónico, el impulso hacia delante de la modernización: la imprenta, el periódico, la reunión pública. El pensamiento de Chris palpita en esas palabras.

Cuando falleció inesperadamente de un ataque al corazón en Chicago el 18 de abril de 2015, sir Christopher Bayly era el historiador de India y del Imperio británico más distinguido, y un pionero en el campo de la historia mundial. Fue también el primer académico británico que recibió el título de sir «por su contribución a la historia fuera de Europa». La distinción de Chris era internacional, como atestigua su larga lista de nombramientos y honores, pero su carrera se centró en el St. Catharine’s College, del que fue elegido miembro y profesor de Historia en 1970, y donde acabó siendo

director de estudios de Historia. Él y yo estuvimos veinticinco años conversando y trabajando juntos allí. En 1992 Chris Bayly fue nombrado catedrático Vere Harmsworth de Historia Imperial y Naval. En el momento de su muerte, tan solo dos años después de su jubilación de Cambridge, era simultáneamente catedrático de la Universidad de Chicago, de la Universidad de Copenhague y de la Universidad Queen Mary de Londres.

Chris nació en Turnbridge Wells (Kent), en una familia muy involucrada en la historia del imperio. Recordaba conversaciones de su infancia con su abuelo *cockney* londinense, que había combatido durante la Primera Guerra Mundial en Egipto, Palestina y Turquía. Su padre había prestado servicio por todo el mundo como marino mercante, como por ejemplo a bordo de los barcos que traían copra de India. «Así pues, me familiaricé desde muy pronto con la historia colonial y mundial», diría posteriormente. La historia que Chris aprendió en el Colegio Skinner de Turnbridge Wells y, a partir de 1963, como estudiante en el Balliol College de la Universidad Oxford, tenía unos amplios horizontes intelectuales pero un planteamiento eminentemente europeo. El giro hacia una carrera centrada en la historia india le llegó en 1965, cuando Chris emprendió un largo viaje intercontinental de vacaciones a India, pasando por Turquía, Irán, Afganistán y Pakistán. Al verse obligado a evitar la zona de guerra indo-paquistaní, viajó al sur hasta Karachi y se embarcó en un barco de peregrinos chiítas con rumbo a Basora. «Me hice una idea de India desde el otro lado», recordaba en una entrevista de 2014. «No tirándome de un avión. India y Asia occidental, y en particular la dimensión musulmana. De modo que aquella fue una experiencia muy formativa.»

En St. Antony's, el *college* de Oxford donde se licenció, Sarvepalli Gopal y Albert Hourani fueron sus guías en las asignaturas de Historia de India y de Oriente Próximo; el supervisor de su tesis doctoral fue Jack Gallagher (también de Balliol), que a la sazón estaba supervisando una transformación en la historia imperial británica. Chris se trasladó a Cambridge en 1970 por invitación de Eric Stokes, catedrático Smuts de Historia de la Commonwealth Británica, que trabajaba en el St. Catharine's College desde 1963. Su traslado a Cambridge se decidió, como Chris

recordaba posteriormente, de una forma asombrosamente relajada, típica de aquellos tiempos: «Jack llamó a Eric: “Eric, tienes algún trabajo ahí para este tipo raro llamado Bayly que tengo aquí?”. Él respondió: “Puede que tengamos algo”, y eso fue todo».

Eric Stokes iba a ser el mentor más importante de Chris. En los años setenta, Stokes estaba apartándose del tema de los principios y las ideologías que habían centrado la atención de sus anteriores trabajos y se interesó por un enfoque de la historia india que subrayara la importancia de las estructuras latifundistas y las presiones que ejercieron sobre ella los sistemas británicos de gestión de las rentas. Otro rasgo permanente del trabajo de Chris sobre India fue su interés por la interacción dinámica entre las élites locales y los gobiernos imperiales. La personalidad agradable y sin pretensiones de Stokes fue otra fuente de inspiración. En un emotivo artículo para el *Oxford Dictionary of National Biography*, Chris le dedicaba unas palabras a Stokes, fallecido en 1981, que podrían aplicarse al propio Chris: «Ejercía su influencia como historiador no mediante un patrocinio dominante sino a través del humor, de la autocrítica, y de una enorme curiosidad intelectual».

La movilidad bulliciosa y siempre presente de las personas que aparecen en sus relatos hace imposible pensar en India como un lugar estancado o pasivo, al que simplemente le sobrevino la historia del imperio. La mirada de Chris se fijaba en las fuerzas de autoorganización y de autorreinvención anteriores a la llegada de los británicos, y que sobrevivieron a su marcha, para dar forma a la India de hoy en día. Ya en sus primeros libros sobre India, Chris había advertido paralelismos con el Egipto campesino, con la era Meiji en las aldeas de Japón y con las esforzadas clases profesionales de China en el siglo XIX. Posteriormente, aquellas amplias reflexiones se incorporaron a dos libros pioneros que dieron forma al nuevo campo de la historia mundial y lo hicieron más profundo –*Imperial Meridian* («Meridiano imperial») y *The Birth of the Modern World* («El nacimiento del mundo moderno»)– y que consolidaron a Chris como uno de los más destacados historiadores de su generación en todo el mundo. *Imperial Meridian* (1989) marcó una transición de un

trabajo muy pormenorizado sobre el subcontinente indio a un nuevo tipo de historia centrada en cómo las interacciones entre los grandes complejos de poder imperial condicionaron y fueron condicionados por los procesos de cambio que se produjeron en su seno. *The Birth of the Modern World, 1780-1914: Global Connections and Comparisons* (2004) no solo contribuyó enormemente a consolidar la historia mundial como una disciplina especializada, sino que también modificó el marco conceptual de la materia por el procedimiento de descentrar Occidente.

Forjar ese nuevo tipo de historia reflejaba tanto un compromiso apreciativo con la obra de otros historiadores a lo largo y ancho de la gama más amplia posible de especialidades, como un deseo de tender puentes con las disciplinas vecinas. La antropología era una materia que ocupaba un lugar especialmente preponderante en los horizontes intelectuales de Chris. También había, por supuesto, una dimensión personal en esa toma de contacto. Treinta y dos años de matrimonio con Susan, una antropóloga de India y Vietnam, asumieron la forma de una vida de incesantes viajes y reuniones, sustentada y alimentada por las discusiones apasionadas y un gran entusiasmo académico recíproco. La antropología era importante, porque una vez que uno empezaba a ver a los campesinos indios como campesinos y no como súbditos imperiales ni como objeto de las políticas británicas, se abrían las puertas a una conciencia comparativa y sinóptica del campesinado de otros lugares del mundo. Esa misma apertura de las perspectivas laterales avivaba los escritos de Chris sobre los pequeños empresarios, las redes mercantiles, las hermandades religiosas, y otros grupos sociales que ocupaban su atención.

En una época en que muchos otros historiadores consideraban los archivos estatales oficiales como la única fuente importante, Chris investigaba en los archivos privados de donde se recopilaban los registros de las familias comerciantes del norte de India, de los que sacó las ideas más importantes de *Rulers, Townsmen and Bazaars*. Una vez descifrados, aquellos complejos textos le permitieron reconstruir la vida social y religiosa de las redes comerciales, y así escudriñar unos mundos cuya vida interior había dejado muy poco rastro en las grandiosas narraciones de las

crónicas oficiales. Fue probablemente el primer erudito que utilizó los *bahi khatas* (libros de contabilidad) que habían llevado durante siglos todas las familias mercantiles de relevancia. En dichos libros, Chris encontró no solo un registro meticuloso de ingresos y gastos, sino también apuntes que documentaban la constelación de relaciones y filiaciones que sustentaban la vida económica y moral de las redes mercantiles en gran parte del subcontinente. Además de la contabilidad por partida doble, había saludos a distintas deidades, listas de mobiliario y enseres de los templos, y cuentas de gastos en materia de culto, de baños en el Ganges y de regalos a los brahmanes. Y lo que más le llamó la atención mientras trabajaba con aquellos textos manuscritos tan difíciles fue lo que veía y oía cuando levantaba la mirada de las descoloridas páginas y observaba lo que hacían las familias banqueras-comerciantes a su alrededor: sobre todo las recepciones que dispensaban a los *sadhus*, los santones desnudos, que seguían confiando –en tiempos de Chris– los activos de sus hermandades a los comerciantes de fiar, con cuyos antepasados habían tenido tratos sus propios ancestros en siglos pasados. En palabras de Chris, unas palabras que recuerdan a Max Weber, cuya obra había leído detenidamente, «Los conceptos de crédito, devoción y seguridad comercial estaban estrechamente interrelacionados». Ahí se anunciaba un nexo que conectaba el comercio con la religión, y que iba a ser un tema central de su trabajo posterior.

Chris aprendió tanto de sus tratos con los encargados de custodiar en el siglo XX aquellos depósitos mercantiles como de los documentos en sí. Le impresionaba la insistencia de los antropólogos en que las transacciones íntimas y cotidianas pueden ser la clave de una comprensión empática de la gente y de los lugares del mundo. Reaccionó con un particular entusiasmo al trabajo de los antropólogos que aportaron al estudio de la vida social y cultural, tanto en los escenarios familiares como en los más remotos, el reconocimiento de que la existencia humana se experimenta dinámicamente, en un mundo de cambios constantes.

En ningún lugar resulta más claramente apreciable la impronta de la antropología que en el ensayo que escribió sobre los tejidos indios titulado

«Los orígenes del *swadeshi* (industria familiar)», y publicado en 1986 en un libro pionero, *The Social Life of Things* («La vida social de las cosas»), editado por el antropólogo Arjun Appadurai. En esa innovadora pieza, Chris cartografiaba la gama de significados atribuidos a la producción y el consumo de tejidos. A principios del siglo XX, los líderes nacionalistas indios se centraron en la necesidad de apoyar los tejidos artesanales fabricados en India frente a las importaciones británicas de producción industrial, pues se consideraba que estas estaban destruyendo la actividad textil autóctona y la cultura y las comunidades a las que mantenía. Pero lo extraordinario de este ensayo era la forma en que Chris sacaba a la luz la historia profunda de los tejidos como un producto que encarnaba diversas formas de valor no comercial. Desde los hermosos chales que se intercambiaban ceremonialmente los gobernantes y los cortesanos en los principados precoloniales de India, hasta el famoso algodón *khadi* de Gandhi hilado en casa, con el tiempo los indios habían investido los tejidos de un significado cultural. Chris no trataba los gustos y los estilos indios como la expresión de una cultura antigua e inmutable, sino como cuestiones de elección e iniciativa económica, política y moral receptivas a los horizontes cambiantes de las expectativas políticas de los indios. El resultado fue una «biografía colectiva» de los tejidos indios a lo largo de trescientos años. «Si la esclavitud», escribía, «fue un ejemplo de que era posible convertir a las personas en “cosas”, la historia de los tejidos en India también demostraba que las cosas podían conservar las cualidades de las personas que los creaban y los intercambiaban.» La mirada de Chris nunca fue orientalista ni se centró en lo exótico; nunca comprimió a sus protagonistas históricos dentro de los contornos inertes de una tradición inmutable. Sus escritos sobre las ciudades-santuario y las ciudades comerciales indias, sobre la implicación del ascetismo espiritual hindú en los comienzos de la vida económica de las redes del norte de India, y su exploración del arte de gobernar de hindúes y musulmanes durante la transición del gobierno precolonial al colonial fueron brillantes estudios sobre las fluctuaciones y transiciones de una sociedad compleja.

El meollo de *The Birth of the Modern World* era un relato sobre la convergencia. El libro empezaba con una impactante evocación de la diversidad de las prácticas corporales a lo largo y ancho de las sociedades del mundo en los comienzos de la era moderna; durante el siglo XIX, argumentaba Bayly, se asistió al ascenso de las uniformidades globales en las estructuras y la articulación de los Estados, de las religiones y de la vida económica, un cambio visible no solo en las grandes instituciones sino también en la forma de vestir y en el consumo de alimentos. El libro encogía la distancia entre «Occidente» y «lo demás»;[*] para Chris, la industrialización, la urbanización, el nacionalismo, y el desarrollo del Estado eran en última instancia procesos globales, al margen de sus especificidades locales. El libro registraba momentos de agudización de las diferencias y los antagonismos, pero, para Chris, esos siempre fueron fenómenos subordinados. Los antagonismos prosperaron precisamente porque las sociedades estaban cada vez más interconectadas y eran cada vez más parecidas. Un ejemplo fascinante, muy debatido en los últimos años, es el burka islámico, el atuendo que cubre todo el cuerpo de las mujeres musulmanas. Chris decía que el burka, que hoy en día en Occidente a menudo se considera un vestigio del oscurantismo medieval, era originalmente «un vestido moderno que posibilitaba que las mujeres salieran del encierro de sus hogares y participaran en cierta medida en los asuntos públicos y comerciales».

Las respuestas que encontraba Chris daban pie a nuevas preguntas. Si la historia del mundo moderno era (o es) una historia de convergencia, ¿qué o quién impulsaba ese proceso? ¿La convergencia tenía un sujeto, o debemos pensar en «converger» como un verbo impersonal y sin sujeto? ¿La convergencia es algo que ocurre sin más, como la lluvia? («¡Ay, asómate a la ventana, está convergiendo!») Y ¿qué importancia tienen la coerción, la fuerza y la violencia en ese proceso? ¿En qué medida la convergencia fue *impulsada* por la violencia, por la imposición de unas normas extrañas? Las respuestas que da la historia mundial a esas preguntas son equívocas. En general, la historia mundial ha tendido a favorecer los tropos del intercambio y la interacción frente a los tropos de la subordinación y la

imposición. Y eso, dicho sea de paso, es aún más cierto en el caso de la «historia global», que en algunas ocasiones ha hecho un enérgico proselitismo a favor de un escenario libre de coerción. «La globalización», anuncia Bruce Mazlish en su libro *New Global History* («Nueva historia global», 2006), «no es algo que Occidente ha impuesto al resto del mundo, sino el resultado de la interacción de muchos factores a través de los continentes.»

Las narraciones de Chris Bayly tenían en cuenta lo que él denominaba «el hecho brutal de la dominación occidental», pero su libro también destacaba el carácter limitado y temporal de esa dominación, e insistía en la «interdependencia» de los procesos de unos cambios que obedecen a muchas causas. Lo que aflora es un cuadro donde la modernidad no figura como algo que algunos pueblos o algunas regiones les hicieron a otras menos favorecidas o menos dignas, sino más bien, como decía R. I. Moore en el prefacio a *The Birth of the Modern World*, «como una serie de transformaciones en la que participó la mayor parte de la población mundial, y a la que contribuyó la mayoría, no simplemente como objetos o víctimas del éxito de otros, sino activa, independiente y creativamente». No cabe duda del atractivo de ese planteamiento: al subdividir y distribuir la participación tan ampliamente como permiten las fuentes, favorece un análisis más complejo y global. Pero subsiste la pregunta de cómo deberíamos sopesar las guerras de conquista y la violencia ambiental, que claramente son cruciales para el desarrollo de la modernidad en muchas partes del mundo, en contraposición con los procesos de intercambio y las relaciones de reciprocidad que aparentemente presuponen un terreno de juego más nivelado. Sea cual sea la respuesta que demos a esas preguntas, nadie que lea *The Birth of the Modern World* dejará de sentirse impresionado por la sutileza y la lucidez del razonamiento, la amplitud de miras, la atención a la reciprocidad en las relaciones políticas, económicas y sociales, y la maquinaria analítica bien engrasada que hacían posible que Chris transitara elegantemente entre lo local y lo global.

Al tiempo que ampliaba el ámbito de su atención, Chris siguió generando nuevas apreciaciones en la historia india. *Empire and*

Information (1996) ofrecía un elocuente relato de la recogida de información de inteligencia entre 1780 y 1870, y demostraba que los «informadores nativos» reclutados por los británicos condicionaron activamente el proceso. En India, el personal de la administración británica se encontró con un «sistema de información» de gran sofisticación y complejidad. Y las redes que sustentaban ese sistema no eran simplemente un depósito que podía explotar el poder imperial: condicionaban y filtraban lo que se podía saber sobre las culturas y las sociedades del subcontinente. Mientras que el libro *Orientalismo* (1978), de Edward Said, había sugerido que el conocimiento occidental sobre Oriente fue un proceso de falseamiento sistemático, donde las convenciones culturales, las fantasías y las ficciones europeas se superponían al por mayor a las sociedades subordinadas, Bayly describía un diálogo entre los sistemas autóctono e imperial de recopilación de saber. Análogamente, *Origins of Nationality in South Asia* («Los orígenes de la nacionalidad en Asia meridional», 1998) y *Recovering Liberties* («Recuperando las libertades», 2011) esclarecían cómo reaccionaron los indios, como agentes autónomos, al nacionalismo occidental y al pensamiento político y económico liberal.

Los libros de Chris llevaban la impronta de unos intereses amplios y humanitarios; y además eran metodológicamente eclécticos. Como decía Richard Drayton, catedrático Rhodes de Historia Imperial del King's College de Londres, en una nota necrológica para *The Guardian*: Chris Bayly tenía «una asombrosa capacidad de reaccionar rápidamente a los nuevos puntos de vista, y tenía el don, en particular, de injertar las ideas históricas de una especialidad en otra. Leía profusamente en todos los ámbitos de las ciencias sociales, y tenía la vista de una urraca cuando veía algo brillante en otra disciplina». La conversación era una parte crucial de la recogida y comparación de conocimientos que animaba el pensamiento histórico de Chris: cuando los debates con sus alumnos o sus colegas se ponían interesantes, Chris sacaba una pequeña libreta arrugada y empezaba a garabatear ideas.

Como probablemente sugieren estas observaciones, Chris vivía en su trabajo. No para el trabajo, sino en él. La «*mahal* Bayly», como a veces

llamaba cariñosamente al hogar que fundaron él y su esposa, Susan, cuando se casaron en 1981, era un lugar para conversar sobre el trabajo, con una copa de vino delante, una conversación anclada en las pasiones compartidas, los intereses complementarios y el orgullo por los logros uno del otro. Y el despacho C3, en el Patio Central, las dependencias que Chris ocupó durante décadas en el St. Catharine's College, era mucho más que una oficina. Allí había reunido algunos objetos elocuentes. La maqueta de un barco que había hecho su padre. Las zapatillas venecianas de tacón alto del siglo XVIII, hechas de palisandro y decoradas con madreperla –testigos de los lazos culturales entre el norte de Italia, el Imperio otomano y China. La bonita cabeza de Buda de Gandhara, de 1.500 años de antigüedad, tallada por artesanos griegos y asiáticos meridionales en un estilo originario de Afganistán oriental– de entre todas las cosas que Chris y Susan habían encontrado juntos, esa era su favorita.

En el C3 tuvieron lugar muchas conversaciones, unas conversaciones que siempre llevaban a los invitados de Chris a lugares nuevos. Y eso no se debía solo a las chispas que caían constantemente de la fragua de Chris, sino también a sus otros regalos –regalos de una amistad sin pretensiones y atenta. Tan solo unos días después de su muerte, una exalumna de licenciatura de Chris en St. Catharine's, Jayeeta Sharma, escribía: «Nunca olvidaré lo incómoda que me sentía, siendo una estudiante de provincias de una pequeña localidad del noreste de India, ni cómo él me ayudó a encontrar mi amarradero, ni tampoco que el C3 era un espacio acogedor, cálido y hermoso para la conversación, las risas y la hospitalidad». Incluso hoy en día, siempre que entro por la tarde en el patio central de St. Catharine's College, miro sin querer la ventana del C3, por si acaso veo a Chris apoyado en el alféizar en mangas de camisa diciéndome: «¡Clark! ¿Una copa?».

Después de que Chris declinara la oferta de algunos exalumnos suyos para editar un libro de ensayos en su honor, en enero de 2015 se organizó un congreso en Varanasi para rendir homenaje a sus logros, aunque, por supuesto, los participantes no tenían la más remota idea del poco tiempo de vida que le quedaba. Allí se pudo ver a un Chris a sus anchas y feliz, en el

escenario de la civilización que había absorbido y recompensado su atención durante tantos años. Es difícil imaginar un reconocimiento más oportuno: fue en los *ghats* de piedra de aquella hermosa y abarrotada ciudad donde el joven Chris Bayly inició su viaje a la historia de India y del mundo.

---

* *The West and the Rest* es el subtítulo de un libro de Niall Ferguson (2011), publicado en España con el título *Civilización* (Barcelona, Debate, 2012). *(N. del T.)*

Brexiteers, revisionistas y sonámbulos

En los primeros días de 2014 estallaba un debate en Gran Bretaña sobre los orígenes de la Primera Guerra Mundial. No era un debate entre historiadores. Era un debate entre políticos y periodistas. Fue el diputado Michael Gove, a la sazón ministro de Educación, y hoy ministro del *Cabinet Office*, quien disparó el primer cañonazo del año del centenario. En un artículo publicado el 2 de enero en el diario sensacionalista de derechas *Daily Mail*, Gove planteaba una pregunta estrambótica: «¿Por qué la izquierda insiste en menospreciar a los auténticos héroes británicos?». Los héroes a los que se refería eran los soldados que habían combatido en el ejército británico durante la Primera Guerra Mundial. Una maraña de mitos «izquierdistas», argumentaba, había ofuscado la verdadera naturaleza de la guerra, rebajando a Gran Bretaña y absolviendo a Alemania de sus culpas.

Gove sugería que uno de los culpables de diseminar el mito era el programa cómico de la BBC *Blackadder*, cuya última serie presentaba la guerra de trincheras como una ordalía cruel y en última instancia carente de sentido. Pero sus blancos principales eran esos «académicos izquierdistas» (su término) que insistían en restar importancia a la gloria del esfuerzo bélico de Gran Bretaña. «Puede que la Primera Guerra Mundial fuera una guerra singularmente horrorosa, pero también fue sencillamente una guerra justa.» Fueron los alemanes quienes la iniciaron, y resistirse a ellos era la única posibilidad decente. «Siempre vale la pena recordar», añadía, «que la libertad para que cada cual saque sus propias conclusiones sobre ese conflicto es una consecuencia directa de la valentía de los hombres y

mujeres que lucharon por, y creían en, la especial tradición de libertad de Gran Bretaña.»

El exabrupto de Gove no quedó sin respuesta. El ministro de educación en la sombra del Partido Laborista, Tristram Hunt, un historiador con libros publicados, respondió con un contraataque en *The Guardian*. En su artículo, Hunt observaba, entre otras cosas, que los orígenes de la Primera Guerra Mundial fueron más complejos de lo que reconocía la andanada de Gove. «Que Michael Gove utilice la historia para el politiqueo es de mal gusto», rezaba el titular.

Entonces se oyeron unos sonoros pataleos y resoplidos detrás del escenario, y Boris Johnson, a la sazón alcalde de Londres, apareció para defender a su amigo Michael Gove. «Alemania empezó la Primera Guerra Mundial», afirmaba el titular del *Telegraph*, «pero la izquierda no es capaz de decirlo.» «En este año del centenario», añadía Johnson solemnemente, «es más importante que nunca que tratemos la verdad con respeto.» Y proseguía diciendo que era «un hecho triste pero innegable que la Primera Guerra Mundial –en todo su horror homicida– fue abrumadoramente una consecuencia del expansionismo y la agresividad de Alemania». Eso, insistía Johnson, era una «perogrullada» –una afirmación tan obviamente cierta que no hacía falta defenderla. Y recientemente había sido «reafirmada por Max Hastings, en un excelente libro», y «Michael Gove, ministro de Educación, se había hecho eco de ella». «Creo que ese análisis es básicamente correcto», escribía Johnson. Resultaba «especialmente importante, en este año del centenario, que lo recordemos». Después venía el ataque al diputado laborista: «Si Tristram Hunt niega en serio que el militarismo alemán fue el origen de la Primera Guerra Mundial, no está capacitado para hacer su trabajo, ni en la oposición ni en el Gobierno, y debería dimitir. Si no lo niega, debería hacer pública una clarificación ahora mismo». Un destacado político conservador británico declaraba en público que la negativa de un adversario político a avalar la tesis de la culpabilidad de Alemania en la guerra en 1914 tenía que conllevar su destitución de un cargo político. El artículo de Johnson se publicó el *6 de enero*. No había

transcurrido ni una semana del año del centenario y los políticos ya se habían apropiado de la Primera Guerra Mundial.

Así fue como se desarrolló el debate sobre 1914 en las primeras horas del año del centenario. Los términos en que se instrumentalizó políticamente contrastan interesantemente con el debate que tuvo lugar en Alemania en 2014. En Gran Bretaña, las preguntas sobre lo que ocurrió en 1914 se entremezclaron con las preguntas sobre la identidad británica. En Gran Bretaña, cualquier declaración que relativizara la culpa de Alemania por la guerra, aunque fuera de forma marginal, era denunciada como un proyecto izquierdista cuyo propósito era poner en entredicho las certidumbres nacionales. Incluso la amable parodia del programa cómico *Blackadder* de la BBC, que en realidad era profundamente respetuosa con el sufrimiento y el sacrificio de los soldados corrientes que se vieron envueltos en el conflicto, podía ser exagerada por Michael Gove hasta el extremo de convertirla en una ofensiva contra la dignidad y el honor nacional. Equivalía a profanar las fosas comunes de los soldados británicos y de paso enterrar el honor de la nación.

Resultaba ridículo, por supuesto, afirmar, como hacía Gove, que en 1914 Gran Bretaña luchaba por la democracia. ¿Eso era válido para los lanceros bengalíes o para los gurkhas nepalíes que combatieron en el Frente Occidental? ¿O para los trabajadores zulúes y chinos que trabajaban duramente en las líneas de abastecimiento? ¿Era válido para los aliados rusos de Gran Bretaña, que combatían por la autocracia zarista? Gran Bretaña luchaba, como todas las demás potencias, para defender y magnificar su posición en el mundo. Pero eso no era suficiente para los patrioteros, que insistían en un relato de sacrificio y redención capaz de satisfacer las necesidades de hoy en día. Resultaba particularmente llamativa la afirmación de Michael Gove en el sentido de que los británicos le deben su libertad para debatir sobre el pasado a la victoria de 1918 sobre la Alemania guillermina: una afirmación que sería cierta si se retrotrajera la victoria de 1945 sobre el nazismo al contexto muy diferente de 1914-1918. Era la historia leída hacia atrás: 1914 a través del prisma de 1940.

Como mínimo, el caso británico venía a sugerir que la política en torno al debate sobre los orígenes de la Primera Guerra Mundial es de carácter contingente. Porque en Alemania las polaridades políticas del debate estaban y están invertidas. Daba la sensación de que quienquiera que amenazara con poner en entredicho el consenso sobre la culpabilidad de Alemania como autora de aquel conflicto era vulnerable a la sospecha de que él o ella era un revisionista de derechas que pretendía desmantelar todo el aparato de autoexamen histórico-crítico que había transformado la cultura política alemana a partir de 1945, y en particular desde finales de la década de 1960.

Permítanme que ilustre esta observación por el procedimiento de centrarme durante unos minutos sobre la reacción de la crítica a mi propio libro sobre el asunto. Y ahí me gustaría simplemente condensar las reacciones más hostiles en unos pocos puntos destacados. El primero tiene que ver con la amenaza que supuestamente entraña el libro para el consenso que sustenta la cultura política de la Alemania de hoy en día. Me gustaría destacar el artículo a toda página de Heinrich August Winkler en *Die Zeit*, que comenzaba con las siguientes palabras: «Un efecto recorre Alemania. Es el Efecto Clark». Cuando leí esas palabras, me pareció que tenían unas resonancias inquietantes –hasta que, por supuesto, me di cuenta de que Winkler estaba evocando con la métrica de su frase las sonoras palabras iniciales del *Manifiesto comunista* de Marx y Engels.

Pero ¿qué *era* exactamente el Efecto Clark? El profesor Winkler lo explicaba a continuación: «Clark ha encontrado un gran público, en su mayoría mayor y de mentalidad conservadora, donde algunos decididamente le ensalzan como un redentor». ¿Y por qué esa veneración de culto? La respuesta, sugería Winkler, radicaba en «una necesidad profundamente arraigada de vindicación nacional» entre el público lector de Alemania, aunque reconocía que aún no estaba claro si era el libro el que había desencadenado un cambio en la conciencia o si simplemente había puesto de manifiesto un cambio radical en las actitudes culturales.

Mi colega británico (anglo-alemán) John Röhl, que también publicó un artículo en *Die Zeit*, tenía una opinión parecida. A él también le había

indignado la «abrumadora respuesta al libro en Alemania». El libro había sido acogido como una absolución –*Freispruch*– de los dirigentes alemanes de 1914. Era concebible, admitía Röhl, que al autor de *Sonámbulos* le hubiera sorprendido la respuesta del público al libro. Pero eso no contribuía en nada a paliar su efecto nocivo. «El impacto de este libro en el público alemán», sugería Röhl, «amenaza con atraer a Alemania a un peculiar camino historiográfico.» Ambos críticos partían del presupuesto de que el éxito del libro en términos de ventas era un fenómeno exclusivo de Alemania. Por ejemplo, Winkler aludía a la «reacción abrumadoramente positiva que ha recibido Clark en Alemania –y *únicamente* aquí». Hans-Ulrich Wehler estaba de acuerdo: «El éxito comercial [de *Sonámbulos*] en el mercado alemán del libro –¡y en modo alguno en el mercado inglés!– delata una necesidad de vindicación profundamente arraigada que ahora ha aflorado a la superficie». También el historiador Lothar Machtan se centraba en el éxito comercial del libro. Tan solo un fenomenal esfuerzo de organización de todas las partes interesadas podía explicar semejante anomalía, sugería Machtan: «Todos los implicados en esta campaña de mercadotecnia –el autor, su agente, su editorial– naturalmente tenían clara una cosa: a saber, que una monografía de mil páginas sobre el camino de Europa hacia la Primera Guerra Mundial únicamente puede llegar a un gran público si los medios de comunicación lo convierten en un fenómeno altamente visible». Y a fin de lograrlo, un libro así tenía que conectar de alguna forma con «la situación psicológica del presente» –en este caso, «la notoria mala conciencia de los alemanes respecto a su propia historia durante el siglo XX».

Otra línea argumental de la crítica se refería a la postura del libro en relación con la historiografía existente. Dado que Fritz Fischer ya había establecido que la principal responsabilidad del estallido de la guerra le correspondía a Alemania, rezaba el argumento, mi libro tenía que ser a todos los efectos una vuelta a la ingenuidad prefischeriana de los años cincuenta, o peor aún, al revisionismo de los años veinte y treinta, cuando los historiadores a sueldo del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán para desmontar la legitimidad del acuerdo de Versalles argumentaron que los

alemanes de 1914 eran unos inocentes corderitos, sobre los que se abalanzaron las voraces potencias de la Triple Entente –y mi libro, a todos los efectos, suponía una involución en el estado del saber. John Röhl hacía explícita esa afirmación: «Da la impresión de que no avanzamos sino de que retrocedemos. ¡Como si el actual estado de las investigaciones fuera el mismo que el de los años veinte y treinta!». En pocas palabras, el libro era un blanqueamiento, cuyo efecto, y también cuyo *propósito*, era absolver a los alemanes de su corresponsabilidad por el estallido de la guerra. Y eso, a su vez, suscitaba dudas sobre mi capacitación para trabajar como historiador profesional. «Un historiador que se aparta conscientemente de la postura consolidada por las últimas investigaciones», escribía Röhl en *Die Zeit*, «infringe las normas más básicas de la historiografía.»

Solo he comentado unas pocas críticas que suscitó la publicación del libro, pero creo haber captado las líneas centrales de la argumentación presentada en la prensa por un influyente sector del «gremio» de los historiadores alemanes, del *Zunft*, como se le denomina provocativamente en Alemania. Y esos fueron los temas que espolearon la convocatoria de una manifestación contra el libro que tuvo lugar en Múnich el 4 de junio de 2014. Un grupo autodenominado «Sociedad Contra el Revisionismo Histórico» había escenificado el evento, y muchos de los participantes se presentaron en pijama, aunque eran las cuatro de la tarde. Al principio pensé que era bastante conmovedor –a lo mejor acababan de levantarse. Las expresiones soñolientas de los rostros sugerían que tal vez era así. Pero entonces me di cuenta de que los pijamas eran para ridiculizar el título del libro. Y de hecho, en muchos carteles se veía un motivo estandarizado que mostraba a un sonámbulo con los brazos extendidos hacia delante, avanzando a ciegas hacia la oscuridad.



Figura 5. «Deslizamiento, sonambulismo y retorsión de los hechos», un cartel de la Fundación Rosa Luxemburgo para anunciar una mesa redonda sobre los recientes debates en torno al estallido de la Primera Guerra Mundial, octubre de 2014. Cartel de Toni Püschel (www.tonipueschel.de)

Los críticos han concentrado gran parte de su fuego contra el título del libro. Se ha argumentado que la metáfora de los «sonámbulos» implica que los actores implicados en las decisiones que llevaron a Europa a la guerra en 1914 debían de estar inconscientes o dormidos. En una cordial reseña par *Die Zeit* del libro de Ian Kershaw *Descenso a los infiernos: Europa 1914-1949*, una excelente historia de Europa durante la primera mitad del siglo XX, mi colega de la Universidad de Friburgo Jörn Leonhard comparaba las diferencias entre la forma en que Kershaw trataba el estallido de la Primera Guerra Mundial y la insostenible tesis que supuestamente yo planteaban en mi libro, de que dicha guerra fue provocada por el «sonambulismo inconsciente». Por supuesto, en realidad, los actores, tal y como yo los entendía y los describí, no estaban «inconscientes». Por el contrario, todos

ellos estaban constantemente tramando y calculando, trazando futuros virtuales y comparándolos entre sí. Yo los llamaba «sonámbulos» no porque pensara que realmente estaban dormidos o inconscientes –¡parece mentira que tenga que explicarlo!– sino porque me indignaba la estrechez de su visión. Pero tengo que reconocer que el título pone muy fácil parodiar el libro basándose en una tergiversación deliberada de la metáfora.

El efecto –y a menudo también la intención– de esa malinterpretación era, por supuesto, situar el libro en las proximidades de la famosa afirmación patentemente errónea de Lloyd George en el sentido de que en 1914 las potencias europeas se habían «deslizado» por accidente a una guerra. Mi opinión era, y es, que aquella guerra fue cualquier cosa *menos* un accidente. Fue la consecuencia de unas cadenas de decisión enormemente complejas, unas decisiones que se tomaron en el seno de una serie de estructuras ejecutivas, y con plena conciencia de los riesgos que entrañaban.

Por muy falsa o engañosa que fuera, la asociación con el deslizamiento del que hablaba Lloyd George ha sido invariablemente el meollo de las reacciones críticas, sobre todo por parte de la extrema izquierda. En 2017, Klaus Gietinger y Winfried Wolf publicaron un estudio del «*Clark-Effekt*» titulado *Der Seelentröster: Wie Christopher Clark die Deutschen von der Schuld am Ersten Weltkrieg erlöst* («El consolador de almas: cómo Christopher Clark absuelve a los alemanes de la culpa de la Primera Guerra Mundial»). Tuve conocimiento por primera vez del señor Gietinger cuando algunos colegas alemanes me contaron que había estado enviándoles correos electrónicos para pedirles consejos sobre cómo atacar mi libro. La cubierta de su libro estaba ilustrada con un cuadro donde aparece un capellán de campaña celebrando un servicio religioso ante unos soldados arrodillados. Sin embargo, el altar adornado con un crucifijo y dos velas que puede verse en el cuadro original había sido eliminado. No había ni Dios ni crucifixión, tan solo un sosias clerical de Christopher Clark absolviendo de todos sus pecados a los miembros de su congregación. Que yo sepa, Gietinger y Wolf no habían colaborado antes de la publicación de este estudio, aunque ya tenían en común su apasionada hostilidad política hacia

los coches. Klaus Gietinger era el autor de *Totalschaden: Das Autohasserbuch* («Siniestro total: el libro para los que odian los coches»). Y, en un estudio ameno y bien argumentado, *Eisenbahn und Autowahn* («Los ferrocarriles y la quimera de los coches»), Winfried Wolf se definía a sí mismo como un «enemigo jurado del automóvil». Además, Wolf era el autor de *Sackgasse Autogesellschaft* («El callejón sin salida de la sociedad del automóvil»), y Gietinger había publicado un libro fácil de leer titulado *99 Crashes: Prominente Unfallopfer* («99 accidentes de tráfico: víctimas famosas de los accidentes de tráfico»).

La tesis del libro de Wolf y Gietinger es fácil de resumir: yo me había «sumergido en las profundidades del alma colectiva de los alemanes» y «le había hecho cosquillas con bonitas palabras». Mi libro sobre el estallido de la Primera Guerra Mundial obedecía a «motivaciones ideológicas»; mi intención era blanquear a los alemanes por medio de una «anulación histórica», a base de «distorsiones», «omisiones» y «falsificaciones», a fin de allanar el camino a la intensificación de la participación de Alemania en el «nuevo imperialismo (Afganistán, Irak, Libia, Siria)». En el escenario político nacional alemán, yo había contribuido a la aparición de un bando «fascista de salón». ¿Y por qué tantas diabluras? «Cabría suponer que Clark es tan ingenuo e inocente como parece durante sus apariciones públicas, o tal vez tiene familiares entre los [australianos] que murieron en Gallipoli […] y se siente traumatizado por ello. ¿O tal vez es porque su esposa es alemana?»

Tengo que confesar que todo esto me parece un tanto extraño. En primer lugar: sencillamente no es cierto, como insinuaban los críticos, que el libro hubiera sido un gran éxito en Alemania y un fracaso en el resto del mundo. Al afirmar eso, los críticos sugerían que únicamente los alemanes eran tan inseguros y acríticos como para tragarse los argumentos del libro. Sin embargo, el libro tuvo una buena acogida también en otros países. Soy demasiado modesto como para entrar en detalles, pero el libro fue un éxito de ventas según el *New York Times* y se tradujo a más de treinta idiomas.

Y, lo que es más importante, el libro no «absolvía» a los dirigentes alemanes de su corresponsabilidad por el estallido de la guerra. Al

contrario, yo aludía explícitamente al creciente apoyo a una guerra preventiva entre los máximos escalafones de las Fuerzas Armadas de Alemania, y a las «varias docenas de ocasiones» en que los altos mandos alemanes exigieron explícitamente una guerra «mejor antes que después», aunque eso significara tomar la iniciativa y arrostrar el rechazo al agresor. Aludía al peligro inherente a una forma de pensar sobre la guerra preventiva que «permitía que los comandantes dieran el visto bueno incluso a las iniciativas más agresivas considerándolas esencialmente defensivas». Yo intentaba mostrar cómo se incorporó la lógica de la guerra preventiva a la forma de pensar del canciller Bethmann Hollweg, y específicamente a su disposición a correr el riesgo de una guerra con Rusia, a medida que se desarrollaba la Crisis de Julio. Yo alertaba en contra de minimizar la beligerancia y la paranoia imperialista de los responsables de las políticas en Austria y en Alemania que con razón acapararon la atención de Fritz Fischer y de sus aliados historiográficos.

Me parecía muy extraño constatar que la tesis de Fischer aguantaba como la postura establecida y consensuada sobre el estallido de la guerra, como el súmmum de la interpretación histórica, hasta el extremo de que cualquier postura que disintiera de los argumentos de Fischer debía ser necesariamente condenada como una regresión a un estado del conocimiento anterior y más primitivo. Las obras que vinieron a constituir la «tesis de Fischer», publicadas entre los años 1961 y 1973, habían argumentado que en 1914 Alemania perseguía unos objetivos bélicos exclusivamente agresivos, y que sus dirigentes políticos habían maquinado deliberadamente el estallido de la guerra pensando en la hegemonía alemana en el continente y en un lugar dominante en los asuntos mundiales. Los alemanes, argumentaba Fischer, no solo habían provocado la guerra, la habían planificado por anticipado, y en 1912 habían iniciado una cuenta atrás que llegó a su fin durante el verano de 1914.

Sin embargo, en las décadas transcurridas desde los tiempos de Fischer se ha publicado un gran número de estudios que matizaban nuestra forma de entender lo que ocurrió en 1914. No se trataba de ataques contra Fischer, eran simplemente estudios eruditos sobre distintas facetas del problema de

1914. Nadie que leyera *Agadir 1911: une crise impérialiste en Europe pour la conquête du Maroc* («Agadir 1911: una crisis imperialista en Europa por la conquista de Marruecos», 1976), una obra maestra de Jean Claude Allain, podría llegar a la conclusión de que Alemania era una presencia singularmente agresiva o provocativa en la política internacional europea antes de 1914. Al contrario, Allain era sumamente crítico con los dirigentes franceses de antes de la guerra, una postura que ya había refinado en su meticuloso estudio del político pacifista Joseph Caillaux. En un análisis inmenso y documentado de los objetivos bélicos de los principales países beligerantes titulado *L'Or et le sang* («El oro y la sangre»), publicado en 1989, Georges-Henri Soutou, catedrático de la Universidad de París IV, llegaba a la sorprendente conclusión de que, mientras que los objetivos bélicos de las Potencias Centrales eran esencialmente defensivos, los de las Potencias de la Entente eran ofensivos y se centraban en asegurarse una hegemonía económica global permanente. Ni Allain ni Soutou fueron traducidos al alemán, y el estudio de 966 páginas de Soutou apenas se comentó en Alemania.

Holger Afflerbach, actualmente catedrático de la Universidad de Leeds, no es ningún revisionista, ni aspiraba a encabezar un ataque contra Fischer, y sin embargo su libro de 983 páginas sobre la Triple Alianza entre Alemania, Italia y Austria complicaba, puede que inevitablemente, el paradigma unipolar defendido por Fischer, lo que indirectamente venía a socavar la plausibilidad de su tesis. La reacción de *Die Zeit* probablemente era predecible: Volker Ullrich, el *spiritus rector* de la sección de historia del *Feuilleton* (suplemento literario) de *Die Zeit*, y posteriormente el principal coordinador de la respuesta crítica a *Sonámbulos*, elogiaba el estudio de Afflerbach como «un gran logro en materia de investigación», pero atacaba con particular energía su «criminal minimización» de la influencia de los militares alemanes en el estallido de la Primera Guerra Mundial, y llegaba a la paradójica conclusión de que el libro, a pesar de ser «una de las obras recientes más importantes sobre historia diplomática», suponía un «paso atrás» respecto al estado consolidado de las investigaciones.

En una recopilación de ensayos coeditada con su colega de la Universidad de Londres David Stevenson, Afflerbach planteaba la posibilidad de que aquella guerra, lejos de ser inevitable, podría haber sido improbable, que pudo ir haciéndose cada vez menos probable, al tiempo que se hacía más inminente. No hace falta entrar en los detalles de este argumento –basta con decir que no encaja fácilmente con la tesis de Fischer, cuya afirmación central era que el bando belicista alemán no solo provocó, sino que planeó deliberadamente el estallido de aquella guerra. ¿Cómo podría resultar improbable una guerra ya planeada? Al insistir en el papel de la contingencia en la etiología de la guerra y en las múltiples salidas de las situaciones a las que tuvieron que enfrentarse los responsables de tomar las decisiones, Afflerbach abría los horizontes del problema de una manera que a mí me parecía enormemente inspiradora.

Podría seguir enumerando estudios de ese tipo: el libro *Pressekriege* («Guerras de prensa»), de Dominik Geppert, mostraba que el punto álgido del antagonismo anglo-alemán se alcanzó antes de 1912, y que 1913 y 1914 fueron años de relativa distensión, no de un aumento incesante de la sensación de amenaza. Friedrich Kiessling revelaba que las interacciones entre las potencias del continente europeo durante los últimos años previos al estallido de la guerra dieron lugar no solo a riesgos y tensiones sino también a fases de genuina relajación, donde el peligro de una conflagración de primer orden parecía alejarse, aunque también señalaba que las fases de distensión podían agudizar los riesgos objetivos, en la medida que atenuaban la conciencia de los principales actores sobre los peligros derivados de sus decisiones. El libro *The Russian Origins of the First World War* («Los orígenes rusos de la Primera Guerra Mundial»), de Sean McMeekin, que se publicó en Harvard University Press en 2011, analizaba los designios de Rusia en los Balcanes y en los Dardanelos y la creciente disposición de los dirigentes rusos a correr el riesgo, en caso necesario, de una guerra europea. El estudio de Stefan Schmidt sobre la política exterior francesa durante la Crisis de Julio arrojaba nueva luz sobre la forma de pensar de Raymond Poincaré y los hombres de su entorno, y revelaba una postura más proactiva de lo que habían sugerido muchos

estudios anteriores. Durante décadas, los sutiles estudios del historiador estadounidense Sam Williamson sobre la política exterior austrohúngara habían puesto de manifiesto un cuadro complejo, donde la inestabilidad de la política sobre los Balcanes y la evolución del análisis de las amenazas por parte de Austria suponía un peligro para la paz que iba más allá de los horizontes interpretativos de la tesis de Fischer. Y se podrían hacer las mismas consideraciones generales sobre el colosal análisis que hizo Günther Kronenbitter de la política de defensa austrohúngara antes de 1914, o sobre el estudio de Konrad Kanis sobre la política exterior del Imperio alemán antes de 1914, y sobre muchos otros estudios.

Esos historiadores no eran ni son revisionistas con un hacha que afilar y una campaña que librar; tampoco pertenecen ni a un club ni a una banda; son *historiadores*. Y a lo largo de los años, han tirado de distintas líneas argumentales de entre el inmenso haz de argumentos, opiniones y presupuestos de lo que ha venido en llamarse la «tesis de Fischer», hasta llegar a un punto en que no quedaba gran cosa de la estructura original. Eso no significa que los libros de Fischer hubieran perdido su valor o que ya no valiera la pena leerlos: siguen siendo un elocuente retrato de la agresividad y la paranoia de amplios sectores de la clase dirigente alemana antes de 1914. ¡Fischer no se inventaba sus fuentes! También son una elocuente réplica al argumento de que Alemania se deslizó irremediablemente a la guerra. Pero los argumentos que aportaba Fischer para respaldar su idea de que los alemanes planearon aquella guerra por anticipado, de que incurrieron en una especial responsabilidad en el estallido de la guerra, habían perdido gran parte de su plausibilidad.

De modo que me asombré al ver que los críticos esgrimieran el trabajo de Fritz Fischer como si siguiera siendo la interpretación más nueva y mejor del problema de 1914. Estaban diciendo que, a todos los efectos, quienquiera que no reconfirmara el estatus de Alemania como principal culpable del estallido de la guerra estaba haciendo girar hacia atrás la rueda de la historia, hasta más atrás del gran hito de *Die Kriegszielpolitik des kaiserlichen Deutschland 1914/1918* («La política de los objetivos bélicos de la Alemania imperial, 1914/1918») y de *Krieg der Illusionen* («La guerra

de las ilusiones»). Pero ¿acaso no eran *ellos* quienes estaban empujando hacia atrás la historiografía, o por lo menos intentándolo? Desde luego, eran ellos los que estaban ignorando o pasando por alto los trabajos más recientes en ese campo, no los denominados revisionistas. Parecían insinuar que ya se había alcanzado el súmmum de la comprensión histórica: más allá de Fischer, el único camino conducía de vuelta al revisionismo de los años veinte.

La propia implicación de que no había ninguna forma de salir del paradigma de Fischer sugería que la fijeza de la visión fischerista estaba arraigada en la política y no en un impasse provocado por la lógica disciplinaria de la investigación y la interpretación histórica. Se acusaba a los revisionistas de alimentar la apologética nacionalista alemana. Heinrich August Winkler anunciaba que había llegado la hora de que los revisionistas se sometieran a un proceso de «autorrevisión». Se decía que mi libro, por sí solo, iba a engatusar a los alemanes para que emprendieran un «nuevo *Sonderweg*» –una alusión a la tesis del «camino especial» que llevó a Alemania desde el fracaso de la revolución de 1848 hasta la catástrofe del nazismo. Los críticos venían a decir que, una vez emancipados del yugo de la culpa por el estallido de la Primera Guerra Mundial, los alemanes iban a desenterrar sus tótems ancestrales y a cantar sus viejas canciones guerreras. Sin la continuidad que aportaba la culpa de Alemania por los acontecimientos de 1914, Hitler y su régimen quedarían relegados a un intervalo cada vez más corto de tiempo. Hitler quedaría rebajado a la categoría de mero accidente, sin mayor relevancia para el camino de Alemania hacia la modernidad. En el peor de los escenarios posibles, el proceso de revisión acabaría abriéndose paso y carcomiendo el tiempo hasta llegar a 1933 y 1939, poniendo en entredicho el consenso moral acerca de la culpabilidad de Alemania en la *Segunda* Guerra Mundial. Se perderían los beneficios pedagógicos del antiguo consenso. Se empezaría a palpar una arrogancia y una certidumbre nuevas. La lógica del revisionismo acabaría llegando a esa «comprensión específicamente alemana de la *Realpolitik* que contribuyó a que Alemania emprendiera el camino hacia la Primera Guerra Mundial» (Winkler).

Estas afirmaciones nos llevan de vuelta a la observación con la que iniciaba este ensayo. Aparentemente, se había consolidado la presunción de que quienes manipularan de la forma que fuera las verdades del paradigma de Fischer debían de estar argumentando desde la derecha, mientras que quienes lo defendieran debían de estar haciéndolo desde la izquierda. Desde luego, mis críticos más destacados figuraban entre los historiadores críticos de la izquierda académica. Pero, como ya he apuntado, esa era una asociación sumamente contingente, no necesaria. La correlación entre la política de orientación izquierdista y la culpabilidad de Alemania en la guerra reflejaba las especificidades de la cultura política y académica de la República Federal, más que un elemento intrínseco a los argumentos. Yo desde luego no entendí ni escribí el libro como una ofensiva contra la izquierda ni como una vindicación de la derecha. Lo entendía y lo entiendo como un intento de comprender la Europa de antes de la guerra en términos de una interacción entre una pluralidad de centros de poder agresivos e imperialistas. Mi libro no nació del deseo de vindicar a los alemanes ni a nadie, sino de mi hastío ante el recuerdo simplista e interesado que tenía el mundo de habla inglesa de los acontecimientos de 1914 con el que crecí. Encontré innumerables pistas y fuentes de inspiración en los monumentales tomos que recogían las fuentes rusas bajo el título *Relaciones internacionales en la era del imperialismo*, publicados en los años veinte por un equipo de eruditos bolcheviques, justamente porque ellos, como exponentes inteligentes del marxismo-leninismo, eran plenamente conscientes de la existencia de más de un imperialismo en la Europa de antes de la Gran Guerra.

Me parecía particularmente desconcertante la afirmación de que cuestionar la tesis de Fischer acabaría por poner en entredicho el consenso sobre la responsabilidad de Alemania por el estallido de la *Segunda* Guerra Mundial. Pero ¿por qué? Nunca ha habido un debate en torno a 1939 que pueda compararse con el siglo de discusiones en torno a 1914, precisamente porque las causas de la Primera Guerra Mundial fueron sumamente complejas, cosa que no ocurrió con el inicio de la Segunda. No puede ser verdad que tengamos que endilgarles a los dirigentes alemanes de 1914 la

principal responsabilidad del estallido de la guerra a fin de aportar un punto de anclaje adecuado a la criminalidad del régimen de Hitler y de sus muchos cómplices. Sin duda tiene que haber continuidades entre el régimen nacionalsocialista y el pasado de Alemania que soslayen del todo la cuestión de la culpa por la guerra de 1914. El antisemitismo, el nacionalismo, el revanchismo, el arianismo y la teoría racial, la visión de una hermandad violenta entre unos hombres que juraron lealtad a una lucha redentora, la antimodernidad *völkisch*, el sentimiento antiglobalista y anticosmopolita, el anticomunismo, el culto de un líder fuerte, y otros componentes ideológicos del régimen nazi, todos esos factores tienen unas historias más o menos profundas que no están arraigadas en los acontecimientos de 1914.

En cuanto al renacer de los anhelos nacionales de vindicación, hoy en día se trata de un problema mundial. Es difícil saber si se está produciendo un cambio de ese tipo en Alemania. Pero de ser así, sin duda tiene muy poco que ver con la publicación de libros sobre la Primera Guerra Mundial. Por lo general, mi libro no ha sido instrumentalizado con fines políticos reaccionarios, por lo menos no por personas en posiciones influyentes. En la medida que los miembros de la clase política de Europa se han hecho eco de él, todos han tendido a utilizar sus argumentos, junto con el término «sonámbulos», como un medio para argumentar a favor de la cautela y la prudencia en las relaciones internacionales. Frank-Walter Steinmeier, ministro de Asuntos Exteriores alemán, un ávido lector de historia, lo citaba en ese sentido. Lo mismo hacía el excanciller Helmut Schmidt, que alertaba de que podía ver sonámbulos en acción en la escalada de la Crisis de Ucrania. Y, por supuesto, ¡Schmidt no quería decir que los actores políticos en cuestión estuvieran de verdad dormidos o inconscientes! Y fuera de Alemania, se ha hecho esa misma inferencia. En su discurso anual a sus embajadores, François Hollande, a la sazón presidente de la República Francesa, instaba a los responsables de las políticas de Francia a no ser sonámbulos («*Ne soyons pas des sonnambules*»), y lo mismo ha dicho Emmanuel Macron. Para el exministro de Finanzas griego Yannis Varoufakis, en su respuesta a la crisis financiera de Grecia de 2009-2019,

los sonámbulos eran la «troika» (el Fondo Monetario Internacional, la Comisión Europea y el Banco Central Europeo). Eran interpretaciones del argumento de mi libro que yo podía aceptar, porque se referían a la complejidad de la etiología que se plantea en él; la versión paródica, donde los actores pasan a ser zombies sin voluntad propia que se deslizan hacia la perdición, no me parece aceptable.

Quiero terminar expresando mi gratitud a los críticos. Entre ellos figuran algunos de los historiadores cuya obra más admiro. Durante muchos años he estado leyendo y aprendiendo de las obras de Wehler, Winkler, Leonhard, Röhl, Ullrich, Machtan y sus colegas. Agradezco la sinceridad de las objeciones que plantean. Estoy profundamente agradecido a todos los que han contribuido a este debate a lo largo de los últimos años. Ha sido un recordatorio de lo mucho que importa la historia en Alemania y de lo apasionadamente que se llevan a cabo los debates en los medios de comunicación y en la vida pública. A veces el debate puede encresparse, pero para un historiador esa sed de polémicas históricas hace de Alemania un lugar muy especial.

El tono moralizador y polémico que en ocasiones tiñe ese tipo de discusiones, la costumbre de imputar motivaciones políticas, no siempre ayuda, pero puede que sea una parte del precio que tenemos que pagar por participar en una cultura que se toma en serio la historia y que cree en su capacidad de mejorar la calidad de la ciudadanía. El proceso de autoexamen histórico que tuvo lugar en Alemania a partir de 1945, y sobre todo después de la transformación cultural de 1968, es un logro irrepetible y enormemente valioso, en el que los historiadores críticos desempeñaron un papel crucial. Hoy en día son muy comentados los efectos negativos de la ausencia de un proceso de autoexamen global de ese tipo en Estados Unidos. Personalmente, yo valoro y admiro la cultura autocrítica de la historia académica de Alemania, pero no creo que debatir las causas de la Primera Guerra Mundial de una forma abierta, respetuosa y empíricamente transparente pueda socavarla ni perjudicarla. En cualquier caso, confío en que mis colegas de Alemania y de otros países seguirán dándole vueltas a la tarea de entender lo que ocurrió en 1914, al tiempo que avanzamos más allá

(¡porque *hay* un más allá!) de los parámetros de la controversia suscitada hace medio siglo por los libros de Fritz Fischer.

Tiempos inciertos

Parece que todo el mundo está de acuerdo en que vivimos unos tiempos inciertos. Pero ¿cómo son de inciertos, y por qué nos sentimos tan alterados? En todas las situaciones históricas ha habido elementos de imprevisibilidad y de riesgo. ¿Nuestra sensación de inquietud se debe al carácter objetivo de los acontecimientos del mundo? ¿O surge de nuestra propia sensibilidad histórica, de nuestra conciencia compartida de que somos sujetos que actúan históricamente en la Europa del siglo XXI? En este ensayo, que escribí antes de la crisis provocada por la pandemia de la COVID-19, examino algunos de los motivos de la incertidumbre contemporánea y de nuestra mayor sensibilidad a la imprevisibilidad.

Podríamos empezar por la constelación geopolítica del mundo actual. Una de las cosas que me llevaron a escribir a principios de la década de 2000 un libro sobre el estallido de la Primera Guerra Mundial fue que la crisis de julio de 1914, la crisis del verano que trajo consigo la guerra, empezaba, paradójicamente, a parecer más reciente y relevante que alrededor de veinte años atrás. Siendo un adolescente en Sídney, Australia, estudiamos la Primera Guerra Mundial en el colegio. Y a nosotros, y a nuestros profesores, durante los años setenta, nos daba la sensación de que la Europa de junio de 1914, la Europa en la que el heredero al trono austrohúngaro y su esposa, Sophie Chotek, viajaron hasta Sarajevo después de las maniobras militares veraniegas en Bosnia, era tan vieja como el antiguo Egipto. Los maravillosos libros de Barbara Tuchman, *La torre del orgullo: una semblanza del mundo antes de la Primera Guerra Mundial* y *Los cañones de agosto: treinta y un días de 1914 que cambiaron la paz del*

mundo, se centraban en las decadentes jerarquías y en el boato de una era remota: las complicadas normas de precedencia en las procesiones y los banquetes, incluso para los niños y los bebés, los brillantes vestidos y los suntuosos menús, las personalidades comunicativas y desinhibidas de los gerifaltes nacidos con altos privilegios. Sophie Chotek von Chotkowa, la esposa del archiduque Francisco Fernando, tenía prohibido sentarse junto a él en la carroza real de los Habsburgo, con sus ruedas doradas, porque su matrimonio no cumplía los exigentes criterios de los jefes de protocolo de la Casa de Austria –esa fue una de las razones de que ella insistiera en sentarse a su lado en el coche descapotable que les llevó por las calles de la capital bosnia el 28 de junio. Y luego estaban las plumas verdes de avestruz de los sombreros de los principales protagonistas –unos penachos iridiscentes que flotaban por encima de la multitud, y que ayudaron a los asesinos que se habían congregado aquel día en Sarajevo a localizar su blanco.

Esos detalles brillantes y estridentes de la época provocaban cierta sensación de distancia. Parecían arrastrar a las personas y a los acontecimientos de aquella época hasta un pasado muy remoto. Y nosotros pensábamos: si sus sombreros tenían unas absurdas plumas de avestruz de color verde claro, sus sueños, sus argumentos y sus esperanzas también debían de tener plumas de avestruz. Debían de ser hombres y mujeres de antaño, personas con ideas obsoletas, personajes de una pintura histórica, gente que no podía decirnos nada. Parecían estar muy lejos porque su mundo, un mundo agitado por la competencia entre las grandes potencias, nos parecía muy diferente del nuestro, que, en la década de 1970, era un mundo lleno de violencia y agitación –Vietnam, Camboya, Irán, Afganistán– pero también un mundo que se regía por una estructura extremadamente simple: el pulso entre dos superpotencias nucleares.

Sí, entonces los acontecimientos eran impredecibles –recordemos las palabras del primer ministro Harold Macmillan en la época de la Crisis de Suez en 1956. El jefe del Estado egipcio, Gamal Abdel Nasser, había nacionalizado unilateralmente el Canal de Suez. Con el apoyo de Gran Bretaña y Francia, Israel atacó a Egipto en la Península del Sinaí y en la

Franja de Gaza. Cabía la esperanza de que, con la ayuda de los israelíes, fuera posible restablecer el control internacional sobre el Canal. Pero el plan fracasó estrepitosamente, dejando en evidencia a Londres y desatando una ola de consternación en Gran Bretaña. Cuando un joven periodista le pidió que explicara por qué las cosas habían salido tan desastrosamente mal para los británicos, Macmillan respondió con su característica sangre fría: «Los acontecimientos, joven, los acontecimientos».

Así pues, los acontecimientos tenían el poder de estropear incluso los planes mejor trazados, incluso entonces, igual que en cualquier época. Pero el marco exterior era estable. Y, al fin y al cabo, la Crisis de Suez se resolvió rápidamente. El asunto se zanjó cuando Estados Unidos, la Unión Soviética y Naciones Unidas se unieron para insistir en que las tres potencias participantes se retiraran. Y estas lo hicieron sin demora. Todo el asunto duró nueve días.

Desde el punto de vista de aquel marco de la Guerra Fría, el mundo anterior a 1914 parecía espeluznantemente impredecible. Pero todo eso empezó a cambiar cuando la Guerra Fría tocó a su fin, y en su lugar apareció algo distinto. Qué es ese algo sigue siendo objeto de debate. Todavía estamos intentando averiguarlo.

Sin embargo, hay una cosa que no deberíamos olvidar. La era en la que estamos ahora arrancó con un hermoso principio, por lo menos en Europa. En 1989-1990, la disolución del bloque oriental provocó una profunda transformación en la estructura geopolítica de Europa. Surgió un nuevo Estado alemán (la Alemania de 1990 no era la antigua Alemania reunificada sino un Estado totalmente nuevo con nuevas fronteras territoriales). Se trataba de la segunda gran unificación territorial de la Europa de habla alemana, y de la tercera gran sublevación popular (1848-1949, 1918-1919, 1989. Es asombroso que esas sublevaciones en Alemania se produzcan con un intervalo de setenta años).

Y aquello ocurrió *sin que hubiera una guerra*. Vale la pena reflexionar sobre lo extraordinario que resulta. La Paz de Westfalia en 1648, la aparición de un Reich alemán unificado en 1871, el reordenamiento de Europa central después de 1918 bajo los términos impuestos por los

tratados de Versalles, Saint-Germain-en-Laye, Trianon y Sèvres, y la partición de Europa a partir de 1945 –todas estas transformaciones se produjeron a raíz de las guerras, y se pagaron con millones de vidas humanas. Si las sumamos todas– la guerra de los Treinta Años, con ocho millones de muertos, las guerras de Unificación alemanas, con más de 250.000, la Primera Guerra Mundial con 16,5 millones (las estimaciones oscilan entre catorce y veintidós millones), y la Segunda Guerra Mundial en Europa, con aproximadamente 43,5 millones de muertos –si las sumamos todas, ascienden a la aterradora cifra de más de 68 millones de personas cuyas vidas fue preciso reducir a cenizas a fin de adaptar el sistema de Estados europeo a los últimos cambios en el equilibrio de poder.

En 1989-1990 fue distinto. Se desmanteló un sistema de seguridad de cuarenta años de antigüedad, se disolvió un imperio, se puso en entredicho el equilibro de poder en el continente, se creó un nuevo Estado alemán –todo ello sin que hubiera una guerra. Europa dio un enorme suspiro de alivio, y se podía echar, y se echaba, la vista atrás con cierto orgullo por lo que se había logrado.

En lo que estamos ahora es en lo que vino después: el derrumbe de la Unión Soviética, las guerras de Yugoslavia, las guerras de Chechenia, los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 contra Nueva York y Washington, la guerra de Afganistán, la segunda guerra de Irak y sus réplicas aparentemente infinitas, la crisis de Georgia, la crisis financiera global, la crisis de Ucrania, la crisis financiera de Grecia, la crisis de los migrantes en Europa y, más recientemente, la crisis de la COVID-19.

El científico político estadounidense George Friedman ha observado que tenemos que distinguir entre dos periodos desde 1989. Al primero tal vez cabría denominarlo la «post-Guerra Fría». Abarca desde 1990 hasta los años entre 2004 y 2007. Se caracterizó por el papel abrumadoramente central del poderío de Estados Unidos. El mundo parecía girar alrededor de Washington. La expresión «nuevo siglo estadounidense» se puso de moda, y en Washington los responsables de tomar las decisiones hablaban de «hegemonía en todo el espectro».

Esa fue la post-Guerra Fría. Pero no duró mucho. Los desastres que siguieron a los éxitos iniciales de la segunda guerra de Irak suscitaron dudas sobre en qué medida Estados Unidos iba a ser capaz de traducir su hegemonía en todo el espectro en resultados duraderos. El régimen de Putin desautorizó y repudió las políticas de la era de Gorbachov y Yeltsin, y empezó a plantar cara a Estados Unidos, a la OTAN y a la Unión Europea. Lejos de fragmentarse o de desmoronarse, como habían predicho muchos expertos de Washington después de los sucesos de la plaza de Tiananmén, China entró en una fase de crecimiento impresionante, encontró un nuevo sentido de su dirección, y empezó a cuestionar el orden geopolítico en el mar de China Meridional.

Este último punto saca a relucir un rasgo de nuestra época cuya importancia permaneció oculta durante los primeros años. En Occidente se presuponía que el ascendiente mundial del capitalismo y el triunfo de la democracia liberal iban de la mano, que eran interdependientes. Existía la sensación de que se había llegado a la cúspide de una larga evolución histórica. En los albores del nuevo siglo estadounidense, era fácil pensar que la propia historia había cumplido su misión y había llegado a su fin. En un influyente ensayo de 1992, muy debatido, el científico político Francis Fukuyama hablaba del «final de la historia». Fukuyama planteaba que la locomotora de la historia había llegado a su estación de destino. Occidente había prevalecido como orden político y social y como sistema de valores. La difusión y elaboración de ese sistema por todo el mundo podía empezar bajo su liderazgo.

Sin embargo, la realidad era diferente, porque el decidido aplastamiento de un incipiente movimiento a favor de la democracia a manos del Gobierno chino en 1990 fue igual de importante a la hora de condicionar nuestro presente que la caída del Muro de Berlín en 1989. Que nuestro presente esté doblemente marcado por las transformaciones casi simultáneas en Berlín y en Beijing es la tesis central del libro *Post Wall, Post Square* («Después del Muro, después de la Plaza»), de la historiadora de la London School of Economics Kristina Spohr. China salió de la Guerra Fría por un camino distinto que Europa. El Partido Comunista Chino se

aferró al sistema de partido único, al tiempo que seguía adelante con la integración condicional del país en la economía mundial. A sus polémicas reivindicaciones de algunas islas del mar de China Meridional pronto se sumó un paquete de iniciativas cuyo cometido era consolidar a China como una potencia globalmente dominante.

En esta situación de cambios constantes, la era de la post-Guerra Fría tocó a su fin. ¿Y qué la sustituyó? George Friedman proponía el epígrafe, un tanto desgarbado, de la «era de la post-post-Guerra Fría». Serguéi Lavrov, ministro de Asuntos Exteriores ruso, hablaba de un orden «postoccidental» o «posliberal». El término oficial del Gobierno chino para designar la era actual es «La Época de las Oportunidades Estratégicas». Pero los nombres no importan. Lo que caracteriza a la era contemporánea es la reaparición de una verdadera multipolaridad.

Esa multipolaridad tiene muchas dimensiones. El aislacionismo de Estados Unidos es una de ellas. Durante la presidencia de Donald Trump, la administración de la Casa Blanca consiguió que muchos de los socios tradicionales de Estados Unidos se distanciaran. «Creo que la Unión Europea es un enemigo, por lo que nos hace con el comercio», le dijo Trump a Jeff Glor, presentador del programa *Evening News*, de la cadena CBS, en julio de 2018. «Ahora nadie pensaría en la Unión Europea, pero son un enemigo.» Donald Trump llegó a tener sus escaramuzas incluso con Canadá. En la cumbre del G7 de 2018, Trump calificó de «débil» y «deshonesto» al primer ministro canadiense, al tiempo que promocionaba la rehabilitación de Vladímir Putin. El hombre de cuyos predecesores se esperaba que lideraran el mundo occidental parecía no tener el mínimo interés en Occidente como comunidad de valores y estándares políticos. Trump planteó dudas sobre el compromiso de Estados Unidos con la OTAN, y apeló en reiteradas ocasiones a la idea de un orden mundial basado íntegramente en el principio de que cada Estado defendiera sus propios intereses.

Mucho antes de que la no linealidad de Trump colisionara con la Casa Blanca, el régimen de Putin había empezado a plantar cara enérgicamente a la OTAN y a la UE, creando así un conflicto enquistado en Europa central y

oriental para el que no se vislumbra una solución, y estableciendo sobre las ruinas de Siria una plataforma para las políticas de Rusia. Surgieron nuevas potencias regionales, decididas a hacer valer su hegemonía en sus respectivas zonas: Turquía e Irán son los dos ejemplos más importantes.

Si la cohesión y la credibilidad de la OTAN parecen estar amenazadas, lo mismo puede decirse de la UE. Puede que muchos imaginaran que la UE reaccionaría a las crisis de Yugoslavia, de Georgia, a la crisis financiera de Grecia y a las crisis de Ucrania, de los migrantes y de la COVID-19 por el procedimiento de adaptar y fortalecer sus estructuras para la toma de decisiones y desarrollando unas respuestas más coordinadas a las nuevas emergencias. Pero ha ocurrido lo contrario. Cuanto más se agravaban las crisis, menos coordinadas eran las respuestas.

La crisis financiera de Grecia dejó en evidencia la disfuncionalidad de una unión aduanera sin un verdadero empuje político, donde los imperativos políticos y los imperativos económicos podían acabar yendo a la deriva en direcciones opuestas. En un agudo análisis de dicha crisis, el sociólogo alemán Jürgen Habermas señalaba el absurdo de una situación en la que los representantes de una democracia soberana se dirigían a los representantes de otra simplemente como deudores en suspensión de pagos. La crisis de la inmigración y los refugiados presionó a los mandatarios políticos para que actuaran sin consultar, e hinchó las velas de los movimientos populistas de derechas. En los países donde han asumido el poder, dichos movimientos han empezado a deshacer el tejido de las normas que sostienen a la UE como una cultura política compuesta, de las que la más importante es la independencia del poder judicial.

Y por si eso no fuera suficiente, el *brexit* ha planteado muchas cuestiones nuevas. La salida de Gran Bretaña ha abierto un hueco en la estructura de poder de la UE. Quién llenará ese hueco –los federalistas de corte franco-alemán, los pragmáticos partidarios de una vía intermedia, como los finlandeses y los suecos, o los nacionalistas como los húngaros y los polacos– sigue sin estar nada claro.

Como nos recuerdan estos ejemplos, no todos los riesgos a los que se enfrenta Europa en esta era son exógenos. Los propios europeos han

contribuido a crear algunos de ellos. Recordemos lo que ocurrió en la primavera de 2008: Georgia y Ucrania solicitaron integrarse en el Plan de Acción de Ingreso (MAP) en la OTAN por la vía rápida. Si la iniciativa hubiera seguido adelante, los dos países se habrían convertido en la cuarta y la quinta antiguas repúblicas soviéticas en ingresar en la coalición occidental. Teniendo en cuenta el tamaño de la población y de la economía de Ucrania, sus recursos, su posición estratégica a orillas del mar Negro y su relevancia histórica para el Imperio ruso, su ingreso en la OTAN habría sido un golpe demoledor para Rusia. Putin se había limitado a dar una serie de advertencias cada vez más claras de que no estaba dispuesto a tolerarlo. Y sin embargo, el presidente Bush presionó todo lo posible a favor de su ingreso, y anunció que incluir a Ucrania y a Georgia en el MAP le dejaría claro a Rusia que «esas dos naciones son y seguirán siendo Estados soberanos e independientes». Incluso hizo una visita fugaz a Kiev.

Los Estados miembros de la UE estaban divididos ante esa cuestión. Polonia, los demás Estados miembros de Europa oriental y los países escandinavos estaban entusiasmados con la idea. Alemania y Francia se oponían, igual que más tarde Italia, Hungría y los países del Benelux. El proceso de ingreso no se inició. Pero la señora Merkel admitió que la cumbre de Bucarest en la que se debatió el asunto debía hacer pública una declaración apoyando las aspiraciones de Georgia y de Ucrania, y afirmó: «Estos países llegarán a ser miembros de la OTAN». Era una tontería, pero desencadenó una nueva fase de escalada. ¿Y qué hizo la UE? En mayo, a instancias de Polonia, la UE adoptó la idea de una asociación oriental para Ucrania como uno de los elementos clave de la nueva política exterior de la UE, que debía desarrollarse bajo los términos del Tratado de Lisboa. Berlín y París se tragaron sus dudas por el momento y accedieron. La UE y la OTAN siguieron estando, al menos provisionalmente, en total sintonía.

Incluso un vistazo muy somero a los principales elementos de aquella situación pone de manifiesto que no todo iba bien. En primer lugar, había una relación muy mal formulada entre la UE y la OTAN, que eran y son, en cualquier caso, dos organizaciones completamente diferentes, con cometidos y capacidades radicalmente distintas, ya que la OTAN es una

alianza fuertemente armada y la UE es una estructura civil sin ejército y con un aparato de seguridad extremadamente atrofiado; como siempre, el nivel de consenso interno dentro de la UE sobre las cuestiones más cruciales en materia de política exterior y de defensa era endeble; había un grave desfase entre los compromisos implícitos y la voluntad política o militar de cumplirlos; y hubo un aluvión de señales internacionales mal coordinadas que resultó ser a la vez ambiguo y provocativo. No era un buen cóctel. Huelga decir que nada de todo lo anterior justifica las intervenciones ilegales de Rusia en Georgia o en Ucrania, ni atenúa la amenaza que supone Rusia para las entidades (¡incluida la UE!) que su Gobierno identifica como enemigos. Como tampoco justifica las mentiras, ni las intoxicaciones, ni los soeces insultos que Rusia prodigó a los Estados occidentales tras el derribo del vuelo 17 de Malaysia Airlines por un misil teledirigido ruso, o tras el atentado fallido contra la vida de Serguéi Skripal por parte de dos agentes del GRU. Pero cuando en Occidente nos preguntamos cómo hemos llegado a esta situación, es bueno que seamos conscientes de nuestro propio papel en los acontecimientos que nos han llevado hasta aquí.

Una segunda cuestión relativa a los riesgos generados desde dentro tiene que ver con la otra gran historia de 2008, la crisis financiera. Y aquí me baso en los argumentos que plantea Adam Tooze en su libro *Crash: cómo una década de crisis financieras ha cambiado el mundo*, un análisis magistral de la crisis financiera en el escenario de la historia mundial. En Europa, esa historia a menudo se cuenta como la crónica de una crisis estadounidense, cuyo origen fue la titulización de inmensos volúmenes de activos cuestionables, sobre todo hipotecas de dudoso cobro. Pero en realidad, la UE alimentó su propia crisis financiera. La financiación europea de las inversiones estuvo mucho más involucrada en la crisis estadounidense de lo que se suele admitir. Y en algunos sentidos, la economía de la eurozona era aún más propensa a las crisis que Estados Unidos, porque, aunque existía una moneda única, no había, a diferencia de lo que ocurre en Estados Unidos, una estructura reguladora unificada para la banca. Y los máximos responsables de la toma de decisiones tampoco

parecían tener la sensación de que hubiera ningún motivo para apresurarse a crear dicha estructura.

A ese respecto, el Banco Central Europeo no fue de gran ayuda. Había interiorizado la lógica de los mercados en una medida aún mayor que la Reserva Federal de Estados Unidos o que el Banco de Inglaterra. En vez de imponer disciplina a los bancos europeos, consintió que apareciera un bucle de retroalimentación en el que el BCE dependía de los bancos para que ejercieran la autodisciplina, al tiempo que los bancos consideraban que el BCE proporcionaba un aval europeo implícito incluso a los prestatarios más débiles. La consecuencia de este y otros muchos errores fue una serie de booms alimentados por el crédito que prácticamente no guardaban ninguna relación con la geografía de las economías reales de los países de la UE. Y el tamaño del problema era colosal: los balances de los tres mayores bancos del mundo –todos ellos europeos: el Royal Bank of Scotland, el Deutsche Bank y el BNP Paribas– ascendían al 17 % del PIB mundial. La suma de los pasivos de los bancos irlandeses equivalía ¡al 700 % del PIB de Irlanda! En el caso de Alemania y España, las cifras ascendían al 300 % de sus respectivos PIB.

Con ese criterio, todos y cada uno de los miembros de la eurozona tenían un sector bancario con un exceso de tamaño por lo menos tres veces mayor que el sector bancario de Estados Unidos. Y los bancos europeos eran mucho más dependientes que sus homólogos estadounidenses de las inestables modalidades de financiación «al por mayor» basada en los mercados que asociamos con la crisis de las hipotecas basura. Sin embargo, la eurozona carecía de nada remotamente parecido a un servicio de bomberos financiero.

Los riesgos que entrañaba y sigue entrañando esa situación no eran simplemente financieros –estaban relacionados con cuestiones más generales relativas a las políticas y al orden europeo, porque no hay nada mejor que lo ocurrido en 2008 para explicar la actual crisis de legitimidad democrática, la hostilidad hacia los expertos y las élites, el ascenso de los movimientos populistas antiliberales y antiglobalización, la merma de la cohesión y de los resultados electorales de los partidos tradicionales, e

incluso el éxito electoral de Trump, cuya victoria vino anunciada por el efecto desintegrador de la crisis de 2008 en el Partido Republicano. No es casual que la bestia negra de Viktor Orbán, el gran jefe húngaro, sea el multimillonario inversor internacional, magnate de los negocios y filántropo liberal George Soros, que hoy en día desempeña en Hungría el mismo papel que la figura de Goldstein en la novela *1984* de George Orwell.

Por consiguiente, sí, vivimos tiempos inciertos. Por supuesto, podría ser, como ha sugerido Nicholas Taleb, que el verdadero problema no resida en la escasa fiabilidad del mundo sino en nuestra adicción a eso que denominamos «normalidad». En la década de 1980, Taleb fue agente de derivados financieros, primero en Wall Street y después en el Chicago Mercantile Exchange. Y Taleb se dio cuenta de un fenómeno interesante: a saber, que las fluctuaciones realmente extremas de los mercados parecían producirse mucho más a menudo de lo que la mayoría de sus colegas estaban dispuestos a reconocer. «La mayoría de la gente», le decía a un entrevistador del *Financial Times*, «no se daba cuenta de que los eventos extremos ocurren constantemente». ¿Por qué no orientar nuestra conducta en función de ese tipo de eventos, en vez de basarla en una normalidad que podría ser ilusoria? Empezó a invertir sus propios fondos en las fluctuaciones extremas, apostando por el peor de los escenarios posibles. Dos años después llegó el peor crac de las Bolsas desde la Segunda Guerra Mundial. Taleb tenía veintisiete años y cosechó unos beneficios enormes. Sabía que ya no tendría que volver a trabajar en su vida. Ese es el tipo de cosas que no les sucede a los historiadores. Después escribió una disertación de doctorado donde explicaba sus experiencias en los mercados. Hoy es catedrático de gestión de riesgos en la Universidad de Nueva York.

En su libro *The Black Swan* («El cisne negro», 2007), un éxito de ventas, Taleb arremete contra lo que a su juicio es la funesta influencia de las estadísticas modernas. El pensamiento basado en las estadísticas, argumenta, es presa del ideal de la previsibilidad y de la distribución de la probabilidad. Por supuesto, en el caso de las tasas de natalidad y mortalidad, y de otros datos biométricos, ese presupuesto es bastante válido. La estatura, la esperanza de vida y la edad de nupcialidad de los seres

humanos realmente se distribuyen de una forma bastante predecible; si los datos se plasman en un gráfico, se obtiene esa campana de Gauss, cuya elegante simetría nos hace sentir que el mundo está bien ordenado.

Sin embargo, Taleb argumentaba que, mientras que los datos biométricos tendían a ajustarse a los contornos de una curva en forma de campana, en el caso de los mercados financieros el perfil era bastante diferente, porque no estaban limitados por parámetros físicos, sino que obedecían al estado de ánimo y a la actitud psíquica de los inversores, a su tendencia a la euforia y al pánico colectivo, a sus mentiras y a sus vanas ilusiones de grandeza. Y la presencia de esos condicionantes conductuales a su vez explicaba por qué los mercados financieros eran tan impredecibles, tan propensos a las fluctuaciones extremas.

Lo que me fascinó del libro de Nicholas Taleb fue la idea de que las turbulencias financieras nos azotan únicamente porque esperamos que no sucedan, y porque nos negamos a integrarlas en nuestros cálculos. La curva de Gauss nos había lavado el cerebro. Taleb nos comparaba con los desventurados pavos de las granjas de Norteamérica. Durante muchos días, el granjero va a ver a sus pavos y les suministra abundante comida que coloca en unos contenedores de fácil acceso. Para el pavo, la vida es bella. Día a día, el pavo va recopilando una amplia información muy fiable –y también muy tranquilizadora– que sugiere que ese humano que le trae comida nunca le hará daño. Y entonces llega el Día de Acción de Gracias, el baño de realidad por antonomasia en la vida de todo pavo estadounidense.

Si los mercados financieros obedecen a la interacción de las preferencias, de las pasiones y de los miedos, ¿acaso no puede decirse lo mismo de la política internacional? Por supuesto, en la política de los Estados hay mucho más en juego. Porque ahí a menudo es cuestión, en palabras de Carl Schmitt, de decir quién es mi amigo y quién mi enemigo, y de tomar una decisión que, en su *ultima ratio*, no es una cuestión de beneficios o pérdidas, sino de vida o muerte.

Hoy, igual que antes de 1914, podemos ver indicios de una imprevisibilidad cada vez mayor en el sistema. Antes de 1914, la confianza

entre las grandes potencias estaba bajo mínimos. La conducta de los gobiernos era opaca, difícil de interpretar. Incluso dentro de las propias alianzas, los niveles de confianza eran demasiado bajos como para infundir tranquilidad acerca de cómo podía comportarse cualquiera de sus miembros en caso de que hubiera una crisis. Aun así, en la Europa anterior a 1914, no conocemos ningún intercambio entre jefes de Estado que pueda compararse con las extraordinarias batallas a golpe de tuit entre Kim Jong-un y Donald Trump durante el invierno de 2017.

Lo llamativo de la crisis que se produjo a continuación era que los actores en cuestión no solo estaban reaccionando al problema de la imprevisibilidad, sino cultivándola activamente como un activo estratégico. Según Eric-Julian Ballbach, jefe del departamento de investigación sobre Corea del Norte y Seguridad Internacional en el Instituto de Estudios Coreanos de la Universidad Libre de Berlín, la imprevisibilidad forma «parte de la estrategia política norcoreana». Seguimos sin tener prácticamente ni idea de lo que sucede dentro del círculo dirigente que rodea a este hombre, que es una de las personalidades más impenetrables y aisladas a nivel internacional que jamás haya representado a un país en la historia de las relaciones internacionales. Pero a Kim Jong-un se le percibe –incluso desde dentro de su propia estructura de mando– como un líder más aficionado a los riesgos que su padre, que casi siempre procuraba evitar por todos los medios las fases de escalada. Y por parte estadounidense, la cosa no parece muy diferente. «Tenemos que ser más impredecibles como nación», afirmó el presidente Donald Trump ante su público durante un discurso de su campaña electoral en abril de 2016. «Tenemos que volvernos más impredecibles de inmediato.»

En cierta medida, esos arrebatos eran simplemente la expresión de la especial personalidad del presidente. Pero también podría haber un elemento de manipulación táctica consciente. Al fin y al cabo, Maquiavelo decía que «a veces es muy sabio fingir locura». Algunos científicos políticos de Washington han advertido semejanzas entre Trump y la «teoría del loco» de Richard Nixon. Nixon y su administración intentaron hacer creer a los líderes de los Estados hostiles del bloque comunista que Nixon

era un hombre irracional e imprevisible. El propio Nixon se lo explicaba a su jefe de gabinete, Bob Haldeman, en estos términos:

> Yo lo llamo la Teoría del Loco, Bob. Quiero que los norvietnamitas crean que he llegado a un punto en el que soy capaz de hacer cualquier cosa para poner fin a la guerra. Simplemente les dejaremos caer que «por Dios, ustedes saben que Nixon está obsesionado con el comunismo. No podemos contenerle cuando se enfada –y tiene la mano encima del "botón nuclear"», y en dos días el mismísimo Ho Chi Minh estará en París suplicando la paz.

Henry Kissinger participó estrechamente en el despliegue de esa técnica. Trump era admirador de Nixon. Y es interesante señalar que la primera persona a la que Trump invitó a la Trump Tower tras su elección, cuando tenía la sensación de que necesitaba que alguien le iniciara en los arcanos de la política exterior no fue otro que… Henry Kissinger. Puede que nos sirva de algún consuelo la idea de que por lo menos una parte de su imprevisibilidad ha sido orquestada deliberadamente, pero sigue siendo muy dudoso que la conducta impredecible de los actores más poderosos, por muy afectada que sea, sería capaz de cualquier cosa con tal de aumentar la estabilidad del sistema en el que opera.

Todo el régimen internacional de control de armamento, tan laboriosamente construido durante los años ochenta y noventa, se está desmoronando. Rusia ha instalado una nueva generación más potente de misiles nucleares de alcance medio que apuntan a objetivos europeos, contraviniendo el Tratado INF de 1987, y la administración estadounidense ha publicado una «Revisión de la Posición Nuclear» que atenúa las limitaciones al empleo táctico de las armas nucleares. No obstante, en muchos sentidos, el desplome de la confianza *en el seno* de la alianza occidental es más importante que el aumento de la desconfianza y el temor entre los bloques. El desplome de la confianza entre los Estados de Occidente y Rusia da miedo, pero el desplome de la cohesión de la alianza transatlántica es mucho más peligroso. En 1914, los niveles de confianza eran demasiado bajos como para infundir seguridad entre los miembros de una alianza acerca de cómo podía comportarse cualquiera de ellos en caso de que hubiera una crisis, lo que significa que algunos Estados aceptaban el

riesgo de una guerra por miedo a tener que combatir más adelante, cuando su alianza fuera menos fiable. Los rusos temían que muy pronto llegara el momento en que ya no podrían contar con el apoyo de Francia; los franceses temían que el aumento del poderío ruso llevara a los responsables de tomar las decisiones en San Petersburgo a creer que podían prescindir de París. Los austriacos temían perder el apoyo de Alemania, y nadie se fiaba de Italia. Podría afirmarse que todo ello suponía una fuente de riesgos más grande que la paranoia que impregnaba las relaciones entre los dos bloques de alianzas.

Me gustaría terminar con una última reflexión. Si uno sabe lo que hace, y sabe por qué, y con qué fin en última instancia, podrá sobrellevar mejor las adversidades. Los estantes de las librerías de los aeropuertos están llenos de libros escritos por los gurús de la gestión que nos dicen que la capacidad de inventar y creerse una historia sobre quiénes somos y hacia dónde nos dirigimos puede ser crucial para la supervivencia de una empresa ante unas condiciones difíciles. Yo creo que hubo una época en que a Occidente se le daba bien difundir ese tipo de narraciones que refuerzan la cohesión. Variaban de un país a otro, y entre los distintos entornos políticos y sociales, pero existía un relato subyacente que a la mayoría de los que se incluían en la corriente principal de Occidente les resultaba posible creer. Era un relato que hablaba de modernizarse más, de la prosperidad y el desahogo que conllevaría el crecimiento económico, y de la universalidad de un modelo específico de sociedad democrática y liberal que iba a traer parabienes a todas las mujeres y hombres, algo que la gente podía dar por seguro.

Esos relatos ya no nos consuelan como antes. La modernidad ha resultado ser sucia, insostenible, se está asfixiando por culpa de los residuos plásticos, y se encamina a una catástrofe planetaria. Y al final resultó (si estamos de acuerdo con Piketty) que el capitalismo había generado unas asimetrías que amenazan a la cohesión social. El científico político alemán Wolfgang Streeck ha comparado al capitalismo moderno con un paciente terminal que padece múltiples dolencias incurables, pero cuyo cuerpo moribundo es demasiado grande como para sacarlo del escenario, o para sustituirlo por una alternativa. (Es interesante que, en ese cuadro de

pesadilla, los temores ante el futuro del capitalismo se entrecruzan con la angustia por los cuidados en la vejez.) Streeck predice que la muerte gradual del capitalismo provocará un periodo largo y doloroso de deterioro acumulado: de intensificación de las tensiones, de fragilidad e incertidumbre. Resulta asombrosa la gran cantidad de libros que se han publicado en estos últimos tres años con la palabra «*end*» en su título: *The End of Politics*, *End of Liberal Democracy*, *The End of the Left*, *The End of the Right*, *How Democracy Ends*, etcétera. No es mi intención refrendar ninguno de esos escenarios, solo quiero señalarlos como un elemento sintomático.

No debemos alarmarnos demasiado: en la década de 1520, los reformadores religiosos Martín Lutero y Philipp Melanchthon pensaban que el fin del mundo estaba muy cerca. Cuando comprobaron que el fin del mundo seguía sin llegar, cambiaron de opinión y lo pospusieron. Aquí el problema que me preocupa no es la inminencia de un *verdadero* fin (que es otra cuestión) sino la muerte de los relatos que nos brindaban un futuro y planteaban un medio para actuar de una manera políticamente eficaz. El efecto de la desaparición de ese relato es una angustia acuciante, una incapacidad de trazar un nuevo rumbo después de cada incidente inquietante.

Por eso el presidente Emmanuel Macron tenía razón cuando, en un discurso que pronunció en la Universidad de La Sorbona en septiembre de 2017, les recordaba a los europeos que Europa sigue siendo «nuestro horizonte, aquello que nos brinda un futuro». Seguidamente, Macron advertía de que si los europeos no se dedicaban en cuerpo y alma a terminar el edificio incompleto de la UE, el presente quedaría sumergido por el pasado. El mensaje iba dirigido a los dirigentes y a los ciudadanos de los Estados miembros de la Unión Europea, y se centraba en una estructura geopolítica e institucional en particular. Pero al relacionar el agotamiento del futuro con la impotencia y la inactividad en el presente, planteaba una cuestión sobre la que nosotros podríamos reflexionar provechosamente. Necesitamos volver a trazar y a ocupar el futuro. Puede que *ese* sea el problema sobre el que nosotros y nuestros líderes políticos deberíamos

centrar nuestra atención mientras contemplamos un presente caracterizado por unos niveles cada vez más altos de imprevisibilidad.

Notas

DESDE PRUSIA CON AMOR

1. Richard van Dülmen, *The Society of the Enlightenment. The Rise of the Middle Class and Enlightenment Culture in Germany*, trad. al inglés Anthony Williams, Oxford, 1992, pp. 47-48; Ferdinand Runkel, *Geschichte der Freimaurerei in Deutschland*, 3 vols., Berlín, 1931-1932, vol. 1, pp. 154-158.

2. Eduardo Mendieta, «The Power of Religion in the Public Sphere», en id. y Jonathan Van Antwerpen (eds.), *The Power of Religion in the Public Sphere*, Nueva York, 2011, pp. 1-14, aquí p. 2; Niamh Reilly, «Introduction. Religion, Gender and the Public Sphere: Mapping the Terrain», en id. y Stacey Scriver (eds.), *Religion, Gender and Public Sphere*, Londres, 2014, pp. 1-17.

3. Sobre el lugar de la religión en la formación de una esfera pública global, véase Abigail Green y Vincent Viaene (eds.), *Religious Internationals in the Modern World: Globalization and Faith Communities since 1750*, Basingstoke, 2012.

4. Sobre los «presupuestos antirreligiosos de Habermas», véase Craig Calhoun, *Habermas and the Public Sphere*, Cambridge, 1992, pp. 35-36.

5. Jürgen Habermas, «Religion in the Public Sphere: Cognitive Presuppositions for the "Public Use of Reason" by Religion and Secular Citizens», en id., *Between Naturalism and Religion. Philosophical Essays*, trad. al inglés Ciaran Cronin, Cambridge, 2008, p. 131 [*Entre naturalismo y religión*, Barcelona, Paidós, 2006]; id., «Religion in the Public Sphere», *European Journal of Philosophy*, 14:1 (2006), pp. 1-25, esp. p. 20.

6. Christopher Clark, «The Napoleonic Moment in Prussian Church Policy», en David Laven y Lucy Riall (eds.), *Napoleon's Legacy. Problems of Government in Restoration Europe*, Oxford, 2000, pp. 217-235, aquí p. 223; Christopher Clark, «Confessional Policy and the Limits of State Action: Frederick William III and the Prussian Church Union 1817-1840», *Historical Journal*, 39 (1996), pp. 985-1004.

7. E. L. v. Gerlach, *Ernst Ludwig von Gerlach. Aufzeichnungen aus seinem Leben und Wirken 1795-1877*, ed. J. von Gerlach, Schwerin, 1903, pp. 132, 149-150.

8. Friedrich Wiegand, «Eine Schwärmerbewegung in Hinterpommern vor hundert Jahren», *Deutsche Rundschau*, 189 (1921), pp. 323-336, aquí p. 333.

9. Véase por ejemplo Geheimes Staatsarchiv Berlin (GStA Berlin), HA I, Rep. 76 III, Sekt. 1, Abt. XIIIa, Nr 5, vol. 1.

10. Clark, «The Napoleonic…», cit.

11. «Die im Bezirk der Regierung zu Königsberg in Preussen befindlichen Vereine zu ausserkirchlichen Religionsübungen oder Erbauungsstunden zu 1822» GSta Berlin, HA I, Rep. 76 III, Sekt. 2, Abt. XVI, Nr 1, vol. 1, fols. 30-35.

12. Christopher Bayly, *The Birth of the Modern World 1780-1914*, Oxford, 2004, p. 147.

13. Gobierno de Fráncfort del Óder a Rochow, Fráncfort del Óder, 9 de junio de 1836, GStA Berlin, HA I, Rep. 76 III, Sekt. I, Abt., XIIIa, Nr. 5, vol. 2, Bl. 207-208.

14. Christopher Clark, «Confessional Policy…», cit., pp. 985-1004.

15. «Die Mukkerei –Eine Bezeichnung, welche [...] auch in der Jägersprache mit einem Bekannten von der Begattung des Hasengeschlechtes Gebrauchten Worte Synonym sein soll ...» Extrakt aus der *Kritischen Prediger-Bibliothek von Dr. Röhr*, 17/1 (1836), GStA Berlin, HA I, Rep. 76 III, Sekt. 2, Abt. XVI, Nr 4, vol. 1, fol. 238.

16. Hermann Olshausen, *Lehre und Leben des Königsberger Theosophen Joh. Heinrich Schönherr*, Leipzig, 1838, pp. 24-29.

17. Ibíd., pp. 12-13; William Hepworth Dixon, *Spiritual Wives*, Londres, 1868, p. 118.

18. Olshausen, *Lehre und Leben*, cit., pp. 15-16; Dixon, *Spiritual Wives*, cit., p. 122.

19. «Die im Bezirk…», cit.

20. Dixon, *Spiritual Wives*, cit., 1868, p. 108.

21. Schön a Altenstein (ministro de Asuntos Eclesiásticos), Königsberg, 7 de agosto de 1835, GSta Berlin, HA I, Rep. 76 III, Sekt. 2, Abt. XVI, Nr 4, vol. 1, fols. 1-4, aquí fol. 2; véase también una tediosa novela teológica de 1823, que en aquella época mucha gente pensó que era una caricatura de Ebel y sus discípulos: Ludwig August Kähler, *Philagathos. Andeutungen über das Reich des Guten. Ein Beitrag zur einfachen Verständigung über Christlich-religiöse Wahrheit für denkende Freunde derselben*, Königsberg, 1823.

22. Finkenstein a Zelina von Mirbach, Königsberg, 14 de enero de 1835, transcrita en GSta Berlin, HA I, Rep. 76 III, Sekt. 2, Abt. XVI, Nr 4, vol. 1, fols. 5-6.

23. Diestel ofrece una explicación completa de las acusaciones contra Ebel en «Ausführliche Erklärung des Predigers Diestel über die dem Archidiakonus Dr. Ebel erkennbar gemachten Anschuldigungen», Königsberg, 15. Oktober 1835, GStA Berlin, HA I, Rep. 76 III, Sekt. 2, Abt. XVI, Nr 4, vol. 1, fols. 60-96.

24. Extrakt aus der *Kritischen Prediger…*, cit.

25. Federico Guillermo III a Rochow y Altenstein, Berlín, 26 de abril de 1836, GStA Berlin, HA I, Rep. 76 III, Sekt. 2, Abt. XVI, Nr 4, vol. 1, fols. 236-238.

26. Sobre el alboroto de los estudiantes, véase Dixon, *Spiritual Wives*, cit., pp. 27-31; sobre las sátiras, véase Schön a Altenstein, Königsberg, 28 de septiembre de 1835, GStA Berlin, HA I, Rep. 76 III, Sekt. 2, Abt. XVI, Nr 4, vol. 1.

27. Por ejemplo, el *Elbinger Anzeigen* publicó una noticia donde se describía a Ebel como un autoproclamado «nuevo Mesías» el 27 de septiembre de 1835; véase también, «Zuverlässige Mittheilungen über Johann Heinrich Schönherrs Theosophie [...] sowie über die durch letztere Veranlassten sectiererischen Umtriebe zu Königsberg in Preussen», *Illgens Zeitschrift für historische Theologie* (1838); aparecieron noticias en las que se atacaba a Ebel y a sus colaboradores en la *Evangelische Kirchenzeitung* de 1836; sobre la resonancia pública del caso, véase Ernst Graf Kanitz,

Aufklärung nach Actenquellen über den 1835 bis 1842 zu Königsberg in Preussen geführten Religionsprozess für Welt-und Kirchengeschichte, Basilea y Ludwigsburg, 1862, pp. 128-144.

28. *Unser Planet*: *Blätter für Unterhaltung, Zeitgeschichte, Literatur, Kunst und Theater*, n.º 70, martes 22 de marzo de 1836, p. 275, recorte en HA 1 Rep. 76 III, Sekt 2. Abt. XVI, Nr 4, vol. 2.

29. «Neuestes Leben und Treiben auf unserem Planeten. Königsberg, Anfang Februar 1836», *Unser Planet*…, cit.

30. Extrakt aus der *Kritischen Prediger*…, cit.

31. Christopher Clark, *The Politics of Conversion. Missionary Protestantism and the Jews in Prussia, 1728-1941*, Oxford, 1995, p. 138.

32. «Die im Bezirk…», cit.; sobre los temas de género y de sexo en el discurso anticatólico durante las Guerras Culturales, véase Michael B. Gross, *The War against Catholicism: Liberalism and the Anti-Catholic Imagination in Nineteenth-Century Germany*, Ann Arbor, 2004.

33. «... der Anblick des Nackten könne geschehen zur Lösung der Fantasie von ihren Bildern, zur Verwandlung des blinden Triebes in eine bewusste Neigung zur Gattin». Este es el relato del propio Diestel sobre las enseñanzas de Ebel en la materia: Diestel a Consistorio, 15 y 16 de octubre de 1835, GStA Berlin, HA I, Rep. 76 III, Sekt. 2, Abt. XVI, Nr 4, vol. 1, fols. 54-59, aquí fol. 59.

34. «In der Schilderung ist eine Anweisung zu unnatürlicher Überreizung des Körpers gegeben, die ich verabscheuen muss, und nicht empfohlen haben kann», Diestel a Consistorio, cit., fol. 56.

35. GStA Berlin, HA I, Rep. 76 III, Sekt. 2, Abt. XVI, Nr 4b: Erkenntnis 1ster Instanz in der Untersuchungssache wider den Archidiakonus Dr Ebel und den Prediger Diestel in Königsberg Pr; eingereicht mittels Schreibens des Königlichen Kammergerichts hierselbst vom 15. Agosto de 1839, folios sin numerar.

36. La carta de Charlotte von Finkenstein aparece transcrita en Diestel a Consistorio, cit., fols. 60-96; la carta figura en los fols. 81-84, aquí fol. 84.

37. Esta cuestión se menciona en Diestel a Consistorio, cit., fol. 88.

38. Ebel a Ministerio de Asuntos Eclesiásticos, Königsberg, 12 de octubre de 1835, GStA Berlin, HA I, Rep. 76 III, Sekt. 2, Abt. XVI, Nr 4, vol. 1, fols. 23-25.

39. Declaración de Ebel, transcrita en GStA Berlin, HA I, Rep. 76 III, Sekt. 2, Abt. XVI, Nr 4b: Erkenntnis 1ster Instanz…, cit.

40. Schön a Altenstein, Königsberg, 7 de agosto de 1835, GstA Berlin, HA 1, Rep. 76 III, Sekt. 2, Abt. XVI, Nr. 4, vol. 1, f. 1; se aduce ese mismo argumento en Fink von Finkenstein a Zerlina von Mirbach, cit.

41. Kanitz, *Aufklärung nach Actenquellen*…, cit., p. 65.

42. Ibíd., p. 285.

43. Ibíd., pp. 286-287.

44. Schön a Altenstein, 7 de agosto de 1835, cit.

45. Kanitz, *Aufklärung nach Actenquellen*…, cit., p. 129.

46. Véase ibíd., pp. 64-72, 160-166.

47. Heinrich Diestel y Johannes Ebel, *Verstand und Venunft im Bunde mit der Offenbarung Gottes. Zwei Abhandlungen*, Leipzig, 1837, un panfleto basado en una declaración de fe redactado por los dos predicadores a instancias del Consistorio; sobre este rasgo de la obra de Ebel, véase también Kanitz, *Aufklärung nach Actenquellen*…, cit., pp. 4-5, 354.

48. Diestel, Declaración al Consistorio, Königsberg, 15 de octubre de 1835, GStA Berlin, HA I, Rep. 76 III, Sekt. 2, Abt. XVI, Nr 4, vol. 1, fol. 67.

49. Ida von der Gröben al ministro Altenstein, Königsberg, 18 de octubre de 1835, GStA Berlin, HA I, Rep. 76 III, Sekt. 2, Abt. XVI, Nr 4, vol. 1, fols. 38-44, aquí fol. 40.

50. Sobre el supuesto atractivo del grupo para las mujeres y los «varones afeminados», véase Finkenstein a Zelina von Mirbach, cit.

51. Ida von der Gröben al príncipe Guillermo de Prusia, Königsberg, 18 de octubre de 1835, GStA Berlin, HA I, Rep. 76 III, Sekt. 2, Abt. XVI, Nr 4, vol. 1, fols. 38-44, aquí fol. 41. Cursiva en el original; la expresión relativa al ministerio de Ebel es de Corintios II, 1: 24: «No porque pretendamos dominar sobre vuestra fe sino porque queremos contribuir a vuestro gozo»; este fue un tema de repertorio en los sermones de los despiertos a partir de 1815, véase el sermón inaugural «Der Diener des Evangeliums ist nicht Herr über euren Glauben sondern Gehülfe eurer Freude», pronunciado por el predicador despierto Elberfeld Gottfried Daniel Krummacher el 11 de febrero de 1816, id, *Gottfr. Dan. Krummacher's gute Botschaft in fünfundvierzig Predigten*, ed. Emil Wilhelm Krummacher, Elberfeld, 1838. Sobre el mismo tema, véase el libro de su hermano, el teólogo reformado Friedrich Adolph Krummacher, *Die christliche Volksschule im Bunde mit der Kirche*, Essen, 1825, p. 42.

52. Olshausen, *Lehre und Leben*, cit., p. 20.

53. Siegfried August Kähler, *Dr Ludwig August Kähler. Mittheilungen über sein Leben und seine Schriften von seinem ältesten Sohne*, Königsberg, 1856, p. 142.

54. Véase, por ejemplo, el artículo anónimo de «Jurista» en Blätter für literarische Unterhaltung, 1833, n.º 170, 171; Johannes Wilhelm Ebel y Georg Heinrich Diestel, *Zeugnis der Wahrheit. Zur Beseitigung der Olshausenschen Schrift: «Lehre und Leben des Königsberger Theosophen Joh. Heinrich Schönherr»*, Leipzig, 1838; Ernst von Hahnefeld, *Ein Moment aus den «Mittheilungen» des Consistorialrath Kähler über das «Leben und die Schriften» seines Vaters, beleuchtet von E. v. Hanhnefeld*, Braunsberg, 1856, un prospecto donde se defendía a Ebel y a su mentor; Ernst von Hahnefeld, *Die religiöse Bewegung zu Königsberg in Preussen in der ersten Hälfte des neunzehnten Jahrhunderts und die heutige Kirchengeschichte*, Braunsberg, 1858; Ida von der Gröben, *Die Liebe zur Wahrheit*, Stuttgart, 1850; G. H. Diestel, *Ein Zeugenverhör im Criminalprozesse gegen die Prediger Eben und Diestel mit der darüber laut gewordenen Publicität angestellt*, Basilea, 1868; E. v. Kanitz, *Aufklärung nach Actenquellen…* , cit.; E. v. Kanitz, *Ein Mahnwort zu Gunsten der Nachwelt, an die historische Literatur der Gegenwart*, Basilea, 1868.

55. Schön a Altenstein, 7 de agosto de 1835, cit.

VIDA Y MUERTE DEL GENERAL DE EJÉRCITO BLASKOWITZ

1. Véase «The Fatal German Duel. Lieut. Hildebrand, who slew Lieut. Blaskowitz, Sentenced to Two Years' Imprisonment», *New York Times*, 19 de noviembre de 1901; también el editorial de *The Times*, 28 de noviembre de 1901, p. 9, col. D.

2. El problema era que Blaskowitz era el miembro más joven de su promoción, con una *Offizierspatent* fechada siete meses después que la de sus camaradas. Así pues, ascenderle con su

grupo de edad le separaba de sus compañeros de promoción. Pastor Blaskowitz de Walterkehmen a Guillermo II, 7 de febrero de 1902: solicitud de «*Vorpatentierung*» de Johannes Blaskowitz; id. a Karl Dietrich Graf von Hülsen-Haeseler (general ayudante del káiser), 7 de febrero de 1902, en la que el padre menciona la muerte de su hijo mayor a la edad de solo veinticinco años y señala que la concesión de su petición sería «ein Lichtblick in meinem unsagbaren Herzenskummer», BA-MA Freiburg, Personalakte General-Oberst Blaskowitz, Pers. 6/20, fos. 7, 11.

3. Véase Gesuchsliste des Infanterie-Regiments von Grolman (1. Posenschen) n.º 18, Osterode, 1 de julio de 1912, firmada v. Karger (*Oberst* y comandante en jefe de regimiento), *et al*., que solicita, en nombre de Blaskowitz, «su traslado a una de las grandes guarniciones del Gran Ducado de Baden debido a la enfermedad de su hija y a su propia inflamación del oído y la nariz». BA-MA Freiburg, Personalakte General-Oberst Blaskowitz, Pers. 6/20, fo. 24.

4. [General Gustav Seitz], «Blaskowitz», en *Der Seehase. Nachrichtenblatt der Kameradschaft ehemaliger 114er and 14er*, n.º 66 (Pascua, 1955), [p. 4].

5. Véase, por ejemplo, Informe de personal del 1 de diciembre de 1913, que señala «sein hervorstechendes körperliches Geschick» und seine Fähigkeiten als «Reiter, Turner und Gewehrfechter», BA-MA Freiburg, Personalakte General-Oberst Blaskowitz, Pers. 6/20, fos. 6-7.

6. OB West (Oberkommando Hgr D) Beurteilung zum 1 May 1944, firmada Rundstedt, Generalfeldmarschall Ob. d. Hgr. D und OB West, BA-MA Freiburg, Personalakte General-Oberst Blaskowitz, Pers. 6/20, fo. 66.

7. Hellmuth Stieff a su esposa, Plaza de armas de Ohrdruf, 21 de agosto de 1932, en Horst Mühleisen (ed.), *Hellmuth Stieff: Briefe*, Berlín, Siedler, 1991, carta n.º 36, p. 71; F. L. Cartsten, *The Reichswehr and Politics, 1918-1933*, Oxford, Clarendon Press, 1966, p. 374.

8. Hans Gies (general de Infantería retirado) a Anni Blaskowitz (hija de Blaskowitz), Constanza, 17 de diciembre de 1965, BA-MA Freiburg, MSg 1/1814 Schriftwechsel von Hans Gies mit Kameraden u. Anna Blaskowitz, Presseartikel und Ausarbeitungen 1935-1967 (sin numeración de folio).

9. Hans von Seeckt, «Heer im Staat», en id., *Gedanken eines Soldaten*, Berlín, Verlag für Kulturpolitik, 1929, pp. 101-116, aquí p. 116.

10. Discurso de Johannes Blaskowitz, cementerio de Bommelsen, domingo 17 de marzo de 1935 (copia), BA-MA Freiburg, MSg 1/1814.

11. Seitz, «Blaskowitz», cit., p. 4.

12. Nicolaus von Below, *Als Hitlers Adjutant 1937-1945*, Maguncia, Von Hase und Koehler, 1980, p. 116.

13. Hanns Möller-Witten, «Darstellung des Lebenslaufs von Blaskowitz», BA-MA Freiburg, MSg 1/1931.

14. Blaskowitz a Fischer (jefe de Propaganda del Reich, Praga, 14 de mayo de 1939, BA Berlin Lichterfelde, R 55/30181, Personalakten betr. Ebert, Karl Verwaltungsmann, Reichspropagandaamt Mark Brandenburg.

15. Erwin Jaenecke, teniente general, «Die Armee Blaskowitz im Polenfeldzug» (1939), [manuscrito mecanografiado], BA-MA Freiburg, RH 20-8/ 46, esp. fos. 1-2; véase también Friedrich-Christian Stahl, «Blaskowitz», en Bernd Ottnad (ed.), *Badische Biographien*, nueva serie, vol. 2, Stuttgart, W. Kohlhammer, 1987, pp. 41-44.

16. Richard Giziowski, *The Enigma of General Blaskowitz*, Londres, Leo Cooper, 1997, p. 147.

17. Ivo V. Giannini, Detailed Interrogation Report, Generaloberst Johannes Blaskowitz, special detention centre «Ashcan», 28 de julio de 1945, TNA WO 208/3154, p. 4.

18. Ibíd.

19. Engel, anotación de su diario el 18 de noviembre de 1939, en Hildegard von Kotze (ed.), *Heeresadjutant bei Hitler 1938-1943. Aufzeichnungen des Majors Engel*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1974, p. 68.

20. Orden del día del 26 de octubre de 1939, citada en Helmut Krausnick y Hans-Heinrich Wilhelm, *Die Truppe des Weltanschauungskrieges. Die Einsatzgruppen der Sicherheitspolizei und des SD 1938-1942*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1981, p. 96.

21. Stieff a su esposa, Jüterbog, 10 de octubre de 1930, extractos en Helmut Krausnick (ed.), «Ausgewählte Briefe von Generalmajor Helmuth Stieff», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 2/3 (1954), pp. 291-305, aquí pp. 295-296.

22. Id. a id., Stuttgart, 12 de agosto de 1934, en Krausnick (ed.), «Ausgewählte Briefe», cit., pp. 297-298.

23. Id. a id., cuartel general, 21 de noviembre de 1939, en Krausnick (ed.), «Ausgewählte Briefe», cit., pp. 288-300, aquí p. 300.

24. Informe del comandante supremo Este, general de ejército Blaskowitz a Mando Supremo del Ejército, Łódż, 27 de noviembre de 1939, BA-MA Freiburg, N 104/3. Algunos fragmentos de este documento se reproducen en Helmut Krausnick, Harold C. Deutsch y Hildegard von Kotze (eds.), *Helmuth Groscurth. Tagebücher eines Abwehroffiziers*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1970, doc. no. 43, pp. 426-427.

25. Kotze (ed.), *Heeresadjutant bei Hitler*, cit., p. 68.

26. Así en el relato de Blaskowitz sobre el contenido del informe perdido, durante un interrogatorio por el ejército de Estados Unidos el 28 de julio de 1945, véase Giziowski, *The Enigma*…, cit., p. 179. Sin embargo, en vista de la semejanza entre los tres informes que se sabe que envió Blaskowitz sobre las actividades policiales, las fechas son inciertas y es posible que confundiera el contenido de un informe con otro.

27. Para el texto del decreto de Himmler, que oficialmente era secreto pero que muy pronto se hizo famoso, véase «Geheimerlass des Reichsführer-SS für die gesamte SS und Polizei» (28 de octubre de 1939), en Norbert Westenrieder, «Deutsche Frauen und Mädchen!», Vom Alltagsleben, 1933-1945, Düsseldorf, Droste, 1984, p. 42. Sobre la desaprobación de muchos oficiales, véase Krausnick *et al.* (eds.), *Helmuth Groscurth*…, cit., p. 78.

28. Krausnick y Wilhelm, *Truppe des Weltanschaungskrieges*, cit., p. 98.

29. Vortragsnotizen für Vortrag OberOst (Generaloberst Blaskowitz) beim Oberbefehlshaber des Heeres am 15.2.1940 in Spala (Abschrift), BA-MA Freiburg, RH 53-23/ 23.

30. Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, Londres, W. H. Allen, 1961, p. 127 [*La destrucción de los judíos europeos*, Tres Cantos, Akal, 2020].

31. Jochen Böhler, *Auftakt zum Vernichtungskrieg. Die Wehrmacht in Polen 1939*, Fráncfort, Fischer Taschenbuch Verlag, 2006, p. 238; es el mismo argumento que figura en id., *Der Überfall. Deutschlands Krieg gegen Polen*, Fráncfort, Eichborn, 2009, pp. 223-224.

32. Omer Bartov, «Soldiers, Nazis and War in the Third Reich», *Journal of Modern History*, 63/1 (1991), pp. 44-60, aquí p. 57.

33. Vortragsnotizen für Vortrag OberOst, fo. 11.

34. Ibíd., fos. 14, 11.

35. Ibíd., fo. 11.

36. «Nazis Admit “Firm” Polish Policy; Cardinal Sees National “Disaster”; Even General Blaskowitz Balks at Tactics Held Aimed at Virtual “Racial Extermination”», *New York Times*, 30 de enero de 1940; véase también «Iron Hand in Poland», *The Times*, 31 de enero de 1940, p. 7, col. A, que alude a Blaskowitz con el subtítulo «A General Objects».

37. Vortragsnotizen für Vortrag OberOst, fo. 12.

38. Ibíd., fo. 13.

39. Texto del discurso pronunciado por el pastor Schrader en el funeral de Blaskowitz in en Fallingbostel, 16 de febrero de 1948, BA-MA Freiburg, MSg 1/1814.

40. Hollidt a Krausnick, 5 de agosto de 1957, citado in Helmut Krausnick, «Hitler und die Morde in Polen. Ein Beitrag zum Konflikt zwischen Heer und SS um die Verwaltung der besetzten Gebiete», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 11 (1963), pp. 196-209, aquí p. 204, n. 43.

41. Mando Supremo del Ejército a los comandantes en jefe de los grupos de ejércitos y al OberOst, 7 de febrero de 1940, citado en Krausnick y Wilhelm, *Die Truppe des Weltanschaungskrieges*, pp. 103-104.

42. Klaus-Jürgen Müller, «Zur Vorgeschichte und Inhalt der Rede Himmlers vor der höheren Generalität am 13. März 1940 in Koblenz», *Vierteljahrshefte für Zeitgschichte*, 18/1 (1970), pp. 95-120, esp. pp. 100-103, 106.

43. Ibíd., p. 105.

44. Krausnick, «Hitler und die Morde in Polen», cit., p. 205.

45. Protocolo de interrogatorio, 25 de octubre de 1945, citado en Giziowski, *The Enigma*…, cit., p. 211.

46. Ibíd., p. 213.

47. Así en la impresión que figura en el informe provisional del *SS-Brigadeführer* Berger, véase jefe de la Erganzungsamt de las Waffen-SS, Tgb. Nr. 178/40 geh. Para el Reichsführer-SS el jefe de la Policía alemana, Berlín, 25 de abril de 1940, BA-MA Freiburg, RH 53-23/ 23, fo. 31.

48. Hermann Graml, «Die Wehrmacht im Dritten Reich», *Vierteljahrshefte für Zeitgschichte*, 45/3 (1997), pp. 365-384, aquí p. 375.

49. Brauchitsch a Blaskowitz, cuartel general, 26 de junio de 1940 (copia), BA-MA Freiburg, Pers 6/20, fo. 52.

50. Norman J. W. Goda, «Black Marks: Hitler’s Bribery of his Senior Officers during World War II», *Journal of Modern History*, 72/2 (2000), pp. 413-452.

51. Véase las directrices de instrucción de Blaskowitz para las unidades destinadas al servicio en el Frente Oriental, Armeeoberkommando 1, 16 de enero de 1942, BA-MA Freiburg, RH 20-1/ 109, fos. 25-27.

52. Blaskowitz al general de ejército Erwin Jaenecke (no se especifica el lugar), 15 de septiembre de 1943, BA-MA Freiburg, N761/4.

53. Mando supremo del 1.º Ejército a los generales al mando y a los mandos de división, 27 de junio de 1941, firmado Blaskowitz, BA-MA Freiburg, RH 20-1/ 100 (AOK I: Addenda al Informe de actividad Ia), vol. 1, fo. 12 (copia de copia).

54. Informe del comandante supremo Este, general de ejército Blaskowitz, al Mando Supremo del Ejército, Łódż, 27 de noviembre de 1939, BA-MA Freiburg, N 104/3.

55. Comandante supremo del Grupo de Ejércitos G al comandante H.V.St. 654 Toulouse (para su traslado a los prefectos regionales de Toulouse), secreto, cuartel general, 17 de junio de 1944, BA-MA Freiburg, RH 19 XII/3 (addendum 243), fo. 327.

56. Sobre esta medida y su posterior desmentido por OB Oeste, véase Peter Lieb, *Konventioneller Krieg oder NS-Weltanschauungskrieg? Kriegführung und Partisanenbekämpfung in Frankreich*, Múnich, Oldenbourg, 2007, p. 392.

57. Sobre la impresionante gestión de Blaskowitz de las retiradas del sur de Francia, véase Joachim Ludewig, *Der deutsche Rückzug aus Frankreich 1944*, Friburgo, Rombach, 1994, esp. pp. 70, 73, 318.

58. Véase, por ejemplo, el debate en el cuartel general del Führer el 27 de enero de 1945 en H. Heiber (ed.), *Hitlers Lagebresprechungen. Die Protokollfragmente seiner militärischen Konferenzen 1942-1945*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1962, p. 855; también Ludewig, *Der Deutsche Rückzug*…, cit., p. 319.

59. Carta a Anneliese Weitz (no se especifica el lugar), 17 de febrero de 1945, BA-MA Freiburg, MSg 1/2603.

60. Citado en W. Denis Winter y Shelagh Whitaker, *Rhineland. The Battle to End the War*, Nueva York, St Martin's Press, 1989, p. 267.

61. Giziowski, *The Enigma*…, cit., p. 403.

62. «10 Germans Executed by Blaskowitz», *The Times*, 18 de mayo de 1945, p. 4, col. B.

63. Kriegstagebuch (Informes diarios del ejército) Grupo de Ejércitos G (Departamento de Mando), 21 de julio de 1944.

64. Sobre la presión política ejercida sobre Blaskowitz para que manifestara su conformidad, véase Lieb, *Konventioneller Krieg*… cit., p. 87; sobre el mantenimiento de los pagos a Blaskowitz, véase Goda, «Black Marks», cit.

65. Evaluaciones: BA-MA Freiburg Personalakte General-Oberst Blaskowitz, Pers. 6/20, fos. 66, 67; sobre la no afiliación de Blaskowitz al NSDAP, véase Hoja de datos personales del 15 de octubre de 1947, redactada tras su llegada a Núremberg, que afirma, bajo el epígrafe «historial político»: «Como militar profesional que no es miembro del Partido», BA –Aussenstelle Ludwigsburg, B 162/ Rep. 502 XA 13 y XA 155.

66. Friedrich Freiherr Hiller von Gaertringen (ed.), *Die Hassell-Tagebücher 1938-1944. Aufzeichungen vom anderen Deutschland*, Berlín, Siedler, 1988, p. 365.

67. Véase, por ejemplo, el texto de una entrevista realizada por un tal sr. Fred Kaufman –probablemente en el Steinlager Allendorf– el 17 de octubre de 1947 y el cuestionario solicitado por un tal sr. Walter H. Rapp el 17 de noviembre de 1947, ambos en BA-MA Freiburg Personalakte General-Oberst Blaskowitz Pers. 6/20.

68. «Anklageschrift gegen von Leeb und andere, hier gegen Generaloberst Blaskowitz» (copia), en BA-MA Freiburg, MSg 1/1814 Schriftwechsel von Hans Gies mit Kameraden u. Anna Blaskowitz, Presseartikel und Ausarbeitungen 1935-1967; la detención de sesenta ciudadanos franceses durante las acciones «contraterroristas» en Niza y alrededores también figura en un informe Diario de Guerra del Grupo de Ejércitos G, anotación del 3 de julio de 1944, BA-MA Freiburg, RH 19 XII/5, fo. 9.

69. Véase, por ejemplo, Heinz Mueller-Torgow a Hans Gies, Núremberg, 20 de enero de 1948; Hans Gies «Eidesstattliche Erklärung zur Anklage gegen Gen.Obst. Blaskowitz»; Pastor Scriba, «Bekundung [...] zur Benutzung und Vorlage als Beweismaterial beim Internationalem Gerichtshof im Justizpalast zu Nürnberg», 10 de marzo de 1948, extractos en Gert Steuben, «Wie sie starben. Todesfälle jener Jahre. So blieb er ohne Marschallsstab», *Das Neue Blatt*, 1953, p. 12, todos en BA-MA Freiburg, MSg 1/1814.

70. Pastor Scriba, «Bekundung ...», cit.

71. Hans Müller-Torgow a Hans Gies, Núremberg, 25 de febrero de 1948, BA-MA Freiburg, MSg 1/1814.

72. Carta de Blaskowitz (no consta destinatario), Núremberg, 27 de diciembre de 1947, citado en «Porträts grosser Soldaten», *Kampftruppen* (junio de 1967) p. 94.

73. Sobre este problema, véase Frank Trommler, «Between Normality and Resistance: Catastrophic Gradualism in Nazi Germany», *Journal of Modern History*, 64 (Suplemento: Resistance against the Third Reich), (1992), pp. 82-101.

74. Martin Broszat, «Resistenz und Widerstand: Eine Zwischenbilanz des Forschungsprojekts», en *Bayern in der NS-Zeit*, ed. M. Broszat *et al*., 4 vols., Múnich, Oldenbourg, 1981, vol. 4, pp. 691-709, aquí p. 693; id., «Zur Sozialgeschichte des deutschen Widerstandes», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 34 (1986), pp. 300-334.

75. Richard Löwenthal, «Widerstand im totalen Staat», en Richard Löwenthal y Patrick von zur Mühlen (eds.), *Widerstand und Verweigerung in Deutschland, 1933-1945*, Berlín, Dietz, 1982, pp. 11-24.

76. Sobre la «libertad de valores» como un rasgo diferenciador entre la *Resistenz* y la resistencia, véase Klemens von Klemperer, «“What is the Law that Lies behind these Words?” Antigone’s Question and the German Resistance Against Hitler», *Journal of Modern History*, 64 (Suplemento: Resistance against the Third Reich), (1992), pp. 102-111.

77. Alf Lüdtke, «The Appeal of Exterminating “Others”: German Workers and the Limits of Resistance», ibíd., pp. 46-67, aquí p. 49.

78. Véase sobre todo Richard Bosworth, *Mussolini’s Italy. Life Under the Dictatorship, 1915-1945*, Londres, Allen Lane, 2005; id., *The Italian Dictatorship. Problems and Perspectives in the Interpretation of Mussolini and Fascism*, Londres, 1998; id., «War, Totalitarianism and “Deep Belief” in Fascist Italy 1935-1943», *European History Quarterly*, 34/4 (2004), pp. 475-505; id., «Everyday Mussolinism: Friends, Family, Locality and Violence in Fascist Italy», *Contemporary European History*, 14/1 (2005), pp. 23-43.

79. Ian Kershaw, *Popular Opinion and Political Dissent in the Third Reich: Bavaria, 1933-1945*, Oxford, Oxford University Press, 1983, p. 374.

Agradecimientos

«El sueño de Nabucodonosor» está basado en el material de «Power», un ensayo publicado en *A Concise Companion to History* (Ulinka Rublack, ed., Oxford, Oxford University Press, 2012). Una versión de «¿Por qué es importante una batalla?» se publicó en *Anglo-Norman Studies XXXIX: Proceedings of the Battle Conference 2016*. «Vida y muerte del general de ejército Blaskowitz» es una versión revisada de un ensayo publicado en *Totalitarian Dictatorship: New Histories* (Daniela Baratieri, Mark Edele y Giuseppe Finaldi, eds., Nueva York y Londres, Routledge, 2014). «Psicogramas desde el Tercer Reich» está basado en tres reseñas para la *London Review of Books*. «Los futuros de la guerra» está basado en una reseña publicada en la *New York Review of Books*.